
MALICIA
Esmeralda
LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA KUZNETSOV
NICOLE FOX

MALICIA ESMERALDA

LA BRATVA KUZNETSOV
LIBRO 1

NICOLE FOX

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Malicia Esmeralda

1. Natalia
2. Andrey
3. Natalia
4. Andrey
5. Natalia
6. Andrey
7. Andrey
8. Natalia
9. Andrey
10. Natalia
11. Natalia
12. Andrey
13. Andrey
14. Natalia
15. Natalia
16. Andrey
17. Natalia
18. Natalia
19. Natalia
20. Andrey
21. Natalia
22. Andrey
23. Natalia
24. Andrey
25. Natalia
26. Natalia
27. Natalia
28. Natalia
29. Andrey
30. Andrey
31. Andrey
32. Natalia
33. Natalia
34. Andrey
35. Natalia
36. Natalia
37. Andrey
38. Andrey
39. Natalia
40. Andrey

41. Andrey
42. Natalia
43. Natalia
44. Natalia
45. Andrey
46. Natalia
47. Natalia
48. Andrey
49. Natalia
50. Andrey
51. Natalia
52. Andrey
53. Andrey
54. Natalia
55. Andrey
56. Natalia
57. Andrey
58. Natalia
59. Natalia
60. Andrey
61. Andrey
62. Natalia
63. Andrey
64. Andrey
65. Natalia
66. Natalia
67. Andrey
68. Andrey
69. Natalia
70. Natalia

Copyright © 2024 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Egorov

Inocencia enredada

Decadencia enredada

La Bratva Novikov

Cenizas de Marfil

Juramento de marfil

La Bratva Zakrevsky

Réquiem de un pecado

Sonata de mentiras

Rapsodia de dolor

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Bugrov

Purgatorio de Medianoche

Santuario de Medianoche

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

MALICIA ESMERALDA

Me colé en la boda del ex de mi mejor amiga...

Y acabé atrapada en un ascensor con el guapísimo padrino.

Es culpa de Katya. Como siempre.

Mi mejor amiga odia a su ex, y quiere ver cómo se casa con la mujer por la que la dejó.

El problema es que no me informó de ese plan...

Hasta que llegamos a la ceremonia.

En cuanto me entero, salgo corriendo.

Subo al ascensor y aplasto el botón de *Cerrar Puertas,* como el Conejito de Energizer drogado.

Pero, justo antes de que cierren...

Una mano sale disparada.

Y, unido a esa mano, por desgracia para mí, está el espécimen humano más impresionante que he visto nunca.

Alto.

Oscuro.

Guapo.

Peligroso.

También conocido como... el padrino de la boda.

Me echa un vistazo y sabe que no pertenezco a este lugar.

—*¿Quién te ha dejado entrar aquí, pajarito?* —gruñe.

Trago saliva. Tiemblo.

Abro la boca para mentir...

Y entonces, el ascensor se detiene.

MALICIA ESMERALDA es el Libro 1 del dúo de la Bratva Kuznetsov. La historia concluye en el Libro 2, VICIOS ESMERALDA.

NATALIA

—¡¿Nos estamos colando en la boda de tu ex?!

Ni siquiera sé qué palabra de esa frase de pesadilla tengo que subrayar. Todas son igual de horribles.

Me froto la muñeca, me arde donde acabo de arrancarla del agarre mortal de mi mejor amiga. Katya se vuelve hacia mí con una sonrisa dolorosamente forzada.

—¡Oh, vamos, Nat! Será divertido.

—Tenemos definiciones muy distintas de lo que se considera "diversión" —entrecierro los ojos con nerviosismo ante el reluciente vestíbulo del Ritz. Por lo que veo, nadie se ha dado cuenta aún de que no pertenecemos en absoluto a este lugar—. Pensé que me habías traído aquí para celebrar tu cumpleaños anticipado. Bebidas en el bar, según tú. Solo para pasar un buen rato juntas, según tú. Sin ningún tipo de drama, según tú.

Katya sonríe con timidez. —Ah, ¿qué es la vida sin un poco de drama?

Gimo cuando Katya se fija en el tablón de anuncios bronce, que anuncia con orgullo el ***Banquete de Boda de Viktor Kuznetsov y Mila Obnizov***.

—Kat, en serio... no es una buena idea.

De hecho, puede que sea la peor de todas, y eso ya es mucho decir. Katya se ha pasado la mayor parte de nuestra amistad superándose a sí misma en el departamento de "malas ideas".

Soy una buena chica por naturaleza. Sigo las normas. Cruzo las calles por el paso de peatones, pago mis impuestos a tiempo y siempre, siempre devuelvo mi carro de la compra a la parte delantera de la tienda.

Y, sin embargo, cuando Kat sueña con un nuevo plan diabólico, de algún modo me veo arrastrada. El Robin reticente de su Batman, mientras ella persigue venganza o risas o lo que demonios quiera.

Hoy es la primera opción. *Venganza.*

Katya nunca olvida un insulto. Y menos el insulto de ser "desechada como un par de medias sudadas", sus palabras, no las mías, por "una Barbie importada con una operación de tetas chapucera", de nuevo, nada que yo misma diría ni en un millón de años.

No tengo ni idea de si ha visto alguna vez a la mujer por la que Viktor la dejó. Si pensara que puede ser lógica al respecto, le diría: *¿Por qué malgastas tu tiempo y tu energía con un hombre al que claramente le importas una mierda?*

Pero la mujer tiene visión de túnel cuando lleva puestas sus gafas de venganza, y desde luego esta noche están pulidas y listas.

Si me hubiera dado cuenta un poco antes, no estaría aquí, de pie en un hotel de cinco estrellas del centro de Manhattan, con un vestido que alquilé, sí, *alquilé*, expresamente para la celebración de cumpleaños que Katya insistió en que era necesaria para dar su vigesimoctava vuelta alrededor del sol.

—En realidad, es una mala idea —chasqueo los dedos—. Tierra a Kitty: ¿me oyes?

—Mila *Obnizov* —escupe Katya, sin oírme clara y rotundamente—. ¡Qué nombre más pretencioso!

—Tu apellido es Petrova, nena. Las dos parecen de la realeza rusa.

Pone los ojos en blanco y vuelve a intentar agarrarme del brazo. —Vamos, si subimos ahora, podremos...

—¿Podremos qué? —siseo, separándome de ella—. Termina la frase. ¿Qué demonios quieres hacer, Kat?

—Nada descabellado, ¿vale? —suena engañosa e inquietantemente tranquila. Eso no concuerda en absoluto con sus ojos, que vagan constantemente—. Esto es puramente una vigilancia para destilar odio.

—¿Que sirve para qué, exactamente?

—Para tener un cierre —dice con firmeza—. Solo necesito un cierre, Nat. ¿Es tan malo?

—Katya...

—Escucha, solo quiero ir allí y beber hasta dejar seca su barra libre y burlarme sin piedad de cada detalle de su boda con la zorra con la que me engañaba. Sé que es una forma mezquina de venganza, pero soy una zorra mezquina y eso no es un delito.

—Me alegro mucho de que hayas sacado el tema del "delito", porque ¿Viktor no es, *literalmente*, un criminal?

Espero que, al menos, la autopreservación penetre en ese cráneo grueso y vengativo suyo.

Mi esperanza queda sin respuesta.

—Apenas —agita la melena rubia platino—. Eso ha sido pura cháchara...

—¡De Viktor personalmente!

—Exacto —asiente agresivamente, con ojos enormes, probablemente suponiendo que no soy consciente de cómo nos está acercando a los ascensores dorados mientras discutimos—. Solo intentaba hacerse el interesante para impresionarme. Nada de eso es cierto.

—En primer lugar, ¿qué dice de ti que te excite la mierda ilegal y turbia? —espeto—. Y, en segundo lugar, ¿y si es verdad?

Ignora mi argumento y pulsa el botón para llamar al ascensor. —Si es verdad, ¿de verdad vas a dejarme ahí arriba sola con todos esos criminales grandes y malos?

Joder.

Suena el ascensor. Me quedo clavada en el sitio. Debería quedarme aquí y abandonarla a su suerte. Como siempre, es su drama. Mi drama consiste en volver a ver *True Blood* con un pote enorme de helado (cereza con trocitos de chocolate, mi favorito).

Déjala. Esta no es tu lucha. Date la vuelta y vete a…

Cuando entra en el ascensor y se gira para mirarme, su ceja izquierda se arquea. Eso nunca es bueno. La izquierda es la que indica que está a punto de sacar la artillería pesada. —Sabes, Natalia, si dejaras de tenerle tanto miedo a todo, te darías cuenta de que la vida es una aventura, no solo es un romance no correspondido con *Bill Compton*.

¿He mencionado también que, aparte de ser una zorra vengativa, Katya también puede ser una puta zorra directa en toda regla? ¿Una que sabe exactamente qué nervios tocar?

Porque es un detalle importante.

—Púdrete —frunzo el ceño mientras me uno a ella en el ascensor.

Suelta una risita triunfal y me envuelve en un abrazo que no le devuelvo. —Te lo prometo, esto va a ser divertido.

—¿Para quién? Definitivamente no para Viktor. Definitivamente no para Mila. Seguro que no para mí.

Ella solo guiña un ojo. —Por cierto, te ves buenísima. El verde sí que es tu color.

—No hace falta que seas tan lameculos. Ya estoy en el puto ascensor.

Ping. Katya sale al quinto piso con un pavoneo confiado. La sigo con un suspiro.

Una vez más a la brecha, queridos amigos.

Entramos en un amplio salón de baile. Mesas vestidas de blanco se extienden por todos lados, una reluciente pista de baile de madera en el centro. Las lámparas de cristal proyectan una luz difusa sobre los arreglos florales de tamaño ogro que cubren las paredes. Es imposible que se hayan gastado menos de 50.000 dólares solo en flores.

Pero la obscenamente fastuosa decoración no es nada comparada con los invitados. Todos brillan como diamantes humanos con sus vestidos de gala hasta el suelo.

Mientras intento seguirle el ritmo a Katya, que al parecer se convirtió en una estrella olímpica del atletismo desde nuestra última clase de spinning casi fatal, cuento un quién es quién de los diseñadores más queridos de la Semana de la Moda de Nueva York.

Esta noche, mi vestido vintage alquilado, con su falda plisada fluida y una espalda abierta atrevidamente sexy, atrevida para mí, al menos, me hizo sentir como si tuviera un aire a la Keira

Knightley de la época de *Expiación*.

Comparada con esta gente, me siento más como Fiona de *Shrek*. Y no en su versión humana.

Oh, Jesús, ¿dónde está Kat?

Capto un destello de lentejuelas cuando se abre paso entre dos hombres corpulentos que parecen más guardaespaldas que invitados a la fiesta.

Es cuando lo pienso que me doy cuenta de que son guardaespaldas.

De los de aspecto serio.

De los que llevan auriculares, se ponen gafas de sol en interiores y pueden matarte con un pinganillo.

—¡Katya! —estiro la mano y le agarro el codo antes de que se escabulla de mi alcance—. ¿A dónde demonios vas?

—Pensé que podríamos hacer un pequeño reconocimiento —explica como si nos hubiéramos metido a trompicones en una extraña película de espías—. Separémonos y...

—¿Separarnos? —casi chillo—. ¿Has visto alguna película de terror?

Me pellizca el brazo. —¡Baja la voz! Estamos intentando ser discretas.

—Tengo noticias para ti —digo, secándome la frente con el dorso de la mano—. Somos las únicas aquí con vestidos baratos y bisutería falsa —instintivamente, agarro el pequeño colgante de oro que perteneció a mi madre—. Vamos a llamar la atención.

—¡No, a menos que hagamos alguna tontería! Todo es cuestión de confianza. Tienes que hacer que parezca que perteneces al grupo.

—En primer lugar, todo esto es "una tontería". Y de hecho, *no* pertenezco a este lugar. No puedo creer que te dejara enredarme en otra de tus...

—No tenemos tiempo para otra conferencia de Nat. Separémonos y comparemos notas más tarde —antes de que pueda responder, me guiña un ojo y se escabulle entre la multitud.

—Vale —murmuro en voz baja mientras intento evitar el contacto visual y buscar un lugar donde esconderme hasta que todo esto acabe—. Esto está bien. Todo está bien.

—¿Señora?

Me doy la vuelta y me encuentro mirando a uno de los temibles guardaespaldas. Este tiene una cicatriz anudada en la mandíbula inferior, y una nariz que parece rota varias veces en cada dirección.

No está bien. Nada bien.

Intento sonreír, pero solo consigo una mueca de dolor. —Eh, ¿sí?

—¿Puedo ver su invitación?

Echo un vistazo rápido y aterrado al resto de los invitados a la boda. Ninguno de ellos parece

llevar nada en la mano, aparte de los bolsos hechos a medida y las copas de champán. Parecen perfectamente tranquilos.

Yo, en cambio, estoy sudando como una puta en la iglesia, y es muy, muy obvio para mi nuevo amigo aquí presente que no tengo invitación.

En lugar de pasar por la indignidad de que me descubran como una colada, opto por la que parece ser la más elegante de mis limitadas opciones.

Corro.



HAY que reconocer que no es uno de mis mejores momentos.

Este vestido se merecía una noche mejor. Demonios, yo me merezco una noche mejor. También una mejor mejor amiga, ahora que estoy haciendo una lista.

Por el momento, me conformaría con una mejor zancada que el fornido guardia de seguridad que me pisa los talones.

Por suerte, tengo ventaja. El equipo de seguridad que me sigue a paso ligero por el salón de baile no parece dispuesto a echar a correr para no molestar a los invitados. Me da tiempo suficiente para atravesar el vestíbulo y llegar hasta un ascensor.

Dios debe de haber terminado por fin de jugarme malas pasadas, porque por primera vez esta noche tengo suerte: una puerta se abre justo cuando llego.

Me abalanzo sobre los ascensores y empiezo a aporrear el botón que me llevará a la planta baja y a la libertad. —Vamos, vamos, vamos, cabrón...

Las puertas se cierran lentamente. A través del hueco, veo a los gólems de seguridad avanzando hacia mí.

—¡Cierra más rápido, maldita sea! —grito—. ¡Tienes un solo trabajo!

Los guardias se acercan.

Las puertas siguen cerrándose.

Los guardias se acercan.

Las puertas están casi cerradas...

Estoy a punto de dejar salir mi exhalación contenida, solo me queda un centímetro antes de quedar impune, cuando, de repente, una mano enorme se dispara a través del hueco.

Solo puedo mirar horrorizada mientras las puertas dan marcha atrás y entra el dueño de la mano.

La buena noticia es que no es seguridad.

La mala noticia es que estoy bastante segura de que es mucho, mucho peor.

—Descansen, caballeros —dice a la horda de guardias, que enseguida se quedan inmóviles como soldados de juguete—. Ella está conmigo.

Luego, las puertas se cierran con un desliz.

Es alto, moreno, melancólico, un galán de ensueño plagado de todas las fantasías que he tenido. Lleva esmoquin, así que probablemente sea un invitado legítimo a la boda, pero su ceño fruncido indica que no está disfrutando más que yo.

—¿Bajas? —su voz encaja perfectamente con su aspecto. Rasposa y grave como un trueno lejano.

—Lo intento.

—Podría ayudar si pulsaras el botón correcto —se acerca y me tira suavemente de la muñeca para redirigir mi mano al interruptor adyacente. Sus dedos son sorprendentemente suaves sobre mi piel desnuda, aunque arden como si estuviera en llamas.

—Oh —mis mejillas se ponen rojas como si estuvieran *en llamas*—. Sí. Gracias.

Las puertas se cierran suavemente, como si esperaran a que este tipo les diera permiso.

—Estás sudando.

—Estás lleno de observaciones útiles, ¿verdad? —murmuro.

Me arrepiento de inmediato: para empezar, él no es la razón por la que estoy metida en este lío, así que no se merece mi ira y mi ansiedad fuera de lugar.

Pero, si está ofendido, no da muestras de ello.

—Toma —parpadeo ante su mano extendida. Me ofrece un pañuelo blanco inmaculado.

—Gracias —vuelvo a murmurar, con la cara aún encendida. Lo cojo y me seco el sudor de la frente.

—¿Amiga de la novia? —me pregunta mientras se lo devuelvo.

—Umm… ¿Claro? Algo así —*desvía el tema. Por el amor de todo lo sagrado, ¡cambia de tema ya!*—. ¿Y emm... y tú?

La respuesta llega de inmediato. —Andrey Kuznetsov. Hermano del novio.

Mierdaaaaaaaa.

Otro problema mucho peor me evita tener que pensar qué demonios decir al respecto. Porque parece que Dios no está ni cerca de terminar de jugar conmigo.

El ascensor se detiene bruscamente.

Jadeo y me aferro a la barandilla del ascensor, que se detiene de pronto. La conmoción me hace olvidar que se supone que no debo establecer contacto visual. Levanto la vista y sus ojos se clavan en los míos.

Que Dios nos ayude.

Esos ojos son demasiado etéreos para ser humanos. Los iris son de un plateado claro, bordeados de gris marengo. ¿O tal vez sean azules? Hay una especie de tono azulado crepuscular, como...

Pero no puedo decidir cómo llamarlo antes de que el resto de su cara robe mi atención. La nariz recta y orgullosa. Los pómulos afilados y hundidos. La mandíbula tallada en forma de diamante, que solo luce la más tenue sombra de barba.

Cada característica es un actor independiente por derecho propio, pero el conjunto... *Muack*. El beso del chef.

Alguien robó a este hombre directamente de mi banco de nalgadas...

Y luego, me atrapó en el ascensor con él.

—Dios mío —vuelvo a mi estrategia inicial de atacar el botón del vestíbulo como un pájaro carpintero maníaco—. Dios mío, ¿qué está pasando? ¿Qué...?

Me quedo helada cuando su mano baja sobre la mía por segunda vez. —Una vez más, no das en el blanco —me dirige a la campana de emergencia de la esquina inferior.

La pulso y se pone roja. Entonces...

Nada.

—¿Y ahora qué?

—Ya vendrá la ayuda —no puede parecer menos preocupado.

Mientras tanto, me pregunto qué tarifa me cobrarán en el sitio de alquiler de vestidos por las excesivas manchas de sudor. Pero incluso esa preocupación se desvanece, porque también empiezo a marearme. Y, esta vez, no tiene nada que ver con él.

—¿Cuándo? —grazno—. ¿Cuándo vendrá?

—¿Estás bien?

¡No! Quiero gritar. *No, no estoy bien en absoluto. Mi mejor amiga es una lunática y yo no debería estar en este lugar y tú eres demasiado guapo para ser real y siento que la garganta se me está cerrando y ¿las luces son cada vez más tenues o solo soy yo y hace cada vez más calor aquí dentro o solo soy yo...?*

Doy un traspié hacia atrás, y mi culo choca con la pared y grito antes de poder ahogarme. —Yo... yo... no me desenvuelvo bien en espacios reducidos —logro balbucear.

—¿Tienes claustrofobia?

—Creo que ese es el término técnico, sí —me siento mareada y enloquecida mientras me abanico con una mano—. Dios mío, qué calor hace aquí. ¿Tú tienes calor?

No sé si lo divierto o le doy un asco total. —Tienes que mantener la calma. Respira.

—Lo malo de ser claustrofóbico es que no puedes respirar cuando quieres.

El botón del timbre de emergencia parpadea de pronto. Se oye algo de estática, y luego llega una

voz, aguda y carrasposa. —Disculpen las molestias, amigos. Estamos experimentando algunas dificultades técnicas. Los ascensores estarán en funcionamiento en los próximos diez o quince minutos.

Estupendo. Estoy atrapada en una caja de acero, suspendida a varios pisos de altura con el hermano del novio en cuya boda me vi obligada a colarme.

En algún lugar, Dios se está partiendo de risa.

ANDREY

En cuanto a señuelos, es muy buena.

Al menos, por su aspecto. Es una sirena de seductores ojos verdes y pelo oscuro que cae en ondas voluminosas por la espalda abierta de su vestido verde esmeralda, muy sexy.

Por supuesto, si tenemos en cuenta las aptitudes, no estoy seguro de que cumpla los requisitos de los habituales de Nikolai Rostov para joderme las operaciones.

Esta chica no tiene ninguna habilidad.

Se agarra a las paredes del ascensor, clava las uñas en el acolchado brocado mientras su pecho sube y baja con fuerza. O bien todo esto forma parte de la treta, si es que trabaja para Nikolai, *o* es realmente claustrofóbica.

—...de diez a quince minutos —murmura una y otra vez—. De diez a quince minutos... De diez a quince...

Carraspeo en voz alta y ella se sobresalta, sus ojos se clavan en los míos.

No, no es un señuelo. Di lo que quieras de Nikolai Rostov, pero sus estratagemas suelen tener un poco más de finura.

Aunque, teniendo en cuenta la llamada que he recibido de mi número dos, Shura, hace unos minutos, única razón por la que estoy en este ascensor con esta *lastochka* tan asustadiza, quizá tenga que reconsiderar esa opinión.

Blyat', esta boda ha sido un desastre hasta ahora.

—¿C-cuánto tiempo crees que ha pasado? —pregunta con timidez. El rubor de sus mejillas ha bajado hasta su pecho.

—Treinta segundos, más o menos.

Un silbido de terror se escapa por sus labios entreabiertos. Por un momento, parece a punto de vomitar una bola de pelo. —T-treinta segundos... —me da la espalda y aprieta un poco más el acolchado de la pared—. Dios, no voy a conseguirlo.

La seda de su vestido abraza su trasero a la perfección. Si entrecierro los ojos, puedo distinguir la sutil línea de su ropa interior presionando a través de la tela.

—Contar los minutos no servirá de nada.

—¿Qué servirá? —exige—. Y no te atrevas a decirme que mantenga la calma. Tampoco me digas que respire.

Reprimo una sonrisa mientras ella se da vuelta. —Imagina que estamos fuera. En un lugar agradable. Una cafetería soleada al aire libre, tal vez, y estamos esperando a que el camarero nos traiga algo.

—Al aire libre —se hace eco mientras sus pestañas se agitan salvajemente—. Um, vale. Estoy... estoy esperando mi pedido...

—Descríbemelo.

—Frappé de chocolate, con una dosis extra de chocolate y nata montada —suelta de inmediato —. Y cerezas. Muchas cerezas.

Hago una mueca. —Jesús.

Sonríe cohibida, mostrando un leve hoyuelo en la mejilla. —Es mi bebida reconfortante, ¿vale? Es lo que pido cada vez que estoy triste, nerviosa o asustada.

—No lo entiendes. Hace sol y brisa y se está bien. No estás asustada. Estás perfectamente tranquila.

—Bien. Tranquila —traga saliva, y sus párpados detienen su frenético aleteo. Por primera vez desde que el ascensor se detuvo, inspira algo parecido a una respiración completa—. Cuando era pequeña, mi tía tenía un cerezo en la parte trasera de su casa. Comíamos tartas de cereza los viernes, helados de cereza los sábados y cerezas los domingos, “tal y como Dios manda” —se sonroja—. Así lo decía mi tía Annie.

Está agarrando con tanta fuerza el pequeño medallón de oro que lleva al cuello que la cadena se le está incrustando en la piel del cuello.

Entonces, sus ojos se abren y la tensión vuelve. —Lo siento. Estoy divagando. Estamos en la cafetería. Es agradable, hay sol, sabe a cerezas. ¿Qué has pedido?

—Whisky. Sin hielo —el diablo sabe que me merezco algo fuerte después de este desastre de día.

—¿Qué clase de cafetería es esta? —ríe, delirante.

—De las mías.

—Me parece bien —baja la atención para hurgarse las uñas—. ¿De cuántos minutos crees que disponemos ahora?

—Trece, más o menos.

—¡Que me jodan!

En cuanto las palabras salen de su boca, se pone rosa. Un caballero haría como si ella no hubiera dicho nada.

Por desgracia para ella, nunca me han acusado de ser un caballero.

—Lo consideraría, pero no estoy seguro de que trece minutos sean suficientes.

Se le cae la mandíbula.

El rubor de sus mejillas y pecho sigue extendiéndose. *¿A dónde iría si lo siguiera?* me pregunto. *Si despegara el vestido y recorriera el valle de sus pechos, y más abajo, y más abajo...*

Tranquilo, Andrey. Tienes que asistir a una boda.

Por no hablar de la situación que iba a manejar cuando ese puto ascensor decidió tomarnos como rehenes.

Parece armarse de valor para decir algo. Espero con paciencia.

—Tendrás que buscarte otra invitada a la boda a la que proponerle sexo. No me interesa.

—Creo que fuiste tú quien me hizo la proposición —le recuerdo.

—Yo no... Eso no... Lo has entendido mal... —cuando me río por lo bajo, sus cejas se arquean—. Me estás tomando el pelo.

—Grosero por mi parte, supongo. Aquí estás, en pleno ataque de pánico, y yo me meto contigo.

—No puedo culparte. Sé que te lo pongo fácil.

Me pregunto qué querrá decir con eso. En realidad, me pregunto muchas cosas sobre esta pequeña *lastochka*. Como por ejemplo cómo alguien tan candorosa como ella ha podido acabar en la lista de bodas de mi hermano. Podría ser una amiga de Mila, pero hoy he conocido a suficientes simpáticas amigas de Mila como para descartarlo con seguridad.

—Recuérdame: ¿de qué conoces a los novios?

Palidece visiblemente. Parece como si fuera la peor pregunta que pude haberle hecho. Lo que, por supuesto, significa que es la correcta. —Eh... solo soy una amiga.

—¿Una amiga de Viktor, o de Mila?

Traga saliva y arrastra los pies de un tacón de aguja a otro. —De los dos.

—Si no te conociera mejor, *lastochka*... —se estremece cuando el ruso sale de mi lengua—, diría que me estás mintiendo.

Se limpia las palmas de las manos en los costados del vestido. —El caso es que...

Antes de que pueda averiguar cuál es “el caso”, un sonoro timbre emana del bolsillo de mi chaqueta. Saco el teléfono y veo el nombre de mi segundo al mando en la pantalla.

Maldiciendo en voz baja, respondo. —¿Qué pasa, Shura?

—Acabo de llegar al recinto. Ahora mismo estoy frente al intruso... —hay algo vacilante en la voz de Shura.

—¿Y bien? ¿Es uno de los de Nikolai?

—No habla, pero sí, sin duda es uno de los de Nikolai.

Debo tener cuidado con cómo lo digo, teniendo en cuenta el segundo par de oídos que me acompañan en el ascensor. —Tendrás que convencerlo de que le conviene charlar con nosotros.

—Claro. Lo que pasa es que… es un niño.

Hago que Shura lo repita para asegurarme de que estoy oyendo bien. La segunda vez obtengo la misma respuesta. —¿De qué edad estamos hablando?

—¿Adolescente? —adivina—. Está a punto de que le salga el bigote, si eso te ayuda a hacerte una idea.

Esta mierda me revuelve el estómago. ¿Qué coño hace Nikolai enviando a un niño a hacer el trabajo de un hombre? Por otra parte, también es el cabrón que hace su fortuna lucrándose con la venta de mujeres y niños.

Más bien, hizo su fortuna así. Pero ya no. No desde hace unos meses, cuando cerré definitivamente su negocio de tráfico de personas.

Que, por cierto, es lo que ha desencadenado esta campaña de represalias contra mí.

Compruebo la hora en mi reloj. —No podré irme hasta dentro de un par de horas. Vigílalo hasta que llegue.

Cuelgo y mi teléfono se llena de mensajes de Viktor.

VIKTOR: ¿Qué coño? ¿Dónde estás? ¡La ceremonia está a punto de empezar!

VIKTOR: Hermano, eres el puto padrino. Por no hablar del maldito pakhan. Tienes que estar aquí.

VIKTOR: No puedo creer que no estés aquí después de que TÚ me obligaras a casarme con esta zorra.

A veces olvido lo imbécil que puede llegar a ser mi hermano pequeño. Por suerte, siempre puedo contar con él para recordármelo.

Ignoro todos sus mensajes y vuelvo a centrarme en la temblorosa mujer que me acompaña en el ascensor. Y en buen momento, porque, al parecer, la llamada de dos minutos con Shura es todo lo que ha hecho falta para desquiciarla por completo.

Vuelve a ser un desastre sudoroso y húmedo, rascando el acolchado de la pared como un gato con síndrome de abstinencia.

¿Real o falso? Todavía no me decido. Podría ser real. También podría ser un intento de distraerme del hecho de que, obviamente, ella no debería estar en esta boda.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Sus ojos verdes se abren de par en par y tiemblan. Luego, sin previo aviso, se desmaya.

—Oh, maldición.

Me arrodillo a su lado. Le doy golpecitos en la cara, pero ella ni se inmuta.

Sin embargo, su pecho se agita. Casi tartamudeando, como si las costuras del vestido, que le cruzan el pecho, le estuvieran esposando los pulmones.

Es puro instinto de supervivencia lo que me mueve a continuación.

No es lujuria. Definitivamente no es lujuria.

No, me digo mientras recojo dos puñados de tela. Esto es solo para ayudarla a respirar.

Luego, le arranco el vestido como si fuera papel de seda.

Su piel expuesta está pálida y es fría al tacto. Cuando paso la palma de la mano sobre su boca para sentir su respiración, está demasiado quieta.

A partir de aquí solo hay un camino.

Pero no es lujuria. Definitivamente no es lujuria.

Acerco mi cara a la de la chica. Sus labios se entreabren cuando me acerco, como si supiera lo que le espera y lo deseara.

Más cerca.

Más cerca.

Su aroma es dulce, y mi polla nunca ha estado más dura.

Y entonces, sin más, retrocedo en el tiempo.

Porque ya estuve aquí antes. Exactamente en esta situación, arrodillado junto a una mujer fría y temblorosa y preparándome para darle mi aliento.

Sé cómo acabó aquello. Siento su dolor en la boca del estómago todos los días de mi puta vida.

Este beso es para curar; ese no fue más que un adiós tardío.

Mis labios se sellan con los de la chica. Exhalo para llenar sus pulmones. Giro y siento los latidos de su corazón. Vuelvo a exhalar. Compruebo su pulso. Lo hago todo una vez más, y justo cuando me pregunto si no debería estar preparando la extremaunción, *¿por qué no se mueve este puto ascensor, maldita sea?,* ella hace un ruido.

—Mmmm...

Es un gemido. No hay otra palabra para describirlo. Es un gemido. Bajo y soñador e innegable.

Y la devuelve a la vida como por arte de magia.

Los ojos de la *lastochka* esmeralda se abren de golpe y se levanta de un empujón, apenas sin romperse el cráneo contra el mío. Retrocede hasta sentarse encorvada en un rincón. —Dios mío —se tapa la boca con una mano, como si pudiera volver a meter el gemido ahí dentro—. ¿Qué demonios...?

Antes de que pueda explicarlo, el ascensor se pone en movimiento. Como si tuviera mente

propia, nos lleva de vuelta al lugar de donde venimos.

Ping. —Quinta planta.

Las puertas se abren al salón de baile. Veo a mi hermano de pie en medio de una multitud de sus amigos inútiles y medio borrachos. Uno de ellos me ve y le da una palmada en la espalda a Viktor.

Siento un movimiento borroso a mi lado. En el segundo que tardo en indicarle que ya voy, la pequeña *lastochka* sale corriendo del ascensor, se escabulle entre dos guardias de seguridad y se pierde de vista.

La dejo marchar, por ahora.

Me decidí en cuanto la probé, así que su rápida huida es solo el clavo en su ataúd.

Nunca he conocido un misterio que no pudiera resolver.

Y es un misterio al que estoy decidido a llegar.

NATALIA

—¡Mira por dónde vas!

Tropiezo hacia atrás, marchitándome en el acto ante la mirada asesina que me dirige la mujer de dos metros con la que acabo de chocar. Se ciñe más la estola de piel blanca alrededor del cuerpo y me lanza una mirada desdeñosa.

Sigo su mirada hasta el escote arruinado de mi vestido. *¿Me cuelgan las tetas? Bueno, ¿qué te parece? Por supuesto que sí. Bien hecho, Nat. Vaya manera de ser un miembro honrado de la sociedad.*

—Lo siento —murmuro torpemente mientras empujo a las chicas para que vuelvan a su sitio.

La altiva mujer pone los ojos en blanco y se aleja, hablando lo bastante alto como para que yo la oiga. —Sinceramente, si hubiera sabido que iban a invitar a gentuza, me habría quedado en casa. Espero más de los Kuznetsov.

Katya tiraría al suelo a la zorra esnob y la estrangularía con su propia chinchilla. Pero todo lo que puedo hacer en mi actual estado de desvergüenza es emitir un resoplido patético en su dirección antes de salir corriendo en busca de un lugar donde esconderme.

Sigo esperando a que caiga el otro zapato. Mis pensamientos son tan desastrosos como mi vestido.

¿Me están siguiendo los de seguridad?

¿Me está siguiendo él?

¿Dónde coño está Katya?

Como si la hubiera invocado con la fuerza de mis pensamientos, una puerta se abre a un lado. El delgado brazo de Katya sale, me agarra y me lleva tras ella como si fuera el mismísimo Satanás arrastrándome al infierno.

—¿Dónde demonios has estado? —me resopla en la cara—. ¡Te he estado buscando por todas partes!

Esto es tan típico de Katya. Normalmente, me lo tomo a risa.

Pero nada hoy es “normal”. Hoy fui obligada a colarme en una boda, perseguida por guardias de

seguridad, atrapada en un ascensor. ¿Y la guinda del pastel de mierda? Me he humillado completa y totalmente delante del hombre más guapo que he visto nunca.

Ese gemido resonará en mis pesadillas durante el resto de la eternidad.

—¿Yo? —exploto—. ¿Yo?

Katya da un paso atrás, sobresaltada. Solo entonces parece darse cuenta de que mi ropa no está en buen estado. —Tu... tu vestido está un poco roto ahí arriba, nena.

—Gracias, Doña Obviedad —agarro el escote e intento ponerlo en su sitio. Por un momento, obedece, pero apenas lo suelto, vuelve a marchitarse como una flor moribunda.

—Vale, cálmate. Déjame intentarlo —juguetea con él un segundo, luego saca por arte de magia unos imperdibles de una caja que hay en las estanterías detrás de nuestros codos y hace una brujería que lo arregla enseguida.

—¡Ya está! Como nuevo —me mueve las cejas—. ¿Quieres decirme por qué vas por ahí medio vestida, con el pelo revuelto y los labios embarrados?

—¿Se me ha corrido el pintalabios? —giro en busca de un espejo, pero, por supuesto, no hay ninguno en el armario. Menos mal, ahora mismo no soportaría mirarme.

—Solo un poco.

Gimo y me cubro la cara con las manos para sentir lástima durante tres segundos. Es todo el tiempo que tenemos. —Tenemos que largarnos de aquí. Ahora.

Katya tiene la audacia de parecer desconcertada. —¡Pero la ceremonia está a punto de empezar!

Me siento demente. ¿Lo estoy? ¿O es ella la loca?

—Por el amor de Dios, Kat, ¿en serio quieres ver a tu ex novio casarse con la mujer con la que te engañó?

—¡Sí! Sí, de hecho, quiero hacerlo. Llámame masoquista, pero quiero verlo y no puedo hacerlo sola.

—¿Desde cuándo?

—Desde que decidí que todo es más divertido en pareja —explica desdeñosamente. Como si eso bastara para zanjar el asunto, abre un poco la puerta—. Mira a todos esos imbéciles con dinero... ¿Ese es Leo?

—¿DiCaprio?

—¿Conoces otro Leo? —suspira como si yo fuera una causa perdida—. ¿No sería una tragedia terrible que él y yo nos conociéramos, nos enamoráramos y nos casáramos en una ceremonia el doble de cara que esta?

Pongo los ojos en blanco. Está bromeando. —Siento decírtelo, cariño, pero ya tienes casi veintiocho años. Has envejecido y ya no estás en el radar de Leo.

—¿Me has *visto* el culo? —contesta Katya, mostrándomelo.

Lo que preferiría ver en lugar del trasero de mi loca mejor amiga es alguna esperanza de que podamos salir indemnes de aquí.

Echo un vistazo por encima del hombro de Katya. No veo a Leo, ni a nadie de las listas A, B, C o D, por cierto. Pero sí veo un verdadero ejército de guardias de seguridad arreando a los invitados rezagados hacia el salón de baile principal.

A medida que la multitud se filtra más allá de nuestro pequeño escondite, presto más atención a los propios invitados. Algunos parecen hombres de negocios importantes y respetables, pero la gran mayoría se parecen más a lo que yo llamaría generosamente "delincuentes peligrosos". Hablamos de gruesas cadenas doradas, tatuajes en el cuello, en los nudillos o en ambos, y el tipo de miradas furtivas y agresivas que casi gritan: *Te reto a que me jodas*.

Me estremezco.

Si esta es la compañía de los Kuznetsov, ha sido una mala idea venir hoy aquí.

—Kat... Tenemos que irnos. No es gente con la que queramos meternos.

Resopla. —Me pregunté cuándo iba a asomar la cabeza Nat la Nerviosa.

Podría abofetearla. De verdad que podría. La quiero, pero estoy a punto de darle una bofetada en toda la cara y arrastrar su cuerpo inerte fuera de aquí.

Antes de que pueda hacerlo, redobla la apuesta. —No asumir riesgos no te llevará a ninguna parte. Vamos, ¿no quieres vivir aventuras que puedas rememorar en tu vejez? ¿No quieres tener experiencias que compartir con tus nietos algún día?

—Eso suponiendo que llegue a vieja. Lo cual, a juzgar por los hombres que hay fuera de este armario, sería un milagro.

—Tienes que dejar de temerle tanto a todo —me dice con firmeza. Es el mismo tono que usó cuando intentó que me bañara desnuda en la piscina de su jefe ese verano en que le cuidó la casa —. Tienes que dejar de permitir que una tragedia sea la muleta que te impida vivir tu vida.

Debería haberla golpeado cuando tuve la oportunidad.

Porque sus palabras son como una bofetada en toda la cara.

Tragedia es una palabra curiosa para lo que ha ocurrido. Parece demasiado clínica, demasiado fría. Por otra parte, ¿cuál es la forma correcta de hablar de cómo sacan a tus padres del coche y los asesinan delante de ti?

Me muerdo la lengua para evitar que me rueden las lágrimas. De ninguna manera voy a llorar delante de ella. —Golpe bajo, Kat.

Suspira y me agarra las manos. —Te quiero, lo sabes. Y yo solo... No quiero verte atrapada en el pasado, Natalia. La vida ocurre *aquí*. Ahora. En el presente.

Todavía tengo la lengua un poco trabada, pero los acordes iniciales de la marcha nupcial que vienen del salón de baile me salvan de tener que pensar qué decir.

Katya vuelve a apretar mis manos entre las suyas. —Nos colaremos allí, encontraremos un par

de asientos al fondo y juzgaremos desde lejos. ¿Vale? Nada arriesgado. Además —añade—, si salimos ahora, solo llamaremos la atención. Lo mejor es mezclarnos con la multitud hasta después de la ceremonia, y entonces podremos marcharnos.

—¿Lo prometes?

Me muestra su dedo meñique. —Lo juro por el meñique, sino que me muera.

—Oh, morirás si no cumples. Me aseguraré.

Se ríe, me agarra de la muñeca y me saca del armario de los servicios. Nos unimos al último éxodo de gente que atraviesa las puertas y encontramos asientos junto a un imponente jarrón de ónice repleto de flores.

Todo el mundo se acomoda en sus sitios. Las conversaciones disminuyen lentamente.

No tardo mucho en ver a Andrey Kuznetsov. Está de pie en la cabecera del pasillo, con un aspecto imposiblemente enorme e imposiblemente hermoso. Una montaña de carbón, con unos ojos demasiado brillantes para ser reales. Me estremece el recuerdo de sus labios sobre los míos.

—Maldición, ¿es el hermano de Viktor? —Katya interrumpe mis pensamientos culpables—. Olvídate de Leo; quiero uno de esos, por favor.

Es extraño lo instantáneamente que se me ponen los pelos de punta. No tengo ningún derecho sobre ese hombre. Entonces, ¿por qué me importa que Katya se sienta atraída por él?

No me importa, me digo con firmeza. *No me importa en lo más mínimo.*

Por suerte, Katya se distrae rápidamente con la entrada de la novia. —Dios mío, mira su vestido. Mi maldita abuela la habría animado a enseñar un poco más de piel. ¿Es la novia o una monja?

La fulmino con la mirada. —¡Silencio!

Katya pone los ojos en blanco, pero guarda silencio mientras la novia es llevada al altar por su padre bajito y calvo. La gente se pone en pie mientras yo intento darle sentido al pequeño bulto que se me está formando en el pecho.

¿Qué demonios es eso?

Solo me doy cuenta cuando mis dedos buscan instintivamente el medallón que llevo al cuello.

Nunca tendré esto. Un padre que me lleve al altar, alguien que me entregue.

Tragedia. Otra vez esa palabra.

Cada vez la odio más.

La novia parece una violeta marchita. Está pálida como la nieve, con el pelo rubio fresa peinado en un moño apretado.

—Estamos entrando en territorio pedófilo —se burla Katya—. Parece que tiene como doce años.

Viktor parece aburrido mientras acepta la mano de su futuro suegro. Entonces, empieza la ceremonia. Katya se muerde las uñas mientras el oficiante pronuncia los votos matrimoniales

más insípidos de la historia.

—¿Crees que está a punto de terminar? —susurra Katya.

—Eso espero, sinceramente.

Ella asiente una vez, sus ojos azules brillan un poco más. En el altar, el oficiante entra en la recta final. —Viktor Kuznetsov, ¿tomas a esta mujer como legítima esposa?

Otra inclinación de cabeza, como si Katya se estuviera preparando para algo. Me deja una sensación de hundimiento en el vientre.

—Kat…

Viktor abre la boca: —Yo...

—¡ME OPONGO!

Me quedo mirando la espalda de Katya, con la mandíbula literalmente colgando hacia el suelo.

No soy la única. La multitud se retuerce en sus sillas.

Y así, sin más, Katya se ha robado el show.

Todos los ojos están puestos en ella, incluidos los de Viktor.

—¿Katya...? —tartamudea incrédulo, mientras su novia se aparta como si corriera peligro de desmayarse en cualquier momento.

—¡Viktor Kuznetsov es un mentiroso y un tramposo! —Katya continúa en voz alta. En lugar de dejarse disuadir por las miradas sobre ella, es como si el público le diera vida—. Merodea por la ciudad de noche, en busca de su próxima conquista. Y, créanme, ¡ha hecho muchas!

Andrey Kuznetsov es el único que parece remotamente tranquilo durante este brusco desvío que ha tomado la boda. Su ceja se arquea mientras mira a Katya con puro y ácido desdén. Luego, mira hacia la izquierda y hace un gesto con la cabeza a alguien a quien no puedo ver. Supongo que Katya dispone de unos diez segundos antes de que la saquen de aquí como la intrusa loca que es.

La cuestión es, y lo sé por experiencia, que Katya puede hacer mucho daño en diez segundos. Resulta que ni siquiera necesita tanto tiempo.

—Viktor tiene una amante secreta —grita—. Está embarazada de él. Y está *ahí mismo*.

Parpadeo y miro a Katya, que por alguna razón inexplicable señala en mi dirección.

De hecho, miro por encima del hombro para ver a esa amante embarazada que, al parecer, ha traído para humillar a Viktor.

Pero no hay nada detrás de mí, salvo un jarrón de ónice lleno de calas.

Y entonces es cuando me doy cuenta.

Se supone que *soy* la amante embarazada.

A *mí* me está señalando.

Soy la idiota ingenua que se dejó enredar en la estratagema de venganza de Katya.

Antes de que pueda intervenir y corregir su mentira, Andrey Kuznetsov baja de la plataforma elevada. Ya no parece desinteresado ni tranquilo.

Ahora, parece *molesto*.

Esos etéreos ojos plateados se posan directamente en mí y gruñe tres aterradoras palabras por el micrófono. —Seguridad... No las dejen escapar.

ANDREY

Uno de los esbirros imbéciles de Viktor es el primero en llegar hasta ellas. Agarra a la pequeña *lastochka* por el brazo e, incluso desde donde estoy en el altar, puedo ver cómo hace una mueca de dolor.

—¡Con cuidado, *mudaks*! —digo desde el otro lado de la habitación.

Leif aparece a mi lado. —¿Cómo quieres que me ocupe de esto, señor?

—Di a esos gorilas inexpertos que vigilen a las dos mujeres hasta que acabe la recepción. Yo me ocuparé entonces.

Leif hace una reverencia y sale corriendo a hacer lo que le ordené. Me vuelvo hacia mi hermano y su casi novia, que parecen no tener ni idea de qué hacer a continuación. Sea lo que sea lo que les pasa a esas mujeres, estoy bastante seguro de que es culpa de mi hermano.

Como siempre, me toca a mí limpiar su desastre.

Así que me vuelvo hacia la multitud y esbozo una sonrisa falsa. —¿Qué es una boda rusa sin un poco de drama?

La multitud se ríe y se rompe la tensión. Asiento con sombría satisfacción y miro al sacerdote. —Padre Nevsky, continúe, por favor —bajo la voz—. Pero rápido. Déjate de tonterías.

En cuanto termina la ceremonia, sin más interrupciones, gracias a Dios, Viktor se muestra de repente muy interesado en hacerse el anfitrión simpático, ignorando mis intentos de establecer contacto visual con él. Sabe que, en cuanto lo tenga en mis garras, lo espera la patada en el culo de su vida.

La multitud me rodea mientras nos dirigimos colectivamente hacia la recepción. Gente pidiendo favores, haciendo cumplidos u ofreciendo regalos en forma de alianzas y la mano de sus hijas en matrimonio.

No es más que mierda sobre mierda sobre mierda, hasta el final. Todo este día ha sido un puto desastre, desde el espía adolescente de Nikolai hasta la debacle del ascensor con la colada, pasando por los continuos intentos de mi hermano de bajar el listón de lo poco que espero de él.

Pero eso es lo que implica ser *pakhan* de la Bratva Kuznetsov: tratar con nada más que mierda.

Así que esquivo con elegancia las propuestas de matrimonio, negocio con nuevos socios y

vuelvo a conectar con los antiguos. Gestiono mi imperio con una conversación agotadora sobre otra.

Pero, una hora más tarde, espío a Viktor merodeando en un rincón con una botella de ginebra en la mano y decido que no dejaré que me eluda por más tiempo.

Lo arrincono junto a los frescos de la pared y le arranco la botella de la mano.

—Un poco pronto en el matrimonio para dejarse llevar por la bebida.

Pone los ojos en blanco, aunque cada uno parece ir en una dirección distinta. —Agradece que no haya estado borracho en la ceremonia. Entonces sí que necesitaba una botella.

—¿Vas a decirme de qué se trató todo eso?

Su mirada está fija en la botella que acabo de confiscarle. —Te lo diré si me entregas la ginebra.

Le clavo una mirada que lo hace encogerse contra la pared. —¿Qué te hace pensar que esto es una negociación?

Tose nerviosamente. —No es culpa mía, ¿bien?

—Nunca lo es. Responde a la pregunta.

—La rubia se llama Katya —dice con un suspiro cansado y fingido—. No es nadie. Solo una mujer a la que me tiré durante unas semanas... o, mierda, quizá fueron meses... Ahora no me acuerdo. Solo está enfadada porque la dejé tirada.

—¿Y la morena?

—¿Cuál? —se encoge de hombros mientras se me acelera el pulso—. Nat, algo. ¿Natalia algo? ¿Natalie? No me acuerdo. Es amiga de Katya, por lo que sé. Y no puede estar embarazada de mi hijo porque nunca me la follé. Aunque, créeme, lo intenté. Incluso le sugerí a Katya la idea de hacer un trío, pero me rechazó de plano. Ni siquiera...

—Basta —escupo, mirando a mi hermano con asco—. Dios, eres jodidamente patético.

Se incorpora hasta alcanzar su estatura completa, aunque se tambalea un poco sobre sus pies. —Esto es lo que soy. Es lo que siempre he sido —luego, se desploma y mira miserablemente a su alrededor, a las rutilantes fiestas que se han organizado en su honor—. Nunca quise nada de esto.

—Deberías haberlo pensado antes de fijarte en Mila Obnizov.

—No me fijé en ella, solo quería follármela. Hay una diferencia.

—¿“Solo querías follarte” a la hija de mi mejor contrabandista? Viktor, ¿en qué estabas pensando? ¿No ves que eso es problemático?

—Era virgen, hermano —dice, como si esa fuera toda la explicación necesaria—. ¿Sabes lo raro que es encontrar una hoy en día? Es un puto unicornio en un mar lleno de burros. Tenía que tenerla. Solo una vez.

—Y ahora, la tienes para toda la vida. *Pozdravleniya*.

—El polvo ni siquiera valió la pena. Hay unicornios que no merece la pena montar —su mirada se desvía hacia su nueva esposa, que está sentada sola en la mesa principal, con cara de desear estar en cualquier otro sitio.

—¿Has hablado con Obnizov?

Viktor asiente. —Ya le expliqué que Katya es una loca de mierda. Parecía satisfecho.

—¿Y tu novia?

—¿Y mi novia?

—¿Le explicaste la situación?

Niega con una risa burlona y escupitajos de ginebra le salpican los labios. —¿Por qué demonios iba a hacerlo? Tengo que mantener contento a su maldito padre porque es importante para la Bratva. No tengo que mantenerla contenta a ella.

Solo esta conversación basta para que sienta lástima por Mila Obniz. No, en realidad, ahora es una Kuznetsov.

Olvida las felicitaciones; hay que dar el pésame.

—Sin embargo, tienes que mantener el statu quo —gruño—. Estoy harto de limpiar tus desastres.

—Oye, me casé con la zorra, ¿no? Tal como me pediste —me roba la botella de ginebra de la mano y bebe un largo trago que acaba goteando por un lado de la barbilla. Se lo limpia con la manga de la chaqueta—. Parece que Otets no se ha molestado en venir.

—¿Qué más te da si Slavik está aquí o no?

—Me da igual. Solo lo digo.

Viktor nunca superó su desesperación por la aprobación de nuestro padre. Nunca fue lo bastante perspicaz para darse cuenta de que, por la naturaleza inmutable de su condición de segundo hijo, nunca iba a significar una mierda para Slavik Kuznetsov. Se tomó la falta de atención como algo personal, sin tener ni idea de que él se llevó la mejor parte del trato.

Yo fui el que salió jodido.

Tengo las cicatrices que demuestran lo desafortunado que es que Slavik Kuznetsov se interese por formarte como hombre.

Mientras yo sangraba y sufría en el suelo, a los pies de mi padre, Viktor se follaba a media Nueva York pensando que eso era un logro.

Y, después de que Slavik huyera del país en mitad de la noche, sin previo aviso y sin dejar tras de sí más que una nota garabateada y una estela de incendios de contenedores para que yo apagara, me tocó a mí mantener a raya a Viktor.

Pensé que merecía un voto de confianza.

Empiezo a pensar que he sido demasiado blando con él estos últimos años.

Viktor me ofrece la botella, pero niego con la cabeza. —Uno de nosotros tiene que estar sobrio para esto.

—No veo por qué —dice con una risita desquiciada—. La única forma de superar una boda es estar borracho. Sinceramente, no sé por qué alguien se sometería a esto... —se interrumpe. Sus ojos se desvían hacia mí—. Bueno... tú lo hiciste.

—Nunca me casé —le recuerdo bruscamente.

—Pero lo habrías hecho —siempre es más valiente cuando está borracho. De ninguna manera se atrevería a sacar este tema si estuviera sobrio—. Siempre sentí curiosidad: ¿qué tenía María? ¿Tenía una especie de coño de oro, o...?

En un instante, Viktor está balbuceando, con los ojos saltones como los de un sapo, mientras le corto la tráquea de un codazo en la garganta. Sigue intentando palabras ahogadas, pero ya no le escucho hablar.

—Estás jodidamente borracho —siseo—. Es vergonzoso. Si quieres seguir ostentando el título de Kuznetsov, será mejor que te limpies y empieces a actuar como tal. Mira a tu alrededor: ¿ves a alguno de mis hombres comportándose como un puto chiste?

Suelto un poco de la presión sobre su cuello para que pueda respirar. Unos cuantos invitados se han dado cuenta del alboroto, pero los más listos miran hacia otro lado.

—Me he cansado de poner excusas por ti, Viktor. Ya no eres un niño. Contrólate.

Me despego de él y lo dejo allí, lamiéndose las heridas. Cualquiera que tenga una pizca de sentido común se aleja de mí.

—Jefe... —Leif se acerca a mí desde la barra de cócteles, con expresión adusta—. Tengo noticias. Las chicas que pediste a la seguridad de Viktor que detuvieran, han... han...

—Escúpelo, Leif —digo con voz ronca—. No estoy de humor para juegos de adivinanzas.

—Se han escapado —termina en un susurro entrecortado.

—¿Cuatro soldados no pudieron mantener vigiladas a dos mujeres civiles?

Leif me mira. *¿Qué esperabas de los matones de Viktor?* —¿Debería poner a unos cuantos hombres tras su pista? No pueden haber ido muy lejos.

Podría dejarlo así ahora mismo. La rubia no era más que una conquista despechada del pasado de Viktor y la morena, Natalia, recuerdo, saboreando su nombre, era una compinche desventurada. Ninguna de las dos tenía relación alguna con Nikolai Rostov, y ninguna está embarazada de un Kuznetsov.

Entonces, ¿qué importa que ya no las tenga bajo custodia? ¿Qué importa que se hayan escapado?

En muchos sentidos, es lo mejor. Pueden desaparecer y yo puedo dedicar mi atención a cosas más importantes. Como aplastar los últimos restos de la moribunda Bratva de Nikolai Rostov.

Y sin embargo...

—Encuéntralas —ordeno—. Y si hay que elegir entre la rubia y la morena... tráeme a la morena.

NATALIA

—Estoy demasiado vieja para esta mierda.

Resulta que los contenedores de basura no son tan buenos escondites como pensé al principio. No creo que mil duchas me libren del hedor que rezuma ahora mismo. Mi alma olerá a verdura podrida mucho después de que atraviese las puertas del cielo.

Llevo en este contenedor un minuto, dos como mucho, pero me parece una hora. Quizá un siglo.

Pero me obligo a quedarme quieta hasta que pasan las sirenas y vuelve el bullicio normal de la ciudad.

Entonces, incapaz de soportar este infierno ni un segundo más, abro de un empujón la tapa y salgo a tientas.

Mi pie se engancha en el borde y caigo de bruces en un charco de algo repulsivo, porque claro que lo hago. Después de otro minuto de gemir de dolor y miseria por lo que se ha convertido mi día, salgo del líquido misterioso y vuelvo a ponerme sobre mis pies tambaleantes.

Los peatones me miran al pasar por el callejón. Pero solo en Nueva York la visión de una mujer demacrada, temblorosa y desaliñada saliendo de un contenedor de basura no inspira casi ninguna reacción.

Busco mi bolso por instinto. Es entonces cuando recuerdo que no tuve tiempo de coger el bolso antes de que Katya y yo les diéramos una patada en las pelotas a nuestros guardias y atravesáramos corriendo la puerta de la celda temporal (también conocida como una pequeña habitación para el personal, sin adornos, junto al armario de los servicios) a la que nos llevaron luego de echarnos de la ceremonia.

Quiero gritar y desahogarme. Estoy tan desbordada de mierda que no me importaría que toda la puta ciudad me viera perder los papeles.

Pero no tengo la resistencia para eso. Solo puedo agachar la cabeza con abyecta miseria.

Mi maldito carnet de identificación estaba en ese bolso. Mis llaves. Mi cartera. Mi tarjeta del metro. Mi teléfono. *Mi vida*.

Ahora estoy varada en el culo del centro de Manhattan, apestando a col agria, y no tengo ni dos céntimos.

No solo perdí mi bolso y mi dignidad, sino también a mi amiga. En algún momento del ajetreo de la persecución, me di cuenta de que Katya ya no estaba detrás de mí.

Ni siquiera estoy segura de que me importe ahora mismo. Aunque "amiga" es un poco exagerado después de la maniobra de esta noche. Kat está a prueba. Quizá sea mejor que me encargue yo sola de lo último de esta noche.

¿Cómo?

Mi mejor plan es saltar el torniquete y volver a casa en metro. Tardaré una eternidad y media, pero no estoy precisamente nadando en opciones.

Lo primero es lo primero: tengo que mear.

Termino en el bar de mala muerte de la esquina, porque parece el tipo de establecimiento que me aceptará en mi estado y olor actuales. Como era de esperar, nadie me detiene cuando entro silbando alegremente, fingiendo que mi noche va exactamente como pretendía.

Primero me dirijo al cuarto de baño, que apesta tanto como el resto del lugar. Sinceramente, puede que mejore el aroma. Una vez he orinado, me detengo ante el espejo. Está rayado y grafiteado hasta la mierda, claramente haciendo su mejor esfuerzo solo para devolverme un reflejo turbio. Menos mal. Quiero decir, ¿de verdad quiero verme claramente ahora mismo?

Lo poco que puedo ver parece bastante desolador. Una cosa es segura, ya no voy a alquilar este vestido: lo compré. Ciento cincuenta por un vestido que nunca podré volver a ponerme.

Esta noche es un regalo interminable.

Por lo menos me dieron un beso.

Vuelvo por las entrañas del bar de mala muerte, con intención de salir por la puerta, pero de pronto mis piernas parecen las de Bambi tomando relajantes musculares. Los taburetes de la barra tienen muy buen aspecto.

Cinco minutos de descanso no hacen daño, ¿verdad? No hay moros en la costa. No hay matones con traje que me persigan.

Planto el culo en uno y apoyo todo mi peso en la encimera lacada de la barra frente a mí. Si no tuviera problemas de confianza muy arraigados, me quedaría dormida aquí mismo en cinco segundos. Estoy así de tensa.

—¿Estás bien, cariño?

El hombre que está sentado a dos taburetes de mí lleva una chaqueta de cuadros escoceses, y una sonrisa a la que le faltan por lo menos dos dientes. Podría tener veintisiete o setenta y siete años y nunca notaría la diferencia. Pero al menos tiene un aspecto amable. Después de la noche que pasé, las caras amables son más que bienvenidas.

—Una noche dura —admito.

—Ya veo. ¿Problemas de chicos?

Resoplo, preguntándome dónde estará Katya. Conociéndola, probablemente esté en casa,

dándose un baño caliente y planeando las travesuras del día siguiente. —Más bien problemas de chicas.

—Ah, cierto. No era mi intención asumirlo. Siglo XXI y todo eso; supongo que ahora debería tener más cuidado, ¿eh? —sonríe agradablemente.

—Oh. Lo que quiero decir es que tengo problemas de *amigas* —sacudo la cabeza—. Se suponía que hoy sería una celebración de cumpleaños divertida y relajada...

—¡Ah! ¿Es tu cumpleaños? —el hombre golpea el mostrador con el puño—. Max, tráele una copa a esta chica encantadora. Es su cumpleaños.

Mantengo la boca cerrada. Si esta es la forma que tiene el universo de disculparse conmigo por esta noche de mierda, lo acepto.

El camarero me acerca un chupito de algo ámbar. —Gracias —chocamos nuestros vasos.

—Me llamo Rory —dice—. ¿Cuál es el tu nombre, si no te importa que te lo pregunte?

—Natalia.

—Hermoso nombre para una hermosa chica —bebe un trago largo—. No te estreses, Natalia. Las noches como esta son las que acaban forjando nuestro carácter.

Lo admito, solo escucho a medias. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba un trago. Es justo lo que necesito para aguantar el resto de la noche. O, mejor aún, para borrar su recuerdo.

Rory es un hablador, y también me alegro por eso. Balbucea sin interrupción durante quince minutos y me hace un resumen completo de los últimos cincuenta años de su vida. De verdad parece ser exactamente lo que es: un hombre mayor y amable que ofrece un trago y una charla a una chica con mala suerte. Hace que me resulte sorprendentemente fácil derribar mis muros y fingir que no todo el mundo está persiguiéndome.

Tan fácil que me armo de valor para hacer lo que más odio: pedir ayuda.

—Rory, ¿puedo pedirte un favor?

Rory retrocede como si se ofendiera si no lo hiciera. —Claro, cariño. ¿Qué necesitas?

—Perdí la pista de mi monedero después de que mi amiga y yo nos metiéramos en esa pelea, y no tengo dinero para volver a casa. No estoy pidiendo limosna. Solo tres dólares para poder irme en metro. Juro por Dios que volveré mañana para devolver el dinero.

Parece divertido ante mi pequeño discurso. Luego, saca su cartera y me da un billete de veinte dólares. —¿Sabes qué? Toma esto, cómprale una camiseta a Max aquí, y usa el cambio para comprar tu pasaje. No hace falta que devuelvas el dinero. Lo llamaremos regalo de cumpleaños.

Realmente puedes encontrar cualquier cosa en los barrios de Nueva York: incluso bondad.

—No tienes por qué hacerlo.

—Insisto —dice Rory, señalando las camisetas colgadas detrás de la barra—. Elige la que quieras. Mi favorita es la que dice ***DIRTY***. O sea, “sucia” en español.

El camarero, Max, me da una camiseta XL y voy al baño a cambiarme. Es un dulce alivio quitarme el vestido sucio y ponerme la camiseta negra. Es lo bastante grande como para cubrirme el culo, aunque apenas. Vuelvo a salir y hago una pequeña pasarela en beneficio de Rory, luego le doy un beso en la mejilla.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—No te preocupes, cariño. Piensa en mí cuando te pongas esa camisa.

—¿Cómo podría no hacerlo? —me siento mejor de lo que me sentí en horas, me despido de Rory con la mano y salgo del bar mucho más ligera que cuando entré.

No estoy ni a cinco pasos de la puerta cuando una sombra cae sobre mí.

—¿Qué mier…? —me doy vuelta y me encuentro frente a dos hombres corpulentos.

El hombre de pelo largo y rubio me dedica una sonrisa calculada. —Se olvidó el bolso en la ceremonia, señorita. ¿Por qué no la acompañamos para que pueda recuperarlo?

—¿Saben qué? Quédenselo. De todas formas, les quedaría mejor.

Intento darles la espalda, pero el matón de la cabeza afeitada me agarra del brazo. —No lo creo, señora. Te vienes con nosotros.

Me dirige hacia un reluciente todoterreno negro estacionado en la acera. Suena como una bestia ronroneante, con dos faros violentamente blancos como ojos de depredador clavados en mí.

No puedo ver mucho más allá del resplandor de los faros y las ventanillas oscurecidas. Solo Dios sabe lo que hay dentro. Una vez más, tengo la sensación de que se ríe de mí.

El segundo hombre abre la puerta trasera. —Entra.

Planto los talones con fuerza. —Mi novio me está esperando —les informo—. Llamará a la policía si no aparezco.

El rubio se ríe. —Puede hacerlo. En nuestra experiencia, los novios imaginarios no suelen plantear muchos problemas.

Mi cuerpo se enfría. Saben que estoy mintiendo. Y la única forma de que lo sepan es si...

—Así que no están jugando, ¿eh? ¿Son de esos malos muy malos? —lo digo burlonamente para demostrar que no les tengo miedo.

Pero cuando el rubio responde, tengo que admitir que estoy perdiendo la batalla.

—Oh, sí —dice riendo divertido—. Somos de los malos de *muerte*.

ANDREY

Natalia Boone.

Los detalles de su vida se despliegan ante mí y casi me duermo leyéndolos. “Mundana” ni siquiera empieza a describirla.

Vive en un estudio de cuatrocientos metros cuadrados en Queens. Tiene un trabajo sin futuro en una compañía de seguros del centro. No tiene préstamos, ni antecedentes penales, ni siquiera una puta multa de aparcamiento.

Y, sin embargo, de algún modo, se las ha arreglado para aparecer en mi radar.

—¿Esto es todo lo que has conseguido desenterrar?

Shura se pasea detrás del sofá de mi habitación de hotel, siempre inquieto. —La chica está limpia, Drey. No había nada que encontrar.

Su teléfono está en la mesita junto a su bolso. Solo tardé unos minutos en hackearlo. Incluso eso fue una decepción. Aparte de un montón de mensajes y llamadas a la “tía Annie” y a la infame Katya Petrova, su círculo social está vacío.

Su aplicación Notas está llena de una lista de títulos de novelas románticas bajo el título de ***Libros para Leer en el Metro***, y una lista de compras que consta exactamente de dos artículos: vino en caja y helado de cereza con chocolate.

Desde luego, la chica parece limpia. Pura como la nieve, en realidad.

En otras palabras: demasiado buena para ser verdad.

Quizá Nikolai la eligió exactamente por esta razón.

El teléfono de Shura vibra y se acerca a la puerta. —Ya están aquí, jefe.

Le hago un gesto para que los deje pasar. Leif la acompaña, hace una breve reverencia en mi dirección y sale de vuelta al pasillo, cerrando la puerta tras de sí.

El sexy vestido verde que llevaba al principio de la noche ha desaparecido. Lo ha cambiado por una camiseta de gran tamaño que apenas le cubre el culo. Si mi inglés es de fiar, estoy bastante seguro de que en su camiseta dice “sucia”.

Es un poco redundante, teniendo en cuenta que apesta. Una mezcla corrosiva del hedor de la gran ciudad y el sudor del miedo.

—Natalia... —se estremece cuando uso su nombre—. Cuánto tiempo sin verte.

Sus ojos verdes están desorbitados mientras levanta las muñecas atadas hacia mí y me dice con desprecio. —Desátame. Ahora.

La última vez que recibí una orden fue de mi padre. De eso hace ya años.

Es un poco gracioso, casi entrañable, que esta pajarita piense que puede salirse con la suya mandándome, cuando es ella la que tiene las manos atadas.

Parece darse cuenta de lo mismo un segundo después, porque su tono se suaviza considerablemente. —Por favor.

Saco mi navaja grabada. De un tajo rápido, sus manos quedan libres.

Un segundo después, una de esas manos sale volando y me abofetea.

Retrocede de inmediato, mirando incrédula la mano ofensiva como si hubiera actuado sin su permiso.

—Ha sido una elección estúpida, Srta. Boone —le digo con rudeza. El pánico le quita el color de la cara—. La última persona que me puso la mano encima se está pudriendo en una tumba sin nombre.

Sus ojos verdes se abren de par en par. —Solo intentas asustarme...

—¿Quieres poner a prueba esa teoría?

—En realidad, no —se estremece—. No quiero problemas, ¿vale? Solo quiero irme a casa.

—Deberías haberlo pensado antes de decidir colarte en mi fiesta.

—Ni siquiera sabía... —se interrumpe, mordiéndose el labio inferior para contener el resto de su explicación—. Escucha, lo de esta noche solo ha sido un gran malentendido. Si me dejas marchar, te prometo que no tendrás que volver a verme la cara.

¿Por qué iba a aceptar eso? Esa carita tan bonita tiene mucho que ofrecer.

—Puede que te deje marchar... *si* me respondes a unas preguntas.

Se baja la camiseta como si milagrosamente pudiera hacer que le llegue a las rodillas. —¡No puedes hacer esto! ¡Es un secuestro! Y... y... Mira, no puedes retenerme aquí contra mi voluntad.

—Creo que descubrirás que la única voluntad que importa aquí es la mía —vuelvo al sofá—. Toma asiento.

—Prefiero quedarme de pie.

Encogiéndome de hombros, me siento justo delante de su bolso y su teléfono. Ella se da cuenta enseguida y les echa mano.

Deslizo sus pertenencias más cerca de mí. —No tan rápido. ¿Quieres tus cosas? Tendrás que

ganártelas —señalo el sofá con mi navaja—. Siéntate, Srta. Boone. No volveré a pedírtelo.

Se deja caer pesadamente en el sillón frente a mí. La camiseta se le sube por completo, revelando un seductor tramo de muslo interior antes de cruzar las piernas.

—¿Qué quieres saber? —intenta parecer segura y dominante, pero fracasa estrepitosamente. Veo las señales por todas partes: sus manos y labios temblorosos, sus ojos que se desvían de un lado a otro.

—¿Dónde conociste a mi hermano?

—No sé. Solo... por ahí.

Suspiro y empiezo a levantarme como si eso acabara con todo. —Si no te interesa tu libertad, entonces te dejaré...

—¡Neon Moon! —suelta—. Nos conocimos en Neon Moon.

No me jodas. Ese agujero de mierda es uno de los lugares que Nikolai usaba como mercado de carne para su "mercancía", su forma enfermiza de referirse a mujeres y niños que vendía a su igualmente enferma clientela antes de que yo pusiera fin a ese negocio.

Quizá Natalia y su amiga trabajen para Nikolai, después de todo.

—¿Vas allí a menudo?

—No voy allí en absoluto, si puedo evitarlo —escupe—. Una noche me obligó a ir mi insistente mejor amiga, porque quería que conociera al chico con el que salía.

Cruza las manos sobre el pecho, haciendo que la camiseta suba aún más. *¿Sigue llevando ropa interior o ha seguido el mismo camino que el vestido?*

—Si me hubiera escuchado cuando le dije lo que pensaba de Viktor... —no hay duda del asco que le produce pronunciar su nombre—, que es que me parecía un imbécil rico, arrogante y narcisista, ahora no estaría en este lío. Sin ánimo de ofender.

No puedo evitar reírme. —No me digas. Has dado en el clavo con mi hermano.

—Sí, bueno, sé juzgar muy bien a las personas. Excepto, al parecer, a ti.

—¿Es así? —doblo un tobillo sobre la rodilla opuesta y me reclino en el asiento—. Adelante; no dejes que te detenga. Dime lo que piensas realmente de mí.

—Me pareciste bastante simpático cuando te conocí. Frío y arrogante, claro, pero aún así la clase de tipo que acompañaría a una chica a su puerta en mitad de la noche o... o... le ofrecería un pañuelo cuando estuviera sudando... —esos ojos verdes parpadean hacia mí—. Está claro que me equivoqué. No eres un buen tipo. Eres un matón y un imbécil. Igual que tu hermano.

Inclino la cabeza hacia un lado mientras la miro. —Si mi hermano es realmente el saco de mierda que crees que es, ¿por qué has venido a esta boda?

—¡Eso ha sido culpa de Katya! —estalla—. Pensé que era una noche de chicas. No tenía ni idea de que planeaba involucrarme en su demente plan de venganza —se pone en pie de un salto—. Y, antes de que me insultes preguntando, *no*, ¡definitivamente *no* soy la amante de tu hermano, y

definitivamente *no* estoy embarazada de él!

Necesito todo mi esfuerzo para reprimir una carcajada. ¿Quién iba a decir que los interrogatorios podían ser tan divertidos?

—Así que no eres una de las muchas conquistas de mi hermano. Te felicito. Pero tu amiga...

Se queda paralizada. —Mi amiga tiene mal gusto para los hombres. Eso no es un delito —mira alrededor de la habitación del hotel—. ¿Dónde está?

—Yo me preocuparía por ti ahora mismo.

Suspira. —Oye, lo entiendo: Viktor es un hombre peligroso. Tú eres un hombre peligroso. He captado el mensaje, alto y claro. No voy a contárselo a nadie.

Me pongo en pie, sobresaliendo por encima de ella. —¿A quién se lo dirías?

—A nadie. Ese es el punto.

Acecho alrededor de la mesa de café. Ella se encoge más y más a cada paso. —¿Has oído hablar de Nikolai Rostov?

—¿Quién?

—Has pasado tiempo en Neon Moon. Seguro que surgió su nombre.

—Estuve en ese club exactamente una vez y no disfruté nada —arruga la nariz—. Los hombres me miraban como si fuera carne y las camareras tenían los ojos muertos y... —se sacude el recuerdo, que obviamente está reviviendo—. No sé quién es ese tal Nicholas, ¿vale?

—Nikolai.

—¿Ves? Ni siquiera sé su nombre.

—O simplemente eres muy buena actriz.

—Mírame. ¿Qué probabilidad crees que tengo?

Casi se me escapa una risita antes de que consiga reprimirla. —Lo admito: no mucha.

—Exacto —parece aliviada—. Ahora, ¿*por favor*, puedo irme a casa?

—Sí.

Se le cae la mandíbula. —¿Sí?

Asiento. —Te llevaré yo mismo.

El alivio de sus ojos desaparece al instante. —De verdad, no es necesario —coge su bolso y su teléfono—. Puedo volver a casa ahora que tengo mis cosas.

—Puede que no sea un hombre agradable, *lastochka*, pero tu valoración inicial sobre mí tampoco era del todo errónea. Soy el tipo de hombre que siente la necesidad de llevar a una mujer de vuelta a casa sana y salva en mitad de la noche.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay un motivo oculto en este acto de caballerosidad?

No me molesto en responder a su pregunta, aunque la respuesta obvia es que siempre hay un motivo oculto. Me limito a sonreír y a hacer un gesto hacia la puerta. —Después de usted, Srta. Boone.

Frunce el ceño, reacia a darme la espalda por completo. —¿Tengo elección?

—No —digo, soltando por fin la carcajada que he estado conteniendo—. En absoluto.

ANDREY

—Ahí está —dice—. El edificio al final de la calle.

Yo mismo lo habría visto, pero estaba obsesionado viendo cómo su rodilla rebotaba nerviosa durante los últimos quince minutos. Cuando levanto la vista, se me frunce el ceño.

—¿Aquí es donde vives? —no intento disimular mi disgusto.

—No todos podemos vivir en casas de piedra rojiza de diez millones de dólares —refuta—. Algunos tenemos que arroparnos hasta donde nos alcanza la cobija.

Shura aparca y se queda al volante mientras yo salgo del coche junto con Natalia. —Lo llamaría un agujero en la pared infestado de ratas, pero sería una falta de respeto hacia las ratas, los agujeros y las paredes.

—No seas imbécil —me golpea el brazo con el dorso de la mano.

Es un gesto tan familiar que me vuelvo hacia ella, sorprendido. Ella debe estar igual de sorprendida, porque aparta la mirada de mí, señalándome. —Bueno, en fin... Gracias por traerme. No creo que volvamos a vernos, así que...

—¿No me invitarás a entrar?

—¿Invitarte a entrar dónde?

Le respondo pasando a zancadas junto a ella y atravesando la puerta principal de su edificio. Al cabo de un momento, Natalia gime y me sigue.

Una bombilla en lo que apenas parece un vestíbulo parpadea un instante antes de pensárselo mejor y apagarse de nuevo. Bichos y roedores revolotean por el techo.

—Vamos —ordena Natalia mientras se dirige a las escaleras—. Por aquí. Te espera una caminata.

—Déjame adivinar: ¿el ascensor no funciona?

—No desde que me mudé. Pero lo bueno es que ahora tengo unas pantorrillas estupendas.

En el rellano del séptimo piso, Natalia me conduce al apartamento de la derecha, *702*. Abre la puerta y acciona un interruptor. Una luz fluorescente barata inunda el piso.

—Adelante —suspira, extendiendo un brazo para abarcar la habitación—. Juzga.

Tardo unos segundos en tomarle la medida al lugar. Los cimientos son tan vergonzosos como el resto del edificio. Paredes manchadas de agua, molduras de corona agrietadas, alféizares de las ventanas que gotean condensación turbia y de color óxido de las unidades de aire acondicionado.

Pero aquí hay vida, a pesar de todo. Una pila desordenada de libros junto a un sofá con la huella de un culo bien gastado en uno de los cojines. Estanterías flotantes con chucherías cuidadosamente ordenadas: vasos de chupito y tazas de café, bolas de cristal, acuarelas pintadas a mano.

Y fotografías. Tantas fotografías.

Despliego una foto enmarcada de una chica joven con una sonrisa de dientes separados, rodeada a ambos lados por un hombre y una mujer.

—¿Qué edad tenías en esta foto?

—Seis —murmura, sin vacilar—. Fue justo después de cumplir seis años.

Miro más de cerca. Ha heredado el aspecto de su madre: el pelo oscuro, la cara en forma de corazón, la pequeña nariz de botón. La contribución de su padre se limita a esos brillantes ojos esmeralda.

De repente, me miro las manos vacías. Natalia me ha arrancado el marco de las manos y lo ha aplastado contra su pecho. —Deja que te traiga un vaso de agua.

Lleva el marco a la cocina y lo guarda en un cajón.

Está más tranquila si tiene algo que hacer, pero incluso cuando llena un vaso de agua y lo desliza por la encimera hacia mí, está tensa.

—¿Cuándo murieron?

Se queda paralizada. La respiración le retumba en el pecho. —Tienes que irte, de verdad.

—No has respondido a todas mis preguntas.

—Pregunta cosas mejores, entonces.

—¿Tu amiga pasa mucho tiempo en Neon Moon?

Esos ojos verdes se agudizan. —Deja a Katya fuera de esto. Puede que tenga un gusto horrible para los hombres, pero eso no la hace culpable de... lo que sea de lo que la estás acusando.

—De ser espía de Nikolai Rostov.

—¿Espía? —balbucea, incrédula—. Es evidente que no conoces bien a Katya Petrova. Si la conocieras, sabrías que es la persona menos sutil del mundo. Sería una espía horrible.

—¿Petrova? ¿Es rusa?

Las mejillas de Natalia se inundan de escarlata. —Oye, ella no es... no es como tú. No forma parte de tu gente.

Rodeo lentamente la encimera de la cocina, arrinconándola contra el fregadero. —¿Y cuál *es* exactamente mi gente?

Sus ojos se deslizan hasta mi cintura, y me doy cuenta de que acaba de ver mi pistola en la funda. —Oh, Dios —susurra—. Es verdad...

—Tendrás que ser más concreta.

Su mirada se fija en la mía. —Estás en una especie de... mafia. De esas mafias rusas. Katya dijo que se llama, que... que se llama…

—Bratva.

Se le pone la carne de gallina. La luz de la luna que entra por la ventana que hay detrás de ella resalta los suaves vellos de sus brazos, cada uno de ellos erizado.

—Tu amiga parece saber muchísimo para alguien que, según tú, está completamente fuera de esto.

Aprieta la mandíbula y se levanta del lavabo. —¡Katya solo me repitió todas las estupideces que le decía *tu* hermano! —grita—. En realidad no se creía nada.

—Hasta esta noche. Cuando dos maripositas decidieron volar directamente hacia una tela de araña. Ya sabes lo que pasa cuando intentas escapar de una tela de araña, ¿verdad? —Doy otro paso hacia ella y retrocede aún más contra el lavabo—. Te agitas, luchas, gritas y suplicas. Pero cuanta más resistencia opones, más te enredas.

Intenta poner cara de valiente. —Gracias por la lección de Discovery Channel, pero yo soy más de Nat Geo.

Pongo una palma contra su delgada y temblorosa garganta. Con suavidad. Solo para sentir su pulso. —No podrás alejarte de mí hasta que yo te diga que puedes, *lastochka*.

Se queda muy quieta. Sus ojos se agitan de miedo, pero levanta la barbilla.

—Eres bueno en esto, ¿verdad? —susurra—. Amenazas. Intimidación.

—Si quieres llamarlo así.

—¿Todas tus víctimas son mujeres indefensas?

Me aprieto contra ella, sintiendo cómo sus suaves curvas se encuentran con las duras crestas de mi cuerpo. —Estoy dispuesto a apostar a que no eres tan indefensa como pretendes ser.

—¿Sí? —su aliento es cálido. Se inclina más—. No te equivocas.

De la nada, alarga la mano hacia mi funda.

Antes de que pueda detenerla, me arrebata la pistola y me apunta a la cara.

Solo puedo reírme. Me pregunto si sabe que podría desarmarla fácilmente. Bastaría con un movimiento rápido. Pero, francamente...

Me muero por saber qué hará a continuación.

NATALIA

¿En qué demonios estaba pensando?

Estoy sujetando literalmente una pistola. Una *pistola*. No solo eso, sino que está apuntando directamente a un ser humano.

Olvida la parte de que este ser humano en particular se merece con creces que lo apunten con una pistola. Sigue sin ser algo que pueda aprobar.

Desde la noche en que robaron el coche a mis padres, no he visto las armas más que como feos y negros instrumentos metálicos de muerte. La más mínima presión y *bam*, alguien pierde un padre, una madre...

Sin embargo, aquí estoy, amenazando con usarla.

"Amenazar" es la palabra clave, porque Dios sabe que no hay nada en este mundo que me obligue a apretar el gatillo.

Aún así, él no lo sabe.

—Retrocede ahora o disparo.

Los labios de Andrey se crispan, luchan contra una sonrisa. —Primera regla de la Bratva: nunca hagas una amenaza que no tengas intención de cumplir.

Tacha eso. Lo sabe.

Sin embargo, en mi desesperación, redoblo la apuesta. —Hablo en serio. Dispararé.

—¿Has oído hablar de la Primera Ley de Newton? —pregunta, conversando—. "Los objetos en movimiento permanecen en movimiento". Dispárame ahora y no se detendrá ahí. Podrías darle a un vecino del otro lado del pasillo. A un inocente del edificio de al lado. Una bala perdida puede hacer más daño del que crees.

Mantiene la mirada fija en mí. No en la pistola, sino en *mí*.

—¿O tal vez sí lo sepas? —se pregunta distraídamente. Su mirada se desvía hacia el armario donde guardé la fotografía de mis padres después de arrancársela de las manos—. Debieron de morir repentinamente. Cuando eras lo bastante joven como para verte obligada a depender de... la tía Annie, ¿quizá?

Se me revuelve el estómago. ¿Cómo demonios ha deducido tanto sobre mí tan rápido? Quizá todo sea un simple truco, parte de la ilusión de poder y control. Tal vez me ha investigado a fondo. Aunque no entiendo por qué se preocuparía por mi pasado.

—No me conoces.

Se da vuelta y se aleja de mí. *¿Cómo demonios le das la espalda a una puta pistola?* Lo sigo hasta el salón, con los brazos todavía levantados. Empiezan a temblar.

—Sé lo suficiente —mira mi colección de novelas románticas apiladas junto al sofá—. Sé que tu vida es pequeña.

Hago una mueca. Si no fuera tan directo, me sentiría insultada. Katya me acusó exactamente de lo mismo hace unas horas, y él está tan en lo cierto como ella.

—Sé que te gustan las aventuras confinadas a las páginas de historias de amor sacarinas o enjauladas a buen recaudo tras una pantalla de televisión —vuelve a caminar hacia mí, completamente despreocupado por la pistola, incluso cuando el cañón está a apenas un palmo de su pecho.

Cada palabra me atraviesa el pecho. Su boca hace más daño del que podría hacer esta pistola.

—Sé que elegiste una mejor amiga completamente diferente a ti para poder vivir indirectamente a través de ella.

Por favor, para. Por favor, para. Por favor, para. Pero instintivamente sé que está reservando el golpe más duro para el final.

—Probablemente porque estás demasiado asustada para vivir por ti misma.

Y ahí está. Si alguna vez iba a apretar el gatillo, sería ahora.

—¿Cómo te atreves? —suspiro.

Se ríe, *se ríe*, en mi cara, el muy cabrón. —¿Me equivoco?

No. Ese es el problema.

—No pasa nada, *lastochka*. Baja el arma y nadie saldrá herido.

Es fácil para él decirlo después de haber hecho tanto daño.

—No vas a disparar —añade en voz baja—. Eso lo sabemos los dos.

Podría demostrarle que se equivoca ahora mismo. Podría dispararle, solo en la pierna, nada loco, nada mortal, y ver cómo se desangra su engreída confianza.

El reloj hace tictac en la esquina. Andrey levanta lentamente la mano para coger la pistola.

—No lo hagas —susurro mientras una lágrima resbala por mi mejilla.

Sus ojos se clavan en esa lágrima, como si nunca hubiera visto algo tan ofensivo. —Suelta el arma, *lastochka*.

Un sollozo se escapa entre mis labios. Agarro la pistola con tanta fuerza que realmente corre

peligro de estallar en mi mano. Tal vez sea eso lo que quiero...

Su mano está a centímetros de la mía. Justo cuando creo que va a coger la pistola, sus dedos rozan los míos. Al final, eso es todo lo que hace falta. Un momento de contacto piel con piel y la lucha abandona mi cuerpo. Entrego el arma.

La mete suavemente en su funda antes de volver a centrar su atención en mí. —¿Estás bien?

Parpadeo estúpidamente, con las mejillas mojadas por las lágrimas. —¿Acabo de apuntarte con una pistola a la cabeza y me preguntas si *estoy* bien?

—No pierdo el tiempo con el miedo.

Puto mentiroso, quiero escupirle en la cara. *Todo el mundo tiene miedo de algo. Yo tengo miedo a las armas y a las noches lluviosas... y ahora a ti.*

Pero este hombre que tengo delante... No anda con bromas. No está fingiendo. Es inmune a todas las pequeñas cosas que me han mantenido en los mismos pequeños círculos toda mi vida.

Si solo pudiera imbuirme un poco de su confianza, un poco de su intrepidez... quizá entonces podría tener una aventura propia, en lugar de ir a cuestas de las de los demás.

—Yo no soy como tú —susurro, sin estar muy segura de lo que viene a continuación—. Pero... ojalá lo fuera.

Me roza la mejilla con la mano. —Uno de mí es más que suficiente, Natalia Boone. Lo que el mundo necesita es más de ti.

Como todo lo que dice Andrey, lo creo inmediatamente. En lo más profundo de los huesos, de las células y del alma. Me siento como un diapasón que lleva toda la vida esperando encontrar la vibración adecuada, y ahora resueno con *él*.

Empiezo a pensar locuras. Quizá, solo por esta noche, pueda ser la persona adecuada.

Alguien aventurera; alguien intrépida.

Alguien como él.

Me levanta la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos. *Azules*. Esas pequeñas motas que se esconden entre el gris, son de un azul oscuro y profundo. Nunca había visto unos ojos como los suyos.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta.

Mis labios tiemblan con el peso de todas las respuestas que debería dar. *Deberías darlas. Sería mejor para todos que lo hicieras.*

En lugar de eso, digo lo único que nunca, nunca debería decir.

—No.

Sus labios encuentran los míos, suaves como un susurro. Por un momento, me invade el aroma del whisky, y luego el calor se desliza por mi cuerpo como una segunda piel.

Me pongo de puntillas y, de repente, *soy yo* quien profundiza el beso. *Soy yo* quien agarra las solapas de su chaqueta. *Soy yo* la que aprieta mi cuerpo contra el suyo y gime pidiendo más.

Siento como si el mundo se disolviera. Se marchita a nuestro alrededor y lo único que puedo ver, oír y pensar es en él.

Mi ropa también se desvanece cuando la boca de Andrey recorre con sus besos la curva de mi garganta. No es hasta que una ráfaga de frío aire acondicionado me recorre la piel desnuda cuando recuerdo cómo hemos llegado a esta situación.

Súbitamente cohibida, me despego de él y me abrazo a mí misma. —Yo... debería ducharme antes.

Andrey está medio envuelto en sombras. —No —me roza los pechos del mismo modo que me rozó la mejilla. Hay una ternura en su tacto que me sorprende—. Cuando acabe contigo, solo olerás a mí.

Suena como una amenaza, pero mi piel chisporrotea de adrenalina. Mi mano se mueve hacia él, desesperada por establecer algún contacto, por tomar las riendas de alguna manera.

Pero cualquier confianza que tenga se derrite ante la suya.

Se libera de la ropa. Ya sería bastante abrumador si solo estuviera cincelado, o solo bronceado y tatuado, o solo ese equilibrio perfecto de pecho peludo y piel reluciente, que cualquier actor de anuncio de perfumes mataría por emular.

Pero, cuando veo con qué equipo trabaja, mi cerebro literalmente hace cortocircuito.

—No puedes hablar en serio —murmuro.

Andrey sigue mi mirada hacia abajo y sonríe. —No tengas miedo. No te haré daño.

Me empuja de nuevo hacia el sofá y luego está encima, hundiendo su peso en mí, caliente y pesado. Soy insoportablemente consciente de una cosa y solo de una: lo absoluta, completa y descaradamente mojada que estoy.

Andrey también se da cuenta, cuando arrastra un solo dedo entre mis piernas y lo sube para examinarlo. —Tan jodidamente dulce —murmura mientras se chupa su propio dedo.

Mi cerebro está totalmente derretido y gotea por mis oídos ahora, aparentemente, porque todo lo que puedo reunir es un entrecortado: —*Mojada*.

Se ríe de nuevo. —Ni siquiera te has acercado a lo mojada que estarás —promete.

Hace cinco minutos, te habría apostado cada céntimo que he ganado a que Andrey era un amante egoísta. Un amante de los de *tomo lo mío y jódete*.

Habría perdido esa apuesta.

Porque, cuando se desliza entre mis piernas, me separa bruscamente los muslos y me devora el coño como si fuera el último bocado que se va a llevar a los labios, me demuestra que estoy muy, muy equivocada.

Me agito y gimo mientras me lame la raja de arriba abajo y me rodea el clítoris con movimientos

amplios y deliciosos. Ambos estaríamos en el suelo si no fuera porque sus enormes manos me sujetan por la cintura y me mantienen atrapada en el sitio.

Entonces, desliza dos dedos dentro de mí y me corro.

De alguna manera, dura una eternidad y un milisegundo al mismo tiempo. Sea lo que sea, aún siento un hormigueo de réplicas cuando se levanta para atraparme en un beso con la boca abierta. Puedo saborearme en él; nunca había estado tan caliente.

—Podría no comer nada más que a ti el resto de mi vida —gruñe.

Sin esperar mi respuesta, alinea su polla y se desliza dentro de mí.

Tenía razón en otra cosa: tan mojada como estaba antes de que me penetrara, ahora estoy diez veces más mojada. Mi deseo recorre el interior de mis muslos, y no hay resistencia cuando me separo para él.

Antes parecía enorme. Ahora se siente aún más grande.

Tres embestidas y ya estoy a punto de explotar de nuevo. Mis dedos se clavan en sus hombros cuando cada embestida me arranca otro gemido. Durante toda mi lamentable vida sexual, he reprimido mis ruidos, demasiado temerosa de parecer tonta para dejarlos salir.

Pero Andrey no me da opción.

Si no gimo, implosionaré como una estrella moribunda. Así que, mientras me folla contra el sofá, con más fuerza, más rapidez y más brutalidad a cada segundo que pasa, no puedo hacer otra cosa que gritar al techo.

Lo siento, vecinos: estoy a punto de correrme más fuerte que nunca. Tendrán que perdonar el jaleo.

No hay un solo músculo que pueda mover sin el permiso de Andrey. Me tiene totalmente abierta y a su merced. Y, mientras *me corro y me corro y me corro y me corro y me corro y me corro*, me doy cuenta de una horrible verdad.

Me *gusta* que me haga suya.

Sigo jadeando cuando se desata en lo más profundo de mi ser, y se retira de inmediato.

Su cuerpo desaparece y el aire frío me invade. Me rodeo con los brazos hasta que me envuelvo en un pequeño ovillo y pierdo todo el calor mientras Andrey busca su ropa en el suelo. Busco la manta más cercana para cubrirme.

Estoy completamente sola en mi claridad post-sexo porque Andrey de alguna manera ya está vestido, totalmente impecable una vez más.

Una simple mirada en mi dirección lo deja muy claro...

Algo ha cambiado.

La plata de sus iris se ha convertido en acero. No queda ni un ápice de suavidad en las líneas de su rostro mientras me mira fijamente, frío y despiadado.

—¿Es esto, entonces? —ojalá no sonara tan amarga, pero no soy tan capaz de controlar mis reacciones como él—. ¿Conseguiste lo que querías de mí y ahora terminaste?

Le brillan los ojos. —Dijiste que no tendría que volver a verte después de esta noche.

—Así es —odio cómo mi voz se tambalea más por el dolor que por la ira—. Esto ha sido un gran error. Cuando salgas por esa puerta, podré olvidar que has existido.

Aquellos ojos glaciales no traicionan nada mientras mete la mano en la cartera y saca un par de billetes de cien dólares.

Arroja el dinero sobre mi mesita y se dirige a la puerta.

Ni siquiera tengo palabras para lo que se siente. *Follada, pagada y abandonada como una puta barata.* Si solo acabara ahí.

Pero se detiene en el umbral de la puerta, el resplandor parpadeante de la luz del pasillo ilumina la mitad de su rostro, y dice una cosa más para asegurarse de que el daño es completo.

—Yo ya me he olvidado de que existes.

Solo entonces se va por fin.

ANDREY

Había que hacerlo.

Natalia me miraba como si quisiera prepararme la cena y contarme su día. Me miraba como si quisiera que me quedara.

Mientras bajo siete tramos de escalera, iluminada por bombillas desnudas y parpadeantes, me digo una y otra vez que la fría crueldad era lo único que podía corregir sus ilusas nociones de quién cree que soy.

No el hombre al que le preparas la cena.

No el hombre con el que compartes tu día.

No el hombre al que pides que se quede.

Me digo que lo hice por ella. Pero la verdad es que, en el momento en que tropezó conmigo, con los ojos brillantes de esperanza y los labios fruncidos en una tímida sonrisa, percibí el peligro.

Follármela no la sacó de mi sistema como supuse que lo haría.

Al contrario, cuando bajó de su orgasmo, agarrada a mis brazos, mi sudor cubriendo su piel, mi semen goteando de ella, y mi promesa cumplida porque ella *sí* olía a mí, *solo* a mí, todo lo que pude pensar fue...

Quiero más.

Habría bastado muy poco para convencerme de que me quedara. Precisamente por eso tuve que marcharme.

Porque la última vez que decidí quedarme llegué a conocer a la mujer que se ocultaba tras esa bonita sonrisa. Y ahora, no puedo pensar en esa sonrisa sin pensar también en sus labios fríos y grises la última vez que la besé.

Perdóname, María.

Shura está sentado pacientemente en el todoterreno cuando salgo a la acera iluminada por la luna. Me apetece fumar, pero, si lo hago, Shura sabrá que me pasa algo. Es una señal de que tengo algo en mente, y no estoy de humor para hablar de esta mierda. De nada.

Aun así, Shura me mira con curiosidad cuando subo al asiento del copiloto. —Has tardado más de lo que esperaba. Supongo que supiste algo.

Controlo mi expresión. —Parece estar limpia. ¿Has encontrado algo más?

Levanta el teléfono. —No mucho. Perdió a sus padres cuando era joven. Les robaron el coche.

Miro hacia la ventana del séptimo piso, que sé que es el salón de Natalia. Una sombra parpadea tras las cortinas.

Lleva bien la tragedia, todo sea dicho.

—Puedo seguir indagando en sus antecedentes —continúa Shura, apartándose del bordillo—. Sin duda, encaja en el perfil habitual de Nikolai: solitaria, aislada, sin familia.

—¿Cuál sería su motivación?

Se encoge de hombros. —Dinero. Como todo el mundo. Mira esa pocilga en la que vive; es evidente que lo necesita.

—Por ahora, es un callejón sin salida. Me interesa más el chico que Nikolai envió para espiarme.

—Está retenido en la casa de Moir.

Es tarde para seguir trabajando, pero necesito la distracción. De todas formas, no hay ninguna puta posibilidad de que pueda dormir esta noche. —De acuerdo. Vamos.

Shura cambia de rumbo y, treinta minutos después, estamos entrando en una zona tranquila del Upper West Side. No es el tipo de lugar que nadie esperaría para esconder secretos y rehenes, que es exactamente por lo que lo utilizamos.

Shura entra en un garaje subterráneo. La puerta se cierra detrás de nosotros, atrapando hasta el último sonido que resuena entre las paredes. Salgo del vehículo y atravieso una puerta que se adentra en el sótano.

Al pie de la escalera, Anatoly ronca suavemente. Tiene las piernas estiradas y la cabeza colgando del respaldo de una silla de plástico.

Está frente a otra silla. En ella hay un adolescente escuálido con el pelo castaño oscuro revuelto y unos ojos azules vagabundos que me buscan en cuanto entro en la habitación. Tiene un moratón morado que le sube por la mandíbula y sangre seca alrededor de la nariz.

Blyat'. Es un niño.

Despierto a Anatoly de una patada y vuelve en sí con un resoplido. —Jefe —murmura poniéndose en pie y abandonando la silla.

Lo despido con una inclinación de cabeza y arrastro la silla hacia el chico. La giro y me siento a horcajadas sobre ella. —¿Tienes nombre, chico?

Frunce el ceño. —No soy un chico.

Resoplo. —Mi tía Olga tiene más vello facial que tú —su ropa está rasgada por partes, revelando lo delgado y desnutrido que está. Veo costillas a través de los desgarros de su camisa, como un

perro callejero apaleado—. Esto será mucho más fácil si cooperas.

—No soy un soplón.

—Admirable —concedo con un movimiento de cabeza—. Pero, en última instancia, estúpido. Sobre todo, si eres leal a escoria como Nikolai Rostov —el nombre de Rostov provoca la reacción deseada; el chico se estremece y aparta la mirada con culpabilidad—. No vendrá a buscarte, ¿sabes? Probablemente ya se ha olvidado de que existes.

Las palabras que le dije a Natalia, *mis* palabras, vuelven a resonar en mi cabeza y me cuesta todo lo que tengo no hacer una mueca. *Ya me he olvidado de que existes*.

—No espero que me rescaten —sisea el chico—. Puedo cuidar de mí mismo.

—Desde luego, lo estás haciendo muy bien ahora mismo.

Otro ceño oscuro. De algún modo, lo hace parecer más joven. —Adelante, mátame entonces. No tengo miedo a morir.

—Inteligente. Tener miedo a la muerte es una pérdida de tiempo —me pongo en pie y alejo la silla de una patada—. Pero el dolor... Ahora bien, el dolor es algo totalmente distinto.

Sus ojos azules se tambalean hacia mí. Le tiembla la mandíbula. Y entonces... —Haz lo que puedas.

Tengo que reconocérselo al chico: tiene un par de pelotas.

—¿Sabes quién soy?

—Sí —la palabra sale aguda y con odio—. Andrey Kuznetsov. He oído lo suficiente para saber que no me gustas.

—Ah, ¿sí? Siento curiosidad. ¿Qué has oído hablar de mí?

El chico cierra la boca, como si acabara de darse cuenta de que ha dicho demasiado. Se queda mirando el suelo de piedra en silencio.

—Vamos —le digo—. No herirás mis sentimientos.

Shura da un paso hacia la habitación, haciendo crujir los nudillos. —Podría aflojarle la mandíbula por ti, Drey.

Hago como que reflexiono. —Puede que sea más listo de lo que parece. Quizá no necesites cambiarle la cara antes de que se dé cuenta de que está librando una batalla perdida.

—No me dan miedo —dice el chico—. Ninguno de ustedes.

La verdad es que le creo. Este chico ha pasado por mucho. Conozco el aspecto de las quemaduras de cigarrillo que tiene en la cara interna de los antebrazos: Dios sabe que no se las ha hecho él mismo. La hilera de quemaduras está demasiado ordenada para haber sido un accidente.

—Me parece bien. Shura, es todo tuyo —empiezo a alejarme.

No llego lejos antes de que la voz del chico resuene contra las paredes de piedra. —¡Espera...!

Me giro, rezumando desinterés. —¿Sí?

—¿Q-qué vas a hacer conmigo? —en cuanto pronuncia las palabras, da un respingo. Parece furioso consigo mismo por tartamudear.

—Aún no lo he decidido —digo sinceramente.

—¿No vas a matarme?

—Hoy no —me vuelvo hacia Shura y Anatoly—. Quiero que mañana lo trasladen a mi finca. No tendrá libertad en el terreno, pero asegúrense de que lo asean y le dan una comida adecuada.

Anatoly arquea una ceja. —¿Seguro que quieres desperdiciar una buena comida en esta rata callejera? Es un hombre muerto andando.

—Misha.

Los tres nos volvemos hacia el chico. —¿Qué ha sido eso? —le pregunto.

Sus ojos azules están fijos en los míos, nivelados y sin miedo. —Me llamo Misha.

—Entonces tengo una pregunta para ti, Misha. Una que no requiere que te conviertas en un soplón —parece desconfiado, pero no dice nada—. ¿Te suena el nombre “Natalia Boone”?

La falta de reacción dice que no.

—¿Y Katya Petrova?

Sacude la cabeza.

Maldición. Esperaba encontrar una razón que justificara volver a visitar a la pequeña *lastochka*, pero parece que realmente es un callejón sin salida.

Menos mal. Ya tengo bastante con mis mierdas. Puede que haya detenido por el momento el comercio de pieles de Nikolai Rostov, pero eso no significa que lo haya detenido a *él*.

Estamos muy lejos del final de esta historia.

NATALIA

TRES MESES DESPUÉS

Tengo que reconocer que Kat lo intenta.

Aparte de encadenarse a la puerta de mi apartamento como una activista del cambio climático, ha hecho todo lo posible por enmendar su error, bueno, errores, múltiples, de la noche del fiasco de la boda de Kuznetsov.

Me ha enviado flores, bombones y productos para el cuidado de la piel. Incluso compró una edición especial de *Cumbres Borrascosas* que yo tenía en mi lista de deseos desde hacía años. Después de cerrarle la puerta en las narices y decirle que mi perdón no podía comprarse y que nuestra amistad necesitaba desde hacía tiempo una pausa y una seria reevaluación, apareció con un radiocasete amarillo neón y una pila de enormes tarjetas de memoria. Mientras la canción "*Iris*" de The Goo Goo Dolls sonaba a todo volumen por los altavoces, ella volteaba una gran tarjeta tras otra, al estilo de Realmente Amor.

Sé que he sido una mala amiga.

Sé que soy una perra testaruda con mal juicio.

Sé que crucé una línea y me arrepentiré para siempre.

Llevé las cosas demasiado lejos y siento haberte arrastrado a ello.

Ahora solo puedo quedarme aquí y prometer que lo haré mejor.

Que seré mejor.

Seré el tipo de amiga que te mereces.

Por favor, Nat, perdóname.

Reconozco que eso me ablandó un poco.

Me hizo falta mucho valor y determinación para cerrar la ventana a la serenata y apagar las luces.

La música se apagó un minuto después y ella empezó a gritarle a mi ventana. —¡Por favor, Nat! ¡Háblame! Dejaré que me des un puñetazo en la cara si con eso quedamos en paz.

Solo aflojó cuando la Sra. Drummond del 501, esa vieja bruja cascarrabias, abrió la ventana para gritar—: ¡Hay gente intentando dormir aquí! Dejen el drama para la luz del día, lesbianas locas.

Observé desde las sombras cómo Kat recogía sus pancartas y su radiocasete y se iba calle abajo.

Durante todo el día siguiente, mi mano no dejó de desviarse hacia el teléfono. *Llámala. Perdónala. Vuelve a las andadas.*

Pero no había vuelta atrás. El dolor de mis muslos, incluso cuando se desvanecía, me recordaba que las cosas habían cambiado de un modo permanente. Así que quizá sea a Andrey a quien tenga que agradecer esta nueva obstinación mía.

Lo veo por todas partes en mi apartamento. Mirando mis fotos. Acorralándome junto al lavabo.

Follándome en mi sofá de segunda mano...

Ya ni siquiera disfruto sentándome allí. En parte porque ahora huele a él. Pero también por lo que me costaron esos pocos minutos de supuesta "valentía".

Mi orgullo.

Mi dignidad.

Mi negación.

Y lo peor de todo...

Mi menstruación.

No tengo que echar un vistazo al calendario ni consultar la aplicación del ciclo menstrual en mi teléfono para saber que, desde ayer, he perdido no uno, ni dos, sino *tres*, los he contado, *tres* períodos.

Lo que significa que, o bien estoy en la menopausia precoz a la madura edad de veintisiete años. O...

Estoy embarazada.

Pasé el primer mes en un estado de feliz ignorancia. Pasé el segundo mes en completa negación. Ahora, aquí estamos, mes número tres, y acabo de salir tanto de la ignorancia como de la negación.

Por eso mi compra semanal en el supermercado incluye seis pruebas de embarazo, todas las cuales prometen ofrecer resultados con una precisión del noventa y nueve por ciento. Una incluso me asegura que emitirá un alegre tintineo cuando el resultado esté listo. Justo lo que necesita esta tragedia: un tema musical.

En realidad, es culpa mía. ¿Por qué demonios creí que ser valiente iba a merecer la pena? No soy la heroína de una novela gótica; pertenezco al mundo real, donde hay consecuencias reales.

Ya debería haber aprendido esa lección. Mi padre fue valiente cuando salió del coche para enfrentarse al ladrón. Lo asesinaron como recompensa.

Porque, en el mundo real, no puedes ir por ahí enfrentándote a hombres armados y esperar que no te hagan daño.

Y en el mundo real no puedes tener relaciones sexuales sin protección con jefes guapos de

Bratva y esperar no quedarte embarazada.

Un hecho que olvidé convenientemente la noche en que Andrey Kuznetsov oscureció mi puerta.

Mi teléfono empieza a sonar y lo cojo, agradecida por la distracción. Estoy tan desesperada por no hacerme esas pruebas y demostrar que mis peores teorías son ciertas que estaría dispuesta a hablar con Katya. Pero, en su lugar es la tía Annie. Mucho menos problemática.

—Hola, tía Annie.

—¿Cómo está mi pequeña Nic-Nat?

Extremadamente miserable, gracias. Pero, en lugar de desahogarme como quisiera, opto por una mentira despreocupada. —Me va bien. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo van las cosas en el hospital?

—Lo de siempre, cariño. La gente se pone enferma y yo hago lo que puedo para que se recuperen —se revuelve en el fondo y anhelo estar de vuelta en su pequeña casita de dos dormitorios con el cerezo detrás—. ¿Va todo bien?

Evitando el sofá, me desplomo sobre la alfombra junto a la mesa de centro. —Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Es que me has llamado bastante estas últimas semanas. No es que no me guste saber de ti —me asegura rápidamente—. Pero normalmente recibo una llamada una vez a la semana. Y ayer tuve tres llamadas perdidas tuyas.

Me acobardo. —Oh, sí, lo siento...

—¡No te atrevas! —me regaña suavemente—. Solo quiero asegurarme de que todo va bien contigo. Te habría llamado ayer, pero tenía turno de noche.

—Me imaginé que estabas en el trabajo. Me sentía... un poco sola, eso es todo.

Hay una pausa. —¿Va todo bien entre Katya y tú?

No sé cómo se las arregló para sumar dos y dos tan rápidamente. Aunque la tía Annie sabe que tengo exactamente una amiga y nadie más de quien hablar en mi vida, así que quizá no sea tan exagerado.

Dios, soy patética.

—Katya y yo nos tomamos un... descanso.

—Oh, vaya.

—No es para tanto, en serio —tengo que restarle importancia. La tía Annie es una preocupona, y lo último que quiero es estresarla con mis problemas cuando tiene gente con verdaderos problemas de los que ocuparse—. Solo hemos tenido una pequeña pelea. Seguro que se nos pasa pronto.

—¿Te ha involucrado en más de sus locuras?

Me río. —Se podría decir que sí.

—¿Quieres hablar de eso? —prácticamente puedo ver cómo la tía Annie frunce las cejas, preocupada—. O, si necesitas una salida, ¿puedes venir a pasar el próximo fin de semana conmigo?

—¿No tienes que trabajar?

—Puedo ver si cambio algunos turnos. Meryl tiene el compromiso de su hija el mes que viene, así que quizá esté dispuesta a cambiar conmigo.

Se me revuelve el estómago al darme cuenta de que he conseguido preocupar a mi tía. —No, no. No es necesario en absoluto —digo con la mayor despreocupación posible—. De todas formas, este fin de semana estoy ocupada.

—¿Ocupada haciendo qué?

Veo las pruebas de embarazo que hay sobre la mesita de cristal. —¡Cosas divertidas y emocionantes! Cosas que solo una mujer soltera que vive la vida al máximo puede hacer en la gran ciudad.

La tía Annie se ríe. —Bueno, diviértete. Pero usa protección.

Ahora me lo dice.

Solo puedo reírme antes de despedirnos y colgar.

—Dios —murmuro a mi apartamento vacío—. Mátame. Mátame ahora.

Ningún poder superior parece querer gastar energía en castigarme hoy, así que me levanto de la alfombra, recojo las pruebas de embarazo y me dirijo a tientas al baño. Orino en una prueba tras otra.

Seis rondas después, tengo la vejiga vacía y el ánimo por los suelos.

Dispongo las seis pruebas en un nido de papel higiénico alrededor del lavabo, pero suena el timbre de la puerta antes de que pueda iniciar mi nervioso paseo. Salgo corriendo del baño para contestar, agradecida una vez más a la intervención del universo para alejarme de mis propios pensamientos.

Pero mi gratitud dura poco. Abro la puerta y me encuentro cara a cara con...

—Katya.

Su sonrisa vacila. Tiene una capucha bajada sobre los ojos. Pero no puede ajustársela porque sus brazos sostienen una enorme cesta de regalo llena de fruta, bombones y frutos secos.

Estoy a punto de cerrarle la puerta, pero su pie sale disparado hacia el hueco. —¡Espera!

La miro con el ceño fruncido, expectante.

—Um... también hay una tarta.

Hace un gesto hacia el suelo, donde efectivamente hay una caja de tarta rosa de una de mis pastelerías favoritas de Brooklyn.

—La mandé a hacer.

Suspirando, me agacho y levanto la tapa. Dentro hay una preciosa tarta con glaseado de crema de vainilla y las palabras ***SOY LO PEOR Y LO SIENTO Y TAMBIÉN ME ODIO*** en glaseado azul intenso.

Una mirada a sus ojos serios y mi determinación vacila.

Qué fácil sería perdonarla. Qué fácil sería llevarla a mi apartamento y continuar donde lo dejamos.

Podría contarle mi pequeño secreto. No tendría que enfrentarme a esto yo sola.

—Nat...

No.

Ya hicimos esto antes. Demasiadas veces.

—Puedes quedarte la tarta —digo en su lugar—. Estoy reduciendo el azúcar.

Katya se marchita. —Nat, por favor. Sé que me odias y que me lo merezco. Pero te quiero. Eres mi mejor amiga y odio que no nos hablemos. Han pasado meses...

—¡No soy una pusilánime, Kat! —estallo cuando la presión muy real de esas pruebas de embarazo en el lavabo pesa sobre nuestra amistad. Luego, mi ira se desinfla—. ¿Sabes una cosa? Ni siquiera puedo enfadarme contigo por pensar eso. Porque *soy* una pusilánime. Acepto cosas con las que no me siento cómoda. Eso es culpa mía. No es culpa tuya.

—Escucha, Nat…

—No, escucha tú para variar. He dejado de ser tu compinche, Katya. He terminado de ser el peón de tus juegos. He terminado y punto.

Tiene los ojos llenos de lágrimas. —Lo *siento* mucho.

—Sé que sí. Pero eso no cambia el hecho de que aquella noche pasé por algo. Y no estoy segura de que pueda deshacerse.

Aprovechando su sobresalto, empujo la puerta y cierro con pestillo.

Vuelvo al baño, pero estoy tan preocupada por volver a ver a Katya que no entiendo qué es la música suave y metálica que sale del lavabo hasta que veo los seis tests de embarazo...

Todos me guiñan el ojo con grandes e innegables signos positivos.

NATALIA

—... ¿será doloroso?

La chica no puede tener más de quince o dieciséis años. Se retuerce las manos mientras mira fijamente a la enfermera taciturna.

—No es más doloroso que un parto —dice la enfermera—. Deberías haber pensado en eso antes de decidirte a dar vueltas en el asiento trasero del coche de tu novio.

La chica palidece y sus ojos se desvían hacia mí. Desvío la mirada, intentando, no por primera vez, concentrarme en rellenar los formularios que la misma enfermera zorra me arrojó sobre el regazo hace media hora.

El chirrido de otra sirena de ambulancia pasa zumbando, y me siento más erguida. *Concéntrate, Natalia*. No quiero estar en esta lúgubre clínica de obstetricia ni un segundo más de lo necesario.

Echo otro vistazo a la línea que he estado mirando los últimos diez minutos: ***DETALLES DEL PADRE***. Finalmente, en un arrebato de rencor, trazo una larga línea sobre toda la sección.

—"*Padre*" —murmuro en voz baja—. Jodidamente improbable. "Donante de esperma" apenas lo cubre.

—¿Ya has rellenado esos formularios? —me ladra la enfermera Satán.

Garabateo las últimas respuestas y dirijo los papeles hacia el mostrador. —¿Podré ver pronto al médico?

No levanta la vista de detrás de su escritorio. —Lo verás cuando lo veas. Siéntate hasta que te llame.

De acuerdo. Tiene suerte de que los formularios no me pidan que puntúe su servicio de atención al cliente.

Le dirijo una sonrisa tranquilizadora mientras vuelvo a mi asiento, pero está demasiado ocupada revisándose las puntas abiertas como para darse cuenta.

No la culpo. Este sitio no inspira mucha confianza. Pero es el único que puedo permitirme que no requiera seguro médico, y por lo que parece, ella está tan cagada de suerte como yo.

Otra sirena pasa silbando. Me alegro mucho de haber decidido tomarme la mañana libre en el

trabajo para venir aquí. Definitivamente, no me gustaría volver a casa caminando por este barrio en la oscuridad.

La enfermera señala con un dedo lo que creo que es mi dirección. —Tú. Te toca.

Me pongo en pie, pero también lo hace la joven sentada frente a mí. Nos evaluamos y nos quedamos inmóviles. La enfermera Rayito de Sol frunce el ceño. —Tú no —me dice, como si fuera idiota—. La chica. La escuálida.

La chica traga saliva y sigue a la enfermera a la vuelta de la esquina, dejándome sola en la sala de espera, sin más compañía que la apagada luz fluorescente y los números de *Vogue* de hace cuatro años.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi vestido. Lo saco, totalmente dispuesta a ignorar la llamada si resulta que es Katya.

No lo es. Pero la persona que llama no es mucho mejor.

Acepto la llamada a regañadientes. —Hola, Byron.

—Eh, ciruelita. ¿Adivina qué? —mi jefe sigue adelante sin esperar respuesta—. Estoy delante de tu mesa y no te veo por ninguna parte.

—Pedí la mañana libre, ¿recuerdas? Presenté la solicitud la semana pasada.

—Nunca me la mostraste —prácticamente puedo ver cómo se le arquea la ceja juguetonamente. Esos dedos vagabundos suyos crispándose a su lado, tan dispuestos a encontrar mi rodilla, mi hombro, mi cadera...

—Se la entregué al Sr. Ewes.

Byron tutea. —*Soy* tu jefe inmediato, guapa. Deberías haber acudido a mí.

—Lo siento. Es que Recursos Humanos nos dijo el mes pasado que...

—¡Recursos Humanos, desperdicios humanos mejor dicho! —interrumpe con una risita infantil —. La próxima vez ven directamente a mí. Te despejaré la mañana, sin problemas.

—De acuerdo. Gracias, Byron. Escucha, tengo que...

—¿Por qué necesitabas la mañana libre?

Miro fijamente a la puerta por donde desapareció la enfermera con la adolescente embarazada. —Eh... solo una revisión médica.

—Asuntos de mujeres, ¿eh?

—Byron, tengo que irme; me están llamando.

Aliviada, guardo el teléfono. Pero pasan otros veinte angustiosos minutos hasta que la enfermera dobla por fin la esquina y me llama.

—Tercer piso. Habitación 12. Ahí hay una bata. Póntela.

Espero a que me acompañe, pero se sienta en la recepción y me deja subir sola.

Es una escalera oscura y retorcida, con un trozo de metal mellado como barandilla que casi con toda seguridad ha provocado el tétanos a más de un paciente desafortunado.

Cuando llego a la habitación 12, las cosas no están mucho mejor. El suelo está sucio y algo que se parece muchísimo a excrementos de roedor ha sido barrido perezosamente en un rincón.

Me quito la ropa y me pongo la bata de papel que me espera. Nunca he agradecido tanto la lámina de plástico extendida sobre la mesa de exploración. Es una delgada barrera entre mi culo desnudo y cualquier superbacteria de pesadilla que esté rondando este lugar, pero es mejor que nada.

Dios, qué ganas tengo de salir de aquí.

Mientras espero a que aparezca el médico, cuento dos sirenas más en la distancia y unas ráfagas cortas y agudas que suenan sospechosamente como disparos.

Por otra parte, no puedo confiar en mí misma en ese sentido. Me he pasado la mayor parte de mi vida, desde los siete años, oyendo disparos que no existen.

El psiquiatra al que me llevó la tía Annie lo llamó TEPT. Sea lo que sea, empeora cuando tengo demasiado tiempo libre y nada en lo que concentrarme.

Como, por ejemplo... ahora mismo.

Afortunadamente, la puerta se abre un segundo después y entra un médico con bata de laboratorio. Tiene unos cinco pelos en el “bigote”, que es tupido en comparación con su barba. Tiene pinta de haberse licenciado en medicina hace dos días.

—Hola —chillo.

Doogie Howser no devuelve mi alegre saludo. En lugar de eso, consulta su portapapeles entrecerrando los ojos. —Natalia Boone, veintisiete años, embarazada de tres meses.

No levanta la vista, así que tardo un segundo en darme cuenta de que es una pregunta. —Es correcto.

—¿Te han examinado antes?

—No. Es mi primera vez. Esperaba...

—Túmbate.

Antes de que me recueste del todo en la camilla, se oye un fuerte estruendo y luego un revuelo de pasos al otro lado de la puerta. Hay gente gritando en el pasillo, pero sus voces se superponen, y no puedo distinguir lo que dice nadie.

—¿Ocurre algo, Doc...?

—Espera aquí —suelta Doogie, dejando caer su portapapeles al suelo—. Solo... maldición, pon las piernas en los estribos y espérame.

Sale a trompicones por la puerta y yo lo sigo, boquiabierta. Algo me dice que nada de esto es un procedimiento médico estándar.

Me levanto de la mesa y me arrastro hasta la puerta, que abro lo suficiente para poder asomarme. Veo a dos hombres fornidos, con los músculos de la espalda contraídos mientras sostienen a un tercero que se desploma sin vida entre ellos.

No hay duda de que la sangre mancha su camisa rota.

Me alejo bruscamente de la puerta.

Ya he tenido suficientes armas e idioteces de la mafia para toda la vida. Lo que ocurra al otro lado de esa puerta no es asunto mío.

Tal vez, si finjo no haberme dado cuenta, pueda seguir con mi cita y largarme de aquí cuando termine. No se me ocurren exactamente otras opciones, así que vuelvo a mi sitio en la mesa de exploración.

Para tener suerte, incluso coloco las piernas en los estribos. Que nadie diga que no sé escuchar.

Pasan los minutos. Uno, dos, cinco. Los sonidos se acallan.

Entonces, por fin, la puerta se abre de par en par.

Fuerzo una sonrisa, pero se marchita cuando me doy cuenta de que el hombre que está en el umbral no es un médico nervioso y sudoroso.

Este hombre es alto, ancho de hombros y decididamente *no* está nervioso.

De hecho, nunca ha parecido tener tanto control.

—Me alegro de verte aquí, *lastochka*.

ANDREY

Los últimos tres meses han sido una puta mierda.

La campaña que lancé contra Nikolai al día siguiente de la boda de Viktor resultó ser un error de cálculo. Creí que Rostov tendría suficiente orgullo para defenderse como un hombre. Pero resulta que se contenta con disparar balas desde las sombras y retirarse a la oscuridad inmediatamente después.

Su guerra de guerrillas me ha costado buenos negocios y hombres. Me molesté la primera vez; después del quinto, sexto y séptimo episodios, estaba lívido hasta los huevos.

Entonces, hoy, estaba seguro de que los teníamos acorralados.

Fue un movimiento audaz por parte de Nikolai, atreverse a atacar la fábrica textil responsable de producir el sesenta por ciento de mi suministro de drogas. Afortunadamente, aumenté la seguridad en torno a las instalaciones hace solo unos días.

También puse a algunos de mis hombres de mayor confianza a cargo de las operaciones diarias, lo que resultó ser un acierto. Vaska vio a un trabajador que no reconoció y dio la voz de alarma.

Pero fue demasiado tarde.

El trabajador llevaba un chaleco suicida que acabó con él y con otros cuatro. Una docena más resultaron heridos. El propio Vaska recibió metralla en el intestino. Estaba perdiendo sangre rápidamente, y la consulta de este médico de mierda fue el recurso más cercano que teníamos.

Para cualquiera que tenga ojos, esta pequeña y sórdida clínica no es un lugar al que entrarías voluntariamente. Pero resulta que yo tengo al médico en nómina.

Por eso mis hombres y yo irrumpimos con Vaska encajado entre Yuri y Efrem para poder curarlo antes de que se desangrara.

Por supuesto, no contaba con encontrar cierto nombre en la lista de pacientes que yacía abierta sobre la mesa de la enfermera.

Natalia Boone.

¿Cuáles son las putas probabilidades? ¿Podría ser solo una coincidencia? ¿O hay algún gran designio tras su repentina reaparición, tres meses enteros después de nuestro último encuentro?

No encuentro ninguna respuesta inmediata a esas preguntas en la habitación 12. *Sí*, la encuentro desnuda de cintura para abajo, con los pies en los estribos y la cara tan sonrosada como la visión que capto entre sus muslos.

Mis primeros pensamientos son depravados. También lo son el segundo y el tercero. Pero, una vez pasado el shock de volver a verla, me *enfurezco*.

¿Qué coño hace en una pocilga como esta? *Se merece algo mejor*.

No es mucho decir: todo el mundo se merece algo mejor que una clínica que exige chalecos antibalas y una vacuna solo para poner un pie en la puerta.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto.

—No es asunto tuyo —sisea como una víbora—. Sal de mi habitación.

—¿Es esa la forma de saludar a un viejo amigo? —cojo un portapapeles caído y examino los formularios.

Parece que no le importaría descuartizarme con el bisturí más cercano. Sinceramente, una parte de mí desea que lo intente. Me encantaría tener una excusa para poner mis manos sobre ese cuerpecito apretado.

—¿“Amigo”? —sus ojos verdes arden como si estuvieran en llamas—. No somos “amigos”. No somos nada. Para mí no eres más que un gigantesco error. Si pudiera volver atrás, te...

La voz muere en su garganta en el mismo momento en que mi corazón salta a la mía. Debe saberlo, verlo, sentirlo: que mis ojos se han topado con el motivo de su visita de hoy.

Se le escapa el aliento en un vago y atormentado—: No... —entonces, se lanza hacia delante y me arrebata el portapapeles de las manos.

Pero ya es demasiado tarde.

—Embarazada —siento la lengua seca y los labios anormalmente agrietados—. Estás... embarazada.

Se echa hacia atrás, apretando el portapapeles contra su pecho. —Yo... No, eso no es...

—Harías bien en no mentirme, Natalia —no hay duda de la amenaza en mi voz.

—Sí. Sí, estoy embarazada. Pero no tiene nada que ver contigo —el sudor que le corre por las sienes dice lo contrario.

—¿Es eso un hecho?

Retrocede, mirándome con recelo. —No quiero problemas.

—Entonces, este es el último lugar donde deberías estar.

A juzgar por la forma en que se muerde la mejilla y mira a su alrededor, está de acuerdo conmigo. —No es asunto tuyo a qué médico voy. Tú no eres el padre y esto no te incumbe.

—¿Quién es?

—¿Perdona?

—¿Quién *es* el padre?

Se le cae la mandíbula. —¿Por qué te importa?

Avanzo hacia ella y retrocede, igualándome paso a paso hasta que choca con la mesa de exploración y suelta un suave y sorprendido "¡Oh!" que hace que mi polla se ponga atenta.

—Porque puedo olerte la mentira. Creo que ya te di una advertencia; esta es la segunda.

Su pecho sube y baja con fuerza y está pálida desde que entré. —¡Bien! Vale. Esa noche no usamos protección —me mira acusadora—. Así que sí, estoy embarazada y... es tuyo.

Eso ya lo sabía.

Pero oír la confirmación de sus dulces e indignados labios lo hace aún más real.

Hace diez minutos, pensé que me subía la adrenalina. Con el olor a sangre y humo en mi nariz, el calor remanente de la explosión del bombardero todavía abrasándome la piel, pensé que *eso* me arrastraba al momento presente.

Pero esto...

Esto es algo totalmente distinto. Esta mujer lleva a mi hijo.

Voy a ser padre.

No tengo que hacer memoria para saber que está embarazada de tres meses; he sido dolorosamente consciente de cada día que pasó desde nuestro último encuentro. He pensado en ella en momentos de ocio y he sentido cómo mi cuerpo se animaba al recordarla. Incluso cuando he acallado esos pensamientos inútiles, ella vuelve a aparecer en mis sueños. Noche tras noche tras puta *noche* despiadada.

—No tienes obligación de hacer nada —habla rápido, sin hacer apenas pausas para inspirar—. No necesito que te involucres. De hecho, preferiría que no lo hicieras. Puedo cuidar de este bebé yo sola.

—¿Puedes? —pregunto—. Porque, desde mi punto de vista, no pareces capaz de cuidar de ti misma, y mucho menos de un bebé.

La indignación hace saltar sus ojos verdes. —¡Imbécil! ¡Eso no es verdad!

—Mira dónde vives —doy un paso hacia ella—. Mira dónde trabajas. Mira dónde vienes a buscar ayuda. ¿Cómo esperas cuidar de un bebé?

El fuego se desvanece en su rostro mientras busca a tientas las palabras. —Me las arreglaré.

Sacudo la cabeza. —Me temo que no puedo permitir que tires los dados y esperes lo mejor, *lastochka*. No con *mi* hijo.

Los cristales crujen en el pasillo y abro la puerta mientras Natalia tartamudea detrás de mí. Balbucea sobre "no querer problemas" y "entornos peligrosos".

Un poco tarde para eso, cariño.

A través de la rendija de la puerta, veo a varios hombres de Nikolai salir de la escalera hacia el rellano del tercer piso.

Bueno, eso lo decide todo.

Viene conmigo.

Mientras sigue farfullando, doy la vuelta a la silla del médico y la meto debajo del picaporte. Como mucho nos dará unos segundos. Una vez asegurada, saco la pistola y compruebo el cargador.

El balbuceo cesa al instante.

—¿P-Por qué...? ¿es una... pistola? —balbucea.

Pero no tengo tiempo para entretenerme con sus preguntas. Vienen los hombres de Nikolai y no son de los que se andan con rodeos.

Me acerco a grandes zancadas a la única ventana de la habitación y me asomo por ella. Está cerrada con llave y clavada, pero al otro lado del cristal, una escalera de incendios oxidada baja en zigzag hasta el callejón.

No es perfecto. Pero tendrá que servir.

—Andrey, ¿qué demonios...?

Un disparo en el pasillo ahoga sus palabras. Grita y se tapa la boca con una mano. Le agarro la cara y la obligo a mirarme.

—Escúchame. Eso es todo lo que tienes que hacer. Solo escuchar —me mira entumecida. No tengo ni idea de si está procesando alguna palabra de lo que digo, pero ésa es otra conversación con la que no voy a perder el tiempo—. Todo irá bien mientras me escuches.

Me pregunto distraídamente si Vaska, Efrem y Yuri habrán escapado ya. Saben que no deben esperar sentados. Yo tampoco me quedaré de brazos cruzados.

Y menos ahora que tengo nuevas responsabilidades.

—Primera orden: quédate atrás y no hagas ruido —ladro mientras cojo la papelera metálica del rincón.

Me oirán cuando esto empiece. No tendremos mucho tiempo.

Respiro hondo. Luego, me enrosco hacia atrás y arrojo el cubo de basura por la ventana.

Los cristales estallan hacia fuera y Natalia grita. Sigue haciéndome preguntas—: ¿Qué haces? ¿A dónde vamos? ¿Quiénes son esos...? —pero no me molesto en contestar. Si escapamos, ya habrá tiempo para eso más tarde. Si no lo hacemos, dará igual quién hace qué y por qué, porque todos estaremos muertos.

La cojo en brazos y la llevo por los cristales rotos hasta la ventana. Utilizo el codo para apartar los últimos fragmentos, sin importarme que me corten, y luego la pongo de pie con cuidado en la

escalera de incendios.

Los pasos fuera de la habitación se acercan atronadoramente. El picaporte de la puerta se sacude y la silla que metí debajo gime en señal de protesta.

—Vete —le gruño—. Corre.

Los disparos golpean la puerta de madera barata. Se astilla, pero aún no abandona la lucha.

Me agarra el codo sangrante. —Ven conmigo.

—Vete —vuelvo a decir, esta vez más suavemente—. Voy detrás de ti.

Duda un momento más. Luego, *gracias a Dios*, obedece.

Justo cuando empieza a maniobrar para bajar la escalera, la puerta es derribada a golpes. Apunto y los tres primeros hombres que atraviesan la puerta se tragan las balas en la cara.

Aprovecho la pausa momentánea para arrastrarme a través de la ventana rota y salir a la escalera de incendios. El metal gime bajo mi peso, aunque una rápida mirada hacia abajo me dice que Natalia ha llegado al suelo.

Cuando levanto la vista, veo una cara nueva que entra a empujones en la sala de reconocimiento.

Nikolai Rostov.

Ha perdido un diente desde la última vez que lo vi. También ha perdido peso. Sus mejillas están hundidas y demacradas. Tiene exactamente el aspecto de lo que es: un morador de las sombras, un puto necrófago del inframundo.

Me ve.

Lo veo.

Me pregunto si sabe lo mucho que cambió lo que está en juego, lo que ahora estoy dispuesto a hacer por la mujer que espera debajo de mí.

Entonces, capto un movimiento borroso a un lado.

Uno de los hombres que creí haber matado levanta su arma. Dispara. Me alejo, pero la bala se clava en mi hombro.

El dolor estalla instantáneamente, caliente y salvaje. Una llamarada que se clava en mis músculos. La potencia de la explosión me hace tambalear hacia atrás, hacia atrás, hacia atrás...

Golpeo la barandilla de la escalera de incendios con el dorso de las rodillas...

Y caigo por el borde.

Lo último que oigo es el grito de Natalia.

ANDREY

Me despierto con un dolor de cabeza infernal.

En realidad, también un dolor de brazos, piernas y torso.

Diablos, hasta me duele el pelo.

Pero empiezo a incorporarme, porque el dolor nunca me ha detenido antes y seguro que no me detendrá ahora. Nada en mi mundo es diferente excepto que...

Ahora soy padre.

Eso es diferente.

Al darme cuenta de todo lo que encontré en aquella mierda de clínica, me siento de nuevo en mi cama.

—Maldición —murmuro, justo cuando se abre la puerta.

—Oh, deja de quejarte. No es para tanto.

Las afiladas palabras son seguidas por la dulce anciana que las pronunció. Bajita, canosa y encorvada, Yelena se acerca con una palangana llena de agua.

—Podría empujarte desde el tercer piso de un edificio y ver si sigues sintiendo lo mismo —refunfuño.

Se sienta en el borde de mi cama. —No dejes que mi aspecto te engañe. Soy ágil como un gato. Siempre caigo de pie.

—Cállate y pásame el agua, ¿quieres?

Riéndose, me tiende el vaso alto que tengo junto a la cama, con sus ojos castaños brillantes y perspicaces, tras las gafas de montura de cuerno.

—¿Qué? —chasqueo cuando no aparta la mirada.

—¿Te importaría hablarme de la guapa invitada de la habitación de abajo?

Al menos, eso me ahorra la molestia de tener que preguntar. —Solo es un perro callejero que decidí traer a casa. No te encariñes.

—Mm. ¿Seguirás tu propio consejo?

Entrecierro los ojos, pero Yelena ni siquiera pestañea mientras me mira fijo. De todos mis empleados, ella es la que menos se inmuta ante mi mal genio.

—Es muy guapa —añade.

Dejo el vaso de agua a un lado mientras Yelena moja un trapo limpio en la palangana que ha traído y empieza a frotar las vendas que tengo en el hombro.

Aprieto los dientes mientras el dolor crepita al contacto con Yelena. —Más cuando mantiene cerrada esa boquita tan bonita que tiene.

La sonrisa de mi ama de llaves es reservada y cómplice. —Estoy dispuesta a apostar a que esa boca suya es exactamente lo que la trajo a esta casa en primer lugar. Siempre te han gustado las luchadoras.

Decido ignorarlo mientras me coloca otro trapo en la frente. Está helado y hace maravillas en mis sienes palpitantes. —¿Has hablado con ella?

—No estaba muy habladora.

Me muerdo la lengua para no hacer más preguntas complementarias. No quiero que Yelena se haga ideas. Bueno, *más* ideas.

Cuando se mueve para pasarme la esponja por los brazos, me escabullo. —Puedo solo.

—Tuviste una dura caída. Nadie te culparía por tomártelo con calma unos días.

—No tengo ni el tiempo ni el lujo de tomármelo con calma.

—¿Por Nikolai? —la mirada de Yelena es penetrante—. ¿O por el pajarito preñado que trajiste a casa contigo?

Balanceo las piernas fuera de la cama y me pongo en pie. Demasiado rápido. La cabeza me da vueltas y gruño sorprendido por el dolor.

—Te lo dije —suspira—. Tienes que tomártelo con calma.

Me sacudo su consejo y tropiezo rodeando la cama hasta donde está mi ropa, tendida sobre el diván. *Dios, me duele todo.* —¿Te ha dicho que está embarazada?

—Tengo sesenta y dos años, *malysh* —solo usa ese apodo cuando estamos solos—. Reconozco a una embarazada cuando la veo.

Me pongo un pantalón de chándal y una camiseta. —Es mío.

Yelena sonríe como si ya lo supiera. —Pues que me aspen. Un principito en casa... y una reina que lo acompaña. Qué cambio tan agradable.

La fulmino con la mirada. —No va a cambiar nada.

Se ríe, levantando sus viejos huesos y caminando hacia la salida. —Qué equivocado estás, *malysh*. Qué equivocado estás.

La risa la sigue hasta la puerta.

Ignorando el dolor de mis extremidades, bajo las escaleras a trompicones, utilizando la barandilla para no caerme de bruces. Shura y Efrem esperan fuera de la habitación donde tienen a Misha.

—Drey —saluda Shura con evidente alivio—. ¿Te encuentras bien?

Le hago un gesto desdeñoso, aunque el brazo me arda de dolor. —Bien. ¿Qué pasó?

—Los refuerzos llegaron justo a tiempo —explica Efrem—. Nikolai, como el miserable bastardo que es, se distrajo, y eso te dio la oportunidad de escapar.

Shura se burla. —Olvidas la parte en la que te noqueó y salió corriendo.

Una costra brillante justo encima de la ceja derecha de Efrem lo confirma. —Huía *de* mí.

—Sí, seguro que dabas mucho miedo con el culo en el suelo.

Efrem frunce el ceño, dispuesto a seguir defendiéndose, hasta que levanto la mano y ambos se callan. —¿Así que se escapó?

—Se escabulló por la parte de atrás, con dos de sus hombres —confirma Shura con un suspiro.

—¿El resto?

—Muerto.

—Así que no tenemos ninguna pista ni ventaja —hago un gesto hacia la puerta del dormitorio de Misha—. ¿Te está dando problemas el chico?

Efrem se encoge de hombros. —El chico es como un perro que ladra pero no muerde. Solo sisea y escupe en la esquina cuando uno de nosotros entra con su comida. Pero, aparte de eso, nada interesante.

Shura echa una mirada retrospectiva a la puerta. —¿Has decidido qué quieres hacer con él?

—Todavía no.

La verdad es que he decidido dejar vivir a Misha. No tengo ningún problema en matar al mayor número posible de hombres de Nikolai. Pero Misha no es un hombre; es un niño. Se merece algo mejor que una tumba sin nombre.

La única decisión que debo tomar es: *¿qué coño hago ahora con él?*

—¿Podemos dejar que se vaya? —sugiere Efrem.

—¿Qué, para que pueda volver corriendo a Nikolai con información privilegiada? —se burla Shura—. No seas idiota.

Los ignoro a ambos. —Liberarlo no es una opción. Aún no podemos confiar en él.

La mirada de Shura se vuelve pensativa. —Podríamos entrenarlo.

Llevo unas semanas dándole vueltas a la misma idea. —No es una mala idea —reconozco—. El chico tiene potencial. Desde luego tiene agallas suficientes para superar el entrenamiento básico.

—El valor es una cosa. La lealtad es otra —interviene Efrem.

—Se está volviendo loco en esa habitación. No está bien que un chico joven esté encerrado en una celda —a Shura le tiembla el brazo, el de la larga y retorcida cicatriz que parece no tener fin. Shura pasó la mayor parte de su infancia encerrado en una jaula por su padrastro maltratador. Sabe mejor que nadie lo opresivas que pueden ser cuatro paredes.

—Lo pensaré. Ahora, ¿dónde está la chica?

—Segunda habitación, a la derecha —me informa Shura, inclinando la cabeza en dirección al pasillo arqueado.

Voy. La puerta está cerrada por fuera como la de Misha, y las cortinas están echadas. Tardo un momento en localizarla en la cama, en un rincón de la habitación. Está tumbada bajo una manta y no hay ni rastro de movimiento.

¿Está durmiendo?

Pero, cuando me acerco, sus ojos están muy abiertos y mira al techo. Apenas parpadea.

—Natalia.

Cuando hablo, ni siquiera se inmuta.

Me acerco al borde de su cama y le paso la mano por la mejilla. De nuevo, no reacciona.

Le quito la sábana. Su vestido es un desastre. Hay sangre manchando una esquina, ni siquiera sé de quién es, y un desgarrón en el dobladillo. Pero tiene la cara limpia. Supongo que Yelena le dio el mismo tratamiento con esponja que a mí.

Le toco la mano y sus dedos están fríos.

El shock es una cosa; la catatonia habla de un nivel de trauma totalmente distinto.

Intensamente consciente de la vida que lleva dentro, la agarro por los brazos y tiro de ella. Se mueve como un muñeco de trapo. Su peso se hunde contra mi hombro intacto.

—No pasa nada, *lastochka* —canturreo—. Te pondrás bien.

Empiezo a desabrochar uno a uno los botones de su vestido, esperando que eso inspire algún tipo de reacción. Quizá me aparte la mano, o me mande a la mierda.

Pero no se mueve mientras le quito el vestido de los hombros. Luego, paso al sujetador y las bragas.

El dolor de mi cuerpo no se extiende a mi polla, porque esa parte de mí se anima en cuanto vislumbro sus suaves pechos.

Pero mi excitación se ve rápidamente desvanecida por la preocupación.

Está *helada*.

La levanto en brazos, la llevo al cuarto de baño y la meto en la bañera. La bañera tarda unos minutos en llenarse de agua caliente, pero, mientras esperamos, me desnudo, cojo una toalla de

mano del estante y me deslizo detrás de ella. La meto entre mis piernas y paso los siguientes minutos pasándole la toalla por el cuerpo una y otra vez.

Es inmensamente satisfactorio ver cómo desaparece la piel de gallina. Ver cómo empieza a moverse. Un dedo aquí, un dedo allá.

Finalmente, sus labios se separan y se le escapa un pequeño suspiro. Es algo pequeño, frágil. Pero rompe el hechizo.

De repente, caigo de lleno en la cuenta de que esta no ha sido una de mis mejores ideas.

Antes de que pueda encontrar la forma de salir de la situación, sus ojos se abren como si lo hicieran por primera vez. —No pasa nada, *lastochka*. Estás a salvo en esta casa. Estás a salvo conmigo.

Sus dedos se enroscan alrededor de mi brazo.

Quiero acercarla más. Abrazarla más tiempo.

Quiero hacer promesas que no tengo por qué hacer.

No puedo permitirme hacer nada de eso.

Así que, de mala gana, salgo de la bañera y vuelvo a cogerla en brazos. Cuando la he secado con una toalla y la he vestido con ropa limpia, mi erección solo duele ligeramente.

La acomodo de nuevo en la cama, le pongo las sábanas sobre el pecho, y ella se vuelve hacia mí. Sus ojos están llenos de conciencia aturdida.

Lo que significa que la parte divertida ha terminado.

Es hora de hablar.

NATALIA

Sigo sin saber qué pasó.

Era un caos de disparos, cristales rotos y escaleras de incendios oxidadas. El cuerpo de Andrey cayendo por el aire y golpeando el suelo tan, tan fuerte.

La adrenalina y los instintos de supervivencia me llevaron a través de lo peor de la pesadilla. Luego, caí en un estado de fuga. Cuando aparecieron los hombres de Andrey y me metieron en la parte trasera de un gran todoterreno negro, ni siquiera opuse resistencia. Porque, por alguna extraña razón, necesitaba sostener la mano de Andrey mientras nos llevaban al hospital más cercano.

Excepto que pasaron directamente por delante del hospital.

—¿Qué haces? —grité desde el asiento trasero, con la mano inerte de Andrey sujeta a la mía—. ¡Has pasado el hospital!

—Eso es porque no vamos a llevarlo a un hospital —el hombre que hablaba tenía una nariz afilada y aguileña, y unos ojos oscuros y desorbitados.

—¿Por qué demonios no?

Nadie me respondió. El hombre, alguien lo llamó Shura, dijo algo en ruso rápido.

—¡Necesita ver a un médico! —insistí, mirando el rostro pálido y ensangrentado de Andrey.

—Confía en mí —dijo Shura—. Andrey Kuznetsov ha vivido cosas mucho peores que esta.

No estaba segura de si intentaba ser reconfortante. Si era así, estaba fracasando estrepitosamente.

Cuando el coche por fin se detuvo, dos hombres enormes se llevaron a Andrey, dejándome de frente a la magnífica mansión de piedra enclavada entre hectáreas de arces rojos densamente agrupados.

Shura me condujo a una habitación de la planta baja y se retiró en silencio. Creo que pretendía que fuera tranquilo, pero, en cuanto se cerró la puerta, empezaron a aflorar los recuerdos.

Intenté escapar de ellos. Intenté volver a meterlos en la caja especial de mi cabeza, la que ponía ***Recuerdos Reprimidos: No abrir***, pero los disparos se intensificaron y mi corazón se aceleró.

Lo siguiente que supe fue que estaba tumbada en una cama, acurrucada y temblando bajo las mantas, deslizándome lentamente bajo las oscuras aguas.

Una amable mujer mayor entró con una palangana llena de agua, pero ni siquiera pude reunir la energía necesaria para saludarla.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó.

No es que tuviera una respuesta. *Me temo que demasiados tiroteos. Mi trastorno de estrés postraumático está resurgiendo con fuerza. Nos vemos dentro de unas horas.*

Efectivamente, me apagué como una luz.

Fue solo Dios sabe cuánto después cuando volví a mi cuerpo. Al agua. A un baño. Manos cálidas, acariciando mis miembros una y otra vez.

A medida que la sensación volvía lentamente, venía acompañada del pensamiento persistente de que la persona que me trajo de vuelta era la última que debería tener el poder de hacerlo.

Ahora, Andrey acerca una silla a un lado de mi cama y se sienta. Sus ojos grises se nublan al mirarme. Tiene el pelo pegado a la nuca.

¿Por qué él también está mojado?

Ah, claro. Estaba en la bañera conmigo. El peso que sentí a mi espalda... era *él*.

Me estremezco al pensarlo.

—¿Cómo te encuentras? —como de costumbre, su expresión es perfectamente ilegible.

No tengo ni idea de cómo responder a su pregunta, así que formulo una propia. —¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Dos horas, más o menos —me observa como si fuera una bomba de relojería que puede estallar en cualquier momento—. ¿Sucede a menudo?

Sacudo la cabeza. —Solo me ha pasado dos veces.

Me alegro de que no pregunte qué desencadenó los dos episodios anteriores. Es una caja de Pandora que no tengo ningún interés en abrir con él.

—Tenemos que hablar.

Toda la calidez que sentí en la bañera casi desapareció. Me mira como si fuera un problema que requiere solución. En su defensa, puede que no se equivoque.

—¿Desde cuándo sabes lo del bebé?

Me llevo la mano al estómago. —Lo he sospechado durante las últimas semanas. Pero hoy iba a ser la confirmación oficial.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Porque, lo creas o no, en realidad no quería quedarme embarazada de un jefe del crimen cualquiera. Es chocante, lo sé.

Parece pensativo. Me pone más nerviosa que si estuviera simplemente enfadado.

—No puedes retenerme aquí —suelto de repente.

Parece sorprendido y luego divertido. —¿Por qué iba a retenerte aquí?

—¿Eso significa que puedo irme?

—No eres una prisionera, Natalia. Puedes irte cuando quieras. Te llevaré a casa cuando estés lista.

Está mintiendo. Esto es una broma de la que estoy al margen, y no me gusta nada. —Claro —digo amargamente—. Porque eres todo un caballero.

Se pone en pie. —Yo no iría tan lejos. Pero quiero asegurarme de que estás a salvo. Si quieres volver a tu apartamento, te lo permitiré. Pero eso requiere ciertos compromisos de tu parte.

—¿Compromisos...? —se me seca la garganta de repente.

—Vas a tener seguridad las veinticuatro horas del día hasta que yo determine que el peligro ha pasado —continúa por encima del sonido de mi mandíbula golpeando el suelo—. Comprendo que será abrumador, por eso solo te asignaré dos hombres…

—¡¿Dos?!

—Te daré mi número de contacto personal. Si necesitas algo, solo...

—¡No necesito guardias de seguridad, Andrey! —le digo—. Es demasiado. Por no hablar de la invasión de mi privacidad.

—La privacidad es el costo de la seguridad. A menos que quieras volver a quedar atrapada en el fuego cruzado sin forma de defenderte.

Lo miro fijo, boquiabierta e impotente. Me encantaría decirle que puedo cuidar de mí misma, pero seamos realistas: después de mi lamentable exhibición en la clínica, hasta la voz de mi cabeza dice: *Quizá los guardaespaldas no sean tan mala idea*.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Hombres que harían cualquier cosa por hacerme daño. Y teniendo en cuenta que llevas a mi hijo...

—Ellos no lo saben.

—Puede que sí. Puede que no. En cualquier caso, no voy a correr ningún riesgo.

Tengo que recordarme a mí misma que su inversión en mi seguridad no es personal. Se trata del niño que llevo en el vientre. Lo cual solo inspira más preguntas.

—Entonces... ¿significa esto que realmente *quieres* participar en la vida de este bebé?

Su expresión pulcramente arreglada no vacila. —Como he dicho, no tengo por costumbre huir de mis responsabilidades.

—Es el tipo de respuesta que daría un político. Diplomática y correcta en apariencia, pero en

realidad no responde a la pregunta, ¿verdad? —se le levanta una comisura de los labios y sigo adelante—. ¿Qué clase de padre piensas ser? ¿Del tipo que participa activamente, o del tipo que ve a su hijo quince minutos cada dos fines de semana antes de que la niñera vuelva a hacerse cargo?

Se queda callado y pensativo un rato antes de contestar. —La verdad es que no había pensado en tener hijos. Tampoco creo que vaya a ser el padre perfecto, ni mucho menos. Pero no tuve un gran ejemplo de padre mientras crecía; quiero hacerlo mejor por mi hijo.

En cuanto a respuestas, no es la peor.

—Entonces... ¿paternidad compartida?

—Parece ser la única forma de avanzar.

Por un lado, hay un miedo intenso y abyecto. Por otro lado, un alivio puro. Espero que ninguna de las dos cosas sea visible en mi rostro.

Echo un vistazo a la habitación. Por muy bonita que sea, no es mi espacio. En este momento, siento una necesidad desesperada de rodearme de cosas familiares.

—Entonces... ¿soy libre de irme?

—Con dos salvedades.

—*Otras* dos salvedades, querrás decir. Los guardaespaldas Uno y Dos cuentan.

Ignora el sarcasmo. —Primero necesitas descansar. Después de una siesta y una comida casera, sí, puedes irte.

Al igual que su respuesta sobre la coparentalidad, podría ser mucho peor. Aun así, me guardaré mis aplausos.

—¿Y la salvedad número dos?

—Por ahora, mantendremos tu embarazo en secreto.

No ofrece ninguna explicación. Eso solo deja que mi mente filtre todas las posibles razones por las que querría jugar al Juego del Silencio con respecto al pequeño frijol que llevo en la barriga, ninguna de las cuales es muy halagadora.

Le da vergüenza admitir que dejó embarazada a una perdedora don nadie de Queens.

Intenta averiguar cómo sacarme del medio después de que nazca el bebé.

Tiene una novia o una esposa a la que intenta ocultar la noticia del bebé.

En lugar de preguntar, decido dejarlo pasar. ¿A quién se lo voy a contar? No quiero preocupar a la tía Annie todavía. Katya es “la innombrable” estos días. Y, aparte de eso, no tengo a nadie.

Me guste o no... este secreto se va a quedar conmigo.

NATALIA

—Ahí dentro hay algunas albóndigas. Y algo extra para más tarde —me explica Yelena mientras me tiende un recipiente de cristal lleno hasta los topes de comida.

—Bendita seas, Yelena —me vuelvo hacia Andrey, que está esperando, melancólico e injustamente guapo, junto a la puerta—. ¿Por qué no te quedas con un guardia y me das a Yelena en su lugar?

Supuse que todos los empleados de Andrey eran causas perdidas, pero Yelena es una excepción. La mujer bien podría ser una santa.

Resopla. —Esta casa no puede funcionar sola.

Rodeo a Yelena con un brazo. —Eres un hombre rico. Puedes conseguirte otra ama de llaves.

—O podrías mudarte aquí. Ahorrarnos la molestia.

No tengo ni idea de si está bromeando o no. Hay un brillo en sus ojos que me hace pensar que es una sugerencia seria. Pero me río.

—Vale, vale, no seamos codiciosos, vámonos —me vuelvo hacia Yelena—. Gracias por la increíble comida. Y por los consejos para tejer. Probaré sin falta ese lazo que me has sugerido.

Me meto en la parte trasera del elegante coche plateado aparcado delante y Andrey se desliza tras de mí. Mientras atravesamos las puertas de hierro forjado, miro por la ventanilla para ver mejor la propiedad.

Igual que su propietario, es todo ridículamente bonito.

Me pregunto cómo es vivir en un lugar así.

Me sacudo el pensamiento de inmediato. Estoy contenta con mi piso. Lo que algunos llamarían “pequeño”, yo lo llamo “acogedor”. Lo que algunos llamarían “basura”, yo lo llamo “carácter”. Al fin y al cabo, llámalo como quieras: es mío.

—Entonces, ¿quiénes son los afortunados que me custodian?

Andrey inclina la cabeza hacia el joven rubio del asiento del copiloto. —Ese es Leonty.

Leonty se da la vuelta para dedicarme una sonrisa infantil y saludarme con la mano.

—Y Shura —añade Andrey—. Él está al mando.

Conocí extraoficialmente a Shura ese mismo día. A diferencia de Leonty, lleva estampado en la cara un “no me vengas con mierdas”.

—Vale, ¿cómo funciona esto? —pregunto—. ¿Ustedes acampan en su vehículo frente a mi apartamento, vigilando si hay señales de problemas? Una especie de situación “encubierta”.

Leonty se ríe, pero ni Shura ni Andrey esbozan una sonrisa.

—Tienes un sofá, ¿no? —pregunta Shura bruscamente.

—Um... ¿sí?

—Entonces, allí estaré yo. Leonty se encargará del vehículo.

Se me desencaja la mandíbula. —¿Quieres decir que vas a pasar el rato *dentro* de mi apartamento? ¿*Conmigo*?

Shura se encoge de hombros, completamente indiferente. —Puedo ocuparme de mis asuntos.

—¿Has visto mi apartamento? Ahí no cabe ni un gato. No hay espacio suficiente para los dos —me giro para mirar boquiabierta a Andrey, que, como Shura, no podría estar menos preocupado —. No quiero a nadie en mi camino.

—No lo estará. Shura acaba de decir que se ocupará de sus asuntos.

—¿Sabes qué? No. No va a entrar en mi apartamento —intento mirar a Shura por el retrovisor, pero ni siquiera me mira—. No te ofendas ni nada. Estoy segura de que eres un tipo honrado y todo eso, ya sabes, aparte del hecho de que trabajas para una Bratva criminal, pero sigo sin conocerte.

Andrey suspira como un padre muy sufrido. —No tienes que *conocerlo*. Tienes que confiar en *mí*.

—¿Y si no confío en ti?

Chasquea la lengua, impaciente. —Entonces te quedas sin suerte, porque no tienes elección.

—¿Desde cuándo?

—Desde que ese bebé cobró vida en tu vientre.

Por lo visto, mantener mi embarazo en secreto no es extensivo a los hombres de Andrey. Pero ninguno de ellos se inmuta.

—Eso es ridículo. Yo puedo opinar.

El silencio agresivo de los tres hombres es enormemente molesto. Sobre todo porque todos actúan como si *yo* fuera la irrazonable.

—Si te incomoda el plan actual, siempre puedo hacer que Shura dé la vuelta con el coche y nos lleve de vuelta a la mansión.

—¿Esas son mis opciones? ¿Llenar mi hogar de guardias invasivos o quedarme en tu casa con

más de ellos?

—Correcto.

Frunzo el ceño. —Eso no es justo.

Se encoge de hombros. —La vida tiende a no serlo.

—Vale —murmuro irritada—. Sigue conduciendo.

En cuanto llegamos a mi edificio, salto del coche antes de que se detenga por completo y me dirijo directamente a la puerta. Espero que Shura me siga, y lo hace, pero Andrey también se une a nosotros.

—¿No pudiste husmear lo suficiente la última vez? —le digo bruscamente.

Sonríe y no dice nada, que es lo más irritante que podría haber dicho.

Abro la puerta y tropiezo con un par de zapatos que bloquean la entrada. El apartamento tiene un aspecto especialmente desaliñado esta noche, con tazas de café vacías sobre la encimera y la pila de ropa sucia que tenía que haber llevado a la lavandería hace tres días.

—No siempre es así —murmuro, tratando de guardar la novela romántica a medio terminar que está boca arriba sobre la mesilla, antes de que nadie pueda ver lo cutre que es mi gusto por la ficción.

—Dios mío —murmura Andrey en voz baja—. Es peor de lo que recordaba.

Se abre paso entre el desorden y se detiene ante la ventana, mirando la pintura agrietada y manchada de agua de la pared justo encima del radiador. Mi ansiedad se dispara al verlo juzgar mis condiciones de vida, así que me vuelvo hacia Shura para ocuparme de otra cosa.

—¿Quieres algo de beber? Tengo agua y... en realidad, solo agua.

—Agua, gracias.

Cuando le paso el vaso de agua a Shura por encima del mostrador, me doy cuenta de que su jefe ha desaparecido. —¿Dónde está...?

—¿Eso es moho? —gruñe Andrey. Su voz retumba desde mi dormitorio.

—¡¿Quién te ha dicho que puedes entrar ahí?! —me precipito al dormitorio con toda la intención de patearle el culo directamente.

Está de pie en un rincón de la habitación, entrecerrando los ojos hacia un trozo de techo cubierto por una constelación bastante artística de manchas negras y verdes.

—Eh... mi casero dijo que se encargaría de eso.

Hizo la afirmación hace seis meses, cuando me quejé de ello, pero hasta ahora no se ha hecho nada en realidad. No es que Andrey necesite saberlo.

—¿Tengo que hablar con tu casero?

—¡No! —grito rápidamente—. Yo lo haré.

Lanza una última mirada sombría a mi cama antes de volver al salón.

Shura ha vaciado su vaso de agua y ahora revolotea torpemente entre la cocina y el salón. —¿Está todo bien, Drey?

El apodo me hace sonreír. Andrey no es un "Drey". Sobre todo ahora, con ese ceño calculador en la cara. Si estuviera menos cansada, me preocuparía más lo que está planeando.

Andrey apenas nos mira a ninguno de los dos mientras se dirige a la puerta. —No. Pero lo estará.

Desaparece sin despedirse.

—¿Siempre es tan siniestro o es que yo soy especial? —pregunto. El rostro demacrado de Shura se quiebra en una pequeña sonrisa templada. Estoy tan sorprendida que aplaudo—. ¡Vaya! *Sabes* sonreír.

Lo ignora y se apoya en el mostrador. —Tenías razón: aquí no hay espacio suficiente para columpiar a un gato.

—Por suerte, no tengo gato.

Mira la pila de libros junto al sofá. —Sorprendente.

Frunzo el ceño, me dirijo a mi sofá naranja lleno de bultos y me dejo caer en él con una exhalación de agradecimiento. —Dime: ¿todos los empleados de Andrey tienen que pasar algún tipo de examen de imbécil sarcástico y malhumorado para ser contratados?

—No sabría decirte —Shura serpentea alrededor del sofá—. No soy un empleado.

—¿Qué eres, entonces?

—Su mano derecha, *vor*. Y su amigo —añade al final.

—¿Qué es un *vor*?

—Como un teniente. Algo así.

—Ah —le lanzo un saludo descuidado—. A la orden. Y me ha asignado a ti, nada menos. Debo ser importante, ¿no?

Solo bromeo, probablemente porque podría echarme a llorar si no me río, pero la cara de Shura es seria. —Llevas en tu seno al heredero de la Bratva Kuznetsov. Por supuesto que eres importante.

Mi corazón da un extraño saltito. —Vale, siguiente pregunta de vocabulario: ¿acabas de decir "heredero"?

Se limita a asentir.

Me levanto de un empujón. —Aclaremos una cosa: no estoy embarazada de un heredero —apenas puedo pronunciar la palabra sin encogerme—. Llevo un *bebé*. Un bebé que tendrá una infancia y una vida normales. Libre de expectativas y presiones y de extraños títulos rusos de los tipos que *no* lo seguirán a todas partes.

Shura se cruza de brazos. —Es una hermosa idea...

—No es una idea; es lo que va a pasar —insisto—. Puede que *Drey* esté acostumbrado a imponerse y a salirse con la suya con ustedes. Pero eso no va a ocurrir conmigo. Se acabó lo de ser una pusilánime —me apuñalo el pecho con el dedo índice—. ¡Esta antigua pusilánime ahora devolverá el empujón!

Su escepticismo desaparece tras una cuidada sonrisa. —Si tú lo dices.

No sé si está impresionado o se ríe de mí. Pero ya estoy harta de analizar a estos imbéciles con cara de piedra en busca de algún atisbo de emociones humanas. Suspirando, abandono mi metafórica gorra de debate por mi gorra de anfitriona. —Puedes sentarte.

Duda un segundo antes de posarse en el extremo opuesto del sofá, lo más lejos posible de mí.

—Espero que te gusten las comedias románticas, porque estamos a punto de tener una maratón en toda regla.

Pone los ojos en blanco. —Lo que tú quieras.

Pongo la película de chicas más cursi que encuentro, y luego me dirijo a la cocina a por algo de picar. Tengo que admitir que es agradable poder ver una película con alguien.

Ni siquiera me importa tanto que esté obligado a estar aquí.

Vaya, de verdad que necesito hacer amigos.

ANDREY

—¿Por qué demonios estoy aquí otra vez? —exige Natalia en cuanto abro la puerta.

—Buenos días a ti también.

Me mira con los ojos entrecerrados. —En serio, Andrey, apenas estaba consciente cuando Shura llamó a mi puerta diciéndome que me “requerían” en la mansión.

—Porque así es. Sígueme.

Me alejo a grandes zancadas, obligándola a apresurarse detrás de mí. Atravesamos el vestíbulo y entramos en el salón. Unas puertas francesas dan directamente al jardín. Ignoro el zigzagueante camino de piedra y prefiero atravesar el césped recién cortado en dirección a la casa de la piscina.

Natalia resopla detrás de mí, esforzándose por seguirme. De algún modo, encuentra aire suficiente para murmurar en voz baja durante todo el camino.

—...“Te requieren en la mansión”... como un perro... sinceramente, cómo me meto... versión masculina de Kat...

La casa de la piscina está rodeada por tres lados de sicomoros cuyas hojas acaban de empezar a cambiar de color. La casa es de piedra roja, elegante e ingeniosamente diseñada para integrarse perfectamente en el paisaje.

Natalia jadea cuando la ve. La miro y lo asimilo todo. Sin embargo, en cuanto se da cuenta de que la miro, vuelve a fruncir el ceño con el mismo gesto hosco que lleva desde que Shura la dejó en la puerta a primera hora de la mañana. —¿Por qué estoy aquí?

A modo de respuesta, la conduzco a la casa de la piscina.

El exterior es discreto, pero el interior no tiene ningún problema en recordarte lo impecable que es. Es como un jardín secreto, repleto de plantas, con rayos de luz dorada que se cuelan por innumerables ventanas y claraboyas. Las vigas de madera atraviesan el techo y las tallas ornamentales bailan a lo largo de las molduras de corona. Los azulejos verde bosque añaden un toque de color en la cocina. Aún no ha visto el dormitorio, pero no me cabe duda de que tendrá que reprimir otro grito ahogado cuando ponga un pie en él.

—Vale, es oficial —murmura—. Tú ganas; yo pierdo. ¿Es eso lo que quieres oír?

—No…

—Incluso tu *casa de la piscina* está muy por encima de mi... ¿cómo lo llamaste? ¿Nido de ratas? ¿Agujero de ratas en la pared? ¿O alguna otra frase igual de insultante? —dice, desanimada—. Has ganado el concurso de Nat Geo en el que nunca pedí participar. Así que, ya sabes, felicitaciones o lo que sea.

Cruzo los brazos sobre el pecho y me apoyo en la pared más cercana. —¿Has terminado?

Ella se muerde el labio y lo considera. —Sí, por ahora.

—Bien —asiento—. De momento, te quedarás aquí.

Se queda con la boca abierta. —¡Dijiste que podía quedarme en mi propio apartamento!

—Eso fue antes de darme cuenta de que era un caldo de cultivo de enfermedades y documentales de asesinatos de Netflix.

—¡Te dije que haría que mi casero se ocupara del moho!

Tan divertida como cuando se burla de mí, es igual de encantadora cuando está nerviosa y dispuesta a pelear. No puedo decidir qué versión de Natalia me gusta más.

—He investigado un poco y resulta que tu supuesto "casero" es un mentiroso y un ladrón. Solo este último trimestre ha recibido quejas de todos y cada uno de los inquilinos y no ha atendido exactamente ninguna.

—¿Cómo has...?

—El moho no es un problema pequeño, Natalia. ¿Crees que dejaría que mi hijo respirara veneno durante sus primeros años de vida?

Se le desencaja la mandíbula y sé que he asestado el golpe ganador. Gira lentamente en círculo, contemplando la casa de la piscina con nuevos ojos.

—¿Y qué pasa con todas mis cosas? —suelta al fin.

—Haré que Leonty traiga todo hoy. No debería hacer falta más de un viaje. No andas precisamente sobrada de pertenencias.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme?

Pregunta como si la estuviera atrapando en una jaula de cuatro por dos sin ventanas. —Eso está por verse. Por ahora, este es el mejor lugar para ti.

Murmura algo ininteligible en voz baja. Descruzando los brazos, avanzo hacia ella.

—Te doy la casa de la piscina porque dijiste que querías tu propio espacio. Tendrás tu intimidad y libertad en los terrenos. El único lugar del que te pido que te mantengas alejada es el ala este.

—¿Qué hay en el este?

—No te concierne.

Suspira. —Muy "*La Bella y la Bestia*" por tu parte.

—¿Qué?

—¿Sabes, *La Bella y la Bestia*? Bestia le dice a Bella que se aleje del... —se interrumpe a mitad de la frase al ver mi mirada perdida—. No importa. Es una batalla cuesta arriba que nunca ganaré.

Me aclaro la garganta. —También descubrirás que el trayecto al trabajo es mucho más fácil desde aquí.

—¿Me dejas ir a trabajar?

—Como te he dicho, no me interesa desmantelar toda tu vida. Solo quiero asegurarme de que tú y el bebé estén cómodos. *Seguros* y cómodos.

Su rostro se suaviza. —Vale. De acuerdo. Gracias —lo dice como si no estuviera segura de si debería agradecerme.

Tampoco estoy seguro de que deba hacerlo. Porque, por mucho que me gusten sus burlas y por mucho que me guste su carácter...

Creo que lo que más me gusta es que sea sumisa y agradecida.

Antes de hacer algo de lo que me arrepienta en la tranquila y soleada intimidad de la casa de la piscina, la dejo en su nuevo hogar y salgo al jardín.

Shura se pasea por la terraza superior, hablando con alguien por teléfono. Termina la llamada cuando me acerco. —Vaska se ha despertado esta mañana —me informa.

—Excelente. ¿Se recuperará totalmente?

—Necesita unas semanas y luego estará como nuevo —responde—. Una cicatriz más para la colección.

Asiento con satisfacción. *Que te jodan, Nikolai*.

—¿Cómo te fue anoche? —pregunto.

Los ojos inquietos de Shura se deslizan hacia la casa de la piscina. —Sabes que no soy muy hablador.

—Soy consciente.

—Pero ella sí —reprimo una sonrisa, pero, para mi sorpresa, Shura continúa—. Hace falta mucho para que me guste una mujer —admite, arrastrando los pies como si quisiera salir corriendo de esta conversación—. Una civil, nada menos. Pero me gusta. Es simpática.

—Un gran elogio, viniendo de ti.

Carraspea incómodo y cambia de tema. —¿Aceptó quedarse en la casa de la piscina?

—No le di muchas opciones.

—Seguro que le ha encantado. ¿Tienes algún plan?

Pasé la mayor parte de la noche pasada rumiando precisamente eso. Di vueltas en círculos hasta

que caí en un sueño distraído. Sin embargo, cuando me desperté esta mañana, no estaba más cerca de decidir nada.

—Todavía no.

La mandíbula de Shura se crispa, señal reveladora de que quiere decir algo, pero no está seguro de si debe hacerlo.

—Vamos. Escúpelo antes de que te atragantes.

—Casarse con ella sería toda una declaración.

Anoche se me pasó exactamente el mismo pensamiento por la cabeza. —También legitimaría a mi hijo —me apoyo en uno de los enormes zócalos de mármol que rodean el jardín—. Pero no me gusta el momento. Nikolai sigue siendo una amenaza real y parece que se está volviendo más audaz…

—Una señal de desesperación.

—Tal vez —admito—. Pero solo significa que no tiene nada que perder —mi mirada se desvía hacia la casa de la piscina—. Para mí ya no es así. Pregonar a una novia embarazada no haría más que incitarlo.

—Aunque un matrimonio te ayudaría a afianzar algo de poder —señala Shura.

—No si me caso con Natalia. La pequeña *lastochka* será una novia bonita, no poderosa.

—No sugería necesariamente a Natalia. A menos, claro... —vuelve a aclararse la garganta—, que quieras casarte con Natalia.

Niego con la cabeza, como si no tuviera el corazón en un puño ante la mera sugerencia. —Es irrelevante. Motivos políticos o no, ahora mismo no me interesa el matrimonio. Solo tengo dos prioridades: estabilizar la expansión Kuznetsov, lo que incluye deshacerme de Nikolai, y asegurarme de que mi hijo nazca sano y salvo.

Se abre una ventana en la casa de la piscina. Veo a Natalia abrir las persianas.

—Lo que significa vigilar a su madre —añado en un murmullo cansado.

—¿Seguridad extra?

—Cuando abandone la mansión, sin duda. Quiero que se forme un equipo de cuatro hombres. Su única responsabilidad será todo lo relacionado con Natalia Boone.

Shura asiente. —Estoy en ello.

—Pero pide a los chicos que sean sutiles. Si se siente sofocada, no lo pondrá fácil.

—Tengo una sugerencia —propone Shura, mirando hacia la casa de la piscina—. ¿Y si le compramos un perro guardián? Serviría para dos cosas.

La luz del sol se cuela entre las ramas de los árboles. Tengo que entrecerrar los ojos para tener una visión clara de la casa de la piscina, pero Natalia ha desaparecido por la ventana abierta.

—¿“Dos cosas”?

—Bueno... creo que tener un compañero podría ayudarla —admite—. Anoche tuve la sensación de que su vida es... solitaria. Vacía. Los bebés crecen mejor cuando sus madres son felices.

Es un consejo sentimental de Shura. Quizá por eso le cuesta encontrar mi mirada.

—Gracias, hermano —le doy una palmada en la espalda—. Lo pensaré.

Él se retira al interior de la casa, pero yo me quedo en el patio, frente a la casa de la piscina. Un perro guardián no es mala idea, sobre todo porque ya tenemos un perro callejero medio rabioso atrapado en una de las habitaciones de invitados de la planta baja. Echo un vistazo por encima del hombro, hacia el ala este, donde tienen a Misha.

Tal vez, si le diera al chico algo de confianza, él me ofrecería algo de la suya a cambio. Aunque exponerlo a Natalia me parece un gran riesgo.

Dejo la decisión para otro momento. Por ahora, me conformo con que esté bajo mi techo.

Justo donde debe estar.

NATALIA

Es molesto lo bien que duermo en mi nueva cama.

Me despierto a las seis menos cuarto, con los ojos brillantes y llena de energía y entusiasmo. Entonces, recuerdo quién es el responsable de mi noche récord de sueño REM, y vuelvo a ponerme de mal humor.

Pero no pasa nada. No tiene importancia.

Andrey Kuznetsov seguro que no.

Hoy estoy dispuesta a enfrentarme al mundo o, bueno, si no al mundo, al menos a los malvados malhechores de Seguros Sunshield, mi empleador y enemigo de hoy.

Armada con todas mis cosas, otro motivo para estar de mal humor: Andrey tenía razón y sus hombres solo necesitaron un viaje para traer mis cosas a mi nueva residencia, hago un poco de yoga ligero en la terraza, seguido de un chapuzón de veinte minutos en la piscina.

A las siete, ya estoy vestida con mi conjunto favorito de pantalón negro y camisa blanca, y es hora de irse. Lo único que necesito es un pequeño tentempié para desayunar, preferiblemente algo mantecoso y dulce, y luego que mis némesis de Sunshield se preparen para el peor día de sus vidas.

Mi estado de ánimo alegre se ve afectado en el momento en que salgo de la casa de la piscina.

Andrey está de pie en el patio, claramente esperándome. —*Dobroye utro* —murmura mientras me quedo paralizada en el umbral.

La sorpresa no es Andrey, sino los cuatro hombres altos que lo rodean, todos mirándome fijamente.

—¿Vienes de una audición con tu boy band? —señalo a uno de ellos con una cabeza llena de rizos apretados—. Yo los llamaría *Permanentes y Peligrosos*. O, espera, espera: *Nuevos Rizos en el Bloque*.

Leonty, el chico rubio que me llevó a mi apartamento, es el único al que reconozco. También es el único que se ríe.

—Llámalos como quieras; pasarás mucho tiempo con ellos —dice Andrey con sorna—. Ya conoces a Leonty. Este es Leif —señala a un hombre de pelo largo y con reflejos rubios—. Este

es Olaf... —Olaf luce un tatuaje de una lágrima bajo el ojo derecho—. Y, por último, Anatoly.

Anatoly, el pelirrojo objeto de mi broma inicial no tan graciosa, hace una mueca en mi dirección.

Miro fijamente al variopinto grupo de encantos con una irónica interpretación de *It's Raining Men* sonando en mi cabeza. De algún modo, incluso mis pensamientos desafinan.

—Vale, pues encantada de conocerlos —les hago un gesto incómodo con la mano—. Pero creo que cuatro guardaespaldas puede ser un poco exagerado.

—No te preocupes —me asegura Andrey—. Serán discretos.

—Míralos. Puede que un gigante no te aplaste bajo sus pies, pero sigue siendo un gigante. La gente se dará cuenta.

Andrey se vuelve con un gesto desdeñoso. —Eso déjaselo a ellos. Ahora, vamos, tienes que desayunar antes del trabajo.

—¡Andrey! —grito, corriendo tras él.

No aminora la marcha, así que tengo que trotar por la hierba para seguirle el ritmo. No es precisamente lo más fácil de hacer con tacones.

—Andrey, espera. Necesito hablar con...

Consigo ponerme a su altura, pero, antes de que pueda terminar de hablar, se vuelve hacia mí con un brillo de desaprobación en los ojos. —¿Eso llevas puesto para ir a trabajar?

Miro fijamente mi conjunto favorito, y, seamos sinceros, el más bonito. —Sí. ¿Qué tiene de malo?

—Es... —sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo—. ¿Sabes qué? No importa. Tienes buen aspecto.

Con eso, se da la vuelta y se dirige a la casa.

—¡Eres un imbécil! —le tiro a la espalda.

Estoy casi segura de que capto una risita antes de que desaparezca por las puertas dobles.

Cuando por fin lo alcanzo, está en el garaje, sosteniendo la puerta del acompañante de un elegante coupé descapotable rojo abierta. Estoy tan distraída con el bonito coche que entro sin decir nada. La puerta se cierra de golpe y, cuando me doy cuenta, Andrey se está sentando en el asiento del conductor.

Por el retrovisor lateral, veo a mis guardaespaldas subir a un enorme Escalade negro. —Esto es una locura —protesto—. No necesito todo un ejército siguiéndome todo el día.

—No te seguirán a todas partes; te observarán desde una distancia cómoda.

—¿Para consuelo de quién: suyo, tuyo o mío?

Su respuesta es una sonrisa reservada. —¿Qué te apetece desayunar?

Mi estómago gruñe. —Algo que absorba toda esta rabia y resentimiento que hierve en mi

interior.

—Conozco el lugar adecuado.

~

"EL LUGAR ADECUADO" acaba siendo una preciosa pastelería enclavada en el corazón del barrio italiano. Mi estado de ánimo mejora ligeramente cuando llega a la mesa una bandeja llena de cruasanes y bollos de cereza. Los pasteles van acompañados del chocolate caliente más rico que he visto nunca.

Al primer bocado, solté un gemido muy fuerte e inapropiado.

Los ojos de Andrey se clavan en los míos y mis mejillas se ponen tan rojas como las cerezas de los bollos. —Perdona. Es que está buenísimo.

Me empuja el plato. —Come.

Cuando muera, quiero que me entierren dentro de un cruasán, decido. Es frustrantemente difícil mantener la rabia cuando se come tan bien. Me zampo alegremente la mitad de la bandeja antes de que Andrey interrumpa mi atiborramiento.

Desliza un pequeño sobre en la mesa, junto a mi taza vacía de chocolate caliente. —Esto es para ti.

La noche que dormimos juntos y él tiró el dinero en la mesita del café vuelve a mí de golpe. —Si vuelve a ser dinero, pediré otro chocolate caliente solo para tirártelo a la cara.

—Es una tarjeta de crédito. Técnicamente no es dinero, pero de todas formas estaré alerta al chocolate caliente.

Cuando abro el sobre, encuentro una reluciente tarjeta de crédito negra con mi nombre. Dudo en tocarla; parece *rica*. —¿Para qué es esto?

—Para lo que necesites. Estaré encantado de comprarte lo que quieras, por supuesto, pero así no tendrás que pedirlo.

Me cuesta averiguar qué siento exactamente. *Es* considerado.

Pero unas cartas tan gruesas y pesadas no vienen sin condiciones.

—¿Es un movimiento de poder? —es contundente, pero no hay premios por irse por las ramas.

—No —hace una señal al camarero para que le traiga la cuenta. En cuanto llega la cuenta, Andrey desliza un billete de cincuenta dólares en la bandeja y se la devuelve—. Vamos. No querrás llegar tarde al trabajo.

Metiendo la tarjeta de crédito en el bolso, lo sigo hasta la acera iluminada por el sol. Para mi sorpresa, me abre la puerta del acompañante del descapotable.

—Pensé que mi banda de chicos se encargaba de dejarme en el trabajo.

El Escalade está aparcado al otro lado de la calle, aunque no puedo ver a ninguno de los hombres a través de los cristales tintados.

—Te llevaré hoy. Así podré comprobar dónde trabajas.

Lo dice tan a la ligera que, por un momento, parece casi razonable. Desprecio ese pequeño truco suyo. —¿Qué significa eso de que quieres comprobar dónde trabajo?

—Dondequiera que vayas, va mi bebé —explica con frialdad—. Necesito asegurarme de que está a salvo.

—Tienes que estar de broma.

—Nunca bromeo sobre la seguridad —contesta.

Planto los pies y cruzo los brazos sobre el pecho. Esto es el colmo. Se ha pasado toda la mañana diciéndome cómo van a ser las cosas.

Claro, es una bonita casa de piscina, pero es *su* casa de piscina. *Sus* guardaespaldas siguiéndome todo el día. *Su* tarjeta de crédito. *Sus* malditas normas.

—Es imposible que vengas a trabajar conmigo.

Me dedica una sonrisa arrogante. —¿Por qué no entras en el coche, *lastochka*?

—Creo que prefiero caminar.

Estoy a punto de lanzarle el dedo medio más fuerte de mi vida cuando saca la mano disparada y me agarra. Lo siguiente que recuerdo es que tengo la espalda pegada al descapotable y Andrey respira sobre mí, con esos hechizantes ojos grises clavados en los míos.

—Creo que no.

Algunas personas se ríen al pasar junto a nosotros por la calle. Incluso oigo un silbido de un grupo de hombres que pasan.

—Suéltame.

No se aparta de mí, sino todo lo contrario. Se inclina un poco más, atrapándome entre el coche y su cuerpo, lo cual, para ser justos, no es *no* atractivo. Su rodilla está encajada entre mis piernas y la presión que ejerce sobre cierta parte de mi anatomía no es, desde luego, apropiada para una compañía educada.

—¡Andrey! —siseo—. Para ya.

—¿Por qué? Parece que lo estás disfrutando.

—La gente está *mirando*.

Se encoge de hombros con indiferencia. —Déjalos.

—Me intimidarás hasta conseguir lo que quieres, ¿verdad?

—Lo que quiero es tu seguridad, Natalia. Yo cuido lo que es mío.

Se me pone la piel de gallina. Intento tragarme la inoportuna oleada de placer que recorre mi cuerpo al oír sus palabras.

—Excepto que no soy tuya.

Aprieta más fuerte la rodilla contra mi coño, amasando lentamente con movimientos suaves y burlones. Nos van a detener por exhibicionismo si sigue así.

El problema es que mis protestas se hacen cada vez más gemidas y menos serias.

Mis mejillas se calientan y enrojecen.

Y mi coño está cada vez más húmedo.

Tengo tanto miedo de soltar un gemido en toda norma que no tengo más remedio que cerrar la boca y rezar para que acabe pronto conmigo.

Un par de señoras mayores pasan junto a nosotros. Sus sonrisas despreocupadas se convierten en asombro y apartan rápidamente la mirada. —Madre mía... —oigo jadear a una.

Cabrón.

Me muerdo la lengua y, justo cuando siento que estoy a punto de explotar, me suelta y retrocede.

Me desplomo contra el coche, repentinamente agotada. Andrey, en cambio, parece tranquilo sin esfuerzo y totalmente sereno. Pero en sus labios se dibuja una sonrisa ladeada, casi cruel, mientras se inclina hacia mí, con su aliento caliente en mi mejilla.

—Oh, eres mía, *lastochka*. Solo que aún no lo has aceptado.

NATALIA

Qué descaro el de ese hombre.

Solo que aún no lo has aceptado. Me he estado repitiendo eso en la cabeza durante todo el trayecto al trabajo, cabreándome cada vez más.

El problema es que también me excito cada vez más.

Cabreada.

Excitada.

Cabreada.

Excitada.

Es un quebradero de cabeza tan grande como se oye, créeme.

Sigo echando humo cuando nos detenemos ante el feo edificio marrón que alberga Seguros Sunshield. En cuanto pongo un pie fuera del coche, mis cuatro nuevas sombras me acosan, un muro de carne de hombre en todas direcciones.

—Vaya discreción —murmuro, lo bastante alto para que me oiga Andrey.

Si se da cuenta, no da señales mientras baja del coche.

Saludo a la recepcionista, Marge, con un rápido “Buenos días” y sigo de largo para no tener que presentarle a la caballería que tengo a mis espaldas.

Por suerte, solo Leonty nos sigue a Andrey y a mí a las salas de personal, donde está mi escritorio. Pero no tengo que mirar a mi alrededor para saber que todos los ojos de la planta se dirigen directamente a Andrey y a mí.

Bueno, sobre todo los ojos femeninos.

Y sobre todo a Andrey.

Abby Whitshaw se pone en pie de un salto cuando pasamos por delante de su mesa, pero yo sigo adelante. No tengo ningún deseo de presentarle a Andrey. Y menos con la blusa que ha decidido ponerse hoy, que está a tres botones de ser profesional.

Mi penoso cubículo está encajonado contra otros tres. Solo nos separan delgadas medias paredes. Nunca me había parecido tan miserable como hoy.

—Pues aquí es. Donde ocurre la magia —señalo las puertas de cristal de la esquina más alejada —. Ahí es donde trabaja el personal superior. El comedor está por esa puerta, junto al filtro de agua, y ahí está el archivo. Ya pueden irse.

Andrey no se mueve. —Resulta que ya conozco a tu jefe. Seguro que a Richard no le importará que pase a saludarlo.

Richard. Me encojo como una niña a la que un padre vergonzoso deja en el colegio. —Por favor, por el amor de todo lo que es bueno y santo, no entres ahí a hablar con el señor Ewes.

—No tardaré mucho.

—Andrey. ¡Andrey! —me vuelvo hacia Leonty—. ¿No puedes detenerlo?

Resopla. —¿Es una pregunta trampa?

Me hundo en la silla giratoria, gimo y dejo caer la cara sobre las palmas de las manos. ¿Cómo demonios explico esto a los demás? ¿Cómo explico nada de esto?

—Te acostumbrarás a él —añade Leonty con su estruendoso barítono.

Suelto las manos para mirarlo fijamente. —¿Cuánto tiempo te ha llevado?

—Conozco a Andrey de toda la vida. Así que me llevó... bueno, prácticamente toda mi vida.

—Ja, ja —bromeo mientras Leonty se ríe. Lanzo una mirada nerviosa a la sala del personal superior—. Toda tu vida, ¿eh?

—Soy su primo segundo, pero igual.

—¿Eso tiene ventajas?

—Por favor. Andrey no tiene favoritos.

—Sorpresa.

—Voy a echar un vistazo al resto del lugar. Solo...

—No —interrumpo, usando su codo para levantarme y ver si veo a Andrey a través del cristal esmerilado—. Quédate aquí y sigue hablándome. No quiero que venga Abby.

Mira por encima del hombro. —¿Es la de la blusa escotada?

—Esa misma. No hagas contacto visual.

Las puertas de cristal se abren y el Sr. Ewes sale riendo a carcajadas. Andrey está sentado en una de las sillas detrás de él. Parece demasiado cómodo.

—¡Natalia! —llama el Sr. Ewes—. Acompáñanos un momento.

Pongo una sonrisa falsa y entro en el despacho. —Buenos días, Sr. Ewes.

—¡No me habías dicho que conocías al Sr. Kuznetsov!

—Nunca le dice a nadie que nos conocemos —comenta Andrey con una sonrisa malvada en mi dirección—. Creo que se avergüenza de mí.

—¡Ja! —se ríe el Sr. Ewes—. Avergonzada de Andrey Kuznetsov... imagínate.

Ya he oído esa risa antes. Es la que utiliza cuando quiere cortejar a un cliente.

—Bueno, no te preocupes, querida; el Sr. Kuznetsov me ha explicado la situación y estoy seguro de que podremos adoptar las medidas de seguridad que necesites.

Si mis mejillas se calientan más, podría estallar en llamas. —¿Está seguro de que no es una imposición, Sr. Ewes?

—¡En absoluto, en absoluto! Con mucho gusto —se vuelve de nuevo de mí a Andrey—. Es un poco temprano para tomar algo, pero en mi despacho acaban de instalar una nueva máquina de capuchinos.

Andrey se levanta y le hace un gesto con la mano para descartarlo. —Nada para mí, Richard, gracias. Tengo que irme.

—Cualquier cosa que necesites, dímelo, Andrey.

Se dan la mano. —Avisaré a través de Natalia.

El Sr. Ewes no parece en absoluto desanimado. —Estupendo. Por supuesto. Lo que necesites —prácticamente nos hace una reverencia para que salgamos del despacho.

—Jesús —murmuro—. Creo que he vomitado un poco en su boca.

Ni siquiera hemos llegado a mi mesa cuando nuestro camino se ve bloqueado nada menos que por Abby. “Archienemiga” es un poco exagerado, pero muy poco. Lo cierto es que me saca de quicio. Ahora más que nunca.

Tiene la mirada fija en Andrey. Pensé que ya operaba con muy pocos botones, pero está demostrando que no hay listón por el que no esté dispuesta a rebajarse, porque juraría que ha desaparecido otro botón desde que llegamos.

—¿Puedo ofrecerle algo, Sr. Kuznetsov? —canturrea sin molestarse en presentarse.

En su favor, Andrey la mira como si fuera un trozo de papel higiénico húmedo pegado a la suela de su zapato. —Nada, gracias.

Ese tono frígido me habría hecho retroceder, porque no soy imbécil. Abby, sin embargo, no se inmuta. —¿Estás seguro? Será un placer ayudarte en todo lo posible —y por si acaso estaba siendo demasiado sutil, acaricia con una mano el brazo de Andrey y entorna los ojos para dar efecto.

Estoy *a punto* de apartar a la zorra de nuestro camino cuando Andrey exclama—: Ten la amabilidad de quitarme la mano del brazo antes de que yo te la quite.

Mierda.

Podría besarlo, maldición.

Abby parpadea, claramente desconcertada porque sus tetas mágicas no han funcionado. Pero al menos baja la mano. —Podría enseñarle el resto de la oficina, Sr. Kuz...

No sé qué me pasa. Agarro posesivamente el brazo de Andrey y tiro de él hacia mi escritorio. —Si alguien le enseñará la oficina, Abby, seré *yo*. Ya puedes volver a tu mesa.

Noto cómo su sonrisa me quema la cara. —Cállate —digo en voz baja.

Mi escritorio no está vacío cuando nos acercamos a él, porque las malas noticias vienen de tres en tres, por lo visto. Byron está apoyado en la pared de mi cubículo, con una taza de café para llevar de mi cafetería favorita.

Por Dios. Hoy ha salido todo el maldito circo.

—Hola, guapa —saluda con su habitual estilo inapropiado—. Te he traído tu favorito.

Me tiende la mano, pero, antes de que pueda aceptarla a regañadientes, Andrey se me adelanta. —Ya no es su favorito —dice fríamente, dejando caer la taza entera en la papelera que hay bajo mi escritorio—. Ha dejado la cafeína.

Miro fijamente a Andrey. —Eso no era necesario.

Aunque no es del todo indeseado. Ojalá hubiera tenido el valor de hacerlo hace años.

Andrey está mirando fijamente a Byron con una intensidad que está haciendo que la sonrisa de Byron convulsione. El hombre parece estar sufriendo un ataque.

—¿Dejaste la cafeína, eh? —pregunta Byron, tratando desesperadamente de pasar por alto el incómodo momento—. ¿Una nueva dieta o...?

Hay algo en la repentina sonrisa de Andrey en lo que no confío. Me fío aún menos cuando me rodea la cintura con un brazo y tira de mí hacia él.

—Natalia está embarazada —explica—. Vamos a tener un bebé.

NATALIA

Me quedo embobada mirando a Andrey.

Andrey le sonríe a Byron.

Byron hace rebotar sus grandes ojos de Andrey a mí y viceversa.

Es el peor, y, para que quede claro, *el único,* trío que he tenido nunca. Me gustaría bajarme de esta atracción inmediatamente, por favor y gracias.

—¿Embarazada? —tartamudea Byron—. ¿Estás embarazada, Nat?

Trago saliva y sonrío. —Sorpresa.

—Jesús —exhala Byron—. Eso es... una locura.

—Para ti y para mí —me escabullo del agarre de Andrey, pero no sin antes pellizcarle bajo el brazo—. Discúlpame un momento mientras acompaño a Andrey a la salida.

Marcho directamente hacia la salida sin esperar a que Andrey acepte. Para mi sorpresa, me sigue sin rechistar. En cuanto nos alejamos de los compañeros entrometidos y estamos en el vestíbulo, me doy vuelta y clavo un dedo en el pecho de Andrey.

Esperaba que este dedo fuera el primer punto de dolor de una devastadora serie de derribos tanto verbales como físicos que estaba a punto de desatar sobre su estúpida cara. Por desgracia para mí, su pecho es tan odiosamente musculoso que me lastimo el pobre dedo y hago una mueca de dolor.

—¿En qué demonios estabas pensando? —me aclaro la garganta y reformulo—. ¿Qué pasó con lo de mantener mi embarazo en secreto?

No parece en absoluto arrepentido. —Cambio de planes.

—¡Claro! Mi pregunta es: ¿*Por qué*?

—Ya estás de tres meses —dice con sensatez—. Pronto empezarás a mostrarlo. Esto era inevitable.

—¿Así que no tenía nada que ver con el hecho de que intentabas marcar tu territorio?

Comprueba su reloj como si le hiciera perder el tiempo. —Pensé que lo entenderías.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Cómo se llamaba... la rubia guapa de la blusa roja? —se acerca un paso más a mí mientras mi cara se enrojece de ira involuntaria—. En lo que a marcar territorio respecta, no nos andemos con rodeos: eres tan culpable como yo.

Leonty se ríe junto a la puerta y Marge ha abandonado cualquier intento de fingir que no está escuchando a escondidas.

—Vete —le siseo en la cara—. Ahora mismo.

—Lo haré, en cuanto me dejes marchar.

Sus ojos se posan entre nosotros y me doy cuenta de que tengo la mano enredada en su muñeca. La suelto como si estuviera ardiendo y me alejo de inmediato.

Andrey me guiña un ojo. —Que tengas un buen día, *lastochka*.

Pasan unos segundos desde que se ha ido antes de que el rubor furioso de mis mejillas desaparezca por fin. Sintiéndome completamente inmovilizada, vuelvo a la oficina, encogiéndome bajo el peso de las miradas curiosas que se dirigen hacia mí. La mayoría se detienen en eso: mirones, nada peor.

Pero no todos mis compañeros captan las indirectas.

—¡Dios mío! ¿Vas a tener un hijo con *él*? —Abby sale de detrás de mi escritorio como un topo al que me encantaría golpear con un martillo—. ¿Dónde has conocido a un hombre así?

—También siento curiosidad —levanto la cabeza y veo que Byron se ha unido a la inquisición.

—Chicos, me encantaría charlar, pero tengo mucho trabajo —revuelvo algunos papeles para dejar claro mi punto de vista, pero ninguno muestra interés en marcharse.

—No, pero, vamos... —engatusa Abby—. ¿Cómo le has clavado los garfios?

—No hubo “garfios” de por medio. Y ni siquiera estamos juntos —no estoy segura de por qué decidí compartir esa información con ellos, no me pinta exactamente de la mejor manera, pero estoy enfadada y sale disparada antes de que pueda pensar en ello.

—¿No? —no me gusta nada ese brillo en los ojos de Abby.

Para ser justos, Byron tiene el mismo brillo esperanzador, aunque por razones diferentes, y posiblemente peores. —¿Cómo funciona eso?

—¿Es que nunca han oído hablar de un revolcón de una noche? —pregunto—. ¿Saben qué? No importa. Todo lo que puedo decir es que, si alguna vez deciden tener uno, usen protección.

Abby se burla. —Es rico *y* guapísimo. Puedes apostar tu culo a que estaría agujereando ese condón.

—Vaya, que clase —murmuro.

Sonríe salazmente. —Así que, por lo que entiendo, está soltero.

De repente, siento el impulso de golpear a Abby en la cabeza. Dejo que la fantasía se desarrolle durante unos segundos antes de asentir. —Claro, sí. Algo así.

—¡Excelente! —hace un pequeño contoneo que le hace sacudir los pechos—. Espero que te traiga al trabajo todos los días —después de conseguir lo que buscaba, Abby se da vuelta y se pavonea de vuelta a su mesa.

—Tengo que admitirlo... —la voz de Byron se interpone en otra pequeña fantasía que estoy representando en mi cabeza, esta vez con Abby y la grapadora recién cargada sobre mi escritorio. —Yo también me siento aliviado.

—Si quieres a Andrey, tendrás que luchar contra Abby por él.

Me ignora. —Significa que todavía tengo una oportunidad contigo.

Bien podría haberme echado un vaso de agua helada por la espalda. —Eh, Byron... ¿Te has perdido la parte de que estoy embarazada? —le recuerdo suavemente—. Voy a tener un hijo con otro hombre.

—Pero no estás *con* dicho hombre —se encoge de hombros y se aleja de mi mesa—. Aún hay esperanza para mí.

—¡No, no la hay!

—Espera y verás —promete con una risita taimada—. Voy a convencerte.

Me escondo en mi cubículo durante la mayor parte de la mañana. Resulta que intentar evitar a tus compañeros de trabajo puede convertir tu día en uno productivo. A las cuatro ya he terminado con todo el trabajo, y estoy deseando volver a la tranquilidad de la casa de la piscina.

Consigo esquivar a Abby y a Byron cuando salgo. Leonty está fuera del edificio cuando salgo a la acera.

—¿Lista? —pregunta.

—Literalmente, nunca he estado más lista en toda mi maldita existencia.

Riéndose, me abre la puerta trasera y me meto en el coche. Olaf está en el asiento del copiloto, pero mis otros dos guardaespaldas no están a la vista.

—¿Dónde está el resto de la banda?

—Vigilamos por turnos —explica Leonty—. A ellos les toca el turno de noche.

Pongo los ojos en blanco. —Ridículo.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunta Leonty como si no me hubiera oído.

—Bien. Quiero decir... no, no estuvo bien. Pero al menos se ha acabado.

—Si el tipo alto te da problemas, puedo ocuparme de él por ti —me ofrece. Frunzo el ceño mirando a Leonty por el retrovisor, así que aclara—: El imbécil de la camisa de rayas.

—¿Byron?

Se estremece. —Hasta su nombre es idiota.

Cruzo las piernas y me vuelvo hacia la ventana. —Es inofensivo.

—No desde mi percepción. Está interesado en ti.

Alejo su preocupación. —Es un ligón y a veces se pasa un poco. En realidad es bastante simpático. Y es un jefe decente.

—Estoy seguro.

—No me gusta ese tono.

Leonty se encoge de hombros inocentemente. —Yo tendría cuidado, es todo lo que digo. A Andrey no le va a gustar que tu amigo ande husmeando.

Me siento como una posesa en mi asiento. —Andrey puede besarme el culo. No soy de su propiedad. Y desde luego no soy su novia. No tiene derecho a dictar quién puede o no puede "husmear".

Leonty y Oleg intercambian una mirada.

—¿Qué? —exijo—. ¿Qué fue esa mirada?

Oleg se mueve nervioso. Leonty, en cambio, me dedica una sonrisa despreocupada por encima del hombro. —Eres nueva, así que quizá aún no te hayas dado cuenta: Andrey consigue lo que Andrey quiere. Siempre.

—Siempre —se hace eco Oleg.

—Sí, bueno, marquen la fecha de hoy en sus calendarios —declaro—. Estamos haciendo historia.

Comparten otra mirada divertida.

—¡Púdranse los dos! —grito.

—Oh, no te pongas susceptible —implora Leonty—. Solo digo lo que veo. Las cosas serán más fáciles si aceptas lo que es obvio para todos los demás.

A pesar de mis esfuerzos, siento curiosidad. —Vale, tomaré la indirecta. Dime qué es obvio para los demás.

—Que, quieras admitirlo o no, Andrey ya te tiene derretida.

Estoy tan alterada que ni siquiera respondo. Pasamos el resto del trayecto en silencio. En cuanto llegamos a la mansión, me desabrocho el cinturón y salgo corriendo del Escalade.

Para mi continua frustración, ni siquiera la paz y la soledad de la casa de la piscina me calman.

Me arranco la ropa y me preparo un baño, con la esperanza de ahogar el coro de voces de mi cabeza.

Así que, por lo que entiendo, está soltero.

Andrey ya te tiene derretida.

Eres mía, lastochka. Solo que aún no lo has aceptado.

Y bajo todos estos recuerdos frescos, bajo todas estas emociones confusas, se cuela una gotita de duda, trémula e imprevista.

¿Siento algo por Andrey?

No hay duda de que me siento atraída por él. Es guapo y seguro de sí mismo. Tiene una intrepidez a la que me resulta increíblemente difícil resistirme. Por eso me convencí a mí misma para acostarme con él aquella noche.

Pero atracción no equivale a afecto. La lujuria no equivale al amor.

Estoy tentada de darme una pequeña liberación. Pero el único rostro que circula ahora por mi cabeza es el de Andrey, y me niego a masturbarme pensando en él. Ya ha dictado demasiadas cosas en mi vida; no puede invadir también mis fantasías.

Con una sensación de fracaso, cierro el grifo del baño y salgo de la bañera. Envuelta en un mullido albornoz, entro en el salón y descubro a Yelena colocando pastelitos en la mesita.

—Eres como mi hada madrina, Yelena —suspiro—. Siempre apareces cuando más te necesito.

Se ríe. —Esa es la marca de una buena ama de llaves

—¿Por qué tengo la sensación de que eres mucho más que un ama de llaves? —me siento en uno de los mullidos sillones y le hago un gesto para que se siente también—. Acompáñame, por favor. No puedo comerme todos estos pasteles sola.

Para mi sorpresa, no protesta. Coge el sofá y se sirve un bollo danés.

Paso los siguientes minutos masticando con calma, debatiendo si debo entrometerme en la vida de Andrey o no. *¿Por qué no? Ya se ha metido mucho en mi vida.*

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Andrey?

—Mucho tiempo —responde—. A decir verdad, no recuerdo qué hacía antes con mi vida.

—Entonces, ¿lo conoces bastante bien?

Se encoge de hombros. —Tan bien como una empleada puede conocer a su jefe.

Le resta importancia, pero estoy dispuesta a apostar lo que sea a que alguien tan avispada como Yelena se ha dado cuenta de muchas cosas en el tiempo que lleva en la mansión.

—¿Andrey tiene a alguien... especial en su vida?

Se pone tan rígida que casi no lo noto. —No tengo por costumbre hablar de la vida privada del Sr. Kuznetsov.

Su negativa es educada, pero firme. Pero, al final, no importa que no me haya dado una respuesta directa. Su reacción es respuesta suficiente.

ANDREY

Un destello verde esmeralda me llama la atención.

Así sé que ha comenzado el tercer día de esta guerra de guerrillas.

Desde que me hice cargo de esta Bratva cuando mi padre huyó del país en mitad de la noche, he estado en guerra una y otra vez. He luchado contra griegos y armenios, contra clubes de moteros del Medio Oeste y contra sórdidas bandas de Baltimore que portaban escopetas recortadas y actitud desbordante. Los he mandado a todos a paseo, ya sea en ataúdes o en bolsas para cadáveres de la policía, repartidos por los cinco distritos en pequeños trozos del tamaño de un bocado.

Pero esta... esta es una guerra que podría no acabar tan limpiamente.

A través de la ventana de mi despacho, veo a Natalia desenrollando su esterilla de yoga en el patio. Sus leggings de cintura alta son ajustados, y su sujetador deportivo es brillante y revelador.

Es el tercer día consecutivo que pasea su esterilla verde de yoga hasta este lado de la casa.

El primer día, me dije que estaba aquí por el paisaje. Este lugar ofrece la mejor vista de los terrenos. Desde donde se estira, sé que puede ver los sicomoros rojos que se inclinan sobre la casa de la piscina, los bosques de abedules y pinos que descienden por las colinas, la línea del horizonte como telón de fondo de todo ello.

El segundo día, tuve mis dudas de que la vista fuera la única razón.

Ahora, al tercer día, sé que es una estupidez. Está aquí por una razón y solo una: ganar la guerra en mi cabeza.

Sin embargo, me pregunto si sabe siquiera que está luchando, o si se trata simplemente de un tipo de guerra primitiva. ¿Es consciente de lo fácil que es verla a través de la ventana de mi despacho? ¿Sabe que, cuando se inclina para tocarse los dedos de los pies, como está haciendo ahora, la luz del sol me permite ver a través de sus mallas?

¿Lo hace para burlarse de mí? ¿Para castigarme? ¿Para seducirme?

Maldición si lo sé. Y que la jodan si me atrevo a preguntárselo. Hasta ahora, he conseguido mantener las distancias. Un pequeño milagro, teniendo en cuenta cuántas veces al día la mujer cruza mi mente.

Un número molesto de veces.

Un número inaceptable de veces. Y eso incluso antes del yoga.

Está en plena postura del perro boca abajo, con el culo bien arqueado y apuntándome directamente. Aparto los ojos y los fuerzo a bajar de nuevo a la pantalla del ordenador que tengo delante.

Pero apenas pasan dos minutos antes de que me arriesgue a echar otro vistazo. Los beneficios y las pérdidas nunca me han parecido menos interesantes. El territorio, la construcción de imperios, las importaciones y exportaciones, las armas, las drogas y el juego: el pan de cada día de mi trabajo es una mierda sin sentido comparado con Natalia en un...

Maldición, ¿está abriéndose de piernas?

Atrapado entre el deseo y la frustración, me desabrocho los pantalones y saco mi erección. Me preocupa la integridad de mi flujo sanguíneo, para ser sincero. Estoy a punto de explotar.

Solo hay una forma de salir de este aprieto.

Bueno, en realidad hay dos formas. Pero solo una que no implique saltar por mi ventana, inmovilizar a Natalia sobre esa sudorosa esterilla de yoga y follármela hasta casi matarla.

Decidido. Opción número uno.

Me agarro la polla y empiezo a masturbarme con la mirada fija en sus tetas turgentes mientras se estira.

Sus gemidos de la noche en que nos conocimos aún están frescos en mi oído. Parecía sorprendida de que un hombre la haciera correrse tan rápido. Y mucho menos de nuevo.

Cambia de posición y se pone en cuclillas de espaldas a mí. Sus nalgas se curvan maravillosamente y me imagino mi polla deslizándose entre ellas, dispuesta a arrancarle otro orgasmo.

Al frotarme con más fuerza, aprieto la mandíbula por la agitación que se produce en mi interior. Una serie de imágenes se disparan en mi cabeza como diapositivas.

Mi boca apretando su pezón.

Mi polla deslizándose entre sus pliegues resbaladizos y húmedos.

Su culo rebotando salvajemente mientras yo ordeño gemido tras gemido de sus labios perlados y suaves.

Me corro con un estremecimiento en mi mano.

Pero el alivio dura poco. El subidón no es tan intenso ni tan satisfactorio como la noche en que me la follé por primera vez.

En cambio, acabar en mi propio puño me deja sintiéndome como un adolescente frustrado atrapado viendo porno.

Esto no es suficiente. Esto ni siquiera se acerca a lo suficiente.

Se vuelve de repente.

Me quedo helado, solo unas gotas de sudor delatan el hecho de que he pasado los últimos minutos haciendo cosas que juré no hacer. Mis pecados se secan en mi mano mientras ella mira desde abajo.

Las ventanas son demasiado altas para que pueda ver nada. En cualquier caso, mi escritorio impide ver la mitad inferior de mi cuerpo. No hay forma de que lo sepa. Es *imposible* que lo sepa.

Pero algo parpadea en su rostro.

De repente, coge su botella de agua y su esterilla de yoga y camina a toda velocidad hacia la casa de la piscina.

Blyat'.

Cojo un puñado de pañuelos de papel, me limpio y voy al baño a enjuagarme. Cuando vuelvo al despacho, la puerta está abierta de par en par y un par de ojos nerviosos me miran directamente.

Sin embargo, no son los ojos que esperaba. ¿O "temía"? No acabo de decidirme.

—Mila —saludo sin revelar mi sorpresa al verla aquí. Mi nueva cuñada no suele aventurarse a salir de su ala de la casa—. ¿Qué te trae por aquí?

Se cuela en la habitación y cierra la puerta, con los ojos bajos. —Necesito hablar contigo.

Teniendo en cuenta que esta noche ha sido una corrida de fracasos de todos modos, sin juego de palabras, le hago un gesto para que entre. —Siéntate. ¿Qué puedo hacer por ti?

Se retuerce las manos al acercarse. Pero, en cuanto se sienta, el nerviosismo cesa. Respira hondo y establece contacto visual, quizá por primera vez desde que la conozco.

—Tengo que hablarte de Viktor —sigue siendo tan suave como siempre, pero sus palabras tienen una garra que no reconozco.

—¿Qué pasa con él?

—Acabo de pillarlo en nuestro dormitorio con otra mujer.

No puedo decir que me sorprenda. Pero *estoy* molesto. Cualquier tonto normal tendría el sentido común de mantener sus asuntos fuera del lecho conyugal.

Pero Viktor no es un tonto cualquiera. Ha convertido esa mierda en una forma de arte.

—Tampoco es la primera vez —continúa—. No vino a nuestra habitación la noche de nuestra boda. Cuando fui a buscarlo, lo encontré en una habitación de invitados con una de las cantantes.

Siempre se puede contar con que mi hermano haga este tipo de cosas.

—Lo siento, Mila —le digo con firmeza—. Hablaré con él.

Sus cejas se arquean y en su rostro se dibuja algo muy parecido al desafío.

Tengo la sensación de que la delicada alhelí con la que Viktor creyó casarse es cualquier cosa

menos eso. Sinceramente, una parte de mí desea exactamente eso.

Hazle la vida un infierno, Mila. El diablo sabe que se lo merece.

—En realidad, esperaba más que eso.

Admito que estoy intrigado. —Esta conversación sería mucho más productiva si me dijeras lo que quieres.

—Libertad —suelta de inmediato.

Hago un gesto de dolor. —Me temo que es un poco tarde para eso, Mila.

—No pido el divorcio ni la separación —se apresura a aclarar—. No tengo problema en hacer mi papel de esposa feliz y sumisa, siempre que yo también pueda divertirme.

Mi propia ceja se desvía hacia arriba. Definitivamente, esto no es lo que esperaba. —Quieres ser libre para tener tus propios asuntos. ¿Es eso cierto?

Se encoge de hombros. —¿Por qué tienen que ser los hombres los que se diviertan?

—Podrías hacerlo sin más. ¿Por qué decírmelo?

—Porque tú eres el *pakhan*. Porque vivo en tu casa. Y porque si, algún día, Viktor nos descubre a mí y a mi amante... tendré un gran escudo que sostener delante de mí.

—Soy tu póliza de seguros, querrás decir.

Sonríe enigmáticamente. —Yo diría que eres bastante más que eso. Eres mi cuñado. Quizá algún día podamos incluso ser amigos.

No hay ni rastro de flirteo. Es más estratégico que otra cosa. Una alianza.

—¿Y si me niego a protegerte?

Su sonrisa no cambia. —Entonces, haré lo que quiera a pesar de todo. Pero lo haré con la cabeza en alto y orgullosa, a la vista de todo el mundo. Haré un cornudo de tu hermano y disfrutaré haciéndolo. De cualquier forma, yo gano.

—Parece que te he subestimado, Mila.

—La gente lo hace con frecuencia.

—Muy bien —asiento en señal de permiso—. Tienes mi apoyo.

Le arden las mejillas. —Gracias.

—No me des las gracias todavía —advierto—. Incluso los favores entre familiares tienen un precio.

Se apoya en el sillón. —¿Qué necesitas de mí?

—Información —mi cabeza gira en dirección a la casa de la piscina. Su tejado inclinado se ve sobre la hierba del césped—. Tengo una invitada en este momento. Necesito que te hagas amiga, que te asegures de que tenga compañía.

Mila se levanta y camina hacia la ventana. —¿Y te informo?

—Precisamente.

Sonríe y, de nuevo, me sorprende la profundidad que hay en ella y que nunca me había molestado en percibir. No puedo decir que lo odie. Es agradable saber que hay otras personas astutas en el mundo, sobre todo cuando están dispuestas a seguirme el juego.

—Estaré en contacto.

NATALIA

—¡Hazlo, Natalia! —me regaño a mí misma—. ¡Hazlo, maldición!

Me he pasado todo el día intentando armarme de valor para arrancarme la venda y contarle a la tía Annie lo de mi embarazo.

Te crió después de la muerte de tus padres. Te acogió y te quiso como si fueras suya. Le debes la verdad. No seas tan cobarde.

Lo sé desde hace una semana; llevo casi el mismo tiempo viviendo en la casa de la piscina de Andrey. Ya está bien.

Tengo que decírselo a mi tía.

Marco el número de la tía Annie y paso los cinco segundos siguientes esperando, como la cobarde que soy, que no descuelgue.

—¡Nic-Nat! —saluda—. Me preguntaba cuándo llamarías.

—Lo siento, tía Annie. He estado ocupada.

—Me preocupaba que me hubieras tomado demasiado en serio la última vez. No me quejaba de todas tus llamadas, ¿sabes?

—Lo sé, lo sé —le aseguro—. Esta vez es por mi culpa. He estado muy ocupada.

—Bueno, entonces es una razón suficiente para ignorar a tu vieja tía chiflada —se ríe entre dientes—. Quiero que vivas tu vida, querida niña. Si estás ocupada, es una buena noticia.

Encuentro un lugar sombreado bajo uno de mis sicomoros rojos favoritos y me deslizo por el tronco hasta el suelo blando. —Así que... —*¡hazlo!*—, ¿cómo estás?

Me golpeo la frente con la palma de la mano mientras me cuenta todo lo que pasa en su barrio. —...La fiesta de compromiso de la hija de Meryl fue todo un acontecimiento. Tuvieron un cuarteto de cuerda y todo.

—¡Caramba! Si eso era solo la fiesta de compromiso, ¿cómo va a ser la boda?

—Pienso exactamente lo mismo —coincide la tía Annie con una carcajada—. Pero me alegro por Meryl. Realmente le alegra el corazón a un padre cuando sus hijos encuentran a sus parejas

para siempre. Es como si por fin pudieras relajarte.

Subo los pies hasta el pecho. —¿Tú también te sientes así?

Vacila. —Bueno, me encantaría, siempre y cuando conozcas a tu pareja para siempre. Pero en realidad solo quiero saber que estás feliz y asentada. No importa dónde acabes en la vida.

La presión que aumenta en mi pecho hace que me cueste concentrarme. Pero sé que no puedo terminar esta conversación sin decírselo.

—Tía Annie... tengo grandes noticias.

—¡Uh-oh! Hablas en serio.

—Bueno, es una noticia seria. Pero... también feliz —añado—. Es decir, me alegro mucho —no es tan sencillo, pero ella no tiene por qué saberlo—. Y espero que tú también.

—Cariño, me estás asustando.

—Estoy... estoy embarazada.

Un largo tramo de silencio. Y entonces...

—¡Dios mío! —exclama la tía Annie—. ¡Dios mío! ¿De verdad? Esto es... esto es... increíble. ¿Cómo?

—Simplemente ocurrió —es un eufemismo, pero, de nuevo, no es necesario dar detalles—. He decidido que quiero tener este bebé. Estoy preparada para ser madre.

Esta última parte es más un deseo que una certeza. Quizá, si lo repito suficientes veces, empiece a ser verdad.

—Espera... —el entusiasmo de la tía Annie decae considerablemente. Ahora parece preocupada —. Cariño, ¿estás haciendo esto sola? ¿No está el padre?

No sería mentira decir que hago esto sola. Andrey y yo no estamos juntos.

Por otra parte, tengo una tarjeta negra y una casa de piscina con el nombre del padre escrito por todas partes.

—No, el padre está asumiendo la responsabilidad. Más o menos.

—¿Así que van a tener el bebé juntos?

Me muerdo el labio. —¿Sí?

—¡Ah! —la tía Annie vuelve a sonar emocionada—. No puedes saber lo aliviada que estoy, cariño. La paternidad ya es bastante dura con una pareja. No quiero que tengas que hacerlo sola.

—Bueno, no tienes por qué preocuparte. No estoy sola.

—¿Quién es ese hombre? —pregunta, ansiosa—. ¿Y cuándo podré conocerlo?

Vale, puede que haya una pequeña necesidad de preocuparse.

—Pronto —miento—. Muy pronto.

A la manera típica de la tía Annie, se lanza a un aluvión de preguntas sin darme tiempo a responder. Espero a que termine antes de ofrecerle la versión extremadamente aséptica de la biografía de Andrey.

—Se llama Andrey. Dirige un negocio en la ciudad. Varios negocios, en realidad. Y es... es bueno conmigo.

—¿Piensan vivir juntos, o esperarán a que nazca el bebé?

Echo un vistazo a la bonita casa de la piscina que es toda mía. —En realidad, me mudé con él. No estaba contento con mi piso. El moho del techo casi le da un ataque de nervios.

—Dios mío, ya me cae bien.

No estoy segura de por qué se lo vendo a la tía Annie. Quizá sea porque, al menos durante un tiempo, quiero vivir la fantasía.

Quiero que sea así de fácil. Como si solo fuera una chica que va a tener un bebé con un chico que me quiere y me adora.

Olvídate del trastorno de estrés postraumático y del trabajo de mierda de la chica. Olvida que el chico es un terrorífico *pakhan* ruso que colecciona banderas rojas tóxicas como si fueran Pokémon. Olvida que al bebé se lo llama habitualmente “el heredero”.

Olvida todo eso, y esto es realmente un cuento de hadas en ciernes.

—Cariño, me alegro mucho por ti. A veces, las mejores cosas de la vida no están planeadas —su voz se ha vuelto llorosa—. ¡Voy a ser abuela!

—Quisiera que mamá y papá hubieran podido conocer a su nieto —me cuesta sacar las palabras más allá del repentino nudo en la garganta.

—Yo también, cariño —canturrea—. Yo también.

Hablamos un rato más antes de colgar, con una sensación agridulce metida entre las costillas. El peso de decírselo a la tía Annie ha desaparecido, pero ha sido sustituido por otra cosa.

Miedo a lo desconocido.

Preocupación por el futuro.

Temor por mi situación de paternidad con Andrey.

Elige lo que quieras: lo llames como lo llames, no sienta bien.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que no me doy cuenta de que se acerca una mujer hasta que está justo encima de mí. —¡Jesús! —jadeo, con la mano en el pecho.

La mujer sonríe dulcemente. —¡Perdona! No quise asustarte.

—¿Nos conocemos? —en cuanto formulo la pregunta, me viene a la mente una imagen de ella con un modesto vestido blanco envuelto en encaje—. Madre mía...

—Si no recuerdo mal —dice Mila Obnizov con una risa irónica y divertida—, te colaste en mi boda.

—Yo… nosotros… tú… yo nunca me acosté con tu marido —termino en un estupor idiota—. Para que lo sepas. Para que conste. Es una larga historia, ¿vale? Pero nunca me acosté con él. Te lo juro.

Si no se estuviera riendo, probablemente me mearía de miedo.

Se sienta a mi lado y se acomoda, perfectamente a gusto. —Bueno, eso te convierte en una de las pocas mujeres que no lo ha hecho.

Tiene la cara inclinada hacia el sol, así que no sé cómo interpretar esa afirmación. ¿Está bromeando?

Me mira con un ojo. —Pero tu amiga, la rubia, ¿se ha acostado con él?

—La dejó para casarse contigo —admito con torpeza—. La interrupción fue su idea de venganza. Sabes, ahora que lo digo en voz alta, supongo que la historia no es tan larga, después de todo.

Para mi sorpresa, se encoge de hombros. —Lo entiendo.

—¿...De verdad?

Se encoge de hombros. —Yo no me habría vengado así. Pero comprendo su necesidad. Viktor saca eso de la gente.

Nada de esto es lo que esperaba. Mila puede parecer una bailarina de porcelana, pero tengo la sensación de que tiene garras bajo esa bonita fachada.

—Supongo que el matrimonio no es todo lo que esperabas —aventuro con cautela.

Se echa hacia atrás en la hierba, apoyándose en los codos. —Mis expectativas sobre el matrimonio siempre fueron bastante bajas —explica con naturalidad—. Nunca fue algo que realmente quisiera.

—¿Por qué aceptaste casarte con Viktor, entonces?

—Es una larga historia —me guiña un ojo para hacerme saber que me está tomando el pelo—. Tiene que ver con un viejo testarudo, un viejo testarudo y *malvado*, y una chica que no estaba dispuesta a aguantar a ninguno.

—Estoy enganchada. Pero prométeme que habrá un final feliz.

—Eso está por verse —me mira directamente a los ojos—. Creo en crear mi propia suerte, Natalia. No puedes dejar que la vida te suceda.

La observo con fascinación mientras vuelve la cara hacia el sol. —Ojalá te hubiera conocido antes —le digo—. Ese consejo me habría venido muy bien. Pasé casi toda mi existencia dejando que la vida me sucediera.

Me mira entrecerrando los ojos, brillantes de picardía. —Bueno, entonces supongo que tenemos que cambiar eso, ¿no?

ANDREY

Es casi medianoche cuando llego a casa, pero la luz sigue encendida en la casa de la piscina.

Vi a Mila y Natalia hablando en el jardín antes de irme. Según Leif, pasaron horas charlando sobre la hierba antes de que Natalia invitara a Mila a la casa de la piscina. Mila ya se ha retirado a su ala de la mansión, así que no puedo preguntarle cómo fue el primer encuentro.

Las sombras pasan de vez en cuando por las ventanas de la casa de la piscina. Natalia no solo está despierta; está inquieta.

Paso mucho tiempo junto a la ventana, esperando a que se apaguen sus luces. Si se duerme, la tentación habrá desaparecido. Entonces, lanzada por el resplandor de las luces artificiales, otra sombra atraviesa las cortinas.

Aléjate, aléjate, aléjate...

Canto el estribillo en mi cabeza incluso cuando salgo de casa para bajar a la piscina. A medida que me acerco, oigo música.

Me acerco a la ventana abierta y miro dentro.

Natalia va vestida con una camiseta de tirantes rosa claro y unas bragas blancas que muestran más de lo que ocultan.

—*…Yeah, I wanna dance with somebody… with somebody who loves me…*

Mientras gira en círculos, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, se le sube la camiseta de tirantes, dejando al descubierto su vientre aún plano.

Su baile es caótico y descoordinado, pero en su rostro hay una expresión de embeleso que nunca había visto. Es soñadora y despreocupada, totalmente libre.

Su pelo se agita alrededor de su cabeza mientras gira. Da vueltas, dejando que la música la distraiga de lo que sea que la ha mantenido despierta hasta tan tarde.

Tengo el impulso de sacar mi teléfono y grabarla.

No para ser imbécil, bueno, no *del todo* para ser imbécil. Sino para tener algo con lo que recordar esto. Algo que pueda recordar cuando esté solo en mi cama. Sin embargo, la idea de volver a la casa principal y ocuparme de mí mismo de nuevo es jodidamente intolerable.

No quiero un puto vídeo.

Quiero enterrarme hasta las pelotas en ella y hacerla gemir de nuevo.

Por eso me acerco a la ventana para que me vea.

Tarda mucho en notarme. Whitney Houston termina con una nota alta y, cuando empieza la siguiente melodía, Natalia se vuelve. Cuando me ve, suelta un grito ahogado y busca a tientas la bata que hay sobre la cama, escupiendo sonidos como un gato.

—¡¿Qué demonios?! —chilla sin pausa entre las palabras. Apaga la música—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie?

—Tienes buenos movimientos.

Atraviesa la puerta a toda velocidad y llega al porche. —¡También tengo un buen gancho!

Extiendo las manos. —No me moveré. Dame tu mejor golpe.

—No me tientes —gruñe—. ¡No tienes derecho a espiarme, asqueroso!

—No estaba espiando. Estaba dando un paseo por los jardines cuando oí la música —miento—. Pensé en pasar a saludarte ya que estabas levantada.

Se ciñe más la bata alrededor del cuerpo. —¿Desde cuándo te interesa "saludar"? Solo me buscas para ladrarme órdenes.

Inclino la cabeza hacia un lado. Está preciosa a la pálida luz de la luna. Las sombras me insinúan lo que hay bajo el hueco de su túnica. —Confío en que te estés acostumbrando a tu casa.

—Así era... antes de saber que te pasas las noches merodeando por los jardines como un pervertido.

—Te sugiero que cierres las ventanas si no quieres que te observen.

Frunce el ceño, pero eso no oculta el rubor de sus mejillas. —¿Qué quieres, Andrey?

Sin responder, la empujo y entro en la casa de la piscina. Ella me sigue, asegurándose de que su bata está bien ceñida a la cintura.

—¿Tienes problemas para dormir?

Me mira con recelo, claramente nerviosa. —Me dijiste que tendría intimidad. No deberías estar aquí —mira a su alrededor, como si la preocupara que viera algo que no quiere que vea. Por supuesto, eso solo atrae la atención hacia el pequeño aparato rosa junto a la cama.

—Eso...

—Es un *vibrador*, ¿vale? —suelta antes de que pueda terminar la pregunta, acercándose y tomándolo bruscamente—. Necesitaba desestresarme y pensé... En fin, las pilas se agotaron justo cuando me estaba poniendo... No importa. Solo necesitaba liberar algo de vapor, así que pensé que tal vez bailando podría...

La veo retorcerse. Dios mío, cómo me gusta la forma en que su piel se vuelve rosada.

—¿Ha funcionado? —pregunto.

Ella frunce el ceño. —¿*Qué* ha funcionado?

—El baile. ¿O todavía estás cachonda?

Se le cae la mandíbula. —¡*Dios* mío! No acabas de... ¡Esto es completamente inapropiado!

—Los dos somos adultos —me encojo de hombros, acercándome más—. Y tú llevas a mi bebé. No creo que discutir sobre tu excitación deba estar fuera de la mesa.

Sobre todo, teniendo en cuenta que mi excitación está definitivamente sobre la mesa mientras hablamos. Unos cuantos intercambios más como este y puede que también *la* ponga sobre la mesa.

Se aclara la garganta. —No. Para nada.

—Entonces, quizá pueda ayudarte —estoy lo bastante cerca como para estirar la mano y acariciarle el muslo desnudo que asoma por debajo del dobladillo de la bata. Solo consigo tocarlo con la punta de un dedo antes de que me aparte la mano de un manotazo.

—¿Qué tiene de malo? —me trago la sonrisa. Está tan nerviosa, tan alterada. *Me encanta, maldición.*

—¿"Malo"? —se queda boquiabierta—. ¡Tiene mucho de malo!

—No es que corras peligro de enamorarte de mí, ¿verdad?

Esas palabras tienen el efecto deseado. Ella se estremece. —Desde luego que no.

—Entonces, no veo el problema.

Su mandíbula se cuadra. —El problema es que no quiero volver a acostarme contigo.

—Entonces, ¿tus muslos no están goteando ahora mismo al pensar en mí dentro de ti? Si me metiera bajo esa bata y te tocara, ¿se humedecerían mis dedos?

Da un pequeño paso atrás, como si temiera que fuera a abalanzarme sobre ella. Para ser justos, no estoy lejos de hacer precisamente eso. Mi polla corre el riesgo de estallar en este momento.

—N-no —dice temblorosa.

Nunca se han dicho mentiras mayores.

Pero, por muy divertido que sea este juego del gato y el ratón, he terminado con él. Se acabaron las bromas, las ocurrencias y las idas y venidas. No sabía a qué venía cuando salí por primera vez de mi despacho.

Pero ahora lo sé.

Con una mano en la garganta, la inmovilizo contra la pared junto a su cama. —¿Sabes lo que pienso, *lastochka*? —le susurro al oído—. Creo que eres una asquerosa mentirosa.

Tiro del cordón que sujeta su bata y se desprende fácilmente. Está temblando, con la piel de gallina recorriendo sus brazos a pesar del calor que hace aquí.

—Andrey... —gimotea.

—A ver si tengo razón.

Mis dedos profundizan más allá de la banda de sus bragas. Arrastro un nudillo por sus labios palpitantes y la encuentro absolutamente empapada.

La miro fríamente. —¿Ya has terminado de mentirme?

—Yo... no puedo desear a alguien como tú —admite entre dientes apretados.

No puede. *No puede* desear a alguien como yo. Está muy lejos de decir que *no lo quiere*.

Separo sus piernas con la rodilla, como hice el otro día delante de todos sus compañeros de trabajo. —Deja que te enseñe lo que puedes tener —mis labios recorren la suave piel de su mejilla—. Déjame enseñarte lo que ocurre cuando dices la verdad.

Mis labios caen sobre los suyos como una tormenta repentina. La beso hasta que se deshace en mis manos. Cuando se queda sin aliento, me deslizo hasta mis rodillas, arrancándole las bragas de un tirón para poder darme un festín con su dulce y húmedo coño mientras ella permanece ensartada contra la pared.

Grita, sonidos ahogados que salen de ella incluso con los labios cerrados. Sus uñas se clavan en el papel pintado, buscando algo a lo que aferrarse.

Agarrándola por el culo, levanto una pierna por encima del hombro y meto la lengua en su raja chorreante. Sus manos se enroscan en torno a mi cabeza, sus dedos se entrelazan en mi pelo, intentando al mismo tiempo apartarme y atraerme más profundamente.

Se corre en un tiempo récord, empapándome de su placer y perdiendo la batalla por callarse.

Cojo su cuerpo inerte entre mis brazos y la llevo a la cama. Le arranco la camiseta de tirantes, la bata se cayó en algún lugar durante mi festín de coño, olvidada hace tiempo, y contemplo su cuerpecito apretado, reluciente de sudor y agitado por unos gemidos febriles.

Tiene los ojos vidriosos y me mira soñadoramente mientras me quito la ropa.

Cuando estoy desnudo delante suyo, sus ojos se posan en mi polla hinchada. Su lengua rosada sale de su boca para recorrer en línea recta su labio inferior y sé lo que quiere.

Pajarito hambriento.

Por suerte para ella, estoy encantado de proporcionárselo.

Me subo sobre su cuerpo, a horcajadas sobre su pecho. Entonces, le doy mi polla. Ella me introduce en su boca, dejándome marcar el ritmo mientras su lengua se extiende con entusiasmo para envolver mi pene.

Por mucho que quiera explotar en su garganta, deseo aún más explotar dentro de ella. La idea de mi semilla llenándola, marcándola como mía, es demasiado poderosa para ignorarla. Estoy a unos segundos de acabar cuando salgo a la fuerza de su boca caliente y húmeda y me deslizo por su cuerpo.

Me alineo con su abertura goteante... y espero. Porque, por mucho que me diga que esto no

significa nada, sé tan bien como Natalia que no hay vuelta atrás.

Estamos cruzando una línea. Dejando salir a un genio de la botella.

Pero a la mierda.

Algunas cosas implican desorden.

Apropiadamente, cuando introduzco mi polla dentro de ella, “desorden” es lo único que tengo en mente. El jadeo de Natalia es desordenado; mis embestidas son desordenadas; y, cuando termino de vaciarme en ella, la he dejado hecha un desastre.

Lo único más sucio que lo que acabo de hacerle a su cuerpo son las palabras que salían de mi boca mientras lo hacía.

—...Te voy a llenar, nena... —gruñía mientras entraba en erupción dentro suyo—. Toda mía... *toda mía, maldición...*

Me quito de encima suyo inmediatamente después de que me haya abandonado la última gota de deseo. Durante unos segundos, solo oigo el sonido de su pesada respiración mezclada con la mía.

Cuando giro la cabeza para mirarla, ella hace lo mismo.

—Esto es todo lo que es —anuncio en voz baja—. Todo lo que puede ser. Solo sexo. Nada más.

Natalia vuelve a mirar el techo. —Entendido.

Con el acuerdo sellado, me pongo en pie y me vuelvo a poner la ropa. —Buenas noches.

Estoy casi en la puerta cuando escucho pasos. Vuelve a estar en bata, con algo en el puño. No me doy cuenta de lo que sostiene hasta que me lo empuja.

Me coge la mano y dobla algo contra mi palma. No necesito abrir la mano para saber que me ha dado dos billetes de cien crujientes. La misma cantidad que tiré en su mesita la primera vez que nos acostamos.

Sus ojos esmeralda me miran satisfechos. —Buenas noches, Andrey.

Luego, me cierra la puerta en las narices.

NATALIA

Resulta que arrojarle un puñado de dinero a un imbécil engreído y echarlo a patadas por la puerta es algo muy excitante.

Sabía que lo sería para *mí*.

Pero no esperaba que a *él* también lo excitara.

Pero, como siempre, Andrey Kuznetsov me sorprende.

Esperaba verlo poco, después de aquello. Al principio no lo vi en absoluto. Pasé la mayor parte del día en el trabajo y luego, cuando volví a casa, Mila y yo decidimos cenar junto a la piscina. Después, aún sin rastro de Andrey, Mila y yo vimos Mujer Bonita, siempre un clásico, aunque nunca tan aplicable a mi vida como esta vez, y nos despedimos hacia las diez.

Cambié el chándal por una camiseta extragrande y mis bragas de abuela favoritas. Con las ventanas abiertas para ventilar un poco, estaba lista para dormir.

Fue entonces cuando oí pasos en mi porche.

Con los ojos abiertos, esperé con la respiración contenida. Entonces, la cerradura giró en la puerta.

Solo hay una persona que tiene llave de la casa de la piscina.

Andrey estaba enmarcado por la luz de la luna cuando entró en mi dormitorio. Se pasó la camisa por encima de la cabeza y percibí el leve susurro del humo del cigarrillo que se pegaba a su ropa.

Por muy incómodo que fuera aceptarlo, estaba, Dios me ayude, *excitada*.

—¿Me has estado esperando, *lastochka*? —gruñó mientras se deslizaba en la cama a mi lado. Enroscó su cuerpo alrededor del mío y su calor me hizo girar la cabeza.

—Ya estaba dormida.

—Mentirosa —me apretó contra su pecho—. Pero no me esperabas, eso sí puedo notarlo —intenté zafarme de él, pero me agarró con más fuerza—. No tienes por qué avergonzarte, pajarito. Ni toda la ropa interior vergonzosa del mundo me apartaría de tu cama esta noche.

Rebelándome contra todos los instintos de autoconservación que he tenido nunca, dejé que

volviera a atraerme hacia el círculo de sus brazos.

—¿Buscas más cambio? —no pude evitar burlarme—. Porque estoy sin efectivo.

Para mi sorpresa, se rió. —Quizá sea yo quien te pague esta noche.

Me solté de sus brazos y me senté a horcajadas sobre él. Mis manos recorrieron su pecho ridículamente esculpido, mientras intentaba desesperadamente que su perfección masculina no me distrajera.

—¿Qué tal si quedamos en paz? —sugerí mientras su dureza me golpeaba desde abajo—. Tú no me pagas; yo no te pago. No tiene sentido pasarse el mismo puñado de dinero de un lado a otro, ¿verdad?

—¿Sexo sin intercambio de dinero? —reflexionó—. Suena aburrido.

Le di una palmada en el pecho y él me agarró por la cintura y me tiró de espaldas, luego me penetró hasta que vi las estrellas.

Resulta que soy indiscutiblemente una gritona. Al parecer, solo hizo falta el hombre adecuado para demostrármelo.

Ni en un millón de años habría considerado a Andrey Kuznetsov el “hombre adecuado” para nada. Pero, si hablamos de sexo ardiente, apasionado y salvaje... Si hablamos de *sexo con marcas de garras en la espalda, moratones en el culo, que te deja la mente entumecida, los dedos de los pies retorcidos y el estómago revuelto...*

Para eso sí que es el adecuado. Esta última semana es la prueba de ello.

Me ha visitado todas las noches, normalmente hacia medianoche, cuando las hojas de los árboles se tiñen de un negro tinta que hace juego con el cielo. He empezado a dejar la puerta abierta para que pueda colarse sin molestarse en coger la llave.

Y, en cuanto a mis bragas de abuela, cómodas y fiables como han sido, ahora están relegadas al último cajón, junto con todas las demás prendas que he abandonado sin pensármelo dos veces.

¿Quién necesita ropa donde vamos, verdad? Solo estorban.

Si tengo una queja sobre nuestros encuentros nocturnos, es que me limitan a las horas de sueño. Me despierto cada mañana, con el cuerpo en carne viva, agotado, recién magullado y cómodamente dolorido, en una cama vacía.

Lo siento cuando me deja por la noche. La repentina ausencia de su peso y su calor hace que mi estómago se retuerza de decepción.

Solo sexo, me repito cada vez. *Es solo sexo*.

El caso es que, si algo he aprendido de Mujer Bonita, es que el sexo nunca es solo sexo. Y los seres humanos no son capaces de hacer algo casual durante mucho tiempo sin que alguien quiera más.

Y, seamos sinceros: entre Andrey y yo, estoy bastante segura de quién será ese “alguien”.

Es un pensamiento que me ha estado atormentando durante los últimos días. Lo he alejado con

facilidad hasta esta mañana.

Me despierto y vuelvo a encontrar su lado de la cama vacío y un ligero bulto en el estómago, que antes no existía.

Intento calmar la creciente frustración haciendo un poco de yoga en el porche. Pero toda mi serenidad interior sigue siendo golpeada por las mismas viejas discusiones internas.

No eres su maldita marioneta, no puede jugar contigo y luego tirarte a un lado cuando haya terminado de divertirse.

Excepto que tú aceptaste esto.

Porque estabas cachonda. No porque lo pensaras bien. De todas formas, Andrey no es adecuado para ti.

Entonces, ¿por qué sientes esas maripositas en el estómago cada vez que piensas en él?

Me estoy volviendo lentamente loca. Como el yoga es un fracaso, decido descargar mi exceso de energía en la piscina.

Estoy nadando inútilmente, con las voces de mi cabeza enzarzadas, cuando aparece Mila. Lleva un vestido plisado de tirantes con cortes atrevidos en lo bajo.

—¡Eh, Nat!

El apodo me atraviesa. Durante un momento dolorosamente solitario, pienso en Katya. Me pregunto qué estará haciendo ahora. *¿Me echará de menos tanto como yo a ella?*

—Hola, Mila —suspiro.

Se detiene a unos metros de la piscina para no correr el riesgo de mancharse de agua los zapatos. No la culpo; el par que lleva mide quince centímetros y parece hecho con la piel de algún animal exótico.

Su sonrisa se transforma en un ceño fruncido de preocupación. —¿Por qué tan cabizbaja?

Estoy muy tentada de abrir mi corazón y compartir algunos de los torrenciales pensamientos que se han instalado en mí desde que Andrey empezó a visitarme por la noche. Pero, por muy dulce que sea Mila, es la cuñada de Andrey. Por muy simpática que sea, no se sabe dónde están sus verdaderas lealtades.

Y, aunque fuera el maldito Dalai Lama, ¿quiero admitir lo que he estado haciendo cuando se pone el sol? ¿Los errores que he cometido? ¿Los gemidos que he estado enterrando en mis almohadas?

Respuesta: *No, no quiero.*

Echo de menos a Kat. Ella lo entendería. Pero arrojo ese pensamiento al cubo de basura de mi corazón.

—No es nada —murmuro, incapaz de salir de mi depresión ni siquiera por Mila—. Supongo que tengo un día aburrido.

—¿Qué tal si le damos una patada en el culo a esa tristeza arrojando algo de dinero al problema? —da una palmada—. Nunca tuve un solo día triste que no se pueda curar con un poco de buena terapia de compras.

Teniendo en cuenta las joyas que brillan en las muñecas de Mila, yo diría que ya se ha permitido su buena dosis de terapia de compras.

Por otra parte, la mujer está casada con Viktor Kuznetsov: probablemente la terapia minorista apenas esté arañando la superficie de sus problemas.

—Vale —cedo—. Incendiemos la tarjeta de crédito de Andrey.



En veinte minutos, me meto en la parte de atrás de un Rolls Royce gris brillante con el pelo recién secado y una Mila muy entusiasmada, aunque su entusiasmo tiene más que ver con el hecho de que Leonty y Leif son mis guardaespaldas designados para esta pequeña excursión.

—Qué suerte tienes —me susurra mientras se pone el cinturón—. Mis guardaespaldas parecen las versiones "Antes" de esos programas de cambio de imagen.

Suelto una carcajada mientras le dedica a Leonty una sonrisa que lleva impresa la palabra "malas intenciones".

Me pregunto qué tendría que decir Viktor al respecto. Por otra parte, en realidad no me importa. Los hombres de Kuznetsov no valen ni un centímetro de mi espacio mental hoy.

Una hora más tarde, Mila y yo estamos dando vueltas alrededor de los maniquíes de una tienda de lujo nauseabunda.

—¿Qué te parece esto, Nat? —sugiere, señalando con el dedo un precioso vestido azul noche—. Te quedaría genial.

—También lo pensé, hasta que vi la etiqueta del precio —acercándome un poco más para que no me oiga la vendedora que revolotea al fondo, susurro—: ¡Son dos mil dólares!

—¡Exacto! Es una auténtica ganga.

Es una pena que Mila y Katya tengan en común todo el asunto de Viktor; de lo contrario, probablemente se llevarían muy bien. No se me escapa la ironía de haber roto mi amistad con Kat y acabar con otra amiga igual a ella.

—Mila, no voy a gastarme dos mil dólares en un solo vestido. Apenas tengo dos mil dólares a mi nombre.

—Nena, no sé si ya lo has comprendido del todo, pero Andrey es más rico que Dios.

—No se trata de eso. Es su dinero, no el mío.

El destello desafiante de sus ojos dista mucho de la inocente tristeza infantil que pensé que tenía el día de su boda. —Esa es precisamente la cuestión. ¿Qué gracia tiene tener un hombre rico si no puedes comprarte cosas bonitas con su dinero? —se vuelve y le dice a la vendedora—: Mi

amiga se probará esto.

—No, no lo haré. Mila. ¡Mila! —hace oídos sordos a mis objeciones y me arrastra hasta el probador. Sigo protestando—. No tiene sentido que me pruebe el vestido. Nunca me lo voy a comprar.

Mila pone los ojos en blanco. —¿Andrey no te dio una tarjeta de crédito?

—¿Te lo ha contado?

Se encoge de hombros. —No, pero lo supuse. Me dieron mi propia tarjeta de crédito negra y reluciente cuando me casé con Viktor. Es parte del paquete. Si vas a estar con un Kuznetsov, tienes que dar esa impresión.

—Vale, siento la necesidad de aclarar algo —miro de reojo a la vendedora, que nos siguió hasta el probador con el vestido azul colgado de una percha dorada y signos de dólar parpadeando en los ojos—. No "estoy" con un Kuznetsov. Andrey y yo no estamos juntos.

Mila despide a la vendedora con un movimiento de muñeca un tanto cortés y se vuelve hacia mí, con esos ojos suyos tan engañosamente agudos. —Así que se cuela en la casa de la piscina por la noche para charlar, ¿no? ¿Una conversación ligera antes de acostarse? ¿Un par de manos de cartas, quizá?

Me pilla tan desprevenida que no tengo la presencia de ánimo suficiente para responder con una mentira. Se me cae la mandíbula y empiezo a sonrojarme como una idiota. —Eh...

Mila se ríe. —Eso pensé.

Me desplomo en el sofá blanco del probador y entierro la cara entre las manos. —Solo es sexo, ¿vale? No es nada más.

Una de sus cejas perfectamente depiladas se arquea. —¿Pero te gustaría que fuera más?

La contundente pregunta envía una ola paralizante de incertidumbre que me atraviesa. Porque la siguiente pregunta natural que tengo que hacerme es...

¿*Eso me gustaría*?

—No, quiero decir, quizá... ¡Ugh... no lo sé! —me hundo más en el sofá—. No sé lo que quiero.

Mila se sienta a mi lado y me da una palmada compasiva en la rodilla. —No pasa nada. Tienes tiempo para resolverlo.

—Pero ¿tú crees? —me miro la barriga, que ya no es tan plana como antes—. Porque, desde mi punto de vista, como mucho me quedan unos meses antes de tener que resolver mis mierdas.

—Seguro que todo esto te resulta muy confuso. Y las hormonas no pueden estar ayudando...

—Mentí —interrumpo—. Mentí antes, cuando dije que no sabía lo que quería. *Sí* sé lo que quiero. Lo sé desde que tenía cinco años y veía a mis padres bailar en el salón cuando se suponía que yo estaba durmiendo.

Mila sonríe. —¿Lo hacían a menudo?

Asiento. —La mayoría de las noches. A veces, solía quedarme despierta solo para poder verlos. Se miraban como si fueran las dos únicas personas del mundo.

—Imagino que es exactamente así —murmura Mila—. Cuando estás enamorado.

Suspirando, tiro de mi medallón. —Sé que es una pregunta extraña, teniendo en cuenta que estás casada, pero... ¿has estado enamorada alguna vez?

Mila se ríe, pero es triste. —Una vez creí estar enamorada. Tenía dieciséis años y él trabajaba para mi padre. Era muy clandestino, muy secreto. Fue la primera vez que me creí rebelde.

A juzgar por la mordacidad de su tono, su romance clandestino no tuvo un final feliz.

—Mi padre se enteró, por supuesto. Resulta que no éramos tan sutiles como creíamos. Mi padre le pagó y él decidió que cinco mil dólares valían más que yo. Cogió el dinero, y todas las promesas que me hizo, y huyó. Nunca volví a verlo.

—Lo siento.

—No lo sientas. Fue el golpe duro que necesitaba para despejar mi cabeza de todas esas nociones románticas que tenía. Aprendí a ser práctica, independiente. Aprendí a cuidar de mí misma —se vuelve para mirarme—. Tienes que confiar en ti misma, Nat. No tiene sentido confiar en los hombres. La mayoría de las veces resultan decepcionantes.

Asiento como si entendiera lo que me dice. Y lo entiendo hasta cierto punto.

Es solo que mi propia experiencia me ha enseñado lo contrario. Es difícil desaprender la esperanza cuando has llegado a confiar en ella.

—Pero mi padre no lo era —me oigo replicar—. Era un marido increíble. Habría muerto por mi madre. Él… —no llego a decir: *Murió por mi madre*. En lugar de eso, termino—: Habría hecho cualquier cosa por ella.

Mila aprieta los labios en una línea apretada. —Debió ser una infancia agradable.

Claro, al menos desde mi punto de vista.

—Eran unos padres estupendos —procuro que no me tiemble la voz. Hoy no quiero hablar de la trágica muerte de mis padres. No es el momento ni el lugar para hablar de ese tipo de cosas—. Solían apretujarme entre ellos frente al piano. Se daban besos por encima de mi cabeza mientras practicaba.

Todavía, a día de hoy, es uno de mis recuerdos más brillantes y vívidos de ellos. Puedo oler la madera del piano, el perfume de mi madre, la colonia de mi padre. Todo en una mezcla perfecta.

—¿Tocas el piano?

—Solía hacerlo.

No he tocado desde que era adolescente. Y eso solo porque la tía Annie solía insistir en que lo hiciera cada vez que nos acercábamos a uno. Sin embargo, una vez fuera de su casa, nadie me empujaba a tocar.

A veces, es más fácil olvidar que seguir adelante. La diferencia entre ambas cosas es enorme.

Suspiro, recayendo de nuevo en mi desolado estado de ánimo de esta mañana.

—¿Así que eso es todo? ¿Quieres lo que tenían tus padres?

Hago una mueca de dolor. —¿Es mucho pedir?

La expresión de su cara es un sí inequívoco. Pero se apiada de mí y se encoge de hombros. —Quieres amor de verdad. Eso no es ningún delito.

—No voy a conseguir eso con Andrey —digo en voz baja.

—¿Quién sabe? Quizá, por ahora, deberías concentrarte en lo que puedes obtener de él.

Echo un vistazo al vestido azul del rincón y frunzo el ceño. —¿Vestidos caros que no necesito?

—¡Más bien estás recibiendo tu necesaria dosis! —me guiña un ojo—. Es bueno en la cama, ¿verdad?

—Err...

—Vale, dejémonos de tonterías, de mujer a mujer: ¿quieres seguir acostándote con él?

Me ruborizo, pero asiento.

Mila no parece sorprendida en absoluto. —Estupendo. Entonces, sigue acostándote con él. El hombre te dejó embarazada; lo menos que puede hacer es darte unos necesarios orgasmos cada noche.

Resoplo, pero mi diversión dura poco. Casi como si pudiera leerme la mente, Mila añade—: Te preocupa desarrollar sentimientos hacia él, ¿verdad?

Tengo que mejorar mi cara de póquer. —Vivo en su casa y tengo un hijo suyo —le digo—. Acostarme con él, además de todo eso, es como buscarme problemas.

Mila me hace un guiño que me recuerda mucho a Kat. —¿Qué es la vida sin un poco de problemas?

—Oh, vaya. Podrías ser una mala influencia, Mila.

—Lo tomaré como un cumplido —luego se pone de puntillas—. ¿Te importa si te doy un consejo?

—Adelante.

—Ya que te arriesgas a enamorarte, ¿por qué no ponérselo tan difícil como puedas?

La miro, perpleja. —No te sigo.

Como respuesta, gira hacia la puerta y hace un gesto a la vendedora cercana. —Olvídate de los vestidos, Rosetta. Buscamos lencería. Cuanto más sexy, mejor.

Sin más, mi corazón se desploma del trampolín y cae en picado a la piscina de mi estómago. —No estoy segura de esto, Mila.

—Menos mal que yo sí —me dirige una mirada severa—. Estás buena, Natalia. Tienes que utilizar lo que el Buen Dios te ha dado. Si Andrey está decidido a renunciar a ti al final, haz que sea la decisión más difícil que tenga que tomar.

Tengo que ser sincera: en cuanto a estrategias, no está mal.

De hecho, podría ser brillante.

—Qué demonios —decido en el acto—. Trae las tangas comestibles.

Mila sonríe como si no pudiera estar más orgullosa de mí. —¡A eso me refiero!



DOS HORAS DESPUÉS, Mila y yo nos metemos de nuevo en el espacioso asiento trasero del Rolls con al menos una docena de bolsas entre las dos. Para ser justas, la mayoría pertenecen a Mila. Pero yo me las he arreglado para llevarme dos.

Sí, usé la tarjeta de crédito negra.

Y sí, me sentí muy culpable haciéndolo.

Pero, al parecer, los planes maestros no son baratos.

Lo mejor: cuando volvemos a la casa de la piscina, me doy cuenta de que, además de sentirme mejor, me he divertido.

Tanto que acabo invitando a Mila a quedarse a cenar. En algún momento entre esa invitación y guardar mis maletas, descubro que Mila ha ampliado la invitación para incluir a Leonty.

—Los guardaespaldas también tienen que comer —me guiña un ojo—. Los hombres así tienen apetito.

—Mhmm —le muevo las cejas—. Me he dado cuenta de que no has invitado a Leif a cenar con nosotras.

—Desapareció antes de que pudiera hacerlo —insiste inocentemente, girando sobre su taburete de bar para poder ver a Leonty pasear por el porche, hablando con alguien por teléfono.

Acabamos pidiendo comida china y reuniéndonos alrededor de la mesa de café.

Leonty es tan encantador como parece. Aunque no tiene que esforzarse demasiado con Mila. Ella se ríe de todos sus chistes, incluso de los peores. Y, cuando cojo los platos de todos y me voy a la cocina, ninguno parece darse cuenta de que me he ido.

Lavo en silencio, observándolos todo el tiempo. Hay una química innegable en sus bromas, un ir y venir fácil que me deja vacía.

¿Llegaré alguna vez a experimentar eso con alguien?

Presa de una urgencia repentina, dejo los platos a medio fregar en el fregadero, cojo las bolsas de la compra perfumadas y me deslizo hasta el cuarto de baño.

Tengo cinco prendas nuevas de lencería.

Saco la más conservadora de todas y la pongo frente al espejo. Es un camisón de encaje que cae alrededor de la parte superior de mis muslos. Las copas me cubren los pezones, pero el resto es encaje delicado. La única cobertura que ofrece es una tanga a juego rosa pálido con lacitos en los tirantes.

Acabo de desnudarme cuando oigo las risas de Mila y Leonty que se acercan a mí a través de la rendija de la parte inferior de la puerta.

Me hace sentir más sola que nunca.

Diablos, si voy a hacerlo, mejor hacerlo bien.

Armada con un nuevo y casi seguro efímero sentido de la audacia, cambio la bata rosa por la más atrevida de mis nuevas adquisiciones: un tanga negro de encaje, sin entrepierna y sin copas, con hilo incorporado. Mila me obligó a comprarlo con un cortante—: No seas cobarde, Nat. Es mejor que te pongas estas cosas mientras tengas cuerpo para ello.

Con el corazón martilleándome enloquecido en el pecho, me pongo el body negro, lo que me lleva una cantidad de tiempo sorprendente, teniendo en cuenta que hay tan poco con lo que trabajar, y me quedo sin aliento delante del espejo.

Se me cae la mandíbula.

Parezco un ángel caído convertido en dominatrix.

Me giro de un lado a otro, como si parpadease entre dos versiones distintas de mí misma.

Existe la vieja yo, que piensa que todo esto es ridículo y peligroso y una muy mala idea.

Y luego está la nueva yo, que se ve muy bien en esta mierda y piensa que las malas ideas suenan exactamente como lo que debería haber en el menú.

La nueva yo toma las riendas.

Sacudiéndome los nervios, cojo el teléfono, abro mi lamentable hilo de texto en blanco con Andrey y abro la cámara. Inclino la pantalla hacia abajo lo suficiente para ocultar mi cara.

Y así, sin más, comienza el espectáculo.

Hago unas cuantas fotos, asegurándome de que Andrey pueda apreciar todos los rasgos (o la falta de ellos) del body. Cada curva está a la vista. Casi cada centímetro de piel.

Escudriño el aluvión de fotos, elijo las dos que me dan menos náuseas y las cargo en el mensaje.

Mi dedo tiembla sobre el botón ***Enviar***, repentinamente atormentado por el miedo.

Una vez que envíe las fotos, se acabó, no habrá vuelta atrás.

No lo hagas. Es demasiado desesperado, demasiado patético, solo demasiado.

Estás siendo una cobarde.

No, estás siendo sensata.

Gallina.

—Maldición —murmuro para mis adentros.

Entonces, como por sí mismo, mi dedo aprieta el gatillo.

Con un pequeño ruido de *shoop*, ambas imágenes son aspiradas por el éter y transportadas a Andrey.

Se me pone la piel de gallina mientras intento frenéticamente dar marcha atrás y borrar las fotos antes de que las vea. Pero, justo cuando mi dedo pasa por encima de la primera foto, ***Entregado*** cambia a ***Leído***.

Ya no hay vuelta atrás, ¿verdad?

Cierro el hilo y pongo el móvil boca abajo sobre la encimera del baño. Quitarme el body negro resulta ser una tarea más fácil que ponérmelo.

Cuando vuelvo a llevar ropa respetable, me reúno con Mila y Leonty en el salón. Ninguno parece haber notado mi ausencia.

Me acomodo en un sillón justo detrás de Leonty y me pregunto si, en este preciso momento, mi teléfono se estará iluminando con mensajes de Andrey.

Evito a propósito el baño durante las siguientes horas. Jugamos al Uno, aunque “jugamos” sigue siendo una palabra superflua, porque ninguno de mis dos compañeros de juego parece darse cuenta de que sigo existiendo.

Solo después de que Leonty y Mila abandonan la casa de la piscina me permito escabullirme de nuevo al cuarto de baño para recuperar mi teléfono.

Veo una notificación de texto en mi pantalla de bloqueo.

Respiro hondo y lo abro.

ANDREY: No iré esta noche.

ANDREY

Debería estar contento. Acaba de pasar medianoche y hemos hecho el doble del volumen normal de ventas.

Claro que algunos traficantes de poca monta intentaron meterse en mi terreno. Y unas cuantas chicas trabajadoras se deslizaron bajo el radar y entraron en el club, merodeando en busca de clientes. Pero ya me he ocupado de ambas molestias.

Las cifras trimestrales son altas. El momento es propicio para la expansión e Ivan Obnizov, recién apaciguado por el matrimonio de su hija con el montón de mierda de mi hermano, está dispuesto a apoyarme.

Todo va exactamente según lo previsto. Debería estar celebrándolo. Y lo estaría, si no fuera por las dos pequeñas alertas que aparecieron en mi pantalla hace una hora.

Dos imágenes de Natalia.

Nunca me envió fotos, así que, naturalmente, sentí curiosidad. Incluso bloqueé el extenso informe del club de Shura para abrir el hilo y ver lo que me había enviado.

Resulta que lo que me envió fueron pelotas azules y una puta montaña de distracción.

Mi reacción inicial fue de sorpresa: no tenía ni idea de que la mujer podía hacer estas cosas. La lencería es nada menos que escandalosa.

Maldición, qué no daría por extenderla ahora mismo y devorar cada centímetro de su cuerpo. Lamer el deseo de su piel sedosa y sustituir su sudor por el mío.

Pasé la última hora intentando olvidar. Pero, incluso cuando no estoy echando un vistazo furtivo a mi teléfono, me la imagino esperándome en la casa de la piscina, con su dulce y rosado coño desnudo y reluciente para mí.

Por si fuera poco, Mila me ha estado llenando de informes obedientes.

MILA: Toca el piano, pero tiene conflictos al respecto. Hay cosas de su pasado sobre las que no se abre.

MILA: Le encanta la ensalada caprese. Y la limonada rosa. Y todo lo que tenga que ver con cerezas.

MILA: Nos llevamos muy bien, pero tengo la sensación de que se siente sola.

MILA: Jodidamente sola.

Jodidamente sola. Si Mila tiene razón y Natalia elige canalizar su soledad en mí, eso es un problema. Por mucho que me gustaría, no puedo ser su salvador.

—¿Va todo bien? —pregunta Shura—. Has estado distraído toda la noche.

De mala gana, guardo el teléfono. —Todo bien.

Pero los ojos de Shura se detienen.

Por suerte, veo a Viktor al otro lado del club. La atención de Shura se desvía hacia él y ambos fruncimos el ceño de forma casi idéntica.

—Está borracho —sisea Shura con disgusto.

Mi hermano tiene cada uno de sus brazos alrededor de una mujer distinta, y ambas tropiezan con su peso mientras lo llevan por la pista de baile. Están tan hechas un desastre como él: el lápiz de ojos corriendo como ríos negros por sus mejillas, el pintalabios corrido por sus caras y por la de él.

Chasqueo los dedos y mis hombres convergen alrededor de los tres.

Viktor levanta la vista y grazna divertido. —Miren, señoras: una guardia de honor, solo para mí.

Despido a las mujeres con otro chasquido y dos guardaespaldas las sacan a toda prisa del centro de atención.

Los soldados que requisaron a mi hermano se lo pasan a Efrem, que sostiene a Viktor con una mano pero le aparta la cara como si el delirio y el licor barato fueran contagiosos.

—Heyooo, broski —borbotea Viktor. Efrem lo deja en el asiento de enfrente y él suelta un hipo —. ¡Eh, que alguien me traiga un trago! Cuanto más fuerte, mejor.

Todo el mundo lo ignora.

—¿A qué coño crees que estás jugando? —pregunto tranquilamente, con un brazo echado sobre el sillón de cuero negro.

—¿Eh? —*Viktor es el único capaz de balbucear una sola sílaba.*

—Solo llevas casado unos meses, *brat*. Y, sin embargo, aquí estás, perdiendo el tiempo con... —mis ojos se desvían hacia la entrada trasera, donde mis hombres se llevaron a las chicas de Viktor —. Con distracciones bajas, incluso para ti.

Intenta sonreír, pero tiene la cara tan paralizada por el alcohol que le sale una especie de mueca torpe. —Solo me divierto un poco. Si es lo bastante bueno para Otets, es lo bastante bueno para mí.

—Y tú quieres ser como él, ¿verdad?

—Más fácil que ser como *tú* —sisea con amargura.

Qué lo amarga tanto, no tengo ni puta idea. Ni tengo paciencia ni interés en averiguarlo.

—Ivan Obnizov es mi principal contrabandista —le recuerdo, no por primera vez—. Ya estuviste a punto de joder esa alianza una vez. Volver a hacerlo tendrá consecuencias.

Viktor se mantiene erguido durante un segundo, sólo para caer de lado sobre el reposabrazos. —Lo dices como si la última vez *no* hubiera tenido consecuencias. Por si lo has olvidado, me obligaste a casarme con la maldita reina de hielo.

—Esa "reina de hielo" estaba prometida a otro hombre. Un hecho que olvidaste convenientemente cuando decidiste que su coño significaba más para ti que mi confianza.

Viktor pone los ojos en blanco. —Me casé con ella, ¿no?

—Tus deberes no acaban ahí. Casarse con Mila es una cosa; mantenerla feliz es otra.

—Eso nunca formó parte del trato —se queja.

—El "trato" es lo que yo diga que es —asiento a Efrem, que procede a poner en pie a Viktor—. Vete a casa con tu mujer, Viktor. Y deja de avergonzarte.

—¡Los hombres tienen aventuras, Andrey! —ladra—. Es natural. Es de esperar. Mi mujer tiene que alinearse, maldición.

Efrem aprieta con fuerza a Viktor, haciéndole estremecerse de dolor.

—¡Soy tu hermano! —brama, con la saliva volando por el aire—. No una mierda bajo tu bota de la que quieres deshacerte.

—De momento —le digo—, no noto la diferencia. Ahora, sal de mi vista —agotado por la conversación, me pongo en pie, dispuesto a dejar atrás todo este miserable día.

Shura me lee la mente mientras se desvanecen los últimos rugidos de Viktor. —¿Traigo el coche?

De repente, las fotos de Natalia aparecen en mi mente. Si vuelvo a casa ahora, no podré evitar colarme en la casa de la piscina y comerla como he estado fantaseando desde el momento en que abrí sus mensajes.

—No —respondo—. Esta noche cogeré una habitación en el piso de arriba.

—¿Estás seguro?

No está en su naturaleza cuestionarme. Solo lo hace cuando está seguro de que cometo un error. —Muy seguro. Puedes irte.

—Te estará esperando.

Aprieto los puños a los lados. —Esa es exactamente la cuestión: no debería.

—Pensé que habías cambiado de opinión —Shura frunce el ceño.

—¿Sobre qué?

—Natalia —explica—. Supongo que esperaba... que se hiciera pronto un anuncio.

Me acerco para que solo Shura pueda oírme. —Que me la esté follando no significa que tenga intención de casarme con ella.

Sus ojos se vuelven intencionadamente encapuchados. —No estaba sugiriendo un anuncio de matrimonio. Hablaba del niño —aprieto la mandíbula, pero él no ha terminado—. Tiene sentido que te encargues, Drey. Pronto empezará a notarse, y entonces Nikolai se enterará.

Tiene razón. Solo que estoy demasiado agotado y frustrado para admitirlo.

—Deja de pensar tanto —le doy una palmada en el hombro—. Déjame eso a mí. Ahora vete a descansar. Parece que te vendría bien.

Me alejo de él antes de que pueda hacerme más preguntas inconvenientes y me dirijo a la escalera de caracol en la esquina de la sección VIP. En el camino me aborda media docena de mujeres ansiosas, pero me las sacudo con impaciencia y me dirijo a la tranquilidad de la segunda planta.

Rara vez paso la noche aquí, pero, aun así, la suite siempre está reservada para mí. Las sábanas se cambian a diario, y hay flores frescas en la mesilla de noche.

Espero que la comodidad de la inconsciencia se apodere de mí segundos después de que mi cabeza toque la almohada. Pero, quince minutos después, sigo despierto y miro, con los ojos muy abiertos, el techo texturizado.

Dolorosamente consciente de que no hay ninguna morena de ojos verdes a mi lado.

NATALIA

—Me he dado cuenta de que hace tiempo que el papi de tu bebé no te trae.

Abby se materializa sobre mi cubículo como la Bruja Mala del Oeste, con los ojos brillantes de instinto cazador. Hoy lleva una fina blusa blanca, para que se vea mejor el sujetador rojo de encaje que lleva debajo.

Sinceramente, debería venir a la oficina con borlas en los pezones. Sería mucho más sutil.

—¿Problemas en el paraíso? —ni siquiera tiene la decencia de fingir que no tiene esperanzas de que así sea.

—Todo va bien. No me trae porque está ocupado. Y... —me levanto bruscamente, obligándola a retroceder unos centímetros—. Yo también.

La esquivo y me dirijo a la sala de fotocopias.

Una mujer con un poco más de dignidad podría dejarlo ahí. Pero Abby no. Es un tiburón y yo, sin querer, le eché el cebo a las aguas el día que traje a Andrey a la oficina.

No es que hubiera tenido muchas opciones, claro.

—Por casualidad, ¿va a recogerte hoy? —me pregunta Abby, pisándome los talones con esos ridículos tacones de aguja que se ha acostumbrado a llevar.

—No.

La sala de fotocopias está vacía. Uso el escritorio del rincón para abrir mi archivo y sacar los documentos que tengo que escanear. Todo el tiempo, Abby revolotea a mi alrededor como un ave de presa, lista para abalanzarse al menor signo de debilidad.

—Bueno, ¿y qué pasa con el cóctel de la empresa de la semana que viene? ¿Lo vas a llevar?

Le lanzo una mirada, impaciente. —Eso es solo para los socios mayores.

Abby se encoge de hombros. —Estoy segura de que harán una excepción si voy a ver al señor Ewes y le pido...

—¿Me disculpas? —ahora está bloqueando la maldita fotocopiadora, y estoy perdiendo la voluntad de ser cortés.

Se aparta con una sonrisita ignorante. —¿Tal vez podrías darle mi número?

Introduzco el primer documento y cierro la tapa. —No le voy a dar nada.

—¿Por qué no?

Una docena de respuestas rencorosas me dan vueltas en la cabeza, todas y cada una acompañadas de un insulto mordaz.

Porque no le interesas en absoluto.

Porque se merece una mujer que quiera algo más que su dinero.

Porque no le interesa otra cazafortunas con más tetas que personalidad.

En lugar de eso, lo que sale es la verdad—: Porque ya no lo veo mucho.

Me sabe tan amargo como la bilis que sale de mi boca. Y solo me dan más ganas de darle un cabezazo a Abby por hacerme admitirlo.

Se relame los labios rosas y brillantes con una satisfacción sin filtro. —¿No?

Antes de contestar, suena el teléfono. Estoy tan desesperada por salir de este desastre de conversación que contesto inmediatamente, sin comprobar quién llama.

—¿Diga? —le hago señas a Abby para que me deje un poco de intimidad. Sorprendentemente, capta la indirecta y se escabulle hacia su escritorio.

—Hola, Nat —la voz de Kat es pequeña y nerviosa. Está claro que no esperaba que contestara.

Me paralizo un momento, contemplando si debo colgar o ser adulta.

—¿Cómo estás? —pregunta tímidamente.

Cierro los ojos. Enfadada como he estado con ella últimamente, volver a oír su voz me hace darme cuenta de lo mucho que la he echado de menos.

Seré adulta, entonces.

—Bien, supongo.

—Me alegro de oírlo.

El silencio se prolonga. Ella no dice nada, y yo desde luego no voy a decir nada. Saco mis copias frescas de la máquina. —Bueno, si eso es todo lo que necesitas saber...

—¡No! —grita—. Nat, espera. Por favor —parece triste. Suena exactamente como me siento yo ahora.

La soledad en mi interior se multiplica por diez.

Claro, Mila ha estado cerca. Y también Yelena.

Pero hay momentos, como ahora mismo, en que ninguna de las dos cuenta.

Porque ninguna de ellas conoce a la tía Annie. No saben que *Celebration*, de Kool & the Gang,

es una de mis canciones tristes para cuando necesito llorar, ni lo que significa para mí un cerezo. No saben que tienen que que cogerme de la mano cada vez que se incendia un coche y no me han visto llorar hasta quedarme dormida la segunda semana de octubre, en el aniversario de la noche en que perdí a mis padres.

Soy aguda y angustiosamente consciente de que la única persona que sabe todas esas cosas sobre mí está al otro lado de este teléfono.

Y llama porque aún no se ha rendido.

—Vale, estoy esperando.

—Ya no soporto el silencio —dice Katya—. Eres mi mejor amiga, Nat, y quiero que vuelvas. Dime qué tengo que hacer para compensarte. He dejado de ser una mala amiga. He dejado de intimidarte con mis planes descabellados. He dejado de ser una zorra odiosa que cree que el mundo gira a su alrededor. Solo necesito que vuelvas a aceptarme y pasaré el resto de nuestras vidas siendo la amiga perfecta.

Jadea cuando termina.

Sin más, mi ira desaparece, eclipsada por emociones mayores y más pertinentes. La mayoría de las cuales llevan estampado el nombre de Andrey.

—De acuerdo.

Ella jadea. —¿En serio?

—Te he aplicado la ley del hielo el tiempo suficiente.

—¡Oh, *aleluya*! —exclama—. Nat, no sabes lo feliz que soy.

Mi cara esboza una sonrisa. Parece que hace mucho, mucho tiempo que no tengo nada por lo que sonreír de verdad.

—¿Cuándo podemos vernos? ¿Estás libre ahora? ¿Estás trabajando?

—Mi pausa para comer es dentro de media hora.

—¿Quedamos entonces en Burning Bird dentro de media hora? —sugiere—. Está justo al final de la calle de Sunshield. Si salgo ahora, llegaré a tiempo.

—Siempre podemos quedar después del trabajo si tú...

—¡No! —interrumpe—. A la hora del almuerzo es perfecto. Estoy deseando verte.

Cuelga y vuelvo a mi cubículo sintiéndome mucho más ligera. El peso en mi pecho no ha desaparecido ni mucho menos, pero al menos ahora es manejable.



TENGO tantas ganas de comer que me olvido de mi guapo guardaespaldas hasta que lo veo delante, con un cigarrillo apagado colgando de la boca.

—¿Fumas?

—Solía hacerlo. Los mejores días de mi vida, de verdad —Leonty aparta el cigarrillo y suspira —. Ahora, solo finjo. ¿A dónde vas?

—A Burning Bird para comer. Está al final de la calle; no hace falta que me sigas. Literalmente, a solo una manzana de… Vale. Entendido. Irás conmigo. Seguimos andando. Seguimos caminando. Seguim... maldita sea, Leonty.

Sonríe. —¿A quién vamos a ver?

—A una amiga.

—Tú no tienes amigas —lo fulmino con la mirada, tanto que se sonroja de arrepentimiento—. Eh, lo que quiero decir es...

—Ahórratelo —giro sobre mis talones y reanudo la marcha en dirección al restaurante—. Mantente fuera de su vista, ¿vale? Aún no sabe nada de ustedes.

—¿"Nosotros"? —repite Leonty, divertido.

—Mi boy band personal.

Sé que no estoy siendo justa con Leonty ni con los demás.

No son ellos los que me ignoran.

No son ellos los que me usan por mi cuerpo.

No son ellos los que me tratan como a una posesión en vez de como a una persona.

De hecho, todos ellos han sido muy amables conmigo últimamente. Leonty siempre es amable por muy insolente que me ponga. Leif se asegura de que tenga todo lo que necesito y algo más. Olaf ha empezado a traerme flores por la mañana para el jarrón que tengo junto a la cama. Incluso Anatoly ha aprendido a sonreírme como si lo sintiera, lo cual, teniendo en cuenta cómo empezamos en el departamento de expresión facial, es una mejora a pasos agigantados.

—Es Katya —admito.

—¿Te reconciliaste con ella, entonces?

No es algo de lo que hayamos hablado nunca, pero Leonty no es tonto. La clamorosa ausencia de Katya de mi vida significaba obviamente una ruptura de nuestra amistad.

—Más o menos. No le digas nada a Andrey.

Leonty me lanza una mirada sospechosa que decido ignorar, pero, para su honra, no presiona más.

Cuando nos acercamos a Burning Bird, Leonty me dice que estará junto al mostrador de la ventana. Fiel a su palabra, se aleja para dejarme un poco de intimidad.

Solo he esperado un minuto o dos cuando Katya entra por la puerta con una minifalda color caramelo y una camiseta de tirantes blanca. Parece que ha venido corriendo hasta aquí.

—¡Estoy aquí! —anuncia, se acerca corriendo a la mesa y me rodea con sus brazos sudorosos.

—¿Por qué estás tan sudada?

—Corrí calle abajo. El estúpido taxista me dejó dos manzanas más allá —se mete en la cabina de enfrente—. Me alegro mucho de verte. Estás estupenda.

Está exagerando. Pero parece legítimamente contenta de verme.

—Gracias por acceder a reunirte conmigo —añade—. Estaba... estábamos... quiero decir, me alegro. Sí. Gracias.

La distancia de los últimos meses es espesa en este momento. No estoy acostumbrada a no saber cómo actuar cerca de Katya. Oculto mi incomodidad tras el menú mientras ella recupera el aliento.

—¿Nat?

Cuando levanto la vista del menú, Kat me mira con ojos grandes y serios. Sé que vamos a saltarnos la charla trivial.

—La última vez que hablamos cara a cara, dijiste algo... —sus ojos recorren la mesa, nerviosos —. Y se me quedó grabado. Me torturó, de verdad.

—¿Qué dije?

—Dijiste, y cito: "*Esa noche pasé por algo. Y no estoy segura de que pueda deshacerse*".

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Me estabas tomando el pelo o lo decías en serio?

Me siento inmediatamente culpable, pero no le he mentido. —Yo...

Kat se inclina hacia delante y agarra mis manos entre las suyas. —Dios mío, ¿tiene algo que ver con los Kuznetsov? —pregunta—. Porque te juro por Dios, Nat, que de verdad no me creí las estupideces de Viktor sobre su familia. Red criminal, armas, drogas, toda esa mierda... sí, claro, ¿sabes? No fue hasta más tarde, hasta que dijiste lo que dijiste, cuando empecé a investigar sobre los Kuznetsov. Y me di cuenta de lo equivocada que estaba.

Ahora tiene las mejillas manchadas de rojo. Se lleva la mano a la barbilla y veo las uñas rotas que ha intentado ocultar bajo capas de esmalte rojo brillante.

—Has vuelto a morderte las uñas.

Demasiado tarde, intenta esconder las manos bajo la mesa.

—¿Por mi culpa? —pregunto.

Suspira pesadamente. —No. Por *mí*. Porque últimamente he sido una idiota y soy lo bastante mujer para admitirlo.

—¿Desde cuándo?

Se desinfla durante un segundo. Luego, sonríe.

Nuestras miradas se cruzan, quizá por primera vez en meses. Se pone una mano sobre el corazón y suspira aliviada.

Así de fácil, volvemos a ser amigas.

NATALIA

—Tiene que ver con los Kuznetsov.

No tiene sentido estirar el suspenso. Ya le he dado a Katya suficientes preocupaciones estos últimos meses como para añadir más ahora.

—Oh, Dios —le tiembla el labio inferior—. Eso me preocupaba. ¿Fue Viktor o el otro? ¿Te... te alcanzó uno de ellos esa noche cuando salimos corriendo?

—El otro —admito—. Andrey.

—Nat... —Katya parece a punto de llorar—. ¿Te ha hecho daño?

Estoy tan sorprendida que suelto una carcajada.

Katya se echa hacia atrás. —Entonces, ¿no fue eso lo que pasó?

—No del todo. En realidad, me acosté con él.

Se le cae la mandíbula.

—Pero fue totalmente consentido.

Sus cejas se levantan. —¿Estás de broma? —se detiene antes de decir lo que sé que iba a decir. Por lo visto, le preocupa que nuestra recién renovada amistad sea aún demasiado frágil para soportar una broma.

Me lanzo a la historia con el mayor detalle posible. Para mi total y absoluta sorpresa, me siento bien. A cada minuto que pasa, mi pecho se vuelve más y más ligero.

—...Y eso fue todo. Tiró un par de billetes de cien dólares sobre mi mesita y se fue, riendo último.

Kat parece furiosa por mí. —¿Cómo se atreve?

Sacudo la cabeza, con una sonrisa triunfal. —Se fue riendo último... o eso pensó.

—¿Oh?

—Bueno, después de mudarme a su casa de la piscina... —no me detengo ni siquiera para esperar la reacción de sorpresa de Kat; su boca ya cayó tanto que casi golpea la mesa—. Y que me

visitara para echar un polvo rápido en mitad de la noche, fui yo quien rió última.

Kat me mira boquiabierta. —No querrás decir... ¿Le pagaste después del sexo?

Comprendo su sorpresa. No es el tipo de cosa que yo haría normalmente. A decir verdad, es una página sacada de su libro.

Le dirijo una sonrisa de suficiencia. —Y luego le cerré la puerta en las narices.

—No podría estar más orgullosa de ti —con una sonrisa de oreja a oreja, empieza a aplaudir.

Suelto una carcajada. Las cabezas giran en nuestra dirección, incluido mi curioso guardaespaldas rubio, que vigila la ventana.

Le ignoro y me centro en la expresión de admiración de Kat. —Qué leyenda. Una *puta* leyenda. No sabía que lo llevabas dentro...

—Estar sola me ayudó un poco —admito—. Tenía que confiar en mí misma.

A Kat se le cae la cara. —Te he defraudado.

—No pasa nada, Kat —le cojo la mano—. Ya te has disculpado bastante.

Parece dudosa por un momento antes de sacudirse la culpa y seguir adelante. —Espera. ¿Por qué vives en la casa de la piscina de Andrey Kuznetsov?

Y así, sin más, dejamos la parte divertida de la historia y navegamos directamente hacia aguas turbias. —Emm...

—¿*Estás* con él? Sé que te acuestas con él, pero...

—Es solo por comodidad —me estremezco al oírlo—. Lo que quiero decir es que es un acuerdo sin ataduras.

—Pero tú no eres de las que no se atan.

—Sí, bueno, las cosas cambian.

—¿Cómo qué?

—Como el hecho de que me dejó embarazada la noche que nos acostamos la primera vez —digo apresuradamente.

Si pensé que se había escandalizado cuando le revelé que me había acostado con Andrey, no es nada comparado con su aspecto actual. Abre y cierra la boca. Por primera vez en su vida, se ha quedado muda.

Finalmente, se mete un dedo en cada una de sus orejas, como si quisiera limpiarlas. —¿Lo he oído bien?

—Estoy embarazada, Kat —me echo hacia atrás y pongo una mano sobre mi pequeña barriguita —. De poco más de tres meses.

—¿Y lo sabías? Cuando llegué a casa ese día, ¿ya lo sabías?

—Tenía seis pruebas de embarazo positivas esperándome en el lavabo después de cerrarte la puerta.

Se pasa las manos por la cara. —No lo puedo creer. ¿Lo sabe Annie?

—Sabe que estoy embarazada y que vivo con el padre del bebé. Aparte de eso... —me muerdo el labio—. No quiero que sepa nada más. No quiero que se preocupe por mí.

La mano de Kat se tensa alrededor de mi muñeca. —¿Debería preocuparme?

Por un segundo, la pregunta me deja perpleja. Ni yo misma estoy segura.

—Lo que quiero decir es que quizá podamos pensar en un plan de huida —sugiere—. Podemos reunir nuestros ahorros, dejar nuestros trabajos y salir corriendo. Al estilo de Thelma y Louise. Puedo ayudarte a criar al bebé lejos de toda esa mierda de la mafia... y luego…

Katya sigue hablando, planeando los próximos dieciocho años de nuestras vidas. Significa tanto para mí saber que ella echaría por tierra toda su vida solo para intentar salvar la mía. Me recuerda por qué somos amigas en primer lugar.

Jadea cuando me lanzo hacia ella desde encima de la mesa, con los ojos llenos de lágrimas. —¿Nat...?

—Me alegro de tenerte de vuelta, Katya.

—¿Significa esto que vamos a cambiarnos el nombre y a salir corriendo? —aventura cuando por fin la suelto.

Miro a Leonty, que está ocupado mirándome por encima del borde de su batido de fresa. —No es tan sencillo.

Kat sigue mi mirada y estrecha los ojos hacia Leonty. —¿Lo conoces?

—Es mi guardaespaldas.

—¿Es tu *qué*?

—Uno de cuatro, en realidad —confieso—. Me acompañan a todas partes, incluido el trabajo.

Kat parece más que un poco perdida. —Entonces, ¿estás en peligro... pero no por el propio Andrey?

—Andrey, aparte de ser un imbécil furioso la mayor parte del tiempo, en realidad solo se preocupa por mi seguridad. Y la seguridad del bebé, por supuesto.

Kat exhala. —Pero entonces...

—Tiene enemigos, Kat —revelo, bajando la voz—. Y esos enemigos probablemente vendrán a por mí si saben que llevo a su bebé.

—Esto sí que es una mierda al estilo *Los Soprano*.

Asiento. —Mi mejor oportunidad de mantener a salvo a este bebé es con Andrey.

Mantenerme a salvo de Andrey es harina de otro costal.

—Pero, una vez más, para que quede claro, porque a veces soy un poco lenta, ¿no están juntos? —pregunta Kat con una mirada de intensa concentración, como si estuviera intentando montar un rompecabezas de mil piezas—. ¿Aunque duerman juntos?

—Más o menos.

Se queda pensativa, en silencio. —Vale... vale...

Dejo a Katya con sus cavilaciones y pido unas bebidas y unas tapas. La camarera parece decididamente menos disgustada ahora que por fin hemos pedido.

Leonty, en cambio, parece cada vez más inquieto. Ya ha terminado su bebida y vuelve a ojear el menú.

—¿No estás preocupada? —pregunta Kat, mirando a su alrededor como si tuviera la paranoia de que alguien pudiera estar escuchándonos.

—Claro que sí. Todo el tiempo —*por más razones que las obvias*—. Pero ¿qué puedo hacer? Tengo un trabajo de mierda, un piso de mierda y no tengo forma de criar a un niño yo sola. Al menos así no tengo que cargar a la tía Annie con un bebé gritón. Por no hablar de una joven de veintisiete años sin perspectivas de un futuro feliz.

—Te estás vendiendo mal.

—No, estoy siendo realista.

Leonty deja su silla junto a la ventana y me indica que va a hacer una llamada fuera. Le hago un gesto con el pulgar mientras Kat lo observa con interés.

—En cuanto a guardaespaldas, podría haberte ido mucho peor —murmura, agradecida.

Su contemplación de Leonty se ve interrumpida por un repentino estruendo.

Alguien chocó con la camarera que nos traía las bebidas. Ahora están en un charco en el suelo. El responsable se disculpa profusamente.

—...Culpa mía, lo siento mucho. Debería haber mirado por dónde iba.

La camarera parece molesta hasta que ve que el hombre que casi la atropella es alto y guapo. Entonces, sonríe, le asegura que no pasa nada y promete salir enseguida con bebidas frescas para nosotras.

El hombre nos mira con sus ojos color avellana y, si no tuviera un par de ojos plateados como el acero con los que compararlos, sentiría un poco débiles las rodillas.

—Lo siento mucho, señoras. Todo ha sido culpa mía —sonríe, y estoy segura de que esa sonrisa lo ha sacado de más de un apuro.

La risa coqueta de Kat al responder es aún más confirmación. —No te preocupes. Le puede pasar a cualquiera.

—Pero no le pasó a cualquiera. Me pasó a mí, y justo delante de dos mujeres hermosas. Tengo que arreglarlo —se lleva una mano al corazón—. Insisto en pagar sus bebidas.

—Totalmente innecesario, pero muy considerado de tu parte —trina Kat antes de que pueda decir una palabra.

Sus ojos parpadean hacia mí un instante. La sonrisa es cortés, pero curiosa. —Como he dicho, insisto. De todos modos, mis motivaciones son egoístas. Solo quiero dejar una primera impresión mejor que la del "torpe que les arruinó la tarde".

Tanto su sonrisa como sus palabras son suaves como la seda. Al parecer, hace maravillas con Katya.

—¿A quién no le gusta bañarse en zumo de piña? —bromea.

Se ríe entre dientes. —Tú y yo debemos tener aficiones diferentes.

Sonríe y se aleja de nuestra mesa como si lo entristeciera marcharse. Katya se vuelve hacia mí con esos ojos brillantes de devoradora de hombres que tiene. —Qué rico.

—Me sorprende que no le hayas pedido que se uniera a nosotras.

—Acabamos de reunirnos. No puedo dejar que un cualquiera nos interrumpa, aunque sea increíblemente sexy —observa al hombre marcharse con un suspiro melancólico.

La camarera se acerca a nuestra mesa con una bandeja llena de bebidas y la comida que hemos pedido. —Toda la comida ha sido pagada, cortesía de tu "torpe amigo" —dice con un ligero resoplido de disgusto.

En realidad, no puedo culparla. Ella es la que estuvo a punto de ser derribada y a nosotras nos dan una comida gratis. No parece justo. Decido dejarle una buena propina, mientras Kat se sirve una empanada humeante.

—Gran comienzo para nuestra reavivada amistad, ¿eh? Es como un buen augurio —mastica alegremente—. Si al menos se hubiera quedado un rato.

Cojo un rollito de huevo y sonrío. Por muy guapo que fuera el hombre, me alegro de que estemos solas.

Ya tengo bastantes problemas con los chicos como para añadir otro a la mezcla.

NATALIA

—¡No lo quiero, Leif! —grito—. ¡Llévatelo!

Si no estuviera tan molesta, la imagen de mi corpulento guardaespaldas ruborizándose mientras blandía un enorme consolador rosa como si fuera un arma sería divertidísima.

Probablemente podría facilitarle las cosas bajando el juguete sexual, pero resulta que yo soy más de la clase de chica que ama la miseria.

Si yo sufro, él puede sufrir conmigo.

—Natalia…

—¡Nada de *Natalia*! —me enfurezco—. No quiero sus regalos. Ya les he dicho a todos que, si Andrey me envía otro regalo, ¡lo devuelvan!

—Insiste…

Con un grito frustrado y sin palabras, lanzo el consolador rosa directamente a la cabeza de Leif.

Podría atraparlo fácilmente: lo he visto atrapar una flecha del aire cuando Anatoly y él disparaban con el arco en el campo de tiro del patio trasero, pero prefiere esquivarlo. Supongo que tiene miedo de enredar las manos en un pene rosa y tambaleante. Cobarde.

Me acerco a la caja negra que acabo de abrir y empiezo a sacar todo tipo de juguetes sexuales. —"*Para ayudarte a pasar todas las noches en las que...*" —leo la nota manuscrita mientras hago volar un vibrador azul zafiro—, "*no estoy disponible*".

A continuación, el tapón anal con diamantes.

—¿Quién demonios se cree que es?

Luego, un pequeño algo morado que me tiene perpleja.

—¿Cree que se me puede comprar? ¿Que soy un horno para bebés al que puede aplacar con regalos caros?

Agarro la botella de lubricante más grande que vi y la elevo por encima de mi cabeza. Leif se escuda como si el monte Vesubio estuviera a punto de entrar en erupción. —Solo cumplimos órdenes, señora.

—Son *mis* guardaespaldas —le recuerdo con frialdad—. Deberían seguir mis órdenes.

Me mira entrecerrando los ojos desde la ventana abierta del patio. —No funciona exactamente así.

Luego de vaciar la caja de juguetes sexuales, salgo furiosa al patio.

Leif se escabulle unos pasos más atrás. Leonty y Olaf ya están escondidos junto a la piscina. —Si ustedes, cobardes, no le plantan cara, lo haré yo. ¿Dónde está?

—Eh...

—¡Leif!

Señala hacia la casa principal con un suspiro agotado. —En su despacho.

Salgo disparada hacia la casa principal. Hombre, qué bien se siente dirigir mi ira contra la persona que me ha estado subiendo la tensión estos últimos días.

Sin embargo, todo ha sido a distancia. Una guerra emocional. No me ha visitado en las últimas cuatro noches. No he visto ni su sombra.

A pesar de ello, recibo varios paquetes cada día.

Como el vestido Prada de punto negro que me envió el viernes.

Y el par de Jimmy Choos adornados con joyas del día anterior.

Pero una caja de juguetes sexuales es el colmo. Ahora se acaba.

Tengo que comprobar con Yelena dónde está exactamente el despacho de Andrey. La casa es como un laberinto por dentro. Aun así, cuando me encuentro frente a la puerta tachonada de latón de su santuario interior, mi ira no ha disminuido lo más mínimo.

Mi objetivo era irrumpir directamente para conseguir el máximo efecto, pero, por fastidio, la puerta está cerrada. Así que me conformo con golpear la superficie con los puños.

—¡Andrey! Sé que estás ahí dentro. Déjame entrar.

Hay unos segundos de silencio antes de que oiga pasos. La puerta se abre de golpe. Abro la boca, dispuesta a darle un bocado de lo que pienso.

Excepto que no es Andrey el que me mira con su habitual calma melancólica. Es Shura.

—Natalia. ¿Puedo hacer algo por ti?

Veo a Andrey al fondo, protegido en parte por el hombro afilado de Shura. *Cobardes*. Todos ellos: Andrey, sus hombres... bueno, toda la maldita especie masculina. *Cobardes*.

—Quiero hablar con Andrey.

—En este momento está en una reunión.

Finjo aceptar esa respuesta. —¡Oh! Está en una reunión, ¿no? Bueno, entonces supongo que tendré que volver en otro momento —frunzo el ceño y empujo a Shura, entrando en el despacho

a la fuerza.

Andrey ni siquiera se molesta en levantarse. Se limita a clavarme una mirada profunda y penetrante, mientras se dirige a la persona con la que está hablando por teléfono. —Tendré que volver a llamarte, Iván... Sí, sí... Ocúpate de que se haga.

Cuelga con un suspiro exasperado. —Natalia —su tono es frío como el hielo. Sus ojos, aún más.

De alguna manera, se siente diferente a la luz del día.

O tal vez sea la ausencia del subidón post-sexo, que suele suavizar todas esas asperezas suyas.

—Quiero que dejes de enviarme regalos.

No se le mueve ni un músculo de la cara. —No te envié nada que no puedas usar.

—No quiero "utilizar" ni una maldita cosa —gruño—. No soy un agujero vacío al que puedas arrojar sexo y dinero para que se quede tranquilo. No soy una distracción de medianoche. No soy una puta *sanguijuela*.

Oigo un suave clic. Cuando vuelvo a mirar por encima del hombro, me doy cuenta de que Shura se ha ido. Estamos solos. *Me parece bien*. De todos modos, es mejor no tener testigos para el homicidio a continuación.

—Lamento que te sientas así —retumba Andrey. Espero a que diga algo más, en realidad cualquier otra cosa, pero sigue mirándome con esa expresión de fría indiferencia.

—¿Eso es todo? ¿Es todo lo que tienes para decirme?

—Para serte sincero, Natalia, estoy dispuesto a decir lo que haga falta si eso significa que puedo continuar con mi jornada.

Me sube el calor a las mejillas. Siento como si mi cabeza estuviera a punto de estallar.

—¿Estás ocupado? Pobrecito. Debe ser duro ser tan condenadamente importante. Bueno, ¿adivina qué? Yo no estoy nada ocupada. No tengo nada que hacer, salvo sentarme a esperar regalos que no quiero y visitas que quiero menos. Me siento *jodidamente sola*.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y *mierda*. Daría mi riñón izquierdo si pudiera retirar esa última parte, por favor y gracias. También daría el derecho, si fuera necesario.

Andrey se pasa una mano por la barbuda mandíbula. —Te di todo lo que necesitas.

—No necesito regalos caros —grazno débilmente—. Cuando no estoy en el trabajo, estoy atrapada en esa casa de la piscina olvidada por Dios, mirando las paredes vacías sin nada que hacer y sin nadie con quien hablar.

—Parece que pasas mucho tiempo con Mila. ¿O ella no cuenta?

—Ella... ella cuenta.

—Y Leonty mencionó que has reanudado tu amistad con la rubia alborotadora que se coló en la boda.

Allí va la esperanza de un guardaespaldas que guarde mis secretos.

—¿Ella tampoco cuenta? —continúa.

—Yo... Ella sí... Eso no es...

Se pone en pie, con esos ojos plateados destellando peligrosamente. Toda la ira que me llevó a través del césped y de la casa se desinfla ahora que estoy aquí.

—Lo que oigo es que te sientes sola por mí.

No puedo evitar el grito ahogado que sale de mis labios. —Eso no es cierto.

—¿No? —aventura con una ceja levantada—. Entonces dímelo otra vez, *lastochka*: ¿por qué estás aquí?

Di algo. Por el amor de Dios, di algo.

—Es que me sienta mal —admito en un pequeño susurro con los ojos clavados en el suelo— que te cueles en mi cama por la noche cada vez que te apetece. Y que desaparezcas inmediatamente después. Me hace sentir... usada.

No hay arrepentimiento ni disculpa en esos ojos despiadados mientras rodea el escritorio hacia mí. —Tenía la impresión de que teníamos un acuerdo. Un acuerdo al que llegaste por voluntad propia.

—Sí, pero...

—Los dos estábamos de acuerdo: solo sexo.

—Soy consciente, pero...

—Entonces parece que me entendiste mal —dice suavemente—. Te ofrecí sexo, no compañía.

Me trago las lágrimas que amenazan mi visión. No puedo, no quiero, permitirme derrumbarme delante de él. —Seamos sinceros: no me ofreciste nada. Te aseguraste de que no tuviera otras opciones y luego cogiste lo que querías.

No me quedo a esperar su reacción. Giro sobre mis talones y salgo a toda velocidad por la puerta, cerrándola de un tirón tras de mí.

Shura está de pie en el pasillo iluminado por el sol. Su rostro se tuerce de preocupación cuando me ve. —Natalia, ¿estás...?

—¡Bien! Todo va bien —grito mientras me apresuro a pasar junto a él.

Pero las lágrimas ya corren por mis mejillas y es imposible que no las haya visto.

Estoy tan desesperada por volver a la relativa seguridad de la casa de la piscina que giro bruscamente a la izquierda cuando el pasillo se estrecha y choco de frente con Yelena.

Exclama en ruso, pero al mismo tiempo extiende la mano para sostenerme. —¡Natalia! —jadea —. ¿Estás... estás llorando?

—No —miento entre sollozos ahogados.

Su rostro se endurece mientras me agarra con fuerza del brazo y tira de mí hacia el interior de la casa.

—No —intento protestar—. Me voy... a la casa de la piscina... No quiero...

—Calla, niña —su voz es tranquilizadora y me quedo callada mientras dejo que me lleve a la cocina.

Me sienta en una de las sillas de la mesa del desayuno. La luz brillante que entra por la claraboya contrasta cruelmente con mi estado de ánimo. Lo único que quiero es meterme en la cama, acurrucarme en posición fetal y quedarme allí hasta que desaparezca el dolor de mi pecho.

Si alguna vez desaparece, claro.

—Vamos, *malysh*, no puede ser del todo malo —insiste Yelena en un murmullo—. No llores ahora, o el bebé que llevas dentro nacerá triste.

Es el tipo de cuento de viejas que me hace poner los ojos en blanco y secarme las lágrimas al mismo tiempo. Me pregunto ociosamente dónde lo oyó Yelena. ¿Qué anciana la sentó en una cocina, le secó las lágrimas y le dio esa perla para que un día me la diera a mí?

Con una sacudida, me doy cuenta de que no puede ser mucho mayor de lo que habría sido mi madre si aún viviera.

—Ahora, dime: ¿qué pasa?

Levanto la vista hacia su rostro amable e intento imaginar que es mi madre. El problema es que no puedo ver a mi madre como una mujer mayor. Para mí, está congelada en su sitio a los treinta y cuatro años, con el pelo oscuro, los ojos azules y tan guapa como siempre.

—N-no es... importante —murmuro.

Yelena hace un chasquido impaciente con la lengua. —Es él, ¿verdad?

—No importa.

Deja escapar un suspiro de sufrimiento. —Ojalá pudiera decirte algo diferente, pero lo cierto es, *malysh*, que Andrey siempre ha sido así.

Mi corazón se desploma.

—Es que no sabe que lo que hace te hace daño.

Enjugo una nueva oleada de lágrimas. —Sí, lo sabe. Solo que no le importa.

—Lo conozco desde hace mucho tiempo, querida. Andrey es el tipo de hombre que se pondría delante de una bala si eso significara protegerte a ti y a ese bebé. Pero me temo que, cuando se trata de sentimientos, conversación, intimidad... —sacude la cabeza—. Ese nunca ha sido su fuerte.

—¿Cómo ha llegado a ser así?

Se cayó de cabeza cuando era bebé. Deficiencia de vitaminas. Quiero que sea algo fácil y sencillo como eso, aunque solo sea para poder decirme a mí misma que no está eligiendo

activamente romperme el corazón.

—Necesidad, tal vez —sugiere, lo que echa por tierra todas mis esperanzas—. O tal vez solo sea instinto de conservación. Lo único que sé es que nunca te dará su corazón, querida. No tiene sentido codiciarlo.

Tiene más razón de lo que cree. Solo puedes codiciar algo a lo que no tienes derecho. Algo que nunca fue tuyo.

Y Dios sabe que Andrey Kuznetsov jamás ha sido mío.

NATALIA

Estoy casi en la casa de la piscina cuando oigo algo... ¿Un grito? ¿O...?

No. No puede ser eso... ¿verdad?

—¿Hola?

Se oye el susurro de las hojas, y luego—: ¡Soy yo!

Mila aparece por la esquina, pasándose una mano por el pelo revuelto. *¿Lleva la blusa al revés?*

—¿Qué te ha pasado? —pregunto.

Ella sigue intentando acomodarse el pelo. —Eh, podría preguntarte lo mismo. ¿Has estado llorando?

—Eh... tal vez —me dejo caer en el columpio del porche, sin dejar de mirar hacia los arbustos de los que salió—. ¿Qué hacías ahí detrás?

Tiene las mejillas más sonrosadas de lo normal. —Solo estaba dando un paseo.

—¿Y por qué tienes el pelo tan revuelto?

—Me ha pillado un viento fuerte —se sienta conmigo en el columpio del porche—. Leonty mencionó algo sobre una pequeña rabieta que tuviste antes.

—Leonty habla demasiado.

Puedo distinguir las cejas arqueadas de Mila desde mi visión periférica. —Si no quieres hablar de eso...

—¡No fue una rabieta! —exclamo—. Solo estaba molesta por todos los estúpidos y caros regalos que me ha estado enviando Andrey.

Mila se queda boquiabierta. —¿Por qué? Nunca me enfadaría con un bolso Hermes…

—No soy una tonta cabeza hueca a la que se puede comprar con un bonito bolso. Quiero más.

El aire entre nosotras cruje en el silencio que sigue. Mila vuelve a plancharse el pelo, evitando mis ojos todo el tiempo. —¿Una tonta como yo, quieres decir?

—No, claro que no es eso lo que yo...

—No, tienes razón: me casé con un hombre rico al que no amo por la comodidad de una vida sin carencias. Y sí disfruto gastando su dinero en todas las compras extravagantes que caen en mis manos —sus ojos azules son fríos cuando se encuentran con los míos—. Entiendo por qué crees que tienes la moral alta.

—Mila…

—Y aunque estoy de acuerdo en que mi elección no es la más superior desde el punto de vista moral, no estoy de acuerdo con la insinuación de que soy una... ¿cuál fue tu frase?

Hago una mueca. —No me refería a ti.

—Quizá no directamente —tiene las manos cruzadas sobre el regazo. No sé si está enfadada o no —. ¿Te he dicho alguna vez que me han educado en casa toda mi vida?

—No. Nunca lo mencionaste.

—Sí. Hasta los dieciocho años. No tenía amigos, salvo los que mi padre aprobaba. Y no se me permitían novios, por eso mi primera "relación"… —lo pone entre comillas—, tuvo que ser secreta. Y ya sabes cómo acabó —hace una pausa para tomar aire—. La mayoría de los chicos de dieciocho años esperan ir a la universidad después del instituto. Pero yo no. Justo después de cumplir los diecinueve, mi padre me dijo que ya había concertado mi matrimonio.

Se me cae la mandíbula.

—Arcaico, ¿verdad? Pero así funcionaba mi mundo. El verdadero shock fue saber quién iba a ser mi futuro marido.

Arrugo la nariz. —¿Por lo menos Viktor causó una buena primera impresión?

—Viktor no era el hombre al que me prometieron inicialmente —explica con una risa amarga—. Mi padre planeaba casarme con un viejo asqueroso llamado Vladimir Solovev. Era un artrítico septuagenario con ocho hijos y once nietos. Yo habría sido su cuarta esposa.

—Por Dios, Mila.

De hecho, se ríe. —Estaba horrorizada. También sabía bastante sobre Vladimir Solovev. Verás, su nieta y yo éramos amigas. Y a través de ella me enteré de que el querido Vlad tenía una manía muy concreta. Solo se casaba con vírgenes.

Por la sonrisa que se extiende por su rostro, queda dolorosamente claro que Mila no era nada de eso.

—Así que, cuando los Kuznetsov vinieron a un pequeño encuentro con el querido y viejo papá, decidí montar una conversación en voz alta con mi criada y ver qué hermano Kuznetsov picaba el anzuelo. Por supuesto, Viktor se escabulló del grupo y me encontró en el salón, donde sabía que mi padre siempre llevaba después a sus invitados. Es donde guarda sus puros.

Con los ojos muy abiertos, miro boquiabierta a Mila. —¿Te han pillado hablando de que no eres virgen?

—Bingo. ¿He mencionado que Vladimir Solovev formaba parte del grupo?

De hecho le doy una palmada en el brazo. —¡*No* es cierto!

Ella asiente, satisfecha. —Así me libré de lo que habría sido un matrimonio abusivo y miserable con un pervertido de setenta años acusado de asesinar a sus tres últimas esposas en cuanto empezaron a aburrirlo.

—Pero te metiste en un matrimonio miserable con un joven imbécil —señalo, frunciendo el ceño —. ¿Qué más da?

—La diferencia es que Viktor Kuznetsov, por muy imbécil que sea, no tiene fama de mutilar a sus novias después de que hayan perdido su condición de vírgenes.

Hago una mueca cuando me vienen a la cabeza imágenes no deseadas.

—Puede que me mires y veas a una mantenida: una idiota insípida que se pasa el día de compras e ignorando los asuntos de su marido. ¿Pero yo? Solo veo libertad. Eso es lo que me propuse cuando hice lo que hice. Y eso es lo que conseguí.

A pesar de mí misma, estoy impresionada.

Incómoda, horrorizada... pero impresionada.

—¿Quieres mi consejo, Nat? —pregunta, suavizando su voz—. Deja de buscar lo perfecto. Deja de buscar cuentos de hadas. Deja de buscar el "felices para siempre". Tienes tu libertad. Desde mi punto de vista, eso es todo lo que necesitas.

—No me siento libre.

—Eres libre de trabajar donde quieras y ser amiga de quien quieras. Eres libre de comprar lo que quieras cuando quieras. Nunca tienes que preocuparte por las facturas ni los gastos, ni por si puedes o no enviar a tu hijo a un prestigioso colegio privado. Incluso puedes tener orgasmos alucinantes con solo chasquear los dedos, sin la molestia de una relación que te ate. ¿Qué es eso, sino libertad?

Dios, cómo me gustaría poder copiar y pegar esa mentalidad en mi estúpida cabeza. Parece tan segura de sí misma, tan *liberada*.

Pero no se siente como yo.



ESA NOCHE, me aseguro de cerrar todas las ventanas y echar el cerrojo a todas las puertas.

Se acabaron las visitas a medianoche para mí.

ANDREY

—¿Eso es todo?

A Leonty se le cae la cara. Sus dedos se crispan en busca de un cigarrillo, igual que los míos cuando necesito una liberación. —Ojalá pudiera darte más, pero en este momento no me habla precisamente.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Cada vez que entro en la maldita casa de la piscina, me echa de nuevo y pregunta por Leif u Olaf. Esta mañana me ha dicho que prefería que Anatoly estuviera de guardia hoy —se pasa el puño por los rizos rubios—. ¡Anatoly! Nadie prefiere a ese miserable bastardo antes que a mí. Me odia.

—¿Y esto es un problema porque...?

—Ya no me invitan a cenar ni a ver películas —se queja.

—Estás así de cerca... —separo el pulgar y el índice unos centímetros—, de que te eche de aquí a patadas.

—Esto es culpa tuya, ¿sabes? No se habría vuelto contra mí si te hubieras controlado y no le hubieras dicho que fui yo quien te habló de su reavivada amistad con la rubia.

—No ha sido un desliz. Quiero que sepa que la vigilo en todo momento —Leonty se cruza de brazos, dispuesto a seguir discutiendo, pero ignoro su humor hosco—. ¿Qué pasa en Sunshield? ¿Algo que informar allí?

Leonty se mueve incómodo. —Eh... ¿no?

—Si también quieres que te sustituya por Anatoly, entonces...

—Vale, vale —protesta—. Ese tal Byron se nos está yendo de las manos.

—¿Qué está haciendo?

—Coqueteo, sobre todo. Nunca pierde la oportunidad de acercarse a la mesa de Nat para conversar. Le lleva cosas todo el tiempo: batidos, magdalenas, galletas. Y también la ha invitado a salir unas cuantas veces. Por lo visto, “no” no es una palabra en el vocabulario del *mudak*.

Me pongo en pie, con los puños ya cerrados y preparados. —¿La invitó a salir?

—Toda la maldita oficina sabe que lleva intentando meterse en sus pantalones desde que ella empezó a trabajar allí.

—¿Y qué hace Natalia cuando él coquetea?

—Emm...

Entrecierro los ojos. —Leonty.

Se desploma, derrotado. —Ella siempre rechaza las citas pero, bueno... Quiero decir, no es que lo anime; es que tampoco lo desanima precisamente. Sobre todo, últimamente.

—¿Qué significa eso?

Ahora Leonty parece muy triste. —No es ningún secreto que está un poco molesta contigo.

Claro que no es un secreto. El otro día estuvo a punto de derribar toda la casa cuando irrumpió en mi despacho.

Y, si me quedaba alguna duda sobre lo molesta que estaba, se aclaró más tarde aquella noche, cuando fui a la casa de la piscina y me encontré las ventanas bien cerradas y las puertas atrancadas.

El fuerte de la casa de piscina se ha mantenido firme las tres últimas noches.

—Continúa —animo cuando Leonty hace una pausa.

—Bueno, últimamente acepta mucho mejor los avances de Byron. Eso sí, en realidad, no ha *aceptado* una cita con él...

—Tampoco lo hará —gruño, dirigiéndome a la puerta.

Se levanta de un salto y corre tras de mí. —No harás lo que creo que harás, ¿verdad?

Lo ignoro y saco las llaves de mi Bentley. —Hoy no estás de servicio, Leonty. Relájate. Ve a darte un baño en la piscina.

—Hermano, ¿de verdad crees que es una buena idea? Esto solo hará que se enfade más.

—Lo sé. Cuento con ello.

~

SUNSHIELD NO CIERRA hasta dentro de unas horas, pero todos en la oficina están inmersos en su depresión de media tarde.

Hay un hombre barbudo jugando al *Tetris* en su ordenador. Otro durmiendo en su escritorio. Dos mujeres se inclinan sobre la pared de su cubículo, con las cabezas juntas mientras cotillean sobre todos los tontos mundanos que las rodean.

—¡Sr. Kuznetsov! —grita una voz chillona, cortando la calma de la tarde.

Me giro para encontrarme con la presuntuosa y pechugona compañera de trabajo de Natalia, cuyo nombre ya olvidé y cuyo rostro esperaba no volver a ver.

—¡Qué alegría volver a verte en la oficina! ¿Has venido a ver al Sr. Ewes? Porque ahora no está, pero puedo enseñarte...

—¿Tienes un botón de apagado? —escupo.

Eso parece bajarle los humos un poco. Me mira sin comprender.

—Gracias a Dios —suspiro—. Señálame dónde está Natalia.

No hay error en el mohín que baja por sus labios enrojecidos. —Está allí, al otro lado de esas puertas —dirige un dedo manicurado hacia la pared de cristal, donde reside el personal superior —. En el despacho de Byron.

Me crujo los nudillos.

Me alejo en la dirección que me indica, totalmente dispuesto a romper huesos si es necesario. Por suerte, Abby parece haber captado mi poco sutil indirecta, porque no me sigue. Puede que sea una estúpida cabeza hueca, pero al menos sabe que debe mantenerse fuera del alcance de las salpicaduras de sangre.

A través de las paredes de cristal, puedo ver a Byron y a Natalia. Están de espaldas a la puerta. Gracias al suelo enmoquetado, mi entrada pasa desapercibida.

—...Estás siendo ridículo —insiste Natalia.

Puedo entender perfectamente las palabras; lo que me molesta es su tono. Es demasiado burlón para que sea realmente ofensivo.

A mí no me habla así, eso seguro.

—Créeme: Una vez lo leí en una revista sobre el embarazo. Es totalmente legítimo. Las mujeres embarazadas necesitan mantener relaciones sexuales con regularidad para mantener un embarazo sano.

Mis manos se cierran en puños apretados.

—¿Y por qué ibas tú precisamente a leer una revista de embarazos? —pregunta Natalia con incredulidad.

—Mi hermana estaba embarazada en ese momento. Quería ser un hermano solidario.

Mueve la mano hacia la parte baja de la espalda de Natalia. Doy otro paso hacia la habitación.

Podrías matarlo ahora mismo, sugiere una voz en mi cabeza. *Ni siquiera sabría quién lo hizo.*

—Esa es la razón del resplandor, verás —dice Byron con voz seria—. Si una mujer embarazada no tiene suficiente sexo, no brilla. Y tú, amiga mía, no brillas.

Mi puño se crispa. Me sentará de puta madre enterrárselo en la cara.

Pero eso me lleva a preguntarme: ¿por qué no está dando *ella* ese puñetazo (literal)? ¿Por qué no

le dice a ese asqueroso que se aleje de ella?

La colmo de orgasmos increíbles y regalos caros y ella me desprecia. Este pomposo perro cornudo la insulta eficazmente y ella sigue cacareando en su despacho.

—Lo único que digo es que estaría totalmente dispuesto a intervenir y ayudar a recuperar ese brillo.

—¡Byron! —exclama Natalia—. Para.

—Sí, Byron —mi tono contiene toda la acidez que le falta al de Natalia—. Para.

ANDREY

—¡Jesús, Andrey! —ambos se dan vuelta, pero solo Natalia se acerca un paso—. ¿Qué haces aquí?

Byron se aclara la garganta. —Sr. Kuznetsov, yo... nosotros... no le esperábamos.

—De eso se trataba —avanzo un paso más en su patético despachito, fijándome en la triste colección de premios a empleados expuestos como animales de caza mayor en la pared opuesta a la ventana—. Dime, Byron: ¿es una práctica habitual tuya acosar sexualmente a tus empleadas? ¿O Natalia es especial?

Las mejillas sonrojadas de Natalia arden aún más. Byron se limita a abrir y cerrar la boca como un pez de colores.

Natalia se recupera primero. —No deberías estar aquí.

La ignoro, manteniendo la mirada fija en Byron. —Estoy esperando una respuesta, Byron.

Traga saliva con fuerza e intenta sonreír, pero las comisuras de sus labios no parecen querer obedecer. El efecto lo hace parecer estreñido. —Solo b-b-b-bromeaba. Solo era una broma... no pasa nada... Natalia y yo... —ahora aprieto tanto los puños que prácticamente noto que los tendones amenazan con romperse—, t-tenemos una buena re-relación.

—Lo que tú llamas “relación”, yo lo llamaría “una demanda muy viable”.

—¡Ya basta! —suelta Natalia, avanzando a grandes zancadas y poniéndome la mano en el pecho. Solo entonces me doy cuenta de que he estado avanzando lentamente hacia ellos—. Andrey, no tienes derecho a irrumpir en mi lugar de trabajo y causar problemas a mis compañeros.

Me hierve la sangre. Es un milagro que no haya hecho saltar las malditas alarmas de incendio de este agujero de mierda.

Su defensa le ha dado a Byron una falsa confianza, porque se pone en pie y me mira fijamente a los ojos. —Creo que está claro que a la Sra. Boone le gustaría que te fueras.

Aparto a Natalia y doy un paso hacia él. Cada centímetro que me acerco a él le roba otro centímetro de su postura, hasta que se desploma y se encoge a mi sombra.

—Ah, y tú sí que sabes lo que quiere la señorita Boone, ¿verdad?

Puedo oler su sudor. Puedo ver cómo le resbala por las sienes. Pero, o es mucho más valiente, o mucho más tonto de lo que pensaba, apuesto por lo segundo, porque le da la espalda a la ruta segura y decide mantenerse firme.

Su barbilla sobresale obstinada. —Más que tú, por lo visto.

—¡No, Andrey! —Natalia se aferra inútilmente a mi codo mientras doy otro paso adelante—. ¡Para!

Hay algo en su voz que me llega. Una pequeña grieta, casi imperceptible, en realidad, pero una grieta que se abre lo suficiente para que yo pueda vislumbrar su interior...

Y ver la oscuridad que va muy, muy abajo.

Recuerdo haberla sacado de esa catatonia tras el tiroteo en la consulta del médico. Está claro que la perspectiva de la violencia hiela la sangre de Natalia. Incluso ahora, la vergüenza rosa brillante de sus mejillas desapareció por completo, sustituida por un miedo blanco fantasmal.

Odio esa mirada en ella.

Odio haberla puesto ahí.

Así que, por muy satisfactorio que fuera hacer un agujero en la cara de ese imbécil, decido, por el bien de ella, no por el suyo, que hay mejores formas de recordarle de lo que soy capaz.

—Byron —gruño en voz baja. Mantengo la mirada fija en Natalia—. ¿Nos disculpas? Natalia y yo tenemos cosas que hablar.

Me mira boquiabierto. —Este... este es *mi* despacho —se vuelve hacia Natalia, esperando claramente que lo apoye y me eche.

Pero Natalia se muerde el labio y evita sus ojos. —Byron, ¿te importaría... por favor? —le pregunta—. No tardaremos.

Parece que sí le importa. Pero, ante la súplica en voz baja de Natalia y mi ceño fruncido, no tiene más remedio que asentir y retirarse.

—B-bien —me mira con aprensión mientras retrocede hacia la puerta—. Nat, si... si me necesitas...

—Estaré bien, Byron.

La puerta se cierra, pero las paredes siguen siendo de cristal. Puede vernos.

Me viene bien, pienso

—¡¿Qué coño crees que estás haciendo?! —grita Natalia—. ¿Cómo te atreves...?

Sus palabras airadas se desvanecen mientras mis ojos recorren su cuerpo de arriba a abajo. Lleva una falda lápiz negra ajustada y una blusa azul empolvada, que abraza cada curva a la perfección.

—¡Eh! —me chasquea los dedos en la cara—. Estoy aquí arriba.

—Tienes buen aspecto, *lastochka*.

Eso devuelve algo de color a sus mejillas. Pero en su mandíbula sigue temblando un músculo que dice: *Cuidado*. Por desgracia para ella, no tengo intención de hacerlo.

—No lo hagas —advierte—. No empieces.

Miro a mi alrededor. —¿Llama a esto una oficina, verdad?

Natalia mira hacia atrás por encima del hombro. Byron se ha escabullido hacia el rincón más alejado del pasillo, pero aún puedo espiarlo, asomándose por la esquina como un niño entrometido. —Tienes pelotas —suelta cuando vuelve a mirarme.

Sonriendo, me acerco a ella. —Tú lo sabes bien.

Me aparta la mano de un manotazo. —¡No! ¿Qué crees que estás haciendo?

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Estoy en el trabajo.

—Desde luego, no parecía que se estuviera trabajando mucho.

Su rostro se contorsiona de rabia. —No tienes derecho a...

Antes de que pueda terminar la frase, la he agarrado por la cintura y la he hecho retroceder hasta el desvencijado escritorio de Byron.

—¿"Derecho"? —gruño con tanta vehemencia que se calla—. ¿Quieres hablarme de derechos? ¿Qué te hace pensar que tienes derecho a quedarte aquí coqueteando con *mudaks* llorones cuando llevas en tu vientre a mi hijo?

—Yo no... Eso no fue... —sus perfectos ojos verdes brillan como estrellas, con una mezcla de confusión y rabia.

Y quizá algo más.

Los primeros destellos de un incendio forestal.

—Creí haber sido claro, *lastochka* —la subo a la mesa y le separo las piernas con la rodilla—. Eres mía —abre la boca para discutir, pero la corto en seco—. Y si necesitas más pruebas de ello... —mi mano se desliza por su sexy falda lápiz y roza la parte interior de su muslo—. Estaré encantada de dártelas.

—No, Andrey —protesta, retorciéndose contra mí de un modo que no sirve para convencerme de que habla en serio—. Para...

Me tira de los brazos una y otra vez, pero cada vez es más débil que la anterior.

Aparto sus bragas y deslizo los dedos en su cálida raja. Para sorpresa de nadie, está empapada.

Abre los ojos. Por un momento, se pierde en la sensación. Luego, su mirada se desvía hacia las paredes de cristal que tenemos detrás.

—¡No, no podemos! Byron... *Maldición*, nos verá.

—Bien —gruño—. Tiene que entender lo inútil que es perseguirte.

Abre la boca para decir algo, pero nunca descubro qué, porque sus palabras se pierden en un gemido.

Me inclino hacia ella y atrapo ese gemido con los labios, deslizando los dedos más profundamente en su interior mientras mi pulgar le acaricia el clítoris. Cuanto más se acerca al orgasmo, más desesperada y presa del pánico se vuelve. —Andrey... por favor... por favor...

Pero soy tan capaz de detenerme como de incorporar a Byron a la Bratva. Natalia se estremece y se muerde el labio inferior con tanta fuerza que dibuja una fina línea de sangre.

Lo lamo.

Luego me desabrocho los pantalones.

—¡No! —jadea, intentando apartarme—. No, Andrey... aquí no... en la mesa de Byron no.

Mis dedos se enroscan alrededor de su garganta mientras le lamo el lateral del cuello. Su respiración se acelera y se calienta. —No te preocupes, *lastochka* —le aseguro—. No está mirando.

Es mentira, por supuesto. Puedo verlo, asomándose por la esquina cada pocos segundos para intentar ver lo que estamos haciendo.

Deja que mire.

Nadie puede decir que Andrey Kuznetsov no sea generoso.

Liberando mi polla, le subo la falda por los muslos. Natalia no intenta detenerme. Me meto dentro de ella y...

Joder.

Mi mente se queda en blanco.

Es como si todo el ruido, todas las preocupaciones y dudas que han estado rodando por mi cabeza desde que me convertí en el puto *pakhan*... Todo se desvaneciera.

Nada ni nadie existe.

Excepto *ella*.

Excepto *yo.*

Me muerde el hombro y me roza el pecho con una mano mientras empezamos a balancearnos hacia delante y hacia atrás. —¿Lo ves? —le murmuro al oído—. ¿Ves ahora a quién perteneces?

No responde más que un gemido entrecortado por aquí, un jadeo entrecortado por allá.

—Y si alguna vez vuelves a tener dudas, solo tienes que acudir a mí… —*penetro*—, y te lo recordaré de nuevo —*penetro*—. ¡Te lo recordaré tantas putas veces como haga falta!

Vuelve a desmoronarse justo cuando mi esperma caliente la llena.

Permanezco allí hasta que no me queda nada más que dar, completamente enjaulado cadera a cadera con ella. Natalia aún tiene los ojos nublados cuando me retiro y me subo la cremallera.

Cuando coge un pañuelo, la detengo. —No, *lastochka*. No puedes limpiártelo. Pasarás el resto del día caminando con mi semen chorreando por tus muslos. Y te encantará, joder.

Se levanta del escritorio sobre unas piernas tambaleantes y, por un momento, creo que me va a desafiar. Pero deja el pañuelo donde está y se baja la falda.

A pesar de su conformidad, la euforia post-orgasmo ha desaparecido de su cara casi al instante. Vuelve a parecer molesta.

—¿Satisfecho ya? —exige con frialdad.

—Creo que dejé claro mi punto de vista.

Sus ojos parpadean, salvajes. —Eso es todo lo que soy para ti. Eso es todo lo que siempre he sido: un punto. Puedes tenerme cuando quieras. Pero yo solo puedo tenerte en tus términos, cuando tú quieras.

Camina alrededor del escritorio de Byron, dejando tras de sí una débil y sudorosa huella de su culo en la madera. Ya está desapareciendo. Lástima, alguien debería enmarcarla y colgarla en el Louvre.

—Te empeñas en satisfacer mis necesidades y deseos, pero la verdad es que no te importan en absoluto. Yo no te importo en absoluto —sus ojos volvieron a empañarse—. No soy más que un juguete para ti.

Se me ocurren una docena o más de golpes sarcásticos que podría lanzar a sus pies y salir victorioso de aquí. Pero, extrañamente, la necesidad de salir victorioso me parece mucho menos importante que el dolor en sus ojos.

Por instinto, alargo la mano hacia delante y me acerco a su cara con la palma.

Pero ella se echa hacia atrás, como si yo pudiera hacerle daño.

Dejo caer la mano al darme cuenta de que, aparte de no confiar en mí, Natalia no se siente segura conmigo. Me recorre una sacudida de algo muy parecido al arrepentimiento.

—Esto es lo que acordaste, Natalia —le recuerdo suavemente.

Se aparta de mí para mirar a la pared del fondo. Si está llorando, no quiere que lo vea.

—Sé exactamente lo que acordé —me susurra, tan bajo que casi no lo oigo.

Las palabras que ha dejado sin pronunciar llegan alto y claro. *Pero quizá no debería haberlo hecho.*

Resistiendo el impulso de tocarla, salgo de la oficina, dejando atrás los aromas mezclados de sexo y tristeza. Estoy tan preocupado por su mirada dolida que no me fijo en Byron hasta que se escabulle por la esquina para mirarme.

Antes de que pueda siquiera abrir la boca, lo agarro por delante de la camisa y lo golpeo con fuerza contra la misma pared detrás de la que se ha escondido todo este tiempo.

—Esta es tu primera y última advertencia —gruño—. Vuelve a acercarte a mi mujer y te *arrepentirás.*

Lo empujo contra la pared una vez más, para asegurarme de que el mensaje llega completo al destinatario. Luego me alejo, feliz al menos de poder poner distancia entre esa rata llorona y yo.

Ignoro las miradas curiosas que me lanzan Anatoly y Olaf mientras atravieso furioso el vestíbulo. Fuera, me lanzo al coche, con el recuerdo del rostro abatido de Natalia grabándose a fuego en mis retinas.

La última vez que una mujer me miró con esa decepción, le mentí y le prometí que todo iría bien.

Eso me hace darme cuenta con una incómoda sacudida…

Tal vez esa mujer necesite una visita.

ANDREY

La Institución Psiquiátrica de Drogheda no parece tan sombría como se oye.

Dediqué mucho tiempo y dinero a asegurarme de que el lugar que eligiera fuera tranquilo, cómodo y, lo que es más importante, reconfortante. Aun así, algunas de las personas que necesitan este lugar hace tiempo que dejaron de ser reconfortantes.

—¡Sr. Kuznetsov! —la enfermera jefe, Kathleen, me saluda con una sonrisa en cuanto entro en el vestíbulo—. Me alegro de volver a verte. Ha pasado tanto tiempo desde tu última visita.

No me lo recuerdes, maldición.

—¿Cómo está?

—Tiene días buenos y malos —dice animada la enfermera—. Pero come bien la mayoría de los días y le encantan los jardines. La saco a pasear al menos dos veces al día. De hecho, llegas justo a tiempo. Tenemos que dar nuestro paseo vespertino. Se alegrará mucho de verte.

Poco probable. Han pasado cuatro meses. Me enfrentaré a algo de ira por eso.

Kathleen me conduce a través de un exuberante patio lleno de lavanda y madreselvas hasta un pasillo cubierto en el extremo opuesto. Vidrieras altas bloquean la vista de la autopista al pie de la colina, al tiempo que salpican de luz de colores el pasillo.

—Tercera habitación, a la derecha —me informa Kathleen. Como si pudiera olvidarlo aunque lo intentara. Como no me acerco a la puerta de inmediato, suspira y empuja la puerta para abrirla—. ¡Mira quién ha venido a verte hoy, Arina! Es Andrey.

Desde el pasillo, solo veo la habitación blanca y limpia, totalmente desprovista de bordes afilados. La ventana cerrada da al patio central, pero, cuando entro en la habitación, mi madre está mirándose los pies.

—Hola, mamá —saludo, quedándome en la puerta—. ¿Cómo estás?

La mujer sentada en el sillón amarillo junto a la cama apenas se parece a la Arina Kuznetsov que conocí. Sus cejas en retroceso se entrelazan mientras levanta la mirada para mirarme con los ojos entrecerrados. —Te pareces... a alguien que conozco...

Sé exactamente a quién le recuerdo. Si ha olvidado a quién, eso es bueno.

—Te conozco —concluye, insegura. Un dedo huesudo tiembla en mi dirección.

—Claro que le conoces —interviene Kathleen—. Es tu hijo. Al menos, uno de ellos.

Arina parece gratamente sorprendida por esta revelación. —¿Tengo un hijo?

—Dos. Y muy guapos —esponja los cojines y recoloca las flores frescas en el jarrón, dejando todo ordenado en la habitación. Me quedo inmóvil y miro a mi madre.

—Dos hijos —repite Arina—. No me acuerdo de ellos.

—¿Qué tal si damos un paseo? —sugiero con un graznido poco característico.

—¡Maravillosa idea! —coincide Kathleen—. Arina, ¿no te parece una idea maravillosa?

Los ojos brumosos de mi madre giran de mí a Kathleen, y luego vuelven a mí. —¿Vas a caminar conmigo?

—Ese es el plan.

Ella asiente lentamente en señal de aceptación. Luego, con la ayuda de Kathleen, se pone en pie.

Su camisón la cubre desde la base del cuello hasta los tobillos. Parece mucho mayor de sus cincuenta y seis años.

Este es el resultado de casarte con un Kuznetsov.

Puede que Natalia me odie ahora, pero si viera lo que les pasó a las mujeres que tuvieron la mala suerte de conseguirse un hombre Kuznetsov, se alegraría de que me mantuviera a distancia.

—¿Te acompaño? —me murmura Kathleen mientras avanzamos hacia el vestíbulo.

Sacudo la cabeza. —Yo puedo solo.

Me dedica una sonrisa alentadora y desaparece por donde hemos venido.

Arina la mira y luego su mirada revolotea hacia mí. —¿Quién decías que eras?

—Andrey —le digo con paciencia—. Tu hijo.

—*Hijo* —susurra suavemente—. Mi hijo.

No vuelve a hablar en mucho tiempo. La acompaño por los jardines, hasta el estanque donde una manada de patos rema en el agua, sumergiendo sus curvados cuellos bajo la superficie.

—¿Cómo has estado? —pregunto cuando el silencio resulta demasiado.

Me mira con el ceño irritado, como si prefiriera estar viendo patos en vez de responder a preguntas estúpidas. —No me acuerdo.

—Entiendo.

Pasan otros cinco minutos antes de que se vuelva hacia mí con un sobresalto. —Sé a quién me recuerdas —frunce el ceño—. A mi marido, Slavik. ¿Lo conoces?

—Nos conocemos.

—Por un momento, pensé que eras él. Pero bueno... eres más joven.

Y un hombre muy diferente.

—¿Lo conoces? —vuelve a preguntar.

—Sí.

—¿Cómo?

Me concentro en dos patos que se aventuran cerca de la orilla. —Es mi padre.

Hace una mueca de dolor y casi me río. La enfermedad le está masticando el cerebro, pero aún sabe lo suficiente como para compadecerse de mí por haber sacado esa mierda de carta en la vida. —Debe ser duro para ti.

—No tienes ni idea.

—No es un buen hombre, ese Slavik —casi tan pronto como las palabras salen de sus labios, su rostro se enrojece de miedo—. ¡Pero no le digas que he dicho eso! Me pegará.

Presa del pánico, me agarra del brazo. Coloco una mano sobre la suya, sorprendido por la suavidad de su piel. —No diré ni una palabra.

—Tiene espías, ¿sabes? —me dice conspiradoramente—. Me vigilan allá donde voy. También mató a mi hermano favorito. Él lo niega, pero yo sé que lo hizo —mira alrededor del jardín con los ojos muy abiertos, como si esperara que el propio Slavik saltara de los rosales—. Mató a Leonid porque sabía que éramos cercanos. No quiere que tenga a nadie.

—No tienes que preocuparte por Slavik —le aseguro—. Ya se ha ido.

Sus ojos se clavan en los míos. —¿Se ha ido? ¿A dónde?

—A Rusia. No va a volver.

—Se fue... ¿Se fue de verdad? —parece asombrada—. Si se hubiera ido, antes me habría metido en una jaula. Siempre me mete en una jaula cuando se va.

Estás en una jaula, mamá. Una invisible, pero una jaula, al fin y al cabo.

Tengo la garganta tan seca que me duele. —Ya eres libre, mamá —se estremece cuando la llamo así—. No tienes que preocuparte por Slavik. Ya no puede hacerte daño.

Empieza a tirarse de las puntas de su pelo largo y gris. Antes era de un lujoso castaño. Pero en los últimos años se ha vuelto fino y ralo. —...hombre malvado. Me alegro de que se haya ido. ¡Me alegro! —sisea, como si hablara con alguien que tiene delante. Se vuelve de pronto y me coge del brazo—. ¡Mis chicos! ¿Qué pasó con mis hijos? ¿Se los llevó con él?

La miro fijamente a los ojos y por un momento, un momento solitario y desgarrador, veo a la mujer que me crió. La mujer que me pasaba los dedos por el pelo para despertarme por la mañana. La mujer que cantaba canciones desafinadas para acostarme por la noche.

—No, no se llevó a los chicos.

Suspira, aliviada. —Gracias a Dios. Al menos ahora tendrán una oportunidad —Hace una pausa, al entender de repente—. Aunque, ¿ahora deben ser más grandes? Deben ser hombres.

Asiento. —Viktor está casado.

Respira entrecortadamente y se le llenan los ojos de lágrimas. —¡Oh, qué maravilla! Mi niño, ¡casado!

Me cuesta mirarla, pero me niego a apartar la mirada. Es lo más cuerda que la he visto en mucho tiempo.

—¿Y Andrey? —exige apresuradamente. Es como si fuera consciente de que su memoria podría desvanecerse en cualquier momento. El tiempo apremia—. ¿Encontró a alguien?

El peso en mi pecho se hace más pesado. —Va... a ser padre.

Las lágrimas brillan en sus ojos apagados. —Será un padre maravilloso. Siempre fue un chico tan amable. Tan paciente y considerado. Tan distinto de su padre —su mirada se desvía hacia los patos—. Es el que más se parece a Slavik. A veces tenía miedo...

Espero a que continúe, pero su voz se entrecorta.

Luego de un largo rato, se vuelve hacia mí, con el ceño lentamente fruncido. —Te pareces a mi marido.

Me pongo en pie y resisto el impulso de ofrecerle la mano.

—Ven, Arina —le digo suavemente—. Deja que te acompañe a tu habitación.

NATALIA

Mi nuevo plan es sencillo.

NO PIENSES EN ANDREY KUZNETSOV.

NO FANTASEES CON ANDREY KUZNETSOV.

NO PIERDAS EL TIEMPO SINTIENDO NADA POR ANDREY KUZNETSOV.

Han pasado tres días desde el desastroso incidente de la oficina, y no he visto ni oído nada de él. He decidido que es algo bueno.

Lo que no es tan bueno: tener que seguir dando la cara en el trabajo después de llegar al clímax en la mesa de mi jefe.

Esta mañana, Abby me acorraló junto a la fotocopiadora y me preguntó qué pasó realmente el otro día. ¿Me follé realmente a Andrey Kuznetsov en la mesa de Byron? ¿O me estaba follando a Byron cuando Andrey nos sorprendió?

Lola y Kate, de contabilidad, me han mirado mal mientras almorzaba. Incluso Marge, la dulce recepcionista que siempre ha sido encantadora conmigo, fingió estar ocupada las dos veces que pasé por delante de su mesa.

La única gracia salvadora en todo esto ha sido, sorpresa de todas las sorpresas, Byron.

Es la última persona de la que habría esperado que me cubriera las espaldas, sobre todo después de lo que dejé que pasara, pero no solo se abstuvo de despedirme, sino que se negó a aceptar mi dimisión.

—De ninguna manera, Nat —dijo con fiereza—. Eres una buena empleada y no te perderé por algo así.

—Pero...

Sacudió la cabeza. —Tú te quedas. Y además, tampoco voy a llevar esto a los altos cargos. Pero, para que lo sepas, se habla de ello en la oficina. Solo te lo digo porque quiero que sepas que no ha salido de mí.

—Entonces, ¿cómo...?

—Leslie alcanzó a ver lo que pasó cuando iba al baño. Ya sabes lo cotilla que es.

Olvídate de nuestra empresa: todo el edificio lo sabrá al final de la semana. —¿Por qué quieres que me quede?

—Porque eres una buena empleada —insistió—. Y porque no quiero que gane ese imbécil.

No le dije a Byron que no había esperanza; Andrey Kuznetsov siempre gana. Lo único que podemos hacer es ignorarlo.

Por eso me repito mi nuevo plan de tres pasos al llegar a casa después de un día extraordinariamente largo.

No pienses en Andrey Kuznetsov.

No fantasees con Andrey Kuznetsov.

No...

Me quedo paralizada en la puerta de la casa de la piscina, con un nudo apretado formándose en mi vientre.

En la alcoba entre el salón y la cocina, justo debajo de la ventana, hay un piano de media cola.

Me acerco con cautela, como si le fueran a salir patas y huir si lo asusto. Cuando estoy lo bastante cerca para asegurarme de que no va a huir, rozo con los dedos la superficie lisa y brillante. Se me salen las lágrimas. Cuando toco las teclas, suena un Do sostenido, claro y puro.

Durante un tenue instante, siento a mi padre y a mi madre en la habitación conmigo.

Oigo la estruendosa risa de mi padre.

Huelo el perfume de mi madre.

Y luego se ha ido. Se *han* ido.

Y estoy sola en una casa de piscina solitaria con un piano que nunca tocaron.

Así es como me encuentro pensando en Andrey, fantaseando con Andrey... y, definitivamente, sintiendo cosas por Andrey.

Algunos pensamientos son de enfado y amargura. Por desordenar mi vida laboral. Por hacerme pensar en mis padres, echarlos de menos incluso más de lo normal.

Sin embargo, la mayoría de los sentimientos no son de enfado o amargura en absoluto. Es lo peor que podría haber hecho.

Las tablas del suelo crujen y me doy la vuelta. Es como si hubiera sentido el cambio en mis pensamientos y hubiera decidido atacar cuando yo estaba más débil.

—¿Te gusta? —pregunta.

—No —aún lo estoy tocando, me doy cuenta. Aparto los dedos. Me tiemblan los labios mientras intento mantener la compostura—. Te dije que no quería más regalos.

—Sé que solías tocar con tus padres.

Consigo poner el dedo en la llaga que me oprime el pecho: *decepción*.

Y esta vez, no tiene nada que ver con Andrey. Solo le conté a una persona en esta casa que solía tocar el piano con mis padres. Y esa persona definitivamente no fue él.

—Sí, así es. Pero como mis padres están *muertos*... —le lanzo la palabra, aunque aún me duela solo decirla—, ya no queda nadie por quien tocar.

Su mirada parpadea hacia el piano. —Si quieres que lo quite, lo haré.

Debería dejarlo. *Quémalo hasta las cenizas; a ver si me importa.*

Pero, en el momento en que sugiere retirar el piano, me acerco más a él. Ahora que lo he visto, tocado y sentido a mis padres en la habitación, no puedo dejarlo escapar.

—No te molestes —digo bruscamente—. Ya está aquí. Déjalo. Pero quiero que sepas que es lo último que aceptaré.

Inclina la cabeza y se marcha.

Si lo he enfadado, lo disimula muy bien.

Me dejo caer en el asiento del piano y exhalo. Al cabo de un largo rato, coloco las manos sobre las teclas sedosas y empiezo a tocar.

Para mi sorpresa, resulta fácil. Mis dedos recuerdan dónde moverse, cuánta presión aplicar para que la música cante. Toco a través de mis complicadas emociones, canalizando toda mi frustración y resentimiento e incertidumbre en los acordes. Toco hasta que el cielo se oscurece y las sombras se cuelan en la casa de la piscina.

Todavía estoy tocando cuando mi teléfono se ilumina con un mensaje de texto de Mila.

MILA: Oye, ¿qué tramas? Pensé que podríamos pedir una pizza y ver una película juntas

Respondo sin vacilar.

NATALIA: ¿Para que puedas informar a Andrey después? Gracias, pero no, gracias. Acordemos que tú te quedas en tu ala de la casa y yo en la mía.

Envío el mensaje y pongo el teléfono boca abajo en el taburete que tengo al lado. Unos segundos después, se enciende con mensajes entrantes.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Los ignoro todos y sigo tocando.

NATALIA

—Nat, por favor. Abre la puerta, o la ventana. Solo quiero hablar.

Hablando de déjà vu. No hace mucho, me encontraba exactamente en la misma situación con Kat. ¿Qué me pasa con la gente de la que me rodeo? Sí que sé elegirla, ¿verdad?

Cuanto más lo pienso, más fuerte se hace la vocecita de mi cabeza. *Eres tú. Tú eres el problema.*

—¡Natalia!

Mis manos chocan con fuerza contra las teclas del piano. El acorde que sale es tan deleznable que inmediatamente me disculpo en voz alta ante el instrumento.

Este piano se merece algo mejor.

Abandono mi intento de tocar y me acerco al equipo de música, totalmente dispuesta a poner música y ahogar a Mila. Pero sigue gritando a pleno pulmón, y ni siquiera Bon Jovi en su mejor momento podría superarla.

—Vale, sé que fue una cosa sucia, podrida, mala y rastrera. Pero pensé, en ese momento, que era inofensivo. No te conocía. Pensé que pasar tiempo contigo y que Andrey supiera cómo estabas no era para tanto, ¿sabes? No era para tanto, ¿verdad? —se queja—. Pero luego llegué a conocerte, y me gustas mucho, mucho. Pero ya había acordado informar a Andrey. Además, solo estaba usando mi información para hacerte regalos bonitos. ¿Es eso un delito?

Tengo la mano sobre el botón de reproducción, pero no me atrevo a poner la música.

—Y sí, tenía algo que ganar aceptando hacer lo que él quería que hiciera. Tenía que preocuparme por mí, Nat. Conoces mi posición. Yo solo...

Estoy tan sorprendida como parece estarlo Mila cuando me inclino hacia delante y abro de un tirón la ventana. —¿*Qué* has ganado? —le exijo.

—Eh, bueno... —mira a su alrededor sospechosamente, sin duda intentando determinar cuántas sombras acechan en la oscuridad con las orejas peladas—. ¿Puedo... puedo entrar para que podamos terminar de hablar?

—No.

—De acuerdo. Está bien —se mueve inquieta en su sitio—. Andrey es básicamente mi... mi

escudo, supongo que lo llamarías así.

—¿Es un término de la Bratva? Porque no lo entiendo.

Echa otra mirada superficial por encima del hombro. —Ya sabes con quién estoy casada.

—Sí. Nos hemos cruzado —digo fríamente.

—Bueno, me ha estado engañando desde la noche en que nos casamos.

Es un poco más difícil mantener mi frígida compostura. Pero hago lo que puedo. No es que me esté mordiendo la mandíbula por la sorpresa, los leopardos no cambian sus manchas, después de todo, y los infieles no cambian sus sábanas, es más bien que me estoy conteniendo para no escupirle a la cara: *No jodas, Mila. Es un imbécil. Eso es lo que hacen los imbéciles.*

—Y, después de mudarnos aquí, se ha vuelto cada vez menos sutil al respecto —continúa—. Ya le he sorprendido con unas cuatro mujeres distintas en nuestra cama.

Vale, sigo enfadada, pero también me duele el corazón por ella. Incluso cuando odias a tu marido, no debe ser fácil pillarlo con las manos en la masa así tantas veces. O, no sé, en plena acción o lo que sea.

Mila se aparta el pelo de la cara. —Me enfrenté a él la última vez. Eché a la zorra de mi habitación, y le dije a Viktor que no dejaría que se burle de mí.

A pesar de mí misma, me inclino hacia ella. —¿Cómo reaccionó?

—Mal —cuando me sobresalto, se apresura a tranquilizarme—: No se puso violento, ni nada parecido. Pero me dijo que no iba a parar. En realidad, me dijo que él era el jefe y que tendría que ponerme en cintura porque "las mujeres Kuznetsov obedecen". Si no lo hacen, acaban donde acabó su madre.

El corazón me martillea en el pecho. —¿Dónde es eso?

—No tengo ni puta idea —admite Mila—. Pero no sonaba bien. No me apresuré exactamente a hacer preguntas de seguimiento.

—¿Cómo encaja Andrey en todo esto? ¿Va a detener a Viktor?

—No hay quien pare a Viktor, Nat. No esperaba eso de Andrey. Pero le expliqué todo y le pedí libertad para tener mis propios asuntos sin temor a represalias.

Se me cae la mandíbula. —Dios mío. Mila.

—Puedes juzgarme si quieres. Dios sabe que me lo merezco. Pero Andrey estuvo de acuerdo.

—No te estoy juzgando.

—Sí, bueno, quizá deberías —una risa despectiva sale de su boca—. He hecho un desastre de mi vida, y no tengo a nadie más que a mí misma a quien culpar.

Parpadea con fuerza, intentando luchar contra las lágrimas que empañan sus ojos. Está muy lejos de la filosofía fácil y despreocupada de que *la vida es una flor que florece, así que acéptala,* de la que trató de convencerme.

—¡Me equivoqué, Nat! —se lamenta de repente—. Me equivoqué cuando te dije que no buscaras un "felices para siempre". Te preocupaba no llegar nunca a experimentar algo real, y yo me limité a quitarle importancia. Pero siempre tuviste razón. Estaba hastiada y pesimista, y tan acostumbrada a las decepciones que pensé que era más fácil tener una aventura que una relación.

Las lágrimas ruedan por sus mejillas y, al ver eso, se desvanece lo último de mi ira. —Simplemente no querías que te hicieran daño otra vez.

Mila se seca las lágrimas con una mueca. —Sí, bueno, fui una tonta al pensar que podía ser más lista que mi corazón. Resulta, que cuando te enamoras, te enamoras. Y no hay nada que nadie pueda hacer al respecto.

—Mila —pregunto suavemente—. ¿Sientes algo por alguien?

Me mira a través de las pestañas húmedas.

Entonces, capto una sombra alta en la lejanía. Mis primeras noches aquí, me daba mucho miedo. Pero ya me he acostumbrado a la patrulla.

—¿Por qué no entras? —ofrezco.

Mila me dedica una sonrisa acuosa y asiente. Mira con culpabilidad el piano al pasar, antes de sentarse en el sillón que da al otro lado. —Sé que traicioné tu confianza cuando le conté a Andrey todas esas cosas personales sobre ti tocando el piano con tus padres. Si te sirve de algo, me arrepentí en cuanto salió de mi boca.

Me siento en el sofá frente a ella y meto los pies debajo de mí. —Pero no dejaste de delatarme.

—Cada vez menos —murmura—. Le conté cosas que me parecían intrascendentes. Pero...

—¿Qué?

—Nada era intrascendente para él —dice—. No importaba lo pequeño o superficial que fuera el dato que le diera, quería saberlo todo.

—No es porque le importe —resoplo—. Solo quiere controlarme.

—¿Es tan difícil creer que pueda querer protegerte?

—Sí —insisto—. Lo es.

Mila se calla. Pero sé que no es porque esté de acuerdo conmigo. Es solo que no quiere decir ni hacer nada más que haga que vuelva a darle una patada en el culo.

—No te mentí sobre mi pasado, Natalia. No bromeaba cuando dije que no tuve amigos de verdad cuando era pequeña. La verdad es que tú eres mi primera amiga de verdad. Entiendo que empezó siendo otra cosa —admite con pesar—. Algo bastante feo e interesado. Pero se convirtió en una verdadera amistad para mí. No quiero perderte.

—¿Cómo podemos ser amigas si sé que le contarás a Andrey todo lo que diga?

Por primera vez desde que la dejé entrar, levanta la barbilla con orgullo. Veo un destello de la Mila despreocupada que conozco. —Toda mujer merece tener algunos secretos. Y yo guardaré los tuyos. Todo lo que me digas a partir de ahora que está prohibido para Andrey, me lo llevaré a

la tumba.

—Eso requiere de mucha confianza por mi parte.

Mila asiente. —Es mucho pedir, lo sé. Sobre todo después de lo que he hecho. Pero puedes confiar en mí, Nat. Como he dicho, toda mujer tiene derecho a sus secretos.

—¿Incluida tú? —pregunto socarronamente.

—Sí, incluida yo.

No puedo negar que me hace sentir un poco más ligera oírla decir eso. También me da valor para abordar el pequeño secreto que sospecho que Mila guarda desde hace unas semanas.

—Entonces... ¿es Leonty?

Su sonrisa se ensancha un poco más. —¿Cómo lo supiste?

—No te ofendas, pero no son precisamente sutiles.

Se ríe y me sorprende lo joven e inocente que se ve. No tiene tan mal aspecto. Es demasiado joven para estar tan hastiada.

—Empezó coqueteando. Y luego... —sus ojos se vuelven soñadores—. Me acompañó a mi ala de la casa una noche después de cenar aquí. Nos dimos nuestro primer beso justo delante de la puerta de mi habitación.

—Debió ser un tremendo beso.

—Podría pensarse, pero no —suspira—. Fue todo un caballero. Solo un besito y se fue.

Es dolorosamente obvio que muy pocos hombres se han alejado de Mila satisfechos con algo tan inocente como un beso de buenas noches.

—Solo pretendía ser una aventura, ¿sabes? Nunca fue para... —sus ojos vuelven a empañarse y la sonrisa desaparece de su rostro—. Por fin entiendo a qué te referías cuando decías que querías algo de verdad, Nat. Solo que antes no lo entendía porque... bueno, nunca había sentido nada serio por nadie. Hasta ahora.

—El primo de tu marido —no puedo evitar susurrar—. Seguro que has elegido a un cualquiera para empezar.

—Lo sé —sus ojos revolotean de nuevo hacia las ventanas abiertas—. Como he dicho, he hecho un desastre de mi vida.

—El matrimonio no tiene por qué ser para siempre, Mila. Puedes divorciarte de Viktor si realmente quieres hacerlo.

Mila niega con la cabeza antes de que termine de hablar. —Puede que eso sea cierto para algunas personas, pero esto es la Bratva. El matrimonio es para toda la vida.

—¿Y si le preguntas a Andrey?

—No tiene sentido. Nunca me permitirá divorciarme de su hermano para estar con su primo —

suena tan condenadamente segura, tan resignada a su destino. Odio eso por ella.

—Entonces, ¿seguirás casada con Viktor pero también seguirás teniendo una aventura con Leonty?

Mila mira su regazo con abatimiento. —Es lo máximo a lo que podemos aspirar. Ambos lo hemos acordado: si no podemos tenernos el uno al otro por completo, nos conformaremos con partes. Viviremos momentos robados antes que nada.

Cómo me duele el corazón por ella, por ellos...

Pero, incluso cuando reconozco la desesperanza de su historia de amor, registro una punzada de algo que me atraviesa el centro del pecho.

Al menos los dos están juntos en esto.

Al menos se tienen el uno al otro.

—Nat —la voz de Mila es apenas audible—. ¿Estamos bien?

Tragándome mi propio dolor, asiento. —Estamos bien.

—Gracias.

Levanto la mano para detenerla. —Oh, no me agradezcas todavía. Tengo una salvedad para nuestra amistad.

Mila arquea una ceja y espera a que termine.

—Katya. Es mi mejor amiga. Somos un paquete.

—¿Odia a Viktor tanto como yo? —pregunta Mila.

—Apuesto que ella lo odia más que tú.

Ella se ríe. —Entonces, nos llevaremos de maravilla.

ANDREY

Cuando Natalia sale a la acera, envuelta en la sombra del logotipo de Sunshield, sus ojos se posan en mi vehículo. El ceño fruncido que se dibuja en su rostro es bastante divertido.

Me preocupaba que huyera, pero, teniendo en cuenta esos bonitos tacones que lleva, no tiene más remedio que escabullirse hasta el coche y abrocharse el cinturón de seguridad en el asiento del copiloto, evitando mis ojos todo el tiempo.

—¿Has tenido un buen día?

Murmura algo ininteligible en voz baja. Decido no presionarla para que me lo aclare, porque estoy bastante seguro de que implicaba meter varios objetos desagradablemente afilados en ciertos orificios míos.

—¿Hay alguna razón para que me recojas hoy? —exige.

—Tengo algo que enseñarte.

—No es otro regalo, ¿verdad? —pregunta—. Porque ya te he dicho que no voy a aceptar más...

—¿Qué tal si le bajas dos a la amargura hasta que veas lo que es? —sugiero.

Cierra la boca y cruza los brazos sobre el pecho. No me importa lo más mínimo: prefiero esta versión ágil y luchadora de Natalia a la callada y triste que he visto últimamente con demasiada frecuencia.

—Sea lo que sea, no lo quiero.

—Ya, ya, no digas eso. Herirás sus sentimientos.

—¿*Sus* sentimientos?

Me limito a sonreír, disfrutando de la forma en que sus dientes rechinan.

El silencio crece mientras salgo del tráfico de después del trabajo y me dirijo a casa. —No me habrás traído a un hombre, ¿verdad? —suelta de sopetón.

Casi nos desvío de la maldita carretera. Necesito todo lo que hay en mí para mantenerme entre líneas. —¿Perdona?

Se encoge de hombros. —Ya sabes. Como un gigoló.

Mi expresión de asco no hace más que aumentar.

—Un prostituto...

—Sé lo que es un gigoló —digo bruscamente.

Levanta las manos en señal de derrota. —Solo preguntaba. Maldición. No hace mucho me enviaste una caja de juguetes sexuales.

—El autoplacer está muy lejos del sexo pago. Y, para que quede claro... —aparto los ojos de la carretera para que entienda lo serio que hablo—. No gastaré mi dinero para que te excites con otro hombre.

¿Es mi imaginación o realmente está luchando contra una sonrisa?

—Bien, bien —murmura—. No hace falta que te pongas así.

Acelero con fuerza, haciendo que se agarre a las esquinas de su asiento. ¿Realmente pensé que Natalia, ágil y peleona, era mejor?

Me retracto.



CUANDO LLEGO al exterior de la mansión, Natalia vuelve a estar nerviosa. Sus ojos siguen recorriendo la propiedad, como si esperara que algo saltara sobre ella.

—Debería estar esperando con Leonty junto a la casa de la piscina.

—¿Quién debe esperar con Leonty?

La ignoro y camino enérgicamente por la casa.

—Más despacio, ¿quieres? —se detiene en el umbral para quitarse los tacones y luego me sigue, descalza, hasta el jardín—. Mujer embarazada caminando por aquí. Nunca andaba tan deprisa ni siquiera cuando no estaba preñada.

Bajo los escalones de la piscina de dos en dos. Natalia me sigue, quejándose en voz baja hasta que Leonty rodea la casa de la piscina con una correa en la mano.

—...Acabo de limpiar tu puta caca y este es el agradecimiento que recibo. Maldito desagradecido —mira a la bestia a su lado—. *Gran* cabrón desagradecido, en realidad.

Natalia se detiene, sin aliento, a mi lado.

Contemplando sus labios entreabiertos y perfectamente carnosos, me doy cuenta de que estoy nervioso por cómo va a salir esta revelación.

—¿Qué es...? —se interrumpe cuando un pastor alemán salta en el aire, agarra su correa con los dientes y se sacude a Leonty. Libre, salta en grandes círculos por la hierba.

Natalia se ríe, tapándose la boca con una mano cuando el perro se vuelve hacia ella, con las orejas aguzadas.

Suelta la correa y olfatea el aire, como si pudiera oler a Natalia en el viento. Debería poder. Por eso le traje una de las camisetas de Natalia para que durmiera con ella en el vuelo desde Rusia.

Shura quiso matarme cuando se enteró de que lo había dejado a cargo para que yo pudiera ir a recoger un perro. Más que nada porque eso significaba que tenía que ocuparse él solo del último arrebato de Misha. Cuando Shura fue a ver al niño, Misha intentó atacarlo. Mi respuesta fue darle al chico un poco más de libertad.

—Una mujer te rechaza, le compras regalos —murmuró—. Un chico me ataca, lo soltamos en casa. No tiene sentido.

Shura cambiaría de opinión si pudiera ver la cara de Natalia ahora mismo.

Cae de rodillas, luciendo la sonrisa más magnífica. —¿Quién eres, hermoso muchacho?

El perro se acerca lentamente, con cautela, pero sin la menor agresividad.

—Cuidado —le ordeno—. Deja que tenga la oportunidad de examinarte.

Natalia se sienta con las piernas cruzadas sobre la hierba y espera a que él se acerque a ella. Él la observa con frialdad durante unos segundos y luego, una vez tomada la decisión, salta alegremente a sus brazos extendidos.

—Hola, guapo —arrulla—. Eres un chico muy dulce, sí, lo eres, un chico muy dulce.

Leonty contempla la escena con la boca abierta. Está claro que ha tenido tanta suerte con Remi como yo.

Natalia parece haber olvidado que existe alguien aparte de ella y el perro. Le quita la correa a Leonty y desengancha el otro extremo del collar. —No necesitas esto, ¿verdad? No, no lo necesitas. Eres demasiado buen chico para necesitarlo.

El perro gime feliz, lame la cara de Natalia y se frota contra ella.

Enano con suerte.

—¿Tiene nombre?

—Remington.

—Remington —canturrea, besándolo entre los ojos—. Qué nombre tan bonito.

Camino a su alrededor, maravillado por lo fácil que ha sido. Cuando me acerco, Remi se pone alerta y me observa con los pelos de punta.

Como si el perro tuviera que preocuparse por *mí*.

—Vaya, colega —susurra dulcemente Natalia—. Estás bien.

Se vuelve a tumbar y resisto el impulso de poner los ojos en blanco. —Es tuyo.

La mano de ella se congela en el cuello de él. —Me estás jodiendo.

—Desde luego que no.

Mira a Remi con incredulidad. Él le devuelve la mirada. Lo veo pasar ante mis ojos: puto amor verdadero.

Lo que me lleva a un nuevo mínimo histórico.

Primero estuve celoso de ese imbécil vago de Byron. Ahora tengo celos de un puto perro.

Un perro que me mira fijo, ajeno al hecho de que fue mi maldito dinero el que le compró el billete dorado a su cómoda nueva vida.

—¿Qué te pasa, guapo? —murmura Natalia con cariño—. ¿Por qué estás tan alterado?

—Es un perro guardián —le digo—. Está haciendo aquello para lo que ha sido adiestrado: protegerte.

Natalia mira a Leonty, que se escabulle en dirección a la casa grande. —Ya tengo un equipo de seguridad de cuatro hombres para eso.

—Sí, bueno, este guardia de seguridad... —señalo a Remi—, es el único al que toleraré en tu cama.

Sonríe y sigue acariciando el costado del perro.

—Me imaginé que te vendría bien algo de compañía —añado, tirando la cautela al viento—. Esperaba que te hiciera sentir menos... sola —sus ojos se cruzan con los míos y algo ilegible destella en ellos—. También ha sido adiestrado como animal de apoyo. Especializado en TEPT.

Sus mejillas se ponen escarlatas. Es la primera vez que hablo de su episodio catatónico. Camina arrastrando los pies, concentrándose en Remi cada vez que quiere evitar mirarme.

—Vale —es todo lo que parece capaz de decir.

Doy un paso hacia ella, ignorando a Remi cuando me enseña los dientes. —Sé que has estado luchando, *lastochka*. No ignoro tu dolor. Quiero hacer lo que pueda para ayudarte.

De mala gana, arrastra su mirada hacia la mía.

—Mi prioridad es que estés a salvo, pero debes saber que también quiero que seas feliz. No quiero que te sientas tan sola.

Su rostro se suaviza. El resentimiento de sus ojos se atenúa tras una sonrisa tentativa. —Es un perro precioso —dice en voz baja—. Gracias.

Me aclaro la garganta. —De momento, solo sigue órdenes en ruso. Pero no debería ser demasiado problema pedir a Leif o a Leonty que le enseñen algunas frases básicas. ¿Por qué no le llevas a dar un paseo por los terrenos y le enseñas su nuevo hogar?

Se le cae la cara de decepción, o al menos, eso creo, pero, antes de que pueda comprobarlo, se agacha para volver a atar la correa al collar de Remi.

—¿Te gustaría unirte a nosotros?

No quiero nada más. Por eso le hago un gesto para descartarlo. —Vayan ustedes.

Ella asiente con tristeza, como si no esperara otra cosa. —Vamos, Remi. Vamos a dar un paseo, ¿vale?

—Quizá en otra ocasión —me oigo decir tras ella.

Se detiene en el acto y me mira por encima del hombro. Su rostro es ilegible por un momento.

Entonces, para mi sorpresa... sonríe.

NATALIA

—De ninguna manera ha accedido a esto —anuncia Katya en voz alta—. Estás intentando que me maten.

Me meto el teléfono entre la barbilla y el hombro. —Ya te lo dije una docena de veces: Lo aclaré con Mila. No tiene ningún problema con que te quedes en la mansión.

—Claro. Claro —resopla—. Más bien, intenta atraerme a su casa para envenenarme mientras tú estás de espaldas.

—Que dramática.

—¡Es una esposa Bratva, Nat!

—Ella no es así.

—Todos son así.

—¿Has pensado alguna vez que tal vez sea por ti? Porque no soy una esposa Bratva, y ahora mismo tengo ganas de matarte.

No se traga mi broma. —En serio, Nat, no le veo sentido a que Mila y yo nos conozcamos. No vamos a ser tan amiguitas.

—Mila es mi amiga y tú también. Me gustaría que se llevaran bien.

—¡Me acosté con su marido! ¡Luego me colé en su boda! Tiene que odiarme. Yo me odiaría.

—Técnicamente, te acostaste con él antes de que fuera su marido —señalo—. Y ella entiende por qué te colaste en la boda.

—Igual que yo entiendo por qué me deja entrar en su casa —Katya baja la voz hasta convertirla en un susurro—. Para envenenarme.

Pongo los ojos en blanco. —Confía en mí. Mila está de acuerdo.

Se hace un silencio en la otra línea. Entonces, Katya suelta un suspiro frustrado. —Maldita sea, de acuerdo. Si tanto significa para ti.

—Así es. ¿Qué tal este sábado? —sugiero—. Podemos pasar un día de chicas. Y podrás conocer por fin a Remi.

—¿Puede Remi probar mi comida antes de que me la coma?

—Kat.

Deja escapar un gemido dramático. —Lo lamentarás cuando me esté ahogando en arsénico. Espero que tengas planeado un gran panegírico. Más vale que esas lágrimas sean de verdad, zorra.

—No te preocupes: Remi está entrenado para olfatear sustancias peligrosas.

—Qué tranquilizador —exclama Kat—. Supongo que puedo esperar que me atraviesen las costillas con un cuchillo, entonces.

Enrosco los dedos en el suave pelaje de la cabeza de Remi. Ahora está arrellanado en el sofá a mi lado, con la cabeza cómodamente acurrucada contra mi vientre, como si me protegiera a mí y al bebé a la vez.

—¿Y qué pasa con el otro alfa de tu vida? —aventura Kat—. ¿Cómo le va?

Mis dedos se endurecen sobre la cabeza de Remi y él suelta un quejido alentador. —Está... igual —admito—. Últimamente, un poco más presente, pero creo que es por Remi.

—¿Por qué lo dices?

—Quiere que Remi se acostumbre a él. Y medio funciona. Más o menos. La última vez que Andrey se unió a nosotros para dar un paseo por los terrenos, Remi no le gruñó cuando se acercó demasiado a mí.

—Ah, está intentando *acercarse,* ¿no? —oigo cómo mueve las cejas, incluso por teléfono.

Por Kat, finjo encontrarlo divertido. —Oh, no te preocupes: sigue manteniendo la distancia.

—Hm. ¿Crees que hay alguien más?

La mera pregunta hace que se me hunda el corazón. Remi parece percibirlo. Levanta la cabeza y me mira con esos profundos ojos azules. *Mataré a quien te esté haciendo daño*, dice esa mirada.

Le beso la nariz y lo acaricio hasta que vuelve a bajar la cabeza. —No tengo ni idea. La vida de Andrey es un completo y absoluto misterio para mí.

—¿Quizá podrías invitarlo a salir o algo así? —sugiere Katya—. Tomar la iniciativa ¿sabes?

Salto del sofá tan bruscamente que Remi chilla. —Andrey dejó muy claro que para él no soy más que la madre de su hijo. Y no perseguiré a un hombre que no está interesado.

—Pero ¿y si es...?

—Lo siento, Kat —interrumpo de golpe—. Remi necesita un paseo. Nos vemos el sábado.

Cuelgo antes de que se haya despedido a medias.

La mera idea de invitar a Andrey a salir es suficiente para provocarme urticaria. No es que no haya imaginado algunos escenarios diferentes... sobre todo, desde que me regaló a Remi. Fue un gesto muy considerado.

“*Quiero que seas feliz*”, me dijo. Por una vez, le creí de verdad.

También había una mirada en sus ojos mientras lo decía. Algo que sugería que, bajo esa máscara fría y austera de Bratva, hay un hombre que tiene sentimientos tan espinosos e inoportunos como los míos.

Solo los esconde un poco mejor.

Vale, *mucho* mejor.

Llevo el corazón en la manga, me guste o no. ¿Y Andrey? Andrey tiene *secretos*.

Y puede que yo sea uno de ellos.

Haciendo caso omiso de la correa de Remi, abro la puerta y lo dejo salir libremente a la hierba. Mientras lo sigo fuera, practico en voz baja las órdenes rusas.

‘*sidet* significa “siéntate”.

Nyet significa “no”.

Bros ‘eto significa “déjalo”.

Tikhiy significa “tranquilo”.

Y *ataka*, no soy fan de este, pero Shura insistió en que lo aprendiera, significa “ataque”.

Estoy intentando pronunciar bien el *tikhiy*, porque no paro de estropearlo, cuando Remi levanta la cabeza y se queda inmóvil. Su cuerpo está rígido por la tensión, y de su pecho musculoso emana un gruñido amenazador.

—Rem…

Antes de que pueda siquiera terminar de pronunciar su nombre, irrumpe como un rayo y desaparece al doblar la esquina.

Entonces, oigo tres ladridos furiosos.

Y un grito aterrorizado y agudo.

Sin más, olvido que estoy embarazada. Olvido que odio correr. Me olvido de todas las órdenes que he aprendido en los últimos días mientras esprinto por el lateral de la casa.

Lo encuentro encorvado sobre alguien cuyas piernas se agitan indefensas entre los cuartos traseros de Remi. Remi tiene un antebrazo flaco encerrado entre las mandíbulas.

—¡Para, Remi!

Remi gruñe más fuerte mientras la persona se lamenta.

—¡*Nyet*, Remi! —digo desesperadamente, todas las órdenes vuelven a mí de golpe—. ¡*Nyet*! *Bros 'eto*. *‘Sidet*. *‘Sidet*!

Me mira, con ese brazo pálido colgando entre sus dientes desnudos. De mala gana, lo suelta, retrocede y se sienta.

Suelto un suspiro y corro hacia el hombre en el suelo. —Lo siento mucho. ¿Estás bien?

El hombre se cubre la cara con los antebrazos levantados como escudos. Tarda un momento en mirarme desde entre ellos.

—Lo siento —repito—. Lo...

Me detengo a mitad de frase cuando me doy cuenta de que no es un hombre. Es un niño. No puede tener más de doce o trece años.

—¿Estás bien?

Mira nervioso a Remi, que ahora se lame el pelo como si no pasara nada. —¿Volverá a atacar el perro si me siento?

—Me aseguraré de que no lo haga —le aseguro, volviéndome hacia Remi y, dándole otro firme —: *'Sidet* —me acerco para ayudar al chico a enderezarse.

Se aparta de mí en cuanto lo toco, pero lo ignoro y lo ayudo de todos modos. —Debería haberlo llevado con correa. Es que pensé que ya le habrían presentado a todo el personal y...

—No soy personal —suelta. Remi gruñe y su tono se suaviza—. No soy personal. Yo...

—¡Misha! —el gruñido furioso de Shura corta su respuesta—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Remi ladra, aunque no hay amenaza en ello. Él y Shura han hecho las paces.

El chico, sin embargo, se pone en pie de un salto e intenta alejarse cojeando.

—Mueve el culo hasta aquí —brama Shura, agarrando al chico, que aún tiembla, por la camisa y haciéndolo girar.

—¡Shura! —exclamo—. Para.

Me ignora por completo. —¡Te doy confianza y traicionas esa confianza saliendo a hurtadillas de tu habitación!

—"*Confianza*" —escupe agresivamente el chico, igualando el tono de Shura—. ¿Llamas a eso confianza?

—Ya puedes olvidarte de tus paseos matutinos —Shura hace girar al niño por el cuello.

—¡Shura! —estallo, haciendo que Remi empiece a ladrar detrás de mí. —Suéltalo ahora mismo o le diré a Remi que ataque.

Eso llama su atención. Da media vuelta, pero no suelta al chico. —Natalia, esto no te concierne.

Mis ojos se entrecierran. —Suéltalo o le daré la orden a Remi. Gracias a ti, la conozco bien.

Me mira, esperando que me retracte. Cuando no lo hago, suspira y suelta el cuello del chico.

—Gracias. Ahora... —Me vuelvo hacia el chico—. ¿Cómo decías que te llamabas?

—Misha —se masajea la nuca y frunce el ceño ante Shura.

—Bueno, Misha, yo diría que tienes suerte de que no te hayan comido, pero dudo que ni siquiera fueras un tentempié saciante para Remi. Vamos, Piel y Huesos, vamos a darte una buena comida.

Ignorando la expresión incrédula de Shura, agarro a Misha del brazo y tiro de él hacia la mansión.

NATALIA

—¿Te ha hecho daño?

Misha resopla. —Puedo con ese viejo cualquier día.

Empujo el plato de carne asada y patatas hacia él. —Hablaba de Remi.

—Oh —mira la carne con hambre evidente, pero no la toca. En lugar de eso, dirige su atención a la manga desgarrada de su antebrazo—. Sobreviviré.

No puedo dejar de maravillarme de lo rápido que se sacudió el shock del ataque, tanto del hombre como del perro.

—¿No tienes hambre?

Me mira fijamente. —¿Quién eres?

No hace falta ser un genio para darse cuenta de que este chico no es un adolescente corriente. Tiene todos los signos de un niño que ha tenido que crecer deprisa. Todos sus músculos están tensos y rígidos.

—Me llamo Natalia. Vivo en la casa de la piscina.

—¿Por qué?

Pongo la mano sobre mi vientre ligeramente prominente. —Porque tendré un bebé y me han dicho que es el lugar más seguro para mí.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta astutamente.

—Hombres que creen que saben más que yo —sueno tan resentida como él.

—Déjame adivinar: ¿Andrey Kuznetsov?

Levanto las cejas. —Tal vez.

Misha mira mi barriga con algo parecido a la cautela. —¿Es de él el bebé que tendrás?

Esta conversación me hace sentir más que un poco incómoda. Pero me imagino que, si es lo bastante listo para hacer la pregunta, entonces es lo bastante maduro para escuchar la respuesta.

—Sí, lo es.

—Entonces, lo siento por ti —declara de repente.

Acerco mi propio plato y le doy un mordisco. Cuando levanto la vista, sigue mirándome. —Es de mala educación dejar que una embarazada coma sola, ¿sabes?

Espera unos instantes más antes de ceder y pincha un trozo de rosbif con el tenedor.

Sus ojos se agitan con el primer bocado. El segundo y el tercero son aún más rápidos. Al cuarto, se lleva el plato a la boca y se lo come directamente.

Cuanto más lo observo, más me enfado.

Sus ropas no están raídas, pero tampoco están precisamente limpias. Tiene los brazos y las piernas llenos de arañazos, heridas y cicatrices, no todas curadas. Y está nervioso, como si tuviera miedo de los mismos hombres que dicen querer mantenerme a salvo.

No tiene sentido.

¿No lo tiene? Son hombres peligrosos, que juegan a juegos peligrosos.

El arrastre de pies en el pasillo hace que a Misha se le caiga el tenedor estrepitosamente y se gire sobre sí mismo. Entra Yelena, cargada con un montón de ropa sucia.

Su mirada fría se posa primero en mí. Luego, en Misha.

No dice ni una palabra, pero oigo que se le escapa un siseo de la garganta mientras pasa corriendo por la cocina hacia el lavadero sin decir ni una palabra más.

Extraño.

—Entonces, Misha —le digo, ignorando la pequeña interrupción—, ¿qué te parecería pasar la velada con Remi y conmigo? Ya no tienes que preocuparte por él. Es muy blandito una vez que llegas a conocerlo.

Misha mira a Remi, que retoza en los jardines que hay junto a la ventana, tratando de atrapar las mariposas que pasan. —No debo salir de mi habitación —murmura.

—¿Quién lo dice?

Sus ojos se posan en mi vientre. —Todos.

Alejo su preocupación. —Deja que yo me ocupe de “todos”. Entonces, ¿qué...?

El sonido de pasos más fuertes hace que Misha se ponga en pie de un salto. Lo sigo y, siguiendo un instinto que no sé cómo explicar, me deslizo delante de Misha justo antes de que entre Andrey.

Se congela cuando nos ve. Sus ojos pasan de mi cara a la de Misha.

—¿Qué está pasando aquí?

—¿Qué aspecto tiene? —contesto—. Estamos comiendo.

Hacía tiempo que no veía tanto hielo en su mirada. Por alguna razón, enciende algo en mí que

me da el valor para erguirme un poco más.

—Y luego Misha vendrá a pasar el rato con Remi y conmigo en la casa de la piscina.

El ceño de Andrey es tan aterrador como desconcertante. —Y una mierda.

—¿Por qué no?

—Porque yo lo digo. Por eso.

Lo miro fijamente durante un momento. Luego, grito—: ¡Remi!

Mi peludo protector entra en la cocina desde el jardín, encantado de haber sido llamado.

¿Quién no parece tan encantado? El Adonis imposiblemente alto y moreno que tengo delante.

Apuesto a que ahora se arrepiente del regalo, pienso con perversa satisfacción.

—Si quieres llegar hasta él, tendrás que pasar por Remi y por mí —anuncio con firmeza—. No dejaré que le hagas daño.

—No pienso hacerle daño a nadie —dice—. Solo voy a acompañarlo a su habitación, donde debe estar.

Miro a Misha. Su rostro no delata nada. —Necesita cambiar de aires.

—Natalia —la voz de Andrey es dura e impaciente—. Esto no te concierne.

—Sí, bueno, hay partes de mi vida que tampoco te conciernen. Eso no impide que te involucres, ¿verdad?

Aprieta la mandíbula y se acerca un paso, pero Remi estalla en nuevos gruñidos, obligándole a detenerse.

No voy a mentir: esto es *divertido*.

Andrey parece darse cuenta de que razonar conmigo es la única forma que tiene de avanzar. Suspira. —No lo entiendes, pero permíteme que te lo explique.

—Adelante.

Sus ojos se desvían hacia Misha. —Aquí no.

—Vale, entonces. Hablaremos en la casa de la piscina. De todas formas, íbamos allí.

Andrey me clava una mirada aguda, que promete retribución por mi actual descaro. —Primero déjame acompañar a Misha a su...

—No.

—Natalia —muerde—, no confío en él.

—Es solo un niño, Andrey.

—No lo soy —insiste Misha desde justo detrás de mi hombro—. ¡Tengo catorce años!

—En cualquier caso, creo que se puede confiar en él para que pasee solo por los jardines. ¿Qué temes que haga? —le pregunto—. ¿Arrancarte las begonias?

Una comisura de la boca de Andrey se tuerce hacia arriba. —Yo no me lo pensaría. Y, como le tengo cariño a mis begonias, le diré a Shura que lo vigile mientras nos dirigimos a la casa de la piscina.

—¿Para qué molestar a Shura, si Remi está aquí? De todas formas, no he terminado de pasearlo —me agacho y acaricio a Remi entre las orejas—. Misha, no te importa pasear a Remi por mí mientras Andrey y yo hablamos, ¿verdad?

Misha mira al perro con incertidumbre. —Eh...

—No te preocupes; no volverá a atacarte —llamo a Remi y le hago oler la mano de Misha—. Puedes acariciarlo, si quieres.

Tras unas palmaditas tentativas, Misha se relaja y Remi también. Engancho la correa de Remi a su collar y se la paso al reticente adolescente.

—¿Estás segura?

Hago un gesto hacia los jardines. —Ve a disfrutar del aire fresco.

Remi me echa una mirada hacia atrás mientras Misha lo guía nerviosamente hacia las puertas francesas.

Sin esperar a ver qué piensa Andrey de mi plan, avanzo hacia la casa de la piscina. Puede que técnicamente sea de su propiedad, pero ya no lo parece. Ahora lo siento como mi espacio, y pienso utilizarlo en mi beneficio.

Ninguno de los dos dice una palabra hasta que la puerta de la casa de la piscina está bien cerrada.

—Entonces —pregunto con un tono condescendiente—, ¿quieres decirme por qué has secuestrado a un chico de catorce años?

Andrey se pasa una mano por el pelo alborotado. —Puede parecer un niño, pero es un espía, Natalia.

Resoplo. —No me jodas.

—Ya sabes que tengo mis enemigos.

—¿Todos tus enemigos están en la escuela media?

Entrecierra los ojos. —Nikolai Rostov envió a Misha para espiarme.

—Nikolai usa niños soldados, ¿y tú decides secuestrarlos? El camino regular debía de estar en obras —Andrey enarca las cejas, pero no dice nada, así que continúo—. ¿Por qué demonios lo retienes aquí?

—No puedo dejarlo marchar —suspira Andrey—. Sabe demasiado.

Extiendo las manos. —Andrey, ¿te oyes? Estamos hablando de un niño. Un chico de catorce años, cuyos brazos y piernas están cubiertos de cicatrices.

—Eso no lo he hecho yo.

—No he dicho que así sea —aclaro—. ¡Digo que ya ha sufrido bastante sin que los adultos de la sala le miren como al agresor en vez de como a la víctima!

—No es un adolescente cualquiera, *lastochka*-.

—¡Ya lo sé! Por eso necesita más atención, no menos. Necesita poder hablar con alguien.

—He intentado hacerlo hablar —se queja—. Ha guardado un silencio obstinado.

—¿Intentaste hablar con él? —lo acuso—. ¿O intentaste interrogarlo? No sé si eres consciente de la diferencia, pero es bastante grande para nosotros, la gente normal.

De nuevo, me parece ver la comisura de su boca moverse hacia arriba. Pero, cuando habla, no hay rastro de diversión en su tono. —Esto es asunto Bratva, Natalia. Esto no...

—Sí, sí. No es de mi incumbencia. Lo has dejado claro mil millones de putas veces —suelto un suspiro—. No te pido que lo dejes marchar. Lo único que te pido es que le dejes un poco de libertad.

—¿Libertad para pasar tiempo contigo, quieres decir? —pregunta Andrey, astuto.

Me encojo de hombros. —¿Sería tan malo? Necesita compañía. Y, ahora que lo pienso, yo también.

—Desde luego, tienes la costumbre de coleccionar perros callejeros, ¿no? —comenta mientras se acerca a la puerta—. Ya tienes un perro que adiestrar, *lastochka*. No necesitas otro.

—¡Andrey!

Se detiene bruscamente y se vuelve hacia mí con las cejas arqueadas y una expresión de dolor en el rostro.

—¿Qué pasa conmigo que te cuesta tanto escuchar? —antes de que pueda responder, antes de que pierda los nervios, me acerco a él, dolorosamente consciente de que mi respiración se acelera tanto como mi corazón—. Por lo visto —continúo—, solo consigo que me escuches cuando hay sexo de por medio. Así que, si eso es lo que hace falta... bien.

Su máscara cuidadosamente controlada se resbala por un momento. Registro un núcleo de confusión; no tiene ni idea de a dónde quiero llegar con esto.

Pero, un segundo después, cuando me arrodillo ante él, no puede estar más claro.

ANDREY

—Levántate —gruño—. Natalia, maldita sea, levántate...

Me ignora y me baja la cremallera a la fuerza.

Mi polla prácticamente salta hacia ella, casi golpeándola en la cara. Levanta una ceja, divertida. —Me parece que en realidad no quieres que pare en absoluto.

—Natalia. He dicho que ya basta.

Pero la advertencia suena hueca, incluso a mis propios oídos. Está claro que ella está de acuerdo, porque me coge las pelotas con una mano y tararea apreciativamente.

—¿Por qué? —pregunta inocentemente—. Está claro que te diviertes.

—Esto no cambia nada.

Sus labios se fruncen. —Eso ya lo veremos, ¿no?

Tengo que admitir que esta nueva faceta tortuosa de ella es definitivamente intrigante. Por no decir que es jodidamente excitante.

Antes de que pueda asegurarle que, aparte de mi semen, va a tener que tragarse la decepción, se ha metido toda la longitud de mi polla hasta la garganta.

Qué. Puta. Mierda.

Brillantes puntitos de luz flotan sobre mi visión, borrando todo lo demás de mi vista. Mi sangre ruge en mis oídos, ahogando todo lo demás.

Ya ni siquiera siento que mi cuerpo me pertenezca.

Parece que le pertenece a *ella*.

Me ha penetrado tan profundamente que las ganas de descargar toda mi presión en su garganta voraz son ya abrumadoras. Pero hace tanto tiempo que no estoy con ella, tanto tiempo que no siento su dulce calor, los latidos de su corazón, su deseo resbaladizo... que no puedo acabar tan pronto. Necesito saborear cada segundo.

Aprieto los dientes y me cimento en el suelo de madera mientras ella menea la cabeza.

Luego, demasiado pronto, se aparta. Sus caderas se balancean hipnóticamente mientras camina hacia el sofá y se quita la camiseta rosa pálido que lleva puesta. Sus pechos sobresalen de las medias copas del sujetador, y parecen haber doblado su tamaño desde la última vez que los vi.

Me mira fijo mientras se quita los pantalones, dejando al descubierto unas bragas rojas de encaje.

No tengo ni idea de dónde viene toda esta confianza, pero me encanta, maldición.

Me hace señas con un dedo, mientras con el otro se desabrocha el sujetador. ¿Cuándo fue la última vez que obedecí cuando me llamaban? ¿Como un puto perro?

Sin embargo, me encuentro caminando hacia el sofá.

Cojo uno de sus pechos y lo aprieto mientras mi erección palpita, hambrienta. Me pone una mano en el pecho y me empuja hacia el sofá.

Cuando está convencida de que estoy sentado donde ella quiere, desliza las bragas por sus delgados muslos y se sienta a horcajadas sobre mí, con las manos en mis hombros y sus pechos rebotando a escasos centímetros de mi boca.

No hay tiempo para que encargue, porque ella lo hace primero. Me agarra la polla, la alinea con su húmeda raja y se desliza por mi longitud, tragándome en sus profundidades.

Vuelvo a ver los pinchazos de luz.

Oigo el torrente de mi propia sangre.

Maldita sea, esta mujer será mi muerte.

Me cabalga ferozmente, su culo sube y baja con fuerza mientras se da placer, utilizándome como si fuera uno de los juguetes que una vez le envié.

Recordándolo ahora, no puedo creer lo idiota que fue eso. Un consolador sería un desperdicio para una mujer como ella. Necesita una polla fuerte y capaz, unida a un hombre fuerte y capaz. Uno que sepa apreciar cada línea, cada curva, cada contorno de su cuerpo.

Necesita a alguien que la adore como se merece.

Cuando intento agarrarle los pechos, me coge las manos. Entrelazando sus dedos con los míos, empuja nuestras manos contra el reposacabezas del sofá y rebota aún más fuerte sobre mi polla. De sus labios entreabiertos se escapan pequeños gemidos agitados. Me cabalga cada vez más deprisa, hasta que ambos llegamos a nuestro límite.

En cuanto siento que su coño se contrae alrededor de mi polla, mi propio orgasmo estalla dentro de ella. No es una decisión consciente por mi parte. No habría sido capaz de contenerme ni por todo el dinero del mundo.

Sus caderas se balancean, sacándome todo, antes de quedarse quieta.

Mi mano serpentea hacia su vientre. Ya no está tan plano. Siento una punzada de culpabilidad al rojo vivo por haberme perdido las dos últimas visitas al médico. Ni siquiera le pregunté cómo habían ido. Hablé directamente con la clínica y lo dejé así. Me pregunto qué habrá cambiado en su interior. Qué tamaño tiene el bebé. ¿Qué está completamente formado, qué se está gestando,

qué está aún por venir?

Antes de que pueda apreciar realmente los cambios en su cuerpo, se separa de mí y busca su ropa tirada en la alfombra.

Se da vuelta, dejándome ver su culo perfecto antes de ponerse la ropa. Luego, se deja caer en el borde de la mesita, delante de mí, con una ligera capa de sudor cubriendo su piel.

—Quiero que liberen a Misha de la habitación en la que lo tengas encerrado —dice, muy seria—. Yo lo vigilaré.

—Natalia…

—Remi estará conmigo todo el tiempo. Por no hablar de mi boy band personal, como siempre.

Hago una mueca. La montaña rusa de sensaciones me está provocando una migraña preparada por el mismísimo diablo. —¿Cuánto tiempo estás dispuesta a luchar por esto?

—El tiempo que haga falta. No permitiré que maltrates a ese niño. Es un niño. Los niños merecen ser protegidos, sean cuales sean las circunstancias.

La feroz determinación que brilla en sus ojos de fuego es casi conmovedora. Es una mamá osa, si es que alguna vez he visto una.

—Muy bien —acepto.

—¿Tiene libertad dentro de los terrenos?

—Sí.

—¿Y ya no lo encerrarás en su habitación? —verifica.

—No todo el tiempo.

Ella duda un segundo, pero luego se lo piensa mejor antes de discutir. —¿Y puede estar conmigo siempre que quiera?

—Si eso es lo que quiere, sí —me pongo en pie y suspiro, pellizcándome el puente de la nariz—. Disfruta de tu victoria, *lastochka*. Puede que sea la última.

Ella sonríe. —Yo no contaría con eso.

Mientras camino de vuelta a la casa principal, me debato entre el deseo de comprobar la nueva confianza de Natalia y el deseo de cerrar con llave la puerta de la casa de la piscina, meterla en su cama y no dejarla salir nunca.

Antes de poder decidirme, escucho un grito. —¡*Mudak*! ¡La vas a matar!

—¡Yelena! —grito por la casa—. ¿Qué pasa?

Yelena se precipita torpemente por la esquina, jadeando. —Es Viktor. Se ha vuelto loco.

Más gritos resuenan en el fondo de la casa, y los sigo hasta el salón.

Allí encuentro a mi hermano, caminando con los ojos desorbitados e iracundo por la habitación,

arrastrando a Mila por el pelo detrás de él.

ANDREY

—¡Para!

Viktor se queda inmóvil. Todo el sonido desaparece de la habitación, pero su puño sigue enroscado en el pelo de Mila.

A su favor, Mila no parece asustada. Está *cabreada*.

Tiene la mejilla enrojecida por la bofetada que le habrá dado. A juzgar por las marcas de arañazos en las mejillas de Viktor, ella le devolvió todo lo que recibió.

—Suéltala —gruño.

—Esto es un asunto privado entre marido y mujer, hermano. Me corresponde a mí...

—Tienes tres segundos para soltarla o te cortaré la mano por la muñeca —mi advertencia silenciosa como la muerte surte el efecto deseado; suelta la mano de inmediato.

Mila se pone en pie y mira a Viktor con una expresión que resignifica la frase *Si las miradas mataran*.

Miro a un lado y a otro de la pareja que me mira con desprecio. —¿Qué pasó?

—¡Te contaré lo que pasó! —se indigna Viktor—. Entré en nuestro dormitorio y...

—Estaba hablando con Mila —interrumpo.

Viktor se sonroja y vuelve a cerrar los puños. Tiene los nudillos partidos y ensangrentados.

Mila respira hondo. —Viktor entró en mi dormitorio...

—¡*Nuestro* dormitorio! —inserta Viktor.

—No tenía ni idea de que lo consideraras "*nuestro*". Sobre todo, teniendo en cuenta la cantidad de putas que has entretenido allí.

—¡No necesito pagar por sexo! Que ya no tengas interés en follar conmigo no significa...

—Ya basta —digo bruscamente. Los dos se callan hasta que le digo a Mila con la cabeza que continúe.

—Nos encontró a mí... —deja caer la mirada hacia sus pies—. A mí y a Leonty.

Los ojos de Viktor están fijos en mí, observándome, esperando mi reacción. Mantengo mi expresión cuidadosamente enmascarada mientras lo proceso.

¿Desearía que Mila hubiera elegido a alguien que no fuera mi primo para tener una aventura? Claro que sí.

¿Voy a intervenir? Ni de coña.

—¿Y bien? —exige Viktor cuando no digo nada—. ¿Qué tienes que decir a eso? Se estaba follando a nuestro primo en mi puta cama.

Miro fijamente a mi hermano lloriqueante. —Aclaremos una cosa ahora mismo: esta es mi casa. Por lo tanto, es *mi* puta cama.

Los ojos de Viktor se abren de par en par, indignados. —¿No me has oído? Se estaba follando a Leonty.

—A diferencia de ti, hermano, yo no soy lento. La oí la primera vez. Hablando de... —miro hacia Mila—. ¿Dónde está Leonty?

—*Él*... —inclina la cabeza hacia Viktor—. ¡Lo ha dejado inconsciente! Golpeó a Leonty en la nuca mientras se aseguraba de que yo estuviera bien.

—¿Atacaste a un hombre cuando estaba de espaldas? —pregunto, indignado.

—¡Él me atacó primero!

—¡Porque me has abofeteado! —grita Mila.

La cara de Viktor está roja y moteada. —¡Te lo merecías, puta traicionera!

—No ha hecho más de lo que te mereces —interrumpo, haciendo que ambos vuelvan a callarse.

Viktor me mira boquiabierto. —¿Te pones de *su* parte?

—Tú has llevado tus propios asuntos a cara descubierta desde que te casaste. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo Mila?

—¡Porque no lo permitiré! —parece un niño. Casi espero que dé un pisotón.

—Puede que tú no —solo con un poco de esfuerzo consigo que no se me dibuje una sonrisa en la cara—. Pero yo sí.

A Viktor se le va el color de las mejillas. Su boca se abre y se cierra, pero no encuentra las palabras.

Me vuelvo hacia Mila. —Ve a ver cómo está Leonty.

Sale corriendo de la habitación sin mirar atrás.

Viktor sacude la cabeza cuando ella se va. —¿Qué quieres decir con “yo sí”?

—Le di a Mila mi permiso para tener sus amantes.

—Tú... ¿Tú qué? —sus puños tiemblan a los lados—. ¡No tenías derecho!

Doy un paso adelante y Viktor tropieza de nuevo en el sofá. —Tengo todo el derecho. ¿Tengo que recordarte quién soy? ¿La corona que llevo?

Traga saliva, y por un momento me pregunto si Viktor es lo bastante listo como para no abrir la boca ante mi ira.

Pero lo estoy sobrevalorando una vez más. —Eres mi hermano.

—Un título del que cada día me avergüenzo más.

—¿Dejarías que me hiciera cornudo?

—No será lo peor que la gente diga de ti.

—Tengo una reputación...

—Tienes fama de borracho, mentiroso, matón y vago. No sorprenderá a nadie que tu mujer se distraiga con otros hombres más dignos.

Viktor frunce el ceño y se endereza de nuevo, aunque los centímetros de altura que nos separan nunca han sido más notorios. —No permitiré que esto siga así. Puede que te alegre convertirme en el hazmerreír de los bajos fondos, pero no lo toleraré.

—Haz lo que puedas, Viktor —sonrío—. Pero, si pones una mano sobre la cabeza de Mila, responderás ante mí.

—¿También te está follando a ti? —murmura.

Si no acabara de gastar parte de mi energía contenida con Natalia, podría haberlo tirado al otro lado de la habitación por eso. He desollado vivos a hombres por decir mucho menos. Así las cosas, finjo no haberle oído. —Lo mismo vale para Leonty. Si descubro que has susurrado un insulto en su dirección, habrá consecuencias.

Se hunde. —¿Por qué protegerlo?

—Porque, como Mila, él es más valioso para mí que tú.

—No es más que un *vor* —sisea Viktor—. Tienes muchos más de donde vino él.

—Es un *vor* con una misión crítica. No confiaré en cualquiera para proteger a la madre de mi hijo.

Solo cuando Viktor se queda boquiabierto me doy cuenta de que ni siquiera lo sabía.

Idiota como es, no ha prestado atención al caos del último mes. No he ocultado nada: es demasiado estúpido para haber visto venir las señales del cambio.

—Joder —sus ojos se dirigen a la ventana, a través de la cual se ve un trozo de la casa de la piscina—. ¿Cuándo ha ocurrido esto?

—Probablemente mientras estabas borracho y en pelotas con una mujer que no era tu esposa.

Antes de que Viktor pueda responder, Shura mete la cabeza en la habitación. —¿Todo bajo

control aquí?

Viktor se marcha, rozando a Shura en el camino.

—Asegúrate de que alguien vigila a Viktor —ordeno con una aspereza cansada—. Está enfadado; eso lo hace aún más tonto de lo normal.

—Te tengo cubierto —dice Shura—. Y, si buscas a Leonty, está en la sala médica de arriba. Le están haciendo un chequeo mientras hablamos.

Me dirijo hacia allí, con la intención de ver cuánto daño consiguió infligir el cobarde de mi hermano a nuestro primo. Pero, antes de abrir la puerta del todo, oigo la voz de Mila.

—...Ya tiene moratones —me desplazo hacia delante y veo que está junto a su cama, con los dedos recorriendo los contornos de la frente magullada y la mandíbula hinchada de Leonty.

—Me pondré bien. Los moratones no son nada —le toca la mejilla enrojecida con la punta de los dedos—. Es este moratón lo que me preocupa. Debería haberlo matado.

—No vale la pena.

Deja caer la cabeza, con el arrepentimiento agolpándose en las comisuras de los labios. —¿Ha valido la pena? ¿Esto, quiero decir?

—Si me preguntas si vales el caos en el que está sumido mi matrimonio, entonces sí —replica ella—. Sí, desde luego que sí.

—Me marcharé si eso es lo que…

—No es lo que quiero —insiste—. Y jódete por sugerirlo siquiera, Leonty. Tú eres lo único que quiero. Viktor tendrá que aceptarlo.

—¿Y qué pasa con los demás? —presiona Leonty—. ¿Y tu padre? ¿Y si se enteran...?

—Entonces se enteran —Mila le agarra la cara y apoya la frente en la suya—. Y soportamos las consecuencias.

Leonty suspira, pero no hay duda de la sonrisa orgullosa que esconde tras sus magulladuras. Se inclina para besarla.

Cierro la puerta de nuevo y vuelvo a bajar las escaleras, con la cabeza tan llena que casi me duele.

Lo que acabo de presenciar no era un hombre y una mujer enredados en una complicada aventura, sino una pareja de enamorados sinceros. Lo mismo amenaza con florecer entre Natalia y yo... si se lo permito.

Pero ¿puedo? ¿Debería?

Puedo perder mucho más.

NATALIA

—*Prygat'* —ordena Shura.

Remi corre hacia Shura y, con un último impulso de velocidad, se enrolla y se lanza hacia arriba, hasta que la punta de su nariz roza la palma extendida de Shura.

—¡Bien hecho, Remi! —aplaudo y Katya se une, pero está claramente distraída.

—Qué mono —murmura, casi para sí misma.

—Y el perro más dulce del mundo.

Katya se vuelve hacia mí, como si se hubiera olvidado de que estaba aquí. —Ah, claro. Pero estaba hablando de... —hace un gesto hacia Shura, que ahora nos da la espalda.

—¿Shura? —me quedo boquiabierta.

—Tiene un atractivo sexual crudo y magnético —Katya se lame los labios.

Lo único que puedo hacer es chillar con creciente incredulidad—: *¿¡Shura!?*

—No puedes decirme que no te parece atractivo.

—Mírame: No lo encuentro atractivo. Sinceramente, me sorprende que tú sí. No es tu tipo habitual —por otra parte, eso podría ser bueno. Su tipo habitual es el hermano pequeño follador de Andrey. Apartarse de la norma podría ser exactamente lo que le recetó el médico.

—No lo sé. Es enjuto, pero fuerte. Y melancólico. Todo el conjunto es... muy sexy.

Refunfuño. —La última vez que describiste a un hombre como "sexy", me vi obligada a asistir a una cena con Viktor Kuznetsov.

Katya me lanza un codazo malvado a las costillas. —¿Qué tal si no hablamos de errores del pasado? No miraría a Viktor ni aunque me pagaras un millón de dólares... —pero entonces se interrumpe, con los ojos clavados en algo por encima de mi hombro.

De repente, se da vuelta para peinarse y pintarse los labios. Como no arrastra el escote de la camisa lo bastante bajo como para dejarle un escote de buen gusto, sé que pasamos del territorio de *hay un hombre al que quiero impresionar* al de *hay una mujer a la que necesito intimidar*.

Le hago señas a Mila para que se acerque y luego le siseo a Katya—: Pórtate bien.

—Siempre lo hago —murmura por un lado de la boca.

No es cierto, y la mirada de advertencia que le lanzo deja claro que lo sé.

Suspira y levanta las manos en señal de rendición, pero juro que la oigo murmurar en voz baja. —...Confraternizando... mírala... qué descaro...

Consigo silenciarla y sonrío cuando Mila sale al patio. —Mila, ven a conocer a Katya. Oficialmente —añado—. De una forma que no implique que te persigan los guardias de seguridad justo después.

Katya se ríe, pero suena como si la estuvieran estrangulando. En su favor, le ofrece la mano a Mila. —Encantada de conocerte, Mila. Otra vez. Más o menos.

Mila sonríe. —No te guardo rencor por colarte en mi boda. Es agua pasada.

Vaya. Esto va bien.

—Pues claro que no me guardarías rencor. No fue a ti a quien engañaron, ¿verdad?

Me trago un suspiro. *Tan cerca. Estábamos tan, tan cerca*.

Como si oliera la pelea de gatas que se está gestando, Shura se acerca a nosotras. Lanza el frisbee de Remi al otro lado del patio, pero sé que está escuchando a hurtadillas, listo para intervenir.

—No puedo creer que aún te importe —gimo—. Estamos hablando de Viktor. Acabas de decir que no pasarías otro segundo cerca de él aunque te ofrecieran millones de...

—Es el principio del asunto —me interrumpe Katya—. ¡No se le roba el hombre a otra mujer! Aunque ese hombre sea un montón de mierda sin valor.

Estoy a punto de estrangular a mi mejor amiga, pero Mila se ríe. —Entiendo por qué estás enfadada, Katya. Tienes todo el derecho. Pero estás haciendo grandes suposiciones.

Katya agita su corta melena rubia. —¿Las cuáles *son*...?

—Das por sentado que yo sabía que tenía una novia estable y que lo perseguí de todos modos. Te aseguro que no lo hice. Tampoco Viktor se apresuró a hablarme de tu existencia cuando me acorraló el día que... eh... nos liamos.

Katya la estudia con los ojos entrecerrados. —¿De verdad no me ha mencionado?

—No, y estoy segura de que no me menciona ni a una fracción de las mujeres que trae a casa. Te prometo que todas sus últimas conquistas parecen muy sorprendidas cuando entro en la habitación y las pillo in fraganti.

Katya se queda sin habla y yo quiero aplaudir a Mila. Darle algún tipo de premio por realizar una tarea que yo creía imposible.

Finalmente, Katya levanta la mandíbula del suelo. —¿Te engaña?

—Constantemente. Desde que nos casamos. Probablemente, incluso cuando éramos novios —se encoge de hombros—. Viktor es un mentiroso nato, Katya. Eso nunca cambiará.

—¿Y no te importa? Es tu marido.

Mila aparta el título como si no tuviera sentido. Observo cómo sus ojos se desvían hacia la esquina de la piscina, donde Leonty está doblando la esquina con Olaf. —Mientras él está ocupado con sus zorras, me deja libre para vivir mi vida y follarme a quien me dé la gana.

—Es un placer conocerte, Mila —dice Katya, con una pequeña sonrisa asomando a las comisuras de sus labios—. Llámame Kat.



—CREO que la primera reunión del Club Odio a Viktor ha sido un éxito rotundo, ¿no crees?

—Oh, desde luego —digo con mi mejor (léase peor) acento británico.

—Encantador, de verdad —Mila se quita las migas de tarta de su elegante vestido color arena, la ropa es otro tema sobre el que Mila y Katya estrecharon lazos, y se pone en pie. No me he perdido cómo sus ojos se desvían hacia Leonty cada pocos minutos.

Cinco minutos después de que Mila se despida y se sumerja de nuevo en la casa principal, Leonty afirma que tiene que investigar algo en el garaje y sale en la misma dirección.

Los ojos de Katya se clavan en él mientras se aleja. —Bueno, eso responde a la pregunta. Esos dos se lo están montando, ¿verdad?

Como no tiene sentido negarlo, asiento.

—¡Eso es, chica! No es que pueda culparla —su mirada se desvía hacia Shura, que está merodeando en un rincón de los jardines con Remi y Misha—. Tienes unos guardaespaldas muy guapos.

Lo espero de Katya. Lo que no espero son las miradas escrutadoras que le lanza Shura cuando cree que nadie lo mira.

—Bueno, yo también debería irme —Katya suspira y se pone en pie. —El picnic fue una gran idea, cariño. Deberíamos repetirlo pronto.

Pero en realidad no está centrada en mí cuando lo dice, porque Shura cruza el césped a grandes zancadas, directamente hacia nosotras. —No hace falta que se levante, Srta. Natalia —ofrece cuando está lo bastante cerca para que se lo escuche—. Acompañaré a la Sra. Katya hasta la puerta. Yo también tengo que... comprobar algo en el garaje.

—Día ajetreado en el garaje —murmuro en voz baja.

No me oye, y Katya está demasiado ocupada sonrojándose como para prestarme atención. La única despedida que consigo es un gesto con la mano de último momento por encima de su hombro, cuando Shura ya la ha llevado a medio camino del césped.

Ni siquiera me atrevo a enfadarme. Mis amigas están enamoradas. O, en el caso de Kat, están cachondas. Me alegro por ellas. Aunque acabe sentada en una manta de picnic rodeada de comida a medio comer, completamente sola.

Ha sido una noche maravillosa. Llevo horas rodeada de gente. De gente que me cae bien. Y, sin embargo, no tardo ni cinco segundos en sentir que la soledad se instala en mi pecho como una roca.

Patética, Natalia. Realmente patética.

Me planteo acercarme para hablar con Misha y jugar con Remi, pero parecen contentos de jugar juntos en su pequeño rincón del jardín.

Todos se han acoplado delante de mis narices.

—Eso solo nos deja a ti y a mí, cacahuete —susurro a mi estómago con un leve atisbo de amargura.

Es realmente triste lo rápido que me animo cuando veo la fornida silueta de Yelena moviéndose en mi dirección. —¿Has terminado el picnic? —me pregunta al acercarse.

—Sí, estaba delicioso. Muchas gracias.

—Deja que recoja esto, entonces. Tengo que ser rápida, mientras el maldito perro siga distraído.

Remi no se ha encariñado tanto con Yelena como con los chicos. Para ser justos, ella no se esfuerza mucho con él. "*No me gustan los perros"* ha dicho más de una vez.

—El perro estará distraído un rato más —le digo—. ¿Por qué no te sientas un rato conmigo?

Entrecierra los ojos en la distancia sombría. —Debería meter estas cosas.

—Vamos, Yelena. Hazme compañía. Y mira: quedan algunos de tus bollos de arándanos favoritos.

Le pongo la cesta delante de las narices y, con un gesto de desgana, coge uno. —Te sientes sola y te conformas conmigo.

Hago un gesto de dolor. —Yo no iría tan lejos como para decir...

—¿Y quién puede culparte? —sigue Yelena, como si yo no hubiera hablado—. Atrapada aquí sola la mayoría de las veces. Nada más que un animal y un delincuente como compañía. Obligada a mirar mientras tus amigas viven sus vidas y conocen a sus parejas... Debe ser frustrante.

—Basta ya de palabras de ánimo —digo entre dientes—. Es demasiado, de verdad.

—Debería hacer más por ti.

Me sorprende su franqueza. Y mi propio instinto de defender a Andrey.

—Hace exactamente lo que dijo que haría. Andrey nunca me prometió nada más que protección y consuelo. Yo soy la tonta que... —me detengo en seco y miro con tristeza los ojos cómplices de Yelena—. Yo soy la que quiso más.

—Es natural, cariño.

—Es estúpido, eso es lo que es. Estúpido e ingenuo. No puedo culparlo por no estar interesado.

—Está interesado —insiste Yelena—. Solo tiene miedo. Después de todo lo que pasó con María...

María. Siempre tuve la sensación de que había alguien más. Pero así, sin más, la mujer del pasado de Andrey tiene un nombre.

Es raro sentir celos de una mujer a la que nunca conocí. Tengo un millón de preguntas, pero no quiero acechar y husmear en la periferia de la vida de Andrey. Cuando sepa más cosas de él, quiero que sea porque quiere contármelas. No porque a Yelena le apetezca cotillear.

—María era...

—María era importante para Andrey —interrumpo suavemente—. Comprendo. Y, si aún lo es, estoy segura de que me lo dirá a su debido tiempo.

Yelena se acerca y me da unas palmaditas en el brazo. —Eres una buena chica, Natalia. Te mereces más —espero a que se explaye, pero se calla y picotea su bollo de arándanos—. Estos también eran los favoritos de mi marido.

Hay un dolor en su voz, que reconozco demasiado bien. —¿Cuándo falleció?

—Poco después de que Andrey asumiera el cargo de *pakhan*, en realidad —admite—. Fue hace años. Era joven, lo arrojaron al abismo sin previo aviso... Cometió un error —continúa—. Mi marido murió.

No establece una conexión directa entre Andrey y la muerte de su marido, pero puedo oírlo en todas las palabras que no dice.

La inexperiencia de Andrey le costó a Yelena su marido.

—Lo siento mucho.

—Conocía los riesgos —lo dice robóticamente, como si hubiera repetido la frase tantas veces que perdieron todo su significado—. Fue entonces cuando empecé a trabajar para Andrey a tiempo completo. Quiso darme un estipendio, por supuesto, para que pudiera jubilarme cómodamente. Pero yo no acepto dinero gratis. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Le dije que, si me iba a dar dinero, trabajaría por él. Y aquí estoy desde entonces.

No puedo ni imaginarme el tipo de mentalidad que se necesita para trabajar para alguien a quien consideras responsable, aunque sea indirectamente, de la muerte de tu marido.

Por otra parte, Yelena puede ser vieja y encorvada, pero es dura. Tiene agallas, fuerza y una perseverancia que me ha convencido de que nos sobrevivirá a todos.

—Perdí a mis padres, ¿sabes? El dolor nunca desaparece del todo, ¿verdad?

Me mira a los ojos durante una fracción de segundo. Su agonía es profunda e inquebrantable. —No. No desaparece.

—Supongo que solo tienes que soportar el dolor.

Para mi sorpresa, Yelena niega con la cabeza. —¿Soportar? No. Creo en avanzar. En la acción. En el propósito. Sin eso, bien podríamos haber muerto con ellos.

ANDREY

Las risas se filtran por las ventanas abiertas. Si me doy vuelta, podré verlos a todos, repartidos por el césped, a Remi retozando entre las chicas mientras Leonty y Shura fingen estar de servicio.

Han sido dos fines de semana seguidos de picnics, maratones de cine y cenas. El sábado pasado hubo una barbacoa. Observé desde mi despacho cómo Shura cocinaba demasiado los filetes y Leonty preparaba bebidas demasiado fuertes para las chicas. Yelena mantuvo a Natalia con limonada, ya que ella no podía participar.

Misha también estaba allí, aunque siempre merodeando por la periferia, vigilante y silencioso. Incluso Olaf, Leif y Anatoly salieron para unirse en algún momento.

Mantuve las distancias para que pudieran divertirse, pero ahora tengo ganas de mandar a Shura y a Leonty a mi despacho ahora mismo para recordarles que se supone que deben supervisar esta mierda, no participar en ella.

Aún estoy intentando bloquear el sonido de las carcajadas cuando se abre la puerta y entra Natalia.

Me pongo en pie, sorprendido de verla aquí. Desde su pequeña estratagema de seducción en la casa de la piscina, parece tan dispuesta como yo a mantener una saludable distancia entre nosotros.

—Hola —saluda torpemente—. ¿Puedo pasar?

—Ya lo has hecho —finjo estar preocupado por la extensión de papeles que reclaman mi atención—. ¿No deberías estar ahí fuera haciendo de anfitriona?

Llegan más risas desde el césped y Natalia se asoma a la ventana. —Vaya, sí que se oye todo desde aquí dentro. ¿Te hemos distraído?

—Apenas me he dado cuenta. Me mantengo centrado en lo importante.

No en ti. Nada más allá de mi trabajo y de asegurarme de que mi hijo está a salvo.

Como si oyera mis pensamientos, Natalia levanta la cadera. —Sabes, podrías unirte a nosotros —escupe de un modo que no es en absoluto una invitación.

—Estoy ocupado, Natalia.

—Claro que sí —se vuelve de nuevo hacia la puerta—. No me gustaría apartarte de tus importantes...

—¿Necesitabas algo? —pregunto—. Supongo que has venido por algún motivo.

Traga saliva y vuelve a mirar hacia la ventana abierta. —Me tomaré el próximo viernes libre en el trabajo.

—¿Y? —cojo un expediente para hojearlo, aunque no leo ni una palabra.

—Y pensé que podríamos almorzar. O cenar, supongo. Lo que te venga mejor —mi silencio hace que Natalia se apresure a llenar los espacios en blanco—. No sería una cita, ni nada parecido. Es solo una comida. Creo que deberíamos hablar.

Pero se mantiene tan rígida que tengo que suponer que aceptar su invitación significaría, de hecho, algo.

Hablar nunca es solo hablar con Natalia.

—Estaré ocupado el viernes.

Me mira fijo. No la miro a los ojos, pero siento que su mirada penetra en mi cráneo. Finalmente, suspira. —Sí, ya me lo imaginaba. Olvídalo. Adiós, Andrey.

Con eso, se retira del despacho y me deja preguntándome qué demonios quería de mí.

Todavía estoy tratando de entenderlo una hora más tarde, cuando Shura y Leonty entran en mi despacho. —¿Querías vernos? —pregunta Shura.

Tiene el sentido común de parecer nervioso. Leonty está en un trance y demasiado en las nubes para darse cuenta de que estoy muy enfadado con los dos.

—Disfrutaron de su fiestecita, ¿verdad?

Shura se aclara la garganta. —No era una fiesta. Leonty y yo solo estábamos...

—Sé exactamente lo que estaban haciendo Leonty y tú —le digo bruscamente, obligándolo a guardar silencio—. Me tranquiliza saber que mis hombres no temen el trabajo sucio. Seguro que esos bellinis que te zampaste te hacían mucho más eficaz en tus tareas.

—Espera, ¿estás enfadado con nosotros? —pregunta Leonty, dándose cuenta por fin.

Shura cuadra la mandíbula. —Nos encargaste que vigiláramos a Natalia. Eso es lo que estamos haciendo.

—Si no recuerdo mal, no te nombraron miembro de su equipo de seguridad.

—No, pero lo superviso. En cualquier caso, tenía la tarde libre y, si no recuerdo mal, puedo pasar mi tiempo libre como quiera.

—Bien —me vuelvo contra Leonty—. ¿Cuál es tu puta excusa?

—Oye, Andrey —empieza—, no quiero que pienses que estoy holgazaneando. Te agradezco que me ayudaras con Viktor. No voy a devolvértelo siendo descuidado.

—Me alegro de oírlo. Oigamos entonces tu último informe —gruño—. ¿Ha pasado algo en su trabajo que yo deba saber?

Leonty se limpia las palmas de las manos en el trasero de los pantalones. —El trabajo ha estado relativamente tranquilo. No sé. Ha estado... sí, tranquila.

—¿Incómodo? ¿Es Byron?

—No, Byron se está portando bien.

—Entonces, ¿de qué se trata? —gruño, más que un poco consciente de que podría saber exactamente cómo es el día a día de Natalia si se lo preguntara.

—Son solo pequeñas cosas que capté —se encoge de hombros—. Come sola y se queda más tiempo en su despacho. La gente se esfuerza por mantener las distancias con ella. Pero yo estoy ahí para asegurarme de que está a salvo, no para que sea popular entre sus compañeros.

Aprieto los dientes y me vuelvo hacia Shura. —¿Te ha dicho algo Natalia?

—Nada de nada — jura.

Podría preguntarle a Mila, pero ha dejado claro que ya no le gusta informar sobre Natalia, sobre todo ahora que ella, Natalia y Katya están muy unidas. Debería alegrarme de que Natalia tenga más amigos en esta casa, pero sería más fácil si sus amigos no fueran mis antiguos informadores.

—¿Dónde está Viktor? —pregunto, rascando el fondo del barril en busca de información que me interese.

—Ha reservado una habitación en el Red Palace —me informa Shura.

—Jodidamente típico. Probablemente puteando con medio personal. De acuerdo —Vuelvo a mi trabajo—. Si eso es todo...

—¿Por qué rechazaste su invitación a cenar? —suelta Shura.

Lentamente, alzo los ojos, dándole amplia oportunidad de retractarse de la pregunta, pero el silencio se alarga y se hace más profundo, más oscuro y espinoso a cada segundo que pasa.

—Porque estoy ocupado —gruño al fin.

Shura se encuentra con mi mirada. —Resulta que sé que no lo estás.

—No tienes ni puta idea de mi horario. Algunos no tenemos tiempo para fiestas junto a la piscina —señalo la puerta—. Fuera. Los dos.

Se levantan y salen arrastrando los pies. Pero no me pierdo la mirada que intercambian Leonty y Shura antes de salir del despacho.

¿Cómo es que, en el espacio de unas pocas semanas, ha conseguido hechizar a todo el mundo en esta puta casa? ¿Y cómo es que me he convertido en un foráneo?



ESA NOCHE, cuando ha anochecido y los jardines están por fin tranquilos, me dirijo a la casa de la piscina.

Gracias a la plaga canina, me veo obligado a mantener las distancias, por si me olfatea y alerta a Natalia de mi presencia. Menos mal, en realidad, no tengo ningún deseo de acercarme demasiado.

Cada vez que he cometido ese error, he bajado la guardia.

Me acomodo junto al estanque, justo a cubierto de uno de los árboles más grandes. Aunque se asome, estaré oculto en la sombra. Pero sé que no se asomará. Puede tocar el piano durante horas sin parar.

Cierro los ojos y dejo que la música me envuelva. Es el único resquicio de paz en mi vida en este momento: estas noches junto a la piscina, escuchándola tocar.

Pasa media hora en lo que parecen segundos cuando Natalia deja de tocar para contestar al teléfono. Su voz atraviesa la ventana abierta.

—¡Tía Annie! ¿Adivinas qué estaba haciendo cuando has llamado? —se ríe, poniéndose de pie para caminar por el suelo delante de la ventana—. No. Ni por asomo. Cada vez hace más frío. Vale, te lo diré... ¡Estaba tocando el piano!

Sonríe, y es preciosa. Olvida al estúpido perro; quiero verla más de cerca. Pero, antes de que pueda levantarme, se vuelve hacia el piano. —Vale, espera. Deja que te ponga en el altavoz y luego podrás escuchar.

Coloca el teléfono sobre la superficie del piano y empieza una nueva canción. Esta es ligera y alegre. Es la melodía más alegre que le he oído tocar nunca, y llevo aquí toda la semana escuchándola encontrar el camino a través de una canción tras otra.

—¿Qué te parece? —pregunta una vez que ha terminado de tocar.

—¡Oh, cariño! —la voz de la tía Annie es exactamente lo que habría esperado. Suave, maternal, como un caramelo caliente en un bolsillo. —Ha sido maravilloso. No has perdido tu toque. ¿De dónde has sacado un piano?

—Um, Andrey... Me regaló un Baby Grand.

—Te dije que me gustaba. ¿Cuándo podré conocerlo por fin?

Espero que Natalia ponga excusas. Quizá le diga lo arrogante que soy. Le advertirá que en realidad no quiere conocerme en absoluto.

—Está muy ocupado —dice Natalia en su lugar—. Trabaja mucho.

—¡Supongo que debe hacerlo, si puede comprarte pianos y animales de apoyo adiestrados! Entonces, dime al menos cuándo puedo verte —continúa Annie—. No nos vemos desde que me dijiste que estabas embarazada.

—¿Qué tal la semana que viene? —ofrece Natalia—. Lo consultaré con... consultaré mi agenda.

—Maravilloso. ¿Y el bebé? ¿Cómo está mi nietecito?

Natalia se pone en pie y coge el teléfono, pero, afortunadamente, no quita el altavoz a su tía. —¿Te refieres a la nieta?

Annie grita de alegría y el resto de la conversación pasa a un segundo plano.

Me siento allí, bajo las sombras, contemplando la silueta de la hermosa mujer que lleva a mi hijo, preguntándome cómo es posible que me haya encontrado en las afueras de este embarazo.

Debería haber estado allí para la revelación del sexo. Tenía intención de llamar al médico ayer después de su cita. Pero Nikolai fue visto en Chinatown. Dos de mis hombres le seguían los pasos antes de que desapareciera. Estaba ocupado. Otra vez.

Cuando vuelvo a sintonizar la conversación, Natalia está dando las buenas noches a su tía.

—Disfruta de tu felicidad, mi niña preciosa —canturrea su tía—. Te lo mereces más que nadie que yo conozca.

¿Natalia es feliz? Quiero que lo sea. Espero que lo sea.

Pero, cuando guarda el teléfono y vuelve a sentarse al piano, su sonrisa desaparece. Deja caer la cabeza entre las manos y llora.

Me levanto y me alejo.

ANDREY

A la mañana siguiente, me estoy sirviendo una taza de café solo cuando Shura entra en la cocina con su propia taza. Solo me hace un pequeño gesto con la cabeza.

Las cosas han estado tensas entre nosotros desde mi charla con Leonty y él en el despacho. A pesar de todo, cuando le hago un gesto para que se siente, ocupa la silla a mi lado sin rechistar.

—¿Qué tal la cena?

Shura da un sorbo largo y pensativo al café. —Bien.

Sabe que quiero más información y me la oculta. *Imbécil.*

—Y aquí estaba yo, pensando que era especial para que me invitaran —sonrío para asegurarme de que Shura sabe que no me importa.

Natalia invitó a todos los de mi círculo íntimo a la cena a la que me negué a asistir, ¿por qué iba a molestarme? Observé desde la oscuridad de mi despacho cómo regresaban todos, riendo y bromeando. Me sentí como un voyeur, situado en las afueras de la vida de Natalia, observando hambriento pero negándome a acercarme más. Aun así, no podía apartar la mirada.

—Natalia probablemente diría que eres especial —señala Shura—. Pero ella es así.

Tiene razón; ella lo es.

De algún modo, Natalia ha creado una familia en medio del rígido control de mi Bratva. Yelena parece tener un propósito renovado por primera vez en años y Shura sonríe con mucha más libertad.

Pero el mayor cambio de carácter ha venido de Misha.

El niño ha ganado algo de peso en las últimas semanas. Tiene color en las mejillas y un brillo saludable en la piel. Aparte de Natalia, Remi ha estrechado lazos con Misha, y no puedo evitar sospechar que se debe a que el perro ve a Misha como una prolongación de la propia Natalia.

Todo el que se acerca a Natalia gana algo con la proximidad.

Todos, menos yo.

Frunzo el ceño como si no tuviera ni idea de lo que está hablando. —¿Cómo?

—Amable.

Si no lo hubiera visto mirar a Katya demasiadas veces, podría sospechar que siente algo por Natalia. Tal como están las cosas, se limita a contemplar los jardines con una aburrida indiferencia en el rostro.

—¿Y Misha se comportó? —pregunto.

—Juzgué mal al chico —responde Shura bruscamente—. Todos lo hicimos. Está bien, de verdad.

—¿Natalia también te ayudó a ver eso?

Shura se vuelve hacia mí lentamente, con sus ojos oscuros preocupados. —Ella tenía razón. Es solo un niño, pero lo tratamos como a un enemigo. ¿Es tan sorprendente que actuara como lo hizo? Es lo que yo habría hecho. Diablos, es lo que yo hice.

Su brazo se mueve instintivamente hacia su pierna derecha. Solo he visto la fea marca de la quemadura un puñado de veces, pero sigue grabada en mi memoria. Ese tipo de cicatriz no se produce sin que haya detrás un dolor y un traumatismo graves.

—Creo que anoche fue la primera vez que el niño probó una tarta de cumpleaños.

Proceso las palabras con retraso. —¿Por qué estaban comiendo tarta de cumpleaños?

Shura da otro largo sorbo de café. —Porque era el cumpleaños de Natalia.

Maldición.

Siento el pulso en las sienes como un tamborileo que anuncia lo mucho que la cagué. —No me lo habías dicho.

—No sabía que debía hacerlo. ¿Habría cambiado tu opinión sobre unirte a nosotros?

Un viejo recuerdo se reproduce en mi mente. Un destello de serpentinas rojas y negras. Una tarta blanca con ridículas velas arco iris asomando por encima. Una risueña María ataviada con un brillante vestido rojo de gran abertura.

"*¡Treinta años alrededor del sol!*", exclamó, cortando su grueso pastel. "*¡Y brindo por cien más!*".

Sin embargo, no consiguió cien años más.

Apenas tuvo seis meses.

—No —digo con voz ronca, apartando el recuerdo con dificultad—. No lo habría hecho.

Shura asiente, como si no esperara otra cosa. Con un suspiro decepcionado, se pone en pie y sale de la cocina, llevándose el café.

Estoy solo un par de minutos antes de darme cuenta de que Natalia cruza el césped y Remi le pisa los talones. Se dirige directamente a la cocina.

—Buenos días, Andrey —dice ella con una nítida formalidad cuando se desliza por las puertas francesas—. ¿Te importa si me uno a ti?

Hago un gesto con la cabeza hacia la silla y ella se deja caer en ella, tocándose el medallón de oro que lleva al cuello como si eso fuera a infundirle valor.

Valor para qué, no tengo ni idea.

No tengo nada que decir, así que la cocina está en silencio.

—Quiero ir a ver a mi tía —suelta—. Vive un poco a las afueras de la ciudad, pero me llevaré a todo mi equipo de seguridad si eso te hace sentir mejor. Necesito verla de verdad.

Lo dice todo deprisa, como si yo no fuera capaz de rechazarla si lo suelta lo bastante rápido. Está inspirando, preparando sus contraargumentos, estoy seguro, cuando asiento. —De acuerdo.

Su boca se abre y se cierra de asombro antes de que una sonrisa cautelosa se deslice por su rostro. —Estupendo, porque pensaba ir allí hoy.

Compruebo la hora en mi Patek Philippe. —Bueno, supongo que puedo adelantar algunas cosas. ¿Nos vamos dentro de media hora?

Vuelve a quedarse con la boca abierta. —Emm... ¿quieres venir conmigo?

No *quiero* ir con ella. Del mismo modo que no *quiero* pagar por seguridad. De la misma manera que no *quiero* amenazar regularmente a mis enemigos para que me obedezcan a fin de mantener mi control.

Se trata de una cuestión de negocios, pura y simplemente. Proteger activos valiosos. Asignar recursos.

—Un extra de seguridad nunca viene mal. Y además, seguro que tu tía tiene curiosidad por el hombre con el que vives.

Natalia parpadea. —Sí. En realidad, sí.

—Bueno, entonces será mejor que acabemos con el primer encuentro.

Se levanta tan deprisa que Remi se sobresalta. —¡Vamos, Remi! —grita encantada—. Vamos a dar una vuelta.

—¡No! —grito tras ella mientras ella y Remi desaparecen por la puerta trasera—. ¡No nos llevaremos al perro!

~

TREINTA MINUTOS DESPUÉS, un enorme pastor alemán está babeando el hombro de mi camisa y llenando de pelos mi Aston Martin.

—El perro va detrás o no va.

Natalia me frunce el ceño, pero acuna cariñosamente la cabeza de Remi. —Vamos, se comportará. Solo quiere estar cerca de mí.

—Entonces, mantenlo lejos de mí —le advierto—. O lo metemos en el Wrangler con los chicos.

Tú eliges.

Natalia pone los ojos en blanco, pero ordena a Remi que se tumbe en el asiento trasero. Demostrando que vale toda la fortuna que gasté, obedece.

—Después de esto tendré que llevar el coche al taller.

—Te lo puedes permitir —Natalia sonríe con satisfacción—. La tía Annie aún no conoce a Remi. Tenía que traerlo.

—El perro sobrevivirá a una salida sin ti.

Me mira inocentemente. —Pero es mi animal de apoyo emocional. ¿Y si tengo un ataque repentino de estrés postraumático?

—Estaré contigo —le recuerdo.

—No te ofendas, pero eres mucho menos cariñoso que él.

Lanzo una mirada de disgusto a Remi por el retrovisor, y juro que se lame las patas.

Natalia se gira hacia mí durante todo el trayecto, pero solo para poder mantener una mano en el cuello de Remi en todo momento.

Celoso de un puto perro. Esto tiene que ser un puto chiste.

Una hora más tarde, llegamos a casa de la tía Annie. Es una casa estrecha, encajada entre otras dos como una idea de última hora, aunque la pintura amarilla brillante la hace destacar como una cara amable entre una multitud de extraños. Hay luces de hadas a lo largo de la valla y brillantes adornos colgando del escuálido árbol de su pequeño jardín delantero. Mientras los chicos me siguen por la estrecha acera, no puedo evitar preguntarme si cabremos todos dentro de esta choza.

Casi pierdo el equilibrio en los escalones torcidos que conducen a la puerta. Cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de lo que me ha pillado el dedo del pie: pequeñas huellas de manos prensadas en el hormigón. El segundo escalón tiene huellas más grandes. El tercer escalón, aún más grandes.

—Son mías —explica Natalia cuando se da cuenta de lo que miro—. De dos, cuatro y seis años. Fue idea de papá.

Natalia estuvo aquí de niña.

Veo el lugar a través de los ojos de un niño y, así, es mágico. A Natalia debió de encantarle.

Antes de que pueda preguntárselo, una voz de mujer chilla a través de las finas paredes de la casa. —¡Nic-Nat!

La puerta se abre y la tía Annie es mucho más menuda de lo que esperaba. Una cabeza más baja que Natalia y flaca como un látigo. Pero sus manos enjutas aprietan con fuerza a ambos lados de la cara de Natalia. —Nena, te he echado de menos —mira hacia abajo y jadea—. ¡Y ahí tienes la barriga! Estás radiante.

Natalia rechaza el cumplido y se vuelve hacia mí. —Tía Annie, este es Andrey. Andrey, esta es

la mujer que me crió.

—Un placer —saludo, ofreciéndole la mano a la tía Annie.

La aparta de un manotazo. —Oh, no hay necesidad de viejos apretones de manos. Dame un abrazo —me rodea con los brazos, hasta donde llegan, al menos, y silba—. Vaya, qué grande eres.

—¡Tía Annie! —reprende Natalia, con el más leve rastro de vergüenza floreciendo en sus mejillas. Saluda con la mano al equipo de seguridad—. Esta es la mitad de mi boy band personal: el rubio es Leonty y el más rubio es Leif. Los otros dos se han tomado el día libre. Ah, ¿y cómo iba a olvidarme de mi hombre principal?

Aprieto los dientes con fastidio cuando llama a Remi para que se acerque, y luego vuelvo a apretar los dientes cuando me doy cuenta de lo ridículo que es.

Natalia no nota nada de la guerra que se desata en mi interior mientras le presenta la bestia a la tía Annie como si el maldito can fuera la estrella del espectáculo. —Te presento a Remington Boone. Remi para abreviar.

La tía Annie se pone en cuclillas delante de Remi y le ofrece la palma de la mano, astutamente llena de golosinas para perros. Al parecer, no es el primer rodeo de la mujer. Remi acepta de todo corazón, devora las golosinas y luego le lame la cara a la mujer como si nada, mientras Annie y Natalia ríen y ríen y ríen.

Entonces, Leif, Leonty y yo nos escurrimos por el estrecho pasillo y entramos en una sala de estar que, de algún modo, es más estrecha. Está repleta de todo tipo de objetos aleatorios, bolas de cristal, tazas de café variadas, cosas tejidas con formas que apenas reconozco, y da al patio trasero, donde hay un hermoso cerezo que desprende pétalos rosas sobre la hierba.

Natalia se dirige directamente a las ventanas. —¿Cómo está mi cerezo? —canturrea como si esperara que el árbol le respondiera.

Todo el mundo sale en distintas direcciones. Remi sale corriendo al jardín por la puerta mosquitera abierta y Leif y Leonty se le unen, deseosos de un poco más de espacio para respirar. La tía Annie también parece haber desaparecido.

—Estará en la cocina, preparando bocadillos —me explica Natalia cuando me ve buscando—. No podrá mantener una conversación adecuada hasta que esté segura de que todos están bien alimentados.

No puedo evitar sonreír. Esto es lo que habría sido tener una madre como Dios manda. Alguien que destroza su propia casa para conmemorar las huellas de las manos de un niño. Alguien que se preocupa por la merienda de los amigos de sus hijos, que abraza en vez de dar la mano.

Alguien que regala amor libremente, como si no le costara absolutamente nada. Como si el mero hecho de darlo los hiciera mucho más ricos.

Nunca supe cómo era eso.

La tía Annie aparece instantes después con una bandeja que gime bajo el peso de suficientes pasteles para alimentar a toda mi maldita Bratva. La lleva al jardín y la deja allí para Leif y

Leonty, luego trae una segunda bandeja igual de cargada al salón.

—¡Pastel de cerezas! —grita Natalia y aplaude encantada—. Bendita seas, tía Annie. Eres una santa.

Pero la tía Annie no responde. Su mirada está fija en mí. Luce una sonrisita educada, pero exigente.

Y lo entiendo enseguida.

Puede ser acogedora y amable. Puede que sea dulce y atenta. Pero aún no se ha decidido sobre mí. Aún no ha determinado si soy lo bastante bueno para su Natalia.

No puedo decir que la culpe.

NATALIA

Bajo el pretexto de ayudar a la tía Annie con los platos, me cuelo en la cocina.

Está de pie junto al fregadero, dejando correr el agua mientras mira por la ventana hacia el patio trasero. Andrey se ha reunido allí con Remi y los chicos hace unos minutos, y sé que ella le está observando.

También sé que sabe que *yo sé* que lo está vigilando.

Cuando ya no puedo más, finalmente suelto—: ¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Es encantador, inteligente y educado —sus ojos revolotean hacia mí—. Aunque un poco feo. ¿No podías haber encontrado un hombre más guapo, Nat?

Me echo a reír. Nadie en su sano juicio podría acusar a Andrey de ser feo.

Cuando la habitación vuelve a quedar en silencio, la miro enjuagar nuestros vasos de limonada, y espero.

—Sinceramente —dice la tía Annie al cabo de unos minutos—, me recuerda un poco a ti.

Le doy con la toalla en el culo. —No seas grosera.

Pero no se ríe. —Justo después de que perdiéramos a tu madre y a tu padre, te mantenías igual. Como si intentaras mantener a todo el maldito mundo a distancia.

Me asomo por la ventana para encontrar a Andrey, solo para darme cuenta de que ya está mirando hacia mí. Así que desvío la mirada e intento fingir que estaba admirando el cerezo, aunque creo que no engaño a nadie.

—Parece un hombre que lleva el peso del mundo sobre sus hombros —insiste la tía Annie.

He sentido lo mismo, pero supuse que tenía más que ver conmigo que con él. Es demasiado grande, mucho más grande que la vida misma, para confiar en el mismo tipo de mecanismos de defensa en los que siempre he confiado yo. *Huir. Esconderse. No mostrar a nadie lo que sientes.*

—Es responsable de mucha gente —explico en voz baja.

Remi pellizca ahora los tobillos de Andrey y éste se inclina para rascar al cachorro detrás de las orejas. Me produce un pequeño escalofrío de afecto.

Cuando me vuelvo, mi tía me está estudiando detenidamente. Siempre ha tenido la capacidad de ver directamente mi corazón. Una mirada suya y quedo al descubierto.

—¿Puedo preguntarte algo?

Hago una mueca de dolor, aunque asiento. —Dispara.

—¿Sientes algo por él?

Quiero mentir. Lo tengo en la punta de la lengua. Pero no tiene sentido. No solo porque la tía Annie se daría cuenta, sino también porque sacrificó su vida para criarme tras la muerte de mis padres. No quiero pagarle con deshonestidad.

—Últimamente, me siento como... ¿sí? Tal vez. Creo.

Asiente solemnemente. —No te culpo. Es el tipo de hombre del que sería fácil enamorarse.

—Pero no puedo tenerlo —suelto—. No debo. No puedo.

La tía Annie levanta las cejas con interés. —¿Por qué no?

—Yo... —es más difícil de lo que imaginaba decirlo—. No creo que sienta lo mismo por mí.

Le toca a ella dirigir la mirada por la ventana, hacia donde Andrey se apoya en el tronco de un árbol al que he trepado no sé cuántas veces. Está fresco y decidido a su sombra, como si ese fuera su sitio. Como si siempre hubiera estado allí.

Lo observa durante un buen rato antes de volver a hablar. —¿Le has dado la oportunidad de conocer tu verdadero yo?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿has estado protegiendo tus secretos? ¿Ocultando tu pasado?

—No más que él —digo a la defensiva.

La sonrisa de la tía Annie, al igual que su mirada, es críptica y omnisciente. —Pues no me extraña que los dos se muevan el uno alrededor del otro como imanes con los mismos polos. Tal como pensé —dice en voz baja—, son iguales.

—No lo somos —insisto—. No es así.

Tía Annie me acaricia la mejilla con cariño. —Si tú lo dices, Nic-Nat. Ahora, ¿qué tal otro trozo de tarta?



AL SALIR, Andrey parece saber lo que le espera. No le ofrece la mano a la tía Annie, sino que se inclina y le da un abrazo con un solo brazo.

Mantengo la puerta abierta para que Remi baje los escalones, pero, cuando me vuelvo, me doy cuenta de que siguen abrazados. Andrey tiene el cuello inclinado hacia un lado, como si la tía Annie le estuviera susurrando un secreto.

Un momento después, se separan.

Miro a mi tía inquisitivamente, pero ella simplemente sonríe y me planta un beso en la frente. —Cuida ahora de ese bebé. Y ven más seguido, hija mía.

Una vez que Remi está seguro en el asiento trasero, subo al coche y bajo la ventanilla para saludar un poco más. No dejo de saludar hasta que hemos doblado la esquina y la tía Annie desaparece tras una vaina de hojas de arce.

Espero nerviosa a que Andrey rompa el silencio. Apenas me mira mientras dejamos el barrio en el retrovisor.

Tras veinte minutos de insoportable silencio, soy la primera en romper a hablar. —Así que... esa era mi tía.

Una comisura de la boca de Andrey se curva en una sonrisa. —Dame crédito por haberme dado cuenta de eso, *lastochka*.

Mi corazón se agita salvajemente. *Contrólate, chica. Solo estamos hablando*.

El caso es que los comentarios de la tía Annie han calado ahora en mi conciencia. Y me ha hecho pensar...

¿Y si se parece a mí más de lo que creo?

¿Y si se está aferrando a su dolor del mismo modo que yo me aferro al mío?

¿Y si todo lo que hace falta para que él confíe en mí es darle un poco de confianza?

Me giro para acariciar a Remi, pero mis ojos no se aventuran más allá del perfil de Andrey. Más allá de la luz dorada del sol de la tarde, que le da un relieve nítido y atractivo. —Gracias por venir conmigo.

Su mano se tensa sobre el volante. —De nada.

—Significa mucho para mí, mi tía —continúo.

—Se ven muy unidas.

El corazón me martillea con fuerza contra el pecho. Hablar de esto, de cualquier cosa, es como desnudarse ante una multitud de desconocidos.

Pero, me recuerdo a mí misma, *Andrey no es un extraño. No a menos que lo obligues a serlo.*

—No creo que hubiera sobrevivido sin ella.

—Eres más dura de lo que crees.

—No me viste después de la muerte de mis padres —trago con fuerza, con la garganta dolorosamente seca—. Estaba... destruida, sinceramente. Pasé esos seis primeros meses en una especie de aturdimiento. Quería morir. Creía que era la única forma de volver a estar con ellos.

Me mira, con esos asombrosos ojos grises clavados en mi cara y haciendo que mi piel se estremezca de calor.

No puedo pensar cuando me mira así, así que me vuelvo hacia el parabrisas antes de continuar. —No podía funcionar. Apenas comía ni dormía. No podía ir al colegio. Era la primera vez que experimentaba un episodio catatónico. Ya viste cómo fue.

Vuelve a mirar a la carretera, pero me doy cuenta de que escucha absorto. Incluso Remi ha dejado de moverse. Es como si percibiera la tensión en el aire.

—La tía Annie dejó su trabajo para educarme en casa. Cuatro veces por semana, iba a un psiquiatra infantil que me recomendó el Estado. Entre esas sesiones y la dedicación de tía Annie, empecé a dar señales de vida otra vez —lo miro de reojo—. Ella sigue pensando que fue la terapia lo que ayudó. Pero yo sé que ella fue la razón por la que mejoré. Su amor, sus cuidados, su fe inquebrantable en que volvería —exhalo—. Espero ser la clase de madre que es ella.

—Lo serás —lo dice con tanta seguridad. Sin dudas.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Te he observado con Misha —dice—. He visto lo paciente que eres con él, lo protectora. Eres tan fuerza de la naturaleza como tu tía, Natalia. Solo que aún no lo sabes.

No sé qué decir a eso, así que no digo nada.

Doblamos una esquina, luego otra. Finalmente, enlazamos con la autopista y nos instalamos en una velocidad crucero zumbante.

—Me recuerda un poco a mi propia madre —dice finalmente Andrey, cortando de nuevo el silencio—. Cuando era joven.

Mi cabeza gira en su dirección. ¿Acaso Andrey Kuznetsov ha facilitado información sobre su vida personal? ¿Se está produciendo algún tipo de tortura invisible de la que no soy consciente?

Me quedo muy quieta, como si el menor movimiento fuera a hacerle retroceder tras sus barricadas protectoras.

—Arina tenía el mismo tipo de suavidad maternal. Te hacía subestimar lo astuta que era en realidad.

—Arina —repito en voz baja—. ¿Qué le ha pasado?

—Ha sido paciente de la Institución Mental de Drogheda durante los últimos once años.

—Madre mía —respiro—. Lo he... visto unas cuantas veces. En paseos. Es una propiedad preciosa.

—Desde fuera, tal vez —dice rotundamente Andrey—. Pero al fin y al cabo, por muy bonito que sea, un manicomio es un manicomio. Está atrapada allí.

Hay algo en la forma en que lo dice que hace que me duela el corazón. —Lo siento.

—Soy yo quien debería sentirlo.

Traga saliva como si no hubiera querido decir eso y, sinceramente, no estoy tan segura de haber querido oírlo. Para estar segura, hago como si no lo hubiera hecho.

Pero no puedo quedarme callada, no cuando mi curiosidad está a punto de estallar. —¿La visitas a menudo?

—No tan a menudo como debería —vuelve a tragar saliva, como si toda esta conversación le sorprendiera tanto como a mí—. Pero intento ir todo lo que puedo. Aunque no sé cuánto bien le hace.

—¿Puede reconocerte?

—Algunos días, sí. Otros días, cree que soy... otra persona.

—¿Quién?

Esos acerados ojos plateados centellean en mi rostro y luego vuelven a la carretera. —Un hombre al que teme y desprecia. El mismo hombre responsable de su condena de por vida en Drogheda.

No sé cómo, pero ya sé la respuesta a la pregunta que voy a hacer. —¿Tu padre?

Andrey asiente. —Mi padre.

Lo dice con tanto veneno que me encuentro acercándome a él, con los dedos extendidos, deseando darle algún tipo de consuelo. Mi mano se posa en su muslo, cerca de su rodilla. No reconoce mi invasión de su espacio, pero tampoco me echa.

Progreso.

—¿Sabe que vas a ser padre?

Las manos de Andrey se crispan sobre el volante. —Se lo dije —ronca—. Pero ya no estoy seguro de que pueda procesar información nueva. No estoy seguro de que lo recuerde.

—Pero se lo dijiste. Eso marca la diferencia.

—¿Ah, sí? —me mira como si de verdad quisiera saberlo.

Asiento con firmeza. —No has renunciado a ella. Cuando esté lúcida, cuando vuelva a ser ella misma, lo sabrá. En su corazón, aunque no en su cabeza.

Se vuelve hacia la carretera y terminamos el trayecto en silencio.

Pero mi mano permanece en su pierna durante todo el camino de vuelta a casa.

NATALIA

—Si Abby me pregunta por Andrey, te doy permiso para ejecutarla —le digo a Remi, dejándome caer para darle su rascado matutino detrás de las orejas.

Se le sale la lengua de la boca, y sé que en teoría es totalmente capaz de poner a Abby del revés, pero es tan mono que ahora mismo me cuesta creerlo.

—Menos mal que no hablas inglés —le digo, guiándolo hacia la puerta—. No sé si entenderías mi sarcasmo.

Sobre todo porque apenas es sarcasmo. Abby es la única persona que sigue hablando conmigo en el trabajo, si no contamos a Byron, con el que apenas hablo desde que Andrey lo traumatizó. Byron tiene miedo de mirarme mal, no sea que se enfrente a la ira de Andrey. Y Abby solo quiere hablar de Andrey. Las horas de trabajo no han sido precisamente una fuente de alegría las últimas semanas.

Abro la puerta de la casa de la piscina para dejar salir a Remi y casi piso una cajita sobre la alfombra de bienvenida.

—Pero ¿qué...?

Está envuelta en una cinta blanca, con una tarjetita colgando del lazo. Miro hacia la piscina, donde se acercan dos de mis fornidos guardaespaldas, con cara de sueño. Ninguno parece darse cuenta de mi pequeño regalo.

Al darle la vuelta a la tarjeta, leo las palabras cuidadosamente garabateadas.

Feliz Cumpleaños. Siento habérmelo perdido.

No está firmado, pero sé exactamente de quién es. Sonriendo, quito la tapa de la caja y encuentro un precioso colgante de oro sobre el cojín de terciopelo negro.

Grabado con cerezas.

Se me escapa una carcajada y Remi levanta las orejas. Ladea la cabeza como esperando una explicación.

Sacudo la cabeza, divertida. —Es bueno.

Remi suelta un ladrido confuso.

—He dicho que no más regalos… —levanto el colgante—, y entonces va y me regala algo que no puedo rechazar. Qué astuto.

Remi ladra un par de veces más.

—Espera un momento —me apresuro a entrar para deslizar el colgante en una fina cadena y abrochármelo al cuello. Cuando vuelvo a salir, Leonty y Anatoly me están esperando—. ¡Vamos, chicos!

—Estás demasiado alegre para un lunes —observa Leonty.

Anatoly asiente. —Sí. ¿Qué te pasa? Nunca estás tan contenta de ir a trabajar.

Me meto el colgante por debajo de la blusa y hago lo posible por controlar la sonrisa. —Sí, bueno: nueva semana, nueva actitud.



PERO "NUEVA SEMANA, NUEVA ACTITUD" no es la filosofía que han adoptado mis colegas este buen lunes. Siguen mirando a Remi con recelo, como si realmente pudiera ejecutarlos en el acto, y luego vuelven esos mismos ojos recelosos hacia mí.

Se ha corrido la voz de que estoy con Andrey Kuznetsov, y nadie se explica por qué sigo yendo a trabajar todos los días.

Mi antiguo yo se habría molestado. Pero, de algún modo, con mi nuevo colgante sobre mi corazón, es soportable.

Entre eso y los sentimientos persistentes de mi primera conversación real con Andrey, me siento intocable mientras doy saltitos por la oficina, agachando la cabeza y haciendo mi trabajo. Y, cuando Byron me pide que almuerce con él en su despacho en lugar de comer encorvada sobre el teclado como siempre, el mundo es tan jodidamente maravilloso que acepto sin pensármelo dos veces.

—¡Byron! —exclamo cuando veo mi pollo frito a la pimienta favorito con salsa ranchera de Burning Bird sobre su mesa—. No deberías haberlo hecho.

—Sé que últimamente la estás pasando mal —me explica—. Quería hacer algo para animarte.

Estoy todo lo animada que podría estar, pero nunca rechazaré el pollo frito. Me siento y dejo que empuje mi silla hacia el escritorio. —Muchas gracias.

Acerca su silla y se sienta a mi lado. Un poco más cerca de lo necesario, pero no puedo ver nada más allá del pollo frito.

—Solo intento ser un caballero —lo dice casi como si intentara insinuar que hay otros hombres en mi vida que distan mucho de ser caballerosos.

Reprimo una sonrisa y acepto la bebida que me ofrece. —Pues sí que lo eres. Sinceramente, eres un buen amigo.

—"Amigo…" —repite la palabra con amargura.

Hago como si no lo hubiera oído mientras cojo el pollo a la pimienta. —Huele...

—Natalia.

Mi mano se congela sobre el envoltorio de papel de aluminio. El miedo me recorre la espalda. Trago saliva y me vuelvo hacia él. —¿Sí, Byron?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Me limpio las palmas sudorosas en la parte delantera de la falda. —Así es. Dos años, creo.

—Más tiempo —insiste—. Casi tres.

Le dirijo una débil sonrisa. —¿Tanto tiempo pasó?

Su mano llega hasta mi rodilla y me paralizo. Mis ojos se posan en el lugar donde sus dedos se enroscan alrededor de mi carne. Apretando. Amasando. Deja pequeños surcos rojos por todas partes, como chinches.

—No creo que sea un secreto lo que siento por ti.

S.O.S., S.O.S. Houston, tenemos un problema...

¿Dónde están mis malditos guardaespaldas cuando los necesito?

—Byron... escucha…

—Ya sé lo que vas a decir —Byron frunce el ceño—. *Él*. Pues que se joda, Natalia. No te merece. Necesitas un hombre que te aprecie de verdad.

Me distrae lo fuerte que me agarra la pierna. Empieza a dolerme de verdad. —Byron... llevo a su hijo.

—¡No me importa! Dijiste que no estabas con él. No me importa que vayas a tener un hijo suyo. Así de mucho que te deseo.

Se me retuerce el estómago. Pero no por nada de lo que dice. Bueno, no solo por lo que dice.

Es porque, mientras habla, su mano sube cada vez más por mi muslo, apartándome la falda.

—¡Byron, para!

—Podríamos estar muy bien juntos, Natalia.

Se me eriza la piel cuando llega a la parte interior de mi muslo. Recuperando por fin el control sobre mi cuerpo, le aparto la mano de un manotazo y me pongo en pie. —¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Se queda con la boca abierta, como un pez estupefacto. —Solo intento que entiendas...

—¡Lo que entiendo es que eres mi jefe y acabas de meterme la mano en la falda! Es inapropiado.

Sacude la cabeza. —Sé que soy tu jefe, pero eso no significa que esto no pueda funcionar.

—Se suponía que esto era un almuerzo —el olor del pollo sigue provocándome. Me muero de

hambre, y tengo la fuerte sensación de que no voy a comer ni un bocado—. No quiero nada más que eso, Byron.

Entrecierra los ojos hasta que solo son astillas de negro, el azul ha desaparecido por completo. —¿Crees que esto es inapropiado?

—Lo es —digo en voz baja—. Lo siento, pero...

—¿Así que ser follada en mi mesa por ese psicópata es apropiado, pero esto no lo es?

Byron avanza hacia mí, acercándose incluso cuando retrocedo. El corazón me retumba en el pecho, y un sudor frío me recorre la base de la columna vertebral.

—¿Ahora me tienes miedo? —se burla—. ¿Estoy siendo "inapropiado"?

—No eres tú mismo, Byron —chillo.

—No me conoces como crees —sisea—. Igual que yo pensé conocerte a ti, paseándote por la oficina, toda dulce y sonriente, fingiendo ser una chica agradable. No eres una buena chica. Las chicas buenas no hacen las cosas que tú me has hecho.

—Siento si alguna vez te he engañado. Créeme, nunca fue mi intención. Tenía la impresión de que éramos colegas y amigos. Fin de la historia —sus ojos parpadean furiosamente mientras dos venas de sus sienes palpitan—. Me marcho ya.

Estoy de espaldas a él cuando habla. —Conseguiste lo que querías de mí y ahora te vas a largar, ¿eh?

Mis instintos me gritan que no muerda el anzuelo. Pero mi sentido del orgullo vence a la razón.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto, dándome la vuelta.

Su sonrisa es fea. —La fábrica de rumores se ha estado agitando desde que te follaste a Kuznetsov en mi despacho. Otro empleado habría sido despedido por hacer lo que tú hiciste. ¿Quién crees que te ha protegido de RRHH todas estas semanas? ¿Quién crees que impidió que la verdad llegara al Sr. Ewes?

Se me cae la mandíbula. —¿Por eso no me despediste? ¿Intentabas manipularme?

—¡Intentaba protegerte! —ruge—. ¿Sabes cómo te llaman en la oficina? ¿Sabes lo que dicen de ti? ¡Te llaman la zorra de la oficina! Comparada contigo, Abby parece la Virgen María.

Me lo espero y aun así, me duele. —Bueno, todo el mundo tiene derecho a opinar.

—No sé por qué he perdido el tiempo contigo —gruñe mientras abro de un tirón la puerta y salgo al pasillo, rezando para que se cierre antes de que el resto de su insulto pueda alcanzarme.

No se cierra lo suficientemente rápido.

—No eres más que una puta de pacotilla, dispuesta a sacrificar su orgullo por un hombre con una cartera gorda.

NATALIA

—Nat, ¿seguro que estás bien? —es la tercera vez que Leonty pregunta.

La primera, vez no estuve bien. Había salido del despacho del Sr. Ewes treinta segundos antes, aún conmocionada por las secuelas de la reunión. Aún me zumbaban los oídos. Me sentía insensible a todo, excepto a la completa y absoluta mortificación que sentía, así que apenas oí a Leonty; me limité a asentir y lo seguí hasta el coche.

Durante el largo viaje por la ciudad, repetí la conversación en mi cabeza una y otra vez, y cada vez me sentía menos bien. *Byron me contó lo que pasó, señorita Boone. Y lo que es peor, hay cámaras de seguridad por todo el edificio. Esperaba más de usted.*

Ahora tengo náuseas y estoy al borde de las lágrimas, pero le dirijo a Leonty una sonrisa tensa. —Estoy bien.

Me dirijo a la casa de la piscina, con Remi pisándome los talones. *Puedes llorar cuando llegues a la casa de la piscina. Puedes llorar cuando llegues a la...*

—¿Natalia?

Me paralizo. De repente, toda la frustración y el resentimiento que me invaden encuentran un objetivo.

Andrey aparece por la esquina. Parece que ha estado fuera todo el día. Tiene la piel bronceada y el pelo perfectamente peinado al viento. Está guapísimo.

Pero hoy, su buen aspecto no me afecta en absoluto. Solo sirve para recordarme que el mundo baila al son de hombres como él, mientras guarda las consecuencias para mujeres como yo.

—Ahora no, Andrey.

—Solo quería preguntarte si has recibido mi... —se detiene cuando ve mi cara y sus ojos se entrecierran con astucia—. ¿Qué pasa?

—Nada.

Leonty le hace una reverencia a su jefe y se escabulle mientras Andrey se acerca. —No lo creo, *lastochka*. Dime qué te pasa.

—Solo las consecuencias de mis acciones. Nuestras acciones, supongo —parpadeando, intento

soltarlo rápido—. Estoy suspendida del trabajo hasta nuevo aviso.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Por qué?

—Porque te pusiste celoso y amenazaste a mi jefe —escupo—. Porque fui débil y me acosté contigo en su mesa.

Odio que todo esto también sea culpa mía. Odio no poder echarle toda la culpa a Andrey, por mucho que quiera.

—Dios —digo entre dientes—, ni siquiera puedo culpar a Byron. Quiero decir, me denunció por las razones equivocadas, pero tenía todo el derecho a hacerlo desde el principio. ¡Tuvimos sexo en su mesa, Andrey! Hay cámaras.

Remi me mira entrecerrando los ojos, con las orejas apretadas por la preocupación.

—Natalia.

Al oír la voz de Andrey, incluso Remi se acobarda. Muestra los dientes y un gruñido grave emana de detrás de ellos.

Andrey lo ignora. —¿Byron hizo esto?

Se acerca a mí y Remi gruñe.

Andrey le lanza una mirada irritada a mi perro guardián. —Yo puedo arreglarlo.

Girándome, le clavo un dedo en el pecho. —No te metas. Ya hiciste bastante.

Remi ladra con fuerza y salta entre nosotros. No sé si me pone más nerviosa él o Andrey. Ambos parecen más que capaces de asesinar.

—Remi —le digo—, no pasa nada. *'sidet*.

Andrey me clava una mirada penetrante, difícil de romper. —Ven conmigo a mi despacho.

—No es la primera vez que oigo eso hoy —resoplo—. No quiero.

Andrey me ignora y se vuelve hacia la puerta. —Ahora.

Con la palabra resonando en mis oídos, me encuentro siguiendo a Andrey por la casa y entrando en su despacho. Cierra la puerta tras de mí, dejando fuera a Remi. Su nariz húmeda asoma por debajo del hueco, y un gruñido frustrado retumba en la madera.

—Si crees que puedes volver a manipularme... —jadeo, tragándome las palabras mientras me empuja de nuevo contra la puerta.

Todo el cuerpo de Andrey presiona con fuerza contra el mío. Sus dedos trazan la columna de mi garganta. —Estás enfadada conmigo.

Sus ojos plateados están fijos en mí. Me distraen, pero de todas formas no hay nada más que mirar. Andrey está demasiado cerca. Y es demasiado grande.

Demasiado. Tanto que perdí la cabeza y dejé que me follara en el trabajo. ¿En qué demonios estaba pensando?

Andrey me aprieta con más fuerza contra la puerta, y de golpe recuerdo lo que estaba pensando: Dios, qué bien me sienta.

—Sí, estoy enfadada —siseo—. ¡Estoy enfadada contigo y conmigo misma y con Byron y... con todo!

Sigue la cadena de mi collar hacia abajo y hacia abajo, sus dedos se sumergen bajo el cuello de mi blusa para sacar las cerezas doradas. —Las baratijas que te doy no pueden compensarlo. Lo comprendo. Necesitas una válvula de escape para tu ira.

Frunzo el ceño. —Yo no...

Da un paso atrás cuando Remi empieza a arañarlo. No tengo la presencia de ánimo para consolarlo en este momento. Mi atención está totalmente atrapada por la mirada hipnótica de Andrey.

—¿Quieres enfurecerte conmigo? —pregunta—. ¿Quieres abofetearme? ¿Quieres gritar maldiciones y romper mis cosas? —hace un gesto alrededor de la oficina—. Adelante.

Me llevo las manos a los costados. —¿De qué estás hablando?

—No tiene sentido reprimir tu ira. ¿Mi consejo? Déjala salir.

Mi lengua se desliza inconscientemente sobre mis labios. Hay muchas cosas frágiles en el despacho de Andrey. ¿Me haría mejor destrozarlas? ¿Ver cómo sus cosas caras se rompen a mis pies, del mismo modo que mi vida se ha venido abajo?

—No puedo... No quiero... Eso no es lo que quiero —tartamudeo.

—Sí, así es. Estás molesta conmigo. Pues moléstate conmigo —como no digo nada, vuelve a entrar en mi espacio—. ¿O prefieres que yo te saque la rabia?

Se me corta la respiración cuando sus ojos brillan con promesa. *Esto es lo que me metió en problemas la primera vez.*

Pero hay una razón por la que vuelvo una y otra vez a Andrey. Me hace sentir bien.

Asiento, casi imperceptiblemente, pero Andrey se da cuenta. Se da cuenta de todo.

Con un rápido movimiento, me hace girar y me aprieta contra la fría madera de la puerta. Unas manos ásperas me empujan la falda por los muslos hasta que se me encharca a los pies.

Sus dedos rozan mi piel expuesta, su respiración repentinamente entrecortada y caliente contra mi cuello. —Ríndete a la ira, pajarito.

Entonces, lo siento: su circunferencia, su peso, su grosor deslizándose contra mi piel y entre mis muslos.

Me doblo por la cintura, presionando las caderas contra él, con las palmas de las manos apoyadas en la superficie texturizada de la madera.

—¿Qué dices, *lastochka*? ¿Estás dispuesta a rendirte?

Su dureza roza mi abertura sin llegar a traspasar mis labios. Sé que solo me dará lo que quiero si

se lo pido.

—Fóllame —susurro—. Lo necesito.

Con una risita satisfecha, Andrey se sumerge dentro de mí. Golpeo la madera con las manos, gritando mientras él se hunde en mí todo lo que puede.

Remi ladra al otro lado de la puerta, arañando la madera, pero apenas puedo pensar en inglés, por no hablar del ruso que necesito para calmar a Remi.

—Tú y yo —gime Andrey—. Siempre volveremos a esto. El uno al otro. Lo necesitamos.

Quiero decirle que es un mentiroso. Quiero decirle que puedo vivir sin esto. Pero las manos de Andrey bajan sobre las mías, su cuerpo ensombrece al mío contra la puerta. Encajamos mientras me folla por detrás con toda la agresividad y frustración con las que entré en la habitación.

Pero ahora las emociones se canalizan en esta cosa hermosa y perfecta.

Todo el día habrá valido la pena si consigo derrumbarme a su lado. Si puedo sentir su pulso dentro de mí.

—Sí —gimo—. Sí... más fuerte, más fuerte... *maldición*.

Andrey no se contiene. No conoce el significado de “suave”. Me folla como si no tuviera nada que perder.

Y yo cierro los ojos y me rindo.

ANDREY

El letrero de neón se apoya en un salpicadero rosa picante. ***Hot Chick***. Sin puntos por sutileza.

Incluso desde fuera, huele a alcohol barato y desesperación. El tipo de lugar que a mi hermano le encanta frecuentar. Para demostrarlo, los pasillos están llenos de humo y el suelo está sucio, pero yo no estoy aquí por el ambiente.

Byron Wells juega a los dardos junto a la barra. Está de espaldas a mí, así que no me ve tomar asiento en la mesa de billar cercana. Justo cuando cojo el menú que hay sobre la mesa, un coro de vítores resuena detrás del pilar.

—¡Buen tiro, By!

—Tú eres el hombre.

—Esta noche estás que ardes.

Echándome hacia atrás en la silla, miro a la vuelta de la esquina.

Byron está recostado en un taburete como si fuera un trono, con los codos apoyados en la barra. Lleva el pelo peinado hacia atrás con un grueso fajo de gel, y lleva una camisa de seda desabrochada hasta la mitad del pecho.

—Ha sido un buen día en general —nadie le pregunta, pero añade—: He conseguido una buena victoria en el trabajo.

—¿Esta victoria tiene algo que ver con esa ayudante tuya, la del buen culo? —pregunta uno de sus amigos.

—Puede que sí —Byron se encoge de hombros tímidamente—. Puede que no.

—¿Por fin ha cedido?

Ya ni siquiera puedo fingir que me interesa el menú. Cuando se acerca la camarera, le hago un gesto para que se vaya. Se aleja con cara de decepción.

—Todavía no —dice Byron—. Pero lo hará.

Tanta confianza. Es un clavo más en su ataúd.

Pero uno de sus amigos se muestra escéptico. —¿Es la misma mujer que ha estado haciéndose la

dura todo este tiempo? ¿Qué cambió?

—Por fin se ha dado cuenta de mi valía —grazna Byron—. Quiere un hombre poderoso, y eso es lo que soy. Es solo cuestión de tiempo que la doble sobre mi escritorio y le demuestre lo poderoso que puedo llegar a ser.

Sin darme cuenta, me pongo en pie. No era mi intención que esto se convirtiera en un espectáculo público, pero a la mierda, actuaré primero y pensaré en el control de daños después.

Pero, antes de que pueda avanzar hacia él, Byron se pone en pie. —Tengo que mear. Ahora vuelvo.

Jodidamente perfecto. El simple hecho de seguirlo a través de la barra hasta el baño de hombres hace que me recorra una oleada de adrenalina.

Esto se siente bien.

Esto se siente correcto.

Esto se siente como en los viejos tiempos, antes de las estratagemas políticas y las guerras en la sombra. Antes, cuando tenía una tarea sencilla y solo era cuestión de ejecutarla a la perfección.

Las luces parpadean siniestras cuando entro en el cuarto de baño. Con un vistazo rápido, confirmo que Byron y yo somos los únicos que estamos aquí y cierro la puerta con una barricada.

Si todo va bien, esto no debería llevar más de diez minutos.

Cinco, si muere rápido.

Para ahorrarme el lío, dejo que termine en el urinario y me dirijo al lavabo. Hasta que no se está lavando las manos, no me echa una mirada casual al espejo, seguida de una violenta mirada de vuelta.

Su rostro está mortalmente pálido mientras se da la vuelta para mirarme de lleno. —¿Qué haces aquí?

—Estoy haciendo una clasificación de los bares más sórdidos de Nueva York. Cuando te vi aquí, supe que había encontrado al ganador.

Se aleja de mí, se apoya tanto en el mostrador que el agua corriente le empapa las mangas. —O-o-oye, hombre…

Doy un paso hacia él y las gotas de sudor recorren su frente a la tenue luz. —Te lo advertí, ¿verdad?

Mueve la cabeza, frenético. —No, no... ¡Yo no he hecho nada! El Sr. Ewes es el que...

Le doy un cabezazo tan fuerte que sus ojos giran en sus órbitas. El chasquido de hueso contra hueso es viciosamente satisfactorio.

—No —solloza a través de una boca que no quiere funcionar bien—. Yo no...

—Cierra el pico, *mudak* —lo cojo por la nuca, clavo las uñas en su carne sudorosa y lo fuerzo a entrar en uno de los lavabos. El agua del fondo del retrete está convenientemente turbia.

Justo lo que se merece este cabrón.

—No, no, no... por favor...

Sus gritos se cortan cuando su cabeza desaparece en el retrete. El agua chapotea a su alrededor mientras él lucha por respirar, pero es fácil mantenerlo abajo. Es tan fácil retenerlo aquí y dejar que su vida se agote.

Pero todavía no.

Sacándolo un momento, hablo mientras él jadea y balbucea sin decir palabra. —Elegiste a la mujer equivocada para molestar.

—¡Por favor! —grita.

Pero sus ojos de pánico no hacen más que avivar mi repugnancia. —Es la última mujer de la que te aprovechas.

Y, acto seguido, vuelvo a sumergir su cabeza en el agua sucia. Esta vez, no lo suelto hasta que deja de forcejear, hasta que su cuerpo queda inerte y su cabeza se mece tranquilamente en el agua.

Buen puto viaje.

Me enderezo, cierro la puerta del cubículo y me lavo bien las manos antes de abrir la puerta. Afuera me espera un hombre mayor descontento, que me mira mal. Ignorándolo, paso por delante del bar al salir.

—¿Dónde está By? —oigo preguntar a uno de sus amigos.

—Está borracho. Probablemente se haya caído...

Con una mueca satisfecha, dejo atrás el opresivo bar. El aire del exterior es limpio y fresco comparado con el humo y la mugre del bar. Pero aún no puedo apreciarlo.

Tengo una cuenta pendiente antes de que acabe la noche. Por suerte, la casa de Richard Ewes está a poca distancia en coche.



SHURA ESTÁ APOYADO en la puerta del acompañante de su Escalade cuando llego.

—¿Y bien? —pregunto una vez que me he reunido con él.

—Está dormido en su cama —me informa Shura—. Y estás de suerte: esta noche está solo. La esposa está en Kentucky, visitando a sus padres.

—¿Sistema de seguridad?

—Lo he desactivado hace unos minutos. Eres libre de entrar.

Le doy una palmada en la espalda. —Buen hombre.

Shura suspira sombríamente mientras subo los escalones de la casa de piedra rojiza. Se ha ofrecido voluntario para ser mi apoyo esta noche, y sé por qué. A pesar de su exterior duro y brusco, Natalia ha conseguido colarse también en su corazón.

Él no quiere verla herida más que yo.

Entro en la casa de Richard tan fácilmente como si fuera la mía. Es limpia y totalmente anodina, como arrancada de las páginas de un catálogo de muebles de los suburbios.

Paso junto a una mesa auxiliar con varias fotografías enmarcadas, todas de la misma pareja: un Richard satisfecho de sí mismo con una mujer mucho más joven del brazo.

Los hombres como él son todos iguales: Tan. Jodidamente. Previsibles.

Subo un tramo de escaleras y encuentro el dormitorio principal a mi derecha.

Richard está tumbado en la cama, con el edredón echado a un lado para mostrar su cuerpo regordete y desnudo. Arrugo la nariz, asqueado, al ver su pene pequeño y arrugado, que yace fláccido sobre una capa de vello púbico rubio y rizado.

Pero es una forma adecuada de que esto se desarrolle.

Uso bridas para atar al bastardo a su cabecero. Mientras le ato la segunda mano, empieza a agitarse. Termino de atarlo, arrastro el ostentoso sillón junto a la ventana hasta su cama y espero a que se despierte.

—Siento venir tan tarde, Richard... —se gira hacia mí, con el blanco de los ojos brillando de pánico—, pero tenemos asuntos importantes que discutir.

—¿Qué...? —jadea, mirando alrededor de la sombría habitación como si fuera a ofrecerle alguna explicación—. ¿Andrey?

Cruzo las piernas y chasqueo la lengua con impaciencia. —De verdad que no tengo tiempo para esperar a que te pongas al día, Richard.

Empieza a hacer fuerza contra las bridas. —No puedes... ¡Esta es mi casa! Podría hacer que te detuvieran.

Sonrío fríamente. —Adelante. Llama a la policía.

Forcejea contra las ataduras solo unos segundos antes de darse cuenta de lo jodida que es esta situación para él. No es un hombre estúpido. No como Byron. Es solo un desgraciado.

—¿Qué quieres? —gimotea.

—Has suspendido a Natalia.

—¡Te acostaste con ella en el despacho a la vista de una cámara! ¿Qué otra opción tenía?

—¿Y qué pasa con Byron Wells?

Richard se hunde. —¿Qué pasa con él?

—Hice que mis hombres indagaran un poco en la historia de Byron en tu empresa. Al parecer, se

han presentado bastantes denuncias por acoso sexual a lo largo de los años contra él. De bastantes mujeres distintas.

—Yo... Em, eso es... —balbucea, con la saliva volando por todas partes.

—Ve al grano rápido, Richard: me estás perdiendo.

Traga con fuerza. Su nuez de Adán se sacude con violencia. —Lo que pasó contigo y con Natalia no tiene nada que ver con Byron. Son situaciones completamente distintas.

—Estoy de acuerdo. El incidente entre Natalia y yo en el despacho fue totalmente consentido. La situación con Byron no.

—Hay imágenes de...

—Me importa una mierda el material que tengas —gruño. Richard se pone rojo, luego morado y después blanco de miedo—. Me da igual si me follé a Natalia en tu puta mesa. Eso sigue sin explicar por qué ella tiene consecuencias y Byron tiene vía libre.

—Recursos Humanos querrá hacer una revisión interna, y...

Levanto la mano y Richard cierra la mandíbula. —Me importan una mierda los detalles. Me importa una mierda el maldito proceso. Quiero que se arregle esta situación, y tú vas a arreglármela.

—No puedo... Yo...

—Eres el director general de la empresa; puedes hacer lo que quieras. Y créeme, Richard, querrás hacerme feliz. Porque si no soy feliz, volveré aquí —miro alrededor de la habitación, fijándome en el joyero al otro lado de la cama—. Quizá la próxima vez puedas presentarme a tu preciosa mujercita.

Palidece. —¡No le hagas daño! —suplica.

—No tengo intención de hacerle daño. Pero puede que la obligue a ver cómo te hago daño a ti. Depende de lo mucho que me hagas molestar.

Parece que los globos oculares se le van a salir de las órbitas. Por segunda vez esta noche, el hedor del amoníaco golpea mis fosas nasales como un mazo. Una mancha oscura se extiende por la cama, alrededor de la entrepierna de Richard.

Sinceramente, es casi suficiente para hacerme desear un enfrentamiento con Nikolai.

Al menos, el hombre tiene un poco más de orgullo. Al menos planteará un desafío algo mayor.

Esto... esto es como pescar peces en un barril.

—De verdad, Richard —arrugo la nariz—. No hay por qué temer. No mientras hagas exactamente lo que te pido.

Asiente, con las lágrimas rodando sin control por sus mejillas. —Vale. Vale. ¿Qué quieres de mí?

Me pongo en pie. —Mañana a primera hora, readmitirás a Natalia y borrarás cualquier mancha

negra de su expediente. También le darás un aumento de sueldo y una disculpa por tu clamoroso error de juicio —me crujo los nudillos y luego el cuello—. Personalmente, creo que Natalia puede encontrar algo mucho mejor que tu pequeña operación de mierda. Pero, mientras quiera trabajar para ti, espero que tenga trabajo allí. ¿Está claro?

—Sí.

—Entonces, estamos de acuerdo —saco un cuchillo, haciendo que Richard se mee un poco más encima—. Contrólate, hombre. Voy a soltarte.

En cuanto tiene las manos libres, arrebata el edredón y tantea para cubrirse. Sonriendo, me dirijo a la puerta.

—¡Espera! —lo miro por encima del hombro y escucho—. ¿Qué quieres que haga con Byron?

—No tienes que preocuparte por Byron. Ya me encargué de ese problema por ti —sonrío y cierro la puerta—. De nada.

NATALIA

—Bonito, ¿eh? —pregunta Leonty.

Aspiro a la luz del sol que se filtra por los ventanales y a la vista de la propiedad. —Es genial —estoy de acuerdo—. Pero sigo sin saber por qué me has traído aquí.

Leonty mira hacia el jardín mientras responde—: Porque tu bebé necesitará una guardería.

Esta habitación sería perfecta para una habitación infantil, pero eso también significa que tendría que mudarme a la casa principal en algún momento. Por mucho que me repugne admitirlo, me encariñé con la casa de la piscina.

Es una laguna conveniente para no tener que admitir que Andrey y yo vivimos juntos.

Estamos bajo dos tejados distintos. Somos vecinos, más que nada.

Pero si mi bebé va a estar en una guardería en la casa grande, ¿dónde me deja eso? ¿Dónde nos deja eso a nosotros?

—¿Quizá podríamos añadir una ampliación a la casa de la piscina? —sugiero—. ¿Crear un pequeño rincón para el bebé?

Leonty frunce los labios. —Avísame cómo va esa conversación con el jefe.

—Gallina.

—No veo que te apresures a plantearle la idea. Me lo dejas a mí. Cobarde.

Me río entre dientes. Supongo que hace falta ser una para reconocer a otro.

Desde mi suspensión del trabajo y mi posterior reincorporación, sospechosamente rápida, quiero preguntarle a Andrey qué papel tuvo en todo aquello. Porque algo habrá hecho.

El Sr. Ewes revocó su decisión en menos de veinticuatro horas, y no solo me libré de una revisión de RRHH, sino que me gané un aumento.

Además, ¿dónde demonios se ha metido Byron? Desapareció sin ni siquiera una fiesta de despedida en la sala de descanso. La única explicación que obtuve fue la misma que el resto de Sunshield: *El Sr. Wells ha decidido presentar su dimisión y buscar otras perspectivas profesionales.*

Nadie se lo creyó.

Y menos yo.

No después de que Andrey me asegurara básicamente que "se ocuparía de todo". Podría preguntarle a Andrey, pero, la verdad sea dicha, me aterra lo que pueda decir.

—Andrey está ocupado, ¿vale? —le digo—. No quiero molestarlo.

—¿Desde cuándo?

Con el ceño fruncido, me uno a él junto a las ventanas. —Desde que podría haber matado a mi jefe por acosarme sexualmente.

La sonrisa de Leonty se marchita. —¿Quieres dejarlo ya? Tienes algo bueno, Nat. Disfrútalo.

Dios, cómo me gustaría poder hacerlo. —¿Crees que lo ha matado?

Leonty se encoge de hombros, lo cual, déjame decirte, no es nada reconfortante. —Personalmente, no creo que debas perder el tiempo preocupándote por ese imbécil. Ya no está en tu vida. Fin de la historia. En lo que deberías centrarte es en preparar esta habitación para la princesita.

Intenta darme una palmadita en el estómago, pero lo aparto de un manotazo. —No seas condescendiente.

Riéndose, se dirige hacia la puerta. —Me han dicho que te haga saber que esta habitación la puedes diseñar tú. Así que deja volar tu imaginación.

Luego desaparece.

—Idiota —murmuro, volviéndome hacia las ventanas.

Antes dejé a Remi con Misha en los jardines, pero ahora mismo no veo ni rastro.

Casi como si los hubiera conjurado de la nada, oigo el ladrido de Remi. Unos instantes después, el perro entra en la habitación con Misha justo detrás. Ambos resbalan y se deslizan por el suelo de madera pulida, riendo histéricamente.

Misha se tranquiliza y agacha la cabeza en cuanto me ve, con las manos cruzadas a la espalda. —Leonty dijo que estabas aquí arriba —sigue entrando en todas las habitaciones como si lo fueran a tirar de los pelos. Otro síntoma de su dura infancia, estoy segura.

Aunque hasta ahora no ha dado más detalles. Pasé horas intentando sonsacarle información. Al final, fue Mila la que me hizo darme cuenta de que estaba dando palos de ciego.

"*Aún no está listo para hablar de su pasado. En lugar de forzar el tema, dale espacio para confiar en ti. Un día, cuando esté preparado para hablar, sabrá que puede acudir a ti*".

Fue un buen consejo. En cuanto dejé de presionarlo para que me diera información sobre sí mismo, se relajó a mi alrededor. A veces, incluso me busca.

—Esta va a ser la habitación del bebé. ¿Qué te parece?

Remi explora la habitación en círculos grandes y frenéticos, olisqueando cada rincón. Misha, en cambio, se toma su tiempo. Mira a su alrededor con esos ojos vigilantes, girando sobre sí mismo como si tuviera miedo de ocupar espacio.

—¿Qué te parece? —me responde.

—Yo te pregunté primero.

Su sonrisa es tímida. —Es... agradable.

—¿Y si pintamos las paredes de un bonito amarillo brillante? —me pregunto en voz alta—. ¿O quizá empapelar un lado con un motivo de bosque? ¿Y luego pintar esta pared de verde?

Misha parece totalmente perdido. —Um... sí. Lo que tú quieras.

Remi apoya la cabeza en la parte posterior de las piernas de Misha. Se arrodilla para acariciar al perro necesitado. No puedo evitar sonreírles. Es increíble lo lejos que han llegado. Esto demuestra lo que se puede conseguir con un poco de amor.

Le hago un gesto a Misha para que se siente conmigo en el asiento de la ventana. Se sienta en el extremo más alejado del cojín mientras Remi reanuda sus inspecciones en círculo.

—¿Me ayudas a pintar? —pregunto.

Al oír eso, los ojos del chico se clavan en los míos. —¿Quieres que te ayude?

—Por supuesto.

Su cara se sonroja y baja rápidamente la mirada. —Aunque... no sé cuánto tiempo más estaré por aquí —su frente arrugada sugiere que lleva tiempo preocupándose por esto.

—¿Hay algún sitio donde tengas que estar, Misha? —pregunto—. ¿Un hogar al que quieras volver? ¿Una familia que pueda estar esperándote?

Se niega a mirarme. —Nadie me busca.

Se me parte el corazón. Pero, de nuevo, eso ya lo sabía. Han pasado meses y nadie ha llamado a mi puerta.

—Si hay alguien a quien quieres encontrar —digo en voz baja—, podría ayudarte a localizar...

—¡No!

Me echo hacia atrás, sobresaltada por la fiereza de su voz y la repentina palidez de su piel.

—Lo siento, es que... no quiero que me encuentren —suspira—. Si saben que estoy vivo, sabrán que fracasé. Y me dijeron que, si fracasaba, Andrey me mataría o lo harían ellos.

—Pero Andrey no te mató —le recuerdo—. Y tampoco lo hará.

Misha se retuerce, incómodo. —Lo sé. Me equivoqué con él.

—Misha, ¿te queda algún sitio al que ir?

Menea la cabeza y detecto el miedo en sus ojos ante la mera sugerencia. Lentamente, del mismo

modo que entreno a los extraños para que se acerquen a Remi, estiro la mano y toco la pierna de Misha. Se estremece, pero no me aparta.

—Bueno, entonces yo soy afortunada —declaro—. Porque eso significa que puedo disfrutar del placer de tu compañía.

Misha me parpadea como si la idea fuera absurda. Como si nadie le hubiera dicho nunca nada tan bonito.

Eso me rompe un poco más el corazón.

—¿Quieres quedarte aquí con...?

—Me gusta quedarme aquí —dice Misha antes de que pueda terminar de formular la pregunta—. Me gusta estar cerca de ti.

Sonrío y le aprieto la rodilla. —Aquí estás a salvo, Misha. Lo sabes, ¿verdad?

Asiente. Su sonrisa se marchita. —Pero Andrey no me querrá aquí para siempre.

La determinación me recorre los huesos. Ya no me interesa evitar una conversación dura con Andrey. No cuando la tranquilidad de Misha pende de un hilo.

—No te preocupes por Andrey —le aseguro—. Déjamelo a mí.

NATALIA

Echo los hombros hacia atrás y llamo a la puerta del despacho de Andrey, dispuesta a mostrarme fría, tranquila y serena.

Pero, cuando la puerta se abre de golpe, es Shura quien está allí de pie.

Me desplomo. —¿Dónde está Andrey?

—Está en el gimnasio.

Con un gesto de agradecimiento, ya me estoy dando vuelta cuando Shura se aclara la garganta. Nunca lo había visto tan incómodo. —Me preguntaba si... eh... ¿Cuándo será la próxima visita de Katya?

Reprimo una sonrisa. Sé lo que Katya siente por Shura; solo no estaba segura de si él le correspondía. El brillo de sudor nervioso en su frente aclara un poco las cosas.

—Pronto —le aseguro—. Quiere venir a ver la guardería.

Se encoge de hombros como si no pudiera importarle. —Tengo unos discos que quería que le prestara. Eso es todo.

—¿Puedo darte su número, si quieres? Así no tengo que ser tu intermediaria.

—Ah, ¿sí? Bueno... —su cara se sonroja—. Supongo que sí. Si te facilita las cosas.

—Te pasaré su contacto.

Tarareo la marcha nupcial y sonrío como una loca mientras me dirijo al gimnasio en busca de Andrey.

Pero una mirada a Andrey, sin camiseta y sudando mientras se golpea contra un saco de boxeo en la esquina más alejada del gimnasio, borra la sonrisa y todo pensamiento seguro para el trabajo.

Lleva unos pantalones cortos negros y unas vendas negras a juego en las manos, mientras rebota sobre las puntas de los pies, rodeando el saco de boxeo con una gracia brutal que nunca había visto. Cuando descarga sus puños sobre el pobre saco, amenazando con arrancarlo de cuajo, me parece estar viendo poesía en movimiento.

Me acerco con cautela, maravillada por la forma en que sus músculos se ondulan con cada movimiento. Tiene músculos en lugares que ni siquiera sabía que se podían tener.

Olvídate de la frialdad y la calma: oficialmente estoy acalorada y molesta. Y ¿quién podría culparme? Es la perfección. Quiero pasar un dedo por la topografía de sus muslos, cartografiarlos para que las generaciones futuras sepan cómo es un espécimen perfecto.

Y no me hagas hablar de su...

—¿Natalia?

Me quedo paralizada como una niña a la que han pillado con las manos en la masa. Me arde la cara, pero cuadro los hombros y lo miro a los ojos. —Tenemos que hablar.

Agradable, aprueba mi entrenadora interior. *Muy severa. Muy imponente*.

—¿De qué va esto?

Debería contestarle, pero mi atención está fija en una sola gota de sudor que se desliza por el corte en V de sus abdominales hasta desaparecer por debajo de la cintura. Solo cuando desaparece, vuelvo a parpadear hacia su cara, decidida a mantener el rumbo. —Se trata de Misha.

Andrey empieza a desenrollar las envolturas de su mano, pero sus ojos permanecen fijos en mí. —Vale. ¿Qué pasa con él?

Las cosas están razonablemente tranquilas entre nosotros desde toda la debacle de la suspensión. No nos hemos acostado, pero tampoco nos hemos peleado. Ha sido... agradable. No quiero estropear algo bueno, pero estoy decidida a salirme con la mía. Si eso significa otra pelea, que así sea.

—Quiero quedármelo.

Vaya manera de facilitarle la idea. Solo soy un toro grande y tonto, pisoteando la cacharrería de Andrey.

—¿Quieres quedártelo? —la incredulidad en su tono es exactamente como no quería que empezara esta conversación.

Aunque llamarlo “negociación con rehenes” en esta fase podría ser más exacto.

—Lo dije mal —respiro hondo y vuelvo a intentarlo—. ¿Sabes por lo que ha pasado ese chico?

—Teniendo en cuenta que lo hice pasar por algo de eso, me hago una idea.

—No lo dijo explícitamente, pero estoy bastante segura de que nació en una especie de... —bajo la voz—, operación de tráfico de blancas.

Espero algún tipo de reacción, pero Andrey sigue desabrochándose las vendas de las manos, y el largo y sudoroso lazo de tela se amontona a sus pies.

—¿Entiendes lo que te digo? —presiono—. Mencionó brevemente a su madre, y creo... Andrey, creo que fue vendida.

—Era prostituta.

Me echo hacia atrás, frunciéndole el ceño. —Espera, ¿cómo lo sabes?

—El chico lleva meses en mi casa. ¿De verdad creías que no iba a indagar en sus antecedentes? ¿De verdad creías que no querría averiguar todo lo que hay que saber sobre su procedencia?

—Entonces... ¿sabes dónde está su madre?

Sacude la cabeza. —Muerta, lo más probable.

—Madre mía —se me parte el corazón por Misha. Pero entonces, algo me asalta—. Espera... ¿lo sabe?

—No estoy seguro. Al parecer, se separaron cuando él solo tenía siete u ocho años.

Siete u ocho años. Es la misma edad que yo tenía cuando perdí a mis padres. Quiero envolver a Misha en un abrazo fuerte y no soltarlo nunca.

—¿Por qué se separaron?

—Por lo que sé, Star, no pudimos encontrar su nombre de nacimiento, fue vendida al mejor postor en una subasta hace años. El hombre que la compró no estaba interesado en pagar también por su hijo.

Me pesa el pecho. Me cuesta respirar. —Dios mío.

—A Misha lo mantuvieron con los proxenetas y lo entrenaron para ser una especie de chico de los recados.

—Eso es... —no encuentro una palabra lo bastante mala para describir lo que estoy oyendo—. ¡Despreciable!

Los ojos de Andrey se suavizan. —Sé que no lo parece, pero Misha fue de los afortunados.

—¿Cómo puedes decir eso? —me burlo—. ¡Su madre fue vendida como una vaca en una subasta! Y a él lo obligaron a trabajar como esclavo infantil.

Andrey da un paso cauteloso hacia mí, dejando tras de sí las negras envolturas como pieles de serpiente desprendidas. —Cuando una mujer en ese tipo de situación tiene la desgracia de tener un hijo, suele ocurrir una de dos cosas.

Me quedo inmóvil, a la espera de lo que voy a oír. Presiento que no será bonito.

—Matan a ese niño. Ese es el mejor de los casos —me informa, sin alegría—. Porque los niños que viven son vendidos a la clase de hombres que cazan ese tipo de cosas.

Deja que la información se asiente entre nosotros. Me observa, esperando a que mi mente se dirija a la realidad más oscura posible... porque ahí es donde creció Misha.

—La gente así no puede existir de verdad —respiro—. Son monstruos.

Me mira a los ojos y asiente. —Por eso hago todo lo posible para acabar con el mayor número de ellos.

Por primera vez desde que me introdujeron en el mundo salvaje y violento de Andrey, me

pregunto si tal vez lo juzgué con demasiada dureza. Pensé que todos eran malos. No en blanco y negro, sino en negro y negro.

Ahora, sin embargo, veo tonos grises.

Claro, Andrey trafica con asesinatos y dinero, pero al menos no compra ni vende seres humanos. Al menos no arranca hijos a sus madres ni viola a niños inocentes.

Puede que no sea un héroe.

Pero tampoco es el villano.

—¿Sabes cómo murió la madre de Misha?

Sacude la cabeza. —El rastro se pierde luego de su última compra. Definitivamente no se volvió a vender, o sea que probablemente murió en manos de su último dueño.

Dejo caer la cara entre las manos. Es todo tan horrible.

Entonces, se me ocurre un nuevo pensamiento y me sobresalto. —El hombre que vendió a la madre de Misha... ¿Es el mismo que lo envió a espiarte?

—Sí. Nikolai Rostov —la mandíbula de Andrey se tensa, pero estira el brazo para rozar mi mejilla con la punta de los dedos—. ¿Por qué crees que quería que te mudaras aquí conmigo, Natalia? ¿Por qué crees que te di un equipo de seguridad completo y un perro guardián? No estamos tratando con una amenaza insignificante. Nikolai Rostov es...

—Un monstruo —termino por él. Lo agarro las manos sin pensármelo. Ni siquiera me importa que estén callosas y sudorosas—. ¿No lo ves, Andrey? Esta es una razón más para quedarnos con Misha. No tiene a nadie. Somos todo lo que tiene.

—¿“Somos”?

Otro rubor sube por mis mejillas, pero no me importa. ¿Y qué si me pongo en ridículo? Es por el bien de Misha. Se lo merece. —Por favor, Andrey. Solo es un niño. Un niño que nunca tuvo una oportunidad. Asumiré la responsabilidad por él, si eso sirve de algo. Es que... no puedo soportar la idea de que... —me interrumpo cuando los sollozos que he estado conteniendo por fin me alcanzan. No sé cómo he acabado sentada en el regazo de Andrey, pero tengo la mejilla apoyada en su hombro y su mano en mi espalda.

—Calla, pajarito. No pasa nada.

—No está bien —murmuro entre lágrimas—. Nada de esto está bien.

—No puedes llevar el peso del mundo sobre tus hombros.

Su voz me tranquiliza, pero no me relajaré hasta conseguir lo que vine a buscar. Me echo hacia atrás para poder mirarlo a los ojos, para que él pueda mirarme a mí. —Necesita a alguien, Andrey. Igual que yo cuando perdí a mis padres a manos de ese... ese bastardo. No puedo darle la espalda. Por favor, no me lo pidas.

Su mano recorre lentamente mi columna vertebral de arriba a abajo. —De acuerdo. No me interpondré en tu camino.

Me siento instantáneamente cautelosa ante la victoria. —Entonces, ¿puede quedarse?

Andrey asiente. Sus ojos brillan con alguna emoción desconocida. —Puede quedarse.

Y finalmente, me permito respirar. Me dejo reconfortar.

Porque le creo a Andrey.

Y lo que es más importante, me doy cuenta... *confío* en él.

ANDREY

Por primera vez desde que fue capturado por mis hombres, busco al muchacho.

Misha está leyendo en su habitación. Es solo un libro, pero la forma en que salta e intenta esconderlo cuando me ve de pie en la puerta hace que parezca un contrabando ilegal.

—¿Qué tienes ahí?

—Nada —responde, un poco demasiado deprisa.

Le tiendo la mano, esperando. Su rostro se tuerce, pero saca el libro de debajo de la almohada, donde lo había escondido. No me mira a los ojos mientras lo pasa.

Espero una revista guarra o el manifiesto de un asesino de masas, pero solo es un endeble ejemplar en papel de *El patito feo*. Hojeo las páginas, buscando algo escondido entre ellas, pero no hay nada.

Las palabras están en texto grande y en negrita. Es el tipo de libro de lectura fácil que le darías a un niño que acaba de aprender a leer. Ni más ni menos.

Paso la mirada de la portada a la cara de Misha. —Tenemos una biblioteca si quieres algo más —no comprendo el rubor que sube a sus mejillas de inmediato. Y luego caigo en la cuenta—: No sabes leer.

—Sé leer —suelta. Chupa sus mejillas, masticando el interior—. Solo que... no soy muy bueno —su voz se tambalea, pero no se quiebra.

No es la primera vez que comprendo lo que ve Natalia en él. Está hecho de una pasta más dura que la mayoría.

Arrojo el libro sobre su cama y le hago un gesto para que me siga. —Venga, vamos a dar un paseo.

No se mueve. —¿A dónde?

—Alrededor de la propiedad.

—¿Con Natalia y Remi? —mira más allá de mí, hacia el pasillo. La esperanza en sus ojos se atenúa al ver que está vacío.

—Hoy solo yo, Misha.

A juzgar por la expresión de su cara, no se tranquiliza en lo más mínimo, pero me sigue fuera de su habitación.

El silencio sigue hasta que estamos fuera. No tengo que preocuparme de que me interrumpan; Natalia y Remi están en el trabajo por hoy. Por otra parte, quizá hubiera sido mejor incluir a Natalia en esta conversación. A Misha le gusta. Confía en ella.

Supongo que tendré que confiar en mis propios instintos para guiarme en este caso.

Caminamos durante varios minutos más antes de que por fin rompa el silencio. —Misha, ¿sabes por qué te enviaron a espiarme?

El chico levanta la cabeza y asoma la barbilla, obstinado. —No me enviaron a espiar; era un cebo —escupe la palabra como si estuviera por debajo de él. Teniendo en cuenta lo que he visto de él en las últimas semanas, tiendo a estar de acuerdo. Nikolai subestimó gravemente el activo que tenía entre manos.

—No tengo más información que darte —añade Misha bruscamente—. Ya le dije a Shura todo lo que sé.

—Ya lo sé —me acerco un paso más y le doy una palmada en el hombro—. Conozco a Nikolai Rostov, Misha. Nunca te habría considerado tan importante como para compartir información contigo. Solo eras un peón al que sacrificar. Para que, si te atrapaban, no importara, porque no tendrías nada que valiera la pena divulgar.

Mueve la mandíbula hacia delante y hacia atrás, hasta que estoy seguro de que sus dientes son polvo. Sus manos empiezan a temblar con una rabia que conozco demasiado bien.

Con un suspiro, lo conduzco hasta el viejo banco de piedra. Se sienta en la esquina más alejada, con las manos escondidas bajo los muslos para que no pueda verlas temblar.

—Si te liberara, ¿a dónde irías?

La mandíbula de Misha tiembla un instante antes de recomponerse con la determinación de alguien que tuvo que crecer demasiado joven. —No lo sé.

—¿A dónde irías si pudieras ir a donde quisieras?

—Yo... no lo sé —repite. Tiene las manos tan apretadas que sus nudillos están blancos.

El circo, podría haber dicho. *Disney World. La puta luna*.

Ni siquiera tuvo infancia suficiente para soñar.

—¿Y si te dijera que no te tienes que ir? —lo miro a los ojos, intentando despertar algo de la magia que tiene Natalia. La cualidad que atrae a la gente y la mantiene cerca—. ¿Y si te dijera que si quieres puedes quedarte aquí?

Ni siquiera duda. —Me quedaría.

Es la primera respuesta clara que obtengo de él desde que fue capturado. No puedo explicar la oleada de satisfacción que me recorre. —Natalia cree que este es el mejor lugar para ti.

Una sonrisa fantasmal se abre paso en los labios de Misha. —¿Así que puedo quedarme aquí? ¿Con Natalia?

—Parece creer que serás de gran ayuda con el bebé.

Por fin deja que la sonrisa asome por la superficie. —Se me dan bien los bebés. Solía cuidar a los niños más pequeños del recinto.

Se me retuercen las tripas. —¿Había otros?

—No muchos. Siempre fui el mayor. Creo que por eso me tenían cerca. Necesitaban a alguien que hiciera de niñero.

Su voz se quiebra. En sus ojos se reflejan los fantasmas de todos aquellos pequeños que llegaron a su cuidado con pocas explicaciones y se marcharon con aún menos. Un cementerio de historias inacabadas, de preguntas sin respuesta. Me estremezco.

¿Los quería? ¿Los ayudaba? ¿Sabía que estaban destinados a la muerte desde el principio?

—Eso ya forma parte del pasado, Misha. No tienes que hacer de niñera de nadie si no quieres.

Se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se vuelve hacia un lado para que solo vea su perfil. Está luchando contra la emoción, y me impresiona lo bien que la domina.

El chico tiene potencial. Mucho potencial.

—Pero vivir aquí viene con condiciones.

Ni siquiera se inmuta. Por lo visto, es algo que entiende: nada es gratis en la vida. —Vale.

—Tienes que ir a la escuela, para empezar.

—No. No puedo ir a la escuela —por primera vez, parece realmente asustado—. Soy estúpido.

Le pongo una mano en el hombro y se paraliza ante el contacto inesperado. —He visto estúpidos en mi vida. Tú no eres uno.

—No puedo ir a la escuela. Nunca encajaré. No soy... no soy como los demás niños —mira hacia abajo, retorciéndose las manos en nudos de preocupación—. Prefiero quedarme aquí. Me quedaré aquí y trabajaré, seré útil para ti y para Natalia.

Mi pecho vive ahora con un millón de emociones sin nombre. Pero una cosa se eleva por encima de la refriega. Una certeza.

Natalia tiene razón. Se merece más.

NATALIA

—No, Natalia. ¡Fuera! Fuera, ahora! —Yelena me empuja literalmente fuera de la lavandería, con el ceño fruncido.

—¡Yelena, es solo la colada! —me quejo—. Puedo ayudar con la colada.

Cierra la puerta de la lavandería tras de sí y se pone las manos en las caderas. —Esos detergentes están llenos de productos químicos, y no quiero que respires sus toxinas.

No puedo evitar hacer un mohín. —¡Puedo ayudar! Y luego podrás contarme más historias sobre tu infancia en Rusia.

—Otro día —dice, con el ceño ligeramente fruncido—. Ahora mismo tengo que hacer la colada. ¿Dónde están tus dos sombras?

—Misha está en una tutoría.

—Lo que significa que Remi está con él —termina Yelena con complicidad.

Remi debe de ser capaz de percibir lo mucho que Misha odia sus sesiones de estudio, porque se niega a separarse de él mientras trabaja en la mesa. Remi se acurruca bajo el escritorio, y es tan condenadamente dulce que ni siquiera me importa que me abandone.

Aunque estoy desesperada por tener compañía. Por eso ruego por hacer la colada.

—Busca a Mila entonces —sugiere Yelena.

—Mila ha salido con Leonty.

—¿Katya?

—Katya también está ocupada —refunfuño—. Si me dejas entrar en la lavandería, te prometo que no tocaré el det...

Yelena se cuela en el lavadero y cierra la puerta antes de que pueda terminar.

Hasta aquí llegamos.

He pasado muchos días solitarios en esta casa, así que no sé qué hace que hoy sea tan insoportable. O quizá sí sé qué... lo que lo hace aún más insoportable.

Lo triste y lamentable es que estoy celosa de mis amigas. Mila sale con Leonty y Katya con Shura. Mis dos amigas salen a ser agasajadas por hombres guapos, y a mí me dejan atrás jugando con mis pulgares y soñando despierta.

Deambulo por la casa, con la discreta esperanza de encontrarme con cierta distracción de ojos plateados. Pero la mansión está descorazonadoramente vacía.

Estoy casi tan desesperada como para salir con los chicos Bratva que no están cortejando a mis amigas. Excepto que ya sé que Anatoly y Leif están en el gimnasio, haciendo pesas y dándose bofetadas en la nuca por diversión. Y no hay aburrimiento que valga eso.

Estoy a punto de rendirme y retirarme a mi fortaleza de soledad en la casa de la piscina cuando el sonido de un motor capta mi atención.

¡Mila ha vuelto!

Atravieso la casa a toda velocidad hacia el ala de Mila, dispuesta a arrodillarme y suplicarles a Leonty y Mila que me dejen ser su sombra.

No veo el coche de Leonty en el camino y la entrada está en silencio, así que sigo avanzando hacia la habitación de Mila. Se me pasa por la cabeza que podría estar a punto de ver a mi amiga y a mi guardaespaldas en sus asuntos, pero son tiempos desesperados y todo eso.

Por desgracia, la habitación de Mila está vacía.

—Huh —con las manos en las caderas, giro en un lento círculo, como si pudiera hacer aparecer a un amigo.

De repente, la puerta detrás de mí se abre de golpe.

—Ya era ho… —las palabras mueren en mis labios, sustituidas por una sola—. Viktor.

Tiene los ojos inyectados en sangre y encapuchados, y su atención es lenta. Si no hubiera hablado, probablemente ni siquiera se habría dado cuenta de que estoy aquí.

—¿Quién eres? —murmura.

Está al otro lado de la habitación, pero puedo oler el alcohol que desprende. Alcohol, humo y suciedad para los que ni siquiera tengo palabras. Si Yelena no me quería cerca del detergente para la ropa, seguro que tendrá algo que decir sobre mi proximidad a *esta* advertencia andante.

—Solo estaba... esperando a Mila —murmuro, incómoda—. Voy a volver a la casa de la piscina.

De repente, abre mucho los ojos. Un destello de reconocimiento cruza su rostro.

—Natalia —hay una nueva y extraña sedosidad en su voz. Se pasa una mano grasienta por el pelo aún más grasiento—. Ha pasado demasiado tiempo.

En mi opinión, no ha pasado el tiempo suficiente.

Sus ojos se deslizan hasta mi vientre. Ya no puedo negar mi embarazo, pero es la primera vez que me siento tan cohibida. Me siento vulnerable.

—Estás radiante —comenta.

Si se supone que ese horrible acento es encantador, debería volver a la mesa de dibujo.

—Eh, gracias —me muevo para marcharme, pero él me bloquea el camino de salida. Sus ojos azules son más claros de repente, más brillantes y llenos de intención.

—¿Te vas tan pronto? —pregunta Viktor—. No me rompas el corazón. Apenas hemos podido ponernos al día.

Se me eriza la piel. Es increíble lo violada que me siento solo con estar aquí, bajo su mirada. Doy un minúsculo paso atrás. —Quizá en otro momento. Estoy un poco cansada.

—Al fin y al cabo, ahora somos familia —dice, pasando por encima de mis protestas—. Debería conocer a mi futura cuñada.

—No soy nada de tu futuro, Viktor. Andrey y yo no estamos juntos.

Viktor da un paso adelante. —Entonces, mi hermano es un tonto. Yo te habría hecho mía en un santiamén —da un bandazo hacia delante y planta las manos a ambos lados de la mesa ante la que estoy, atrapándome entre sus brazos.

—Viktor…

—Calla —su aliento es vil y la erección que presiona mi muslo lo es aún más. Me acurruco contra la mesa para mantener cierta distancia entre nuestros cuerpos.

—Por favor —susurro, temerosa de gritar como quiero por miedo a empeorar las cosas—. Esto está mal.

—¿"Mal"? —Viktor se ríe entre dientes. Su aliento fétido me marea—. ¿Qué hay de malo en esto? No estás con mi hermano. Tú misma lo acabas de decir.

—Pero estoy embarazada de él.

—¿Y qué? —se burla—. ¿Significa que es tu dueño? ¿Es dueño de tu cuerpo, Natalia?

Sus manos recorren mi vientre y yo las aparto de un manotazo. —¡Suéltame!

—No pasa nada —canturrea, abrazándome con más fuerza. Sus dedos se clavan en mis caderas —. A mi hermano no le importará. Deja que mi novia folle con quien quiera. Seguro que Mila se lo ha contado todo.

Aprieto una mano contra su pecho, intentando forzar sus ojos hacia los míos. Intentando que me vea como una humana, no como un objeto. —Viktor, yo no tomé esa decisión. Nada de eso tiene que ver conmigo.

—Siento discrepar, guapa. Tiene todo que ver contigo. Si Andrey puede hacer lo que le salga de los cojones, yo debería tener el mismo derecho.

Oh, Dios. Esto está pasando de verdad. Si no lo detengo, Viktor va a...

Aprieto los ojos mientras Viktor succiona mi cuello con su boca húmeda.

No puedo luchar contra él. Estoy atrapada con un depredador que es más que capaz de quitarme lo que quiere. Necesito ayuda.

Quiero gritar.

Estoy a punto de hacerlo.

Entonces, noto movimiento en la puerta y se me revuelve el estómago.

Misha me mira fijo, con los ojos muy abiertos y horrorizado. Entiende perfectamente lo que está pasando y, de algún modo, eso lo empeora todo.

Da un paso adelante, pero sacudo la cabeza suavemente.

Viktor lo matará si entra aquí. Misha es duro, pero solo es un niño. Si Misha interviene, Viktor le hará daño. Y, aunque sé que Misha puede ser duro, también sé que no tendrá ninguna oportunidad contra un hombre adulto. Sobre todo, uno con tanta rabia como Viktor.

Vete, modulo con la boca. *Por favor*.

Por un segundo, no creo que vaya a escuchar.

Luego, se da la vuelta y echa a correr.

Suspiro aliviada y Viktor gime. —Sabía que te gustaría. Te follaré hasta sacarte a mi hermano del cuerpo.

ANDREY

—He excavado todo lo que me he atrevido, jefe —Gedeon susurra al teléfono. No tengo ni idea de dónde está ahora, pero debe de haber otras personas cerca—. Hacer demasiadas preguntas podría levantar sospechas. No quiero descubrir mi tapadera.

Gedeon trabaja de incógnito en la periferia de la operación de Nikolai Rostov, recogiendo retazos de información que la mayoría de las veces resultan ser pistas falsas o humo en el viento. Aun así, ha hecho falta una planificación cuidadosa y mucho sigilo para acercarlo tanto. Me resisto a ponerlo en peligro por el bien de un adolescente melancólico.

Así que, por desalentador que sea, es lo que esperaba.

—Has tomado la decisión correcta —digo con un suspiro—. Si hubiera algo que valiera la pena saber, seguro que ya lo sabríamos. Pero mantén los ojos abiertos por si acaso.

Cuelgo con Gedeon e intento volver al trabajo, pero Remi sigue ladrando fuera.

Es la primera vez que lo oigo en todo el día. Desde que Misha empezó sus clases particulares, los dos pasan todo el tiempo en el aula improvisada que le preparé.

Me doy vuelta, esperando ver a Natalia y Misha por ahí adulando a la bestia, pero Remi está solo. *Qué raro*. Desde el momento en que Remi llegó a la propiedad, ha estado pegado a Natalia o a Misha. ¿Dónde están?

Como en respuesta a mi pregunta, la puerta se abre de golpe y Misha entra en mi despacho, sudando y jadeando.

—N-Natalia —es todo lo que consigue decir.

Es suficiente.

—¿Dónde está?

Misha se da vuelta y empieza a correr de nuevo. Es rápido, pero le sigo el ritmo con facilidad, atravesando la casa hasta el ala de Mila.

Sé que las cosas van en serio porque Misha, a pesar de estar tranquilo y sensato desde que llegó aquí, está frenético. Aun así, espero un episodio médico: una bajada de azúcar o algo relacionado con el bebé.

Lo que no espero es encontrarme a mi hermano de mierda manoseando a la madre embarazada de mi hijo.

Una rabia como nunca he conocido me inunda, enrojeciendo mi visión.

No me siento asesino. Esa palabra no le hace justicia. Menospreciaría la forma en que quiero hacer pedazos a mi hermano y quemarlo. La forma en que quiero borrarlo de la faz de la Tierra para que nadie recuerde jamás su nombre.

Natalia gime, alejándose de Viktor todo lo que puede. Su rostro es ceniciento, congelado por el horror ante las manos del hijo de puta al que me veo obligado a llamar hermano. Viktor está tan concentrado en su presa que no se da cuenta de su público.

Enorme error.

Le agarro del cuello con toda la intención de rompérselo en la palma de la mano y lo arranco de cuajo. Natalia se marchita y cae al suelo, donde Misha se apresura a cogerla.

Está a salvo, me digo. Es la única forma de apartar la mirada de ella y ocuparme de la escoria humana que tengo a mis pies.

Viktor tiene los ojos desorbitados y está aturdido. *Borracho*. Pero no es una excusa. Le puse demasiadas excusas a lo largo de los años, pero nunca más.

Abre la boca, tal vez para disculparse o suplicar por su vida. No tengo ni idea de qué y me importa una mierda.

Antes de que pueda hacer ninguna de las dos cosas, lo arrastro hasta ponerlo en pie, solo para derribarlo de nuevo con un golpe sólido en la cara.

Se dobla, siguiendo el impulso de mi golpe hasta el suelo de baldosas, donde la sangre se encharca alrededor de su cabeza.

Por muy satisfactorio que haya sido el puñetazo, no es suficiente para saciarme. *Ya habrá tiempo para eso más tarde,* me consuelo antes de volverme hacia Natalia. *Ella primero.*

Natalia tiembla en el suelo, con un brazo sobre el estómago y el otro rodeando a Misha. Él la sostiene, pero también tiembla, y habla tan deprisa que casi no capto las palabras.

—…Mi culpa. Lo siento mucho. Si Remi hubiera estado contigo, entonces... —se atraganta en un suspiro—. Remi debería haber estado contigo. Es tu perro.

Es una prueba del amor que Natalia siente por Misha que luche contra su propio miedo para tranquilizarlo. Le agarra la cara. —No, Misha. Nada de esto es culpa tuya.

El chico solloza ahora. Las lágrimas fluyen como ríos por ambas mejillas. —Pero si Remi hubiera estado contigo...

—Para —su voz es débil, pero la orden llega alta y clara. Levanta una mano temblorosa para acariciar el rostro de Misha—. Esto no es culpa tuya.

Sus ojos parpadean hacia el cuerpo inerte de Viktor, pero me pongo en cuclillas entre ellos, impidiéndole ver a mi hermano. Misha se echa hacia atrás como si esperara que yo discrepara de

Natalia y lo culpara a él.

—Natalia tiene razón, Misha —mi voz está cargada de ira, pero no va dirigida al chico—. Esto no es culpa tuya. Es cosa suya.

Me vuelvo hacia Natalia y le cojo la mano. Sus hermosos ojos verdes están nublados, luchando por elevarse por encima del shock de la agresión. —¿Te ha hecho daño?

—L-lo intentó... Misha llegó justo a tiempo —su mirada se desvía hacia él y hace un valiente intento de sonrisa—. Me has salvado, Misha.

El chico no parece convencido.

—¡¿Qué demonios?!

Me doy vuelta y veo a Mila y Leonty de pie en la puerta. La mirada de Leonty se centra en mí, pero Mila solo tiene ojos para el bastardo inconsciente del suelo.

—¿Qué ha hecho? —respira.

No puedo decírselo. Si lo hago, lo mataré aquí y ahora. En lugar de eso, tiro suavemente de Natalia para ponerla en pie y se la paso a Misha. —Llévala a la casa de la piscina —le digo. Señalo a Mila con la cabeza—. Ve con ellos.

Mila y Misha ayudan a Natalia a salir de la habitación, dejándonos a Leonty y a mí con el cuerpo inconsciente de Viktor.

—No se atrevió —gruñe Leonty, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera él es tan estúpido.

Oh, pero sí que lo es.

—Reúne a los hombres —le ordeno—. Quiero que lo trasladen al gimnasio.

Leonty no se molesta en hacer más preguntas. Sabe lo que se le viene encima. No es una tradición propia de los miembros de la familia del *pakhan*, pero Viktor acaba de perder su derecho a la inmunidad.

Sufrirá como si no fuera nadie para mí.

Estoy abriéndome paso por la casa, más que dispuesto a acabar con esto, cuando veo a Yelena merodeando por el arco. —¿Qué pasó?

No estoy de humor para explicaciones, pero ella también cuidó de Viktor desde que era un niño. Siempre ha sido una especie de madre para él.

—Viktor pensó en vengarse de mí acorralando a Natalia.

Ella jadea. —¿Él...?

—No. Llegué antes que lo lograra.

Asiente una vez, gira sobre sus talones y camina hacia la casa de la piscina más rápido de lo que yo sabía que era capaz.

La dejo marchar.

Tengo un hermano al que torturar.



CUANDO ENTRO EN EL GIMNASIO, Viktor se agita sobre el suelo de goma, rodeado de mis hombres. Todo el equipo de seguridad de Natalia está aquí. También están Yuri y Efrem. Shura está apartado del resto, con los brazos tan tensos que puedo ver las venas que los recorren.

—Efrem —ladro—. despiértalo.

Efrem arroja un cubo de agua helada sobre la cara de Viktor, que se despierta entre balbuceos.

Le gotea agua de la punta de la nariz torcida y tiene sangre congelada en un lado de la cara. Entrecierra los ojos hacia la luz, pero solo me ve a mí. Estoy arrodillado, lo bastante cerca como para oler el licor de su aliento.

Una mirada alrededor de la habitación basta para que Viktor se dé cuenta de que no hay escapatoria. Está rodeado de hombres que lo matarán sin dudarlo en cuanto dé la orden.

Su pecho sube y baja errático mientras me mira... y espera. Cuando queda claro que nadie va a decir una palabra hasta que él lo haga, abre la boca.

Solo sale aire caliente.

Vuelve a intentarlo. —Soy tu hermano —balbucea por fin.

—¿Y crees que eso te protegerá?

—Esto está por debajo de ti —dice—. Por debajo de mí. Esta tradición está reservada a...

—Traidores —escupo.

Sus ojos se entrecierran. —No he hecho nada.

—Pusiste tus manos en lo que es mío.

Su rostro ondea de ira. —Dejas que mi mujer se folle a ese... —señala a Leonty sin mirarlo—, ¡pedazo de mierda traidor y dices que es culpa mía! ¡Me has convertido en el hazmerreír! ¡Me has arruinado, maldición!

Está claro que las últimas semanas no han sido buenas para Viktor. Parece una cáscara vacía del hombre que solía ser. Pero cualquier piedad que pudiera haber tenido es inexistente ante lo que acabo de presenciar.

—Nunca tuve que mover un dedo para convertirte en el hazmerreír, Viktor. Lo hiciste tú solito. Si quieres culpar a alguien por arruinarte, mírate en el puto espejo.

La baba le salpica la barbilla mientras se levanta sobre las rodillas lo más alto que puede. —Sé lo que valgo.

—Entonces, sabrás que deshacerme de ti no me costaría nada. De hecho, solo saldría ganando —me pongo en pie—. Así que no me tientes, maldición.

El blanco de sus ojos desaparece tras unas gruesas venas rojas.

—Sé cosas —suelta, con más saliva volando de su boca—. Conozco tus secretos, hermano. No lo olvides.

—¿Me estás amenazando? —pregunto con pura incredulidad.

—Te recuerdo que tengo el poder de destruirte si quiero.

Doy dos pasos hacia delante, obligando a Viktor a estirar el cuello hacia atrás para mirarme. Me pongo en cuclillas frente a él y le cojo la mano. —Entonces, me corresponde recordarte... —mi mano se tensa alrededor de la muñeca de Viktor y sus ojos se llenan de pánico—. Que aquí ya no tienes ningún poder. Te aseguraste de eso en cuanto tocaste a mi mujer.

Le agarro el dedo índice y se lo chasqueo con fuerza.

Grita.

Su gemido atraviesa el silencio del gimnasio. Pero ya pasé al siguiente dedo. Y al siguiente. No me detengo hasta que los cinco están destrozados e inservibles.

Si actúa con rapidez, quizá pueda volver a unirlos. Pero nunca volverán a ser totalmente funcionales.

Sigue aullando con una mezcla de rabia y alarma cuando lo devuelvo de una patada contra el suelo de goma. Lo miro con repugnancia. —Ya no eres bienvenido en esta mansión. Ya no eres bienvenido a mi vista. Aléjate de mí y quizá vivas.

Viktor se agarra la mano por la muñeca, mirándose la mano destrozada. Pero sé que puede oírme por encima de sus gemidos constantes.

—Pero tenías razón en una cosa —concedo luego de pensarlo un momento—. Eres mi hermano. Así que te permitiré vivir en mi piso franco de Hunts Point.

Sus ojos desesperados se encuentran con los míos. —¿Me estás exiliando?

—Un poco de vida dura no te matará. De hecho, puede que por fin te conviertas en un hombre —empiezo a alejarme mientras Viktor intenta incorporarse de nuevo. Mis *vors* se acercan a él, pero sé que esperarán mi orden.

—¡Andrey! —grita Viktor—. ¡Andrey! No puedes hacerlo.

—Pueden empezar —les digo a mis hombres desde la puerta—. Pero no lo maten.

Dejo que la puerta se cierre con los gritos histéricos de Viktor.

NATALIA

El dolor tira de mí como arenas movedizas. Estoy metida hasta la cintura, pero no tengo energía para luchar. Una parte de mí ni siquiera quiere hacerlo.

Haz que termine, pienso. *No quiero hacer más daño*.

Luego hay un hocico peludo apretándose contra mi costado, recordándome que sigue conmigo incluso horas después. El suave murmullo de voces familiares. La luz y la oscuridad mezclándose, sombras que llegan en oleadas y vuelven a salir.

Dolor y pena. Mila, Misha y Andrey.

Ansiedad paralizante hasta que apenas puedo respirar. Leonty y Shura y Andrey.

Una depresión tan oscura que no puedo ver qué hay del otro lado. Y Andrey

Y Andrey.

Y Andrey.

—¿Ha comido algo hoy?

Quiero preguntarle: *¿Cuánto tiempo llevo así?* Pero mi boca no obedece.

—Conseguí darle de comer un poco de sopa —responde Mila. Su voz me llega a través de una neblina que no puedo disipar—. Y medio bocadillo. Más o menos.

—Lleva a Remi fuera. Necesita un paseo —la voz de Andrey es tan autoritaria como siempre, pero tiene un filo que me recuerda a un cristal que se rompe.

—Remi no se mueve de la cama. Lo intenté esta mañana. Se niega a separarse de ella.

—Trae a Misha. Remi se moverá por él.

Finalmente, el peso suave y peludo a mi lado desaparece. *Me alegro. Necesitará un poco de aire fresco. Ambos lo necesitan.*

Todos están atendidos. No me necesitan. Quizá todos estarían mejor si...

—Vale, *lastochka* —me susurra Andrey al oído—. Ya es hora de volver.

Sus manos se mueven suavemente sobre mi cuerpo, y no hay ni una sola parte de mí que tenga

miedo. Su tacto es calmante y suave. Nada como...

No.

Duele demasiado pensar en ello. Es más fácil olvidar.

Pero Andrey no me deja. Me quita la ropa como si temiera que me desmorone, y me pasa una toalla caliente por el cuerpo. Me llena de una tranquilidad dolorosa.

La vida no puede ser del todo mala si hay momentos como este salpicados, ¿verdad?

Por primera vez en demasiado tiempo para recordarlo, abro los ojos.

Y Andrey está ahí, con su presencia firme y el brillo hipnótico de sus ojos plateados. Parpadeo un par de veces, maravillada de que el mundo esté aquí, delante de mí, lo bastante cerca como para tocarlo.

—Ahí estás, pajarito —susurra suavemente Andrey—. Sabía que estabas ahí, en alguna parte.

Andrey me seca y me viste con ropa limpia. Luego, me vuelve a meter bajo las mantas, y Andrey está en todas partes.

Mi mejilla está apoyada en su pecho. Sus brazos me rodean con fuerza y me siento segura. Lo bastante segura como para salir de las arenas movedizas y dar mis primeros pasos tentativos en tierra firme.

—Andrey —grazno—. ¿Dónde están todos?

—Hice que Shura y Leonty se llevaran a Misha y Remi fuera unas horas. Necesitaban salir de la mansión. Kat y Mila se unieron a ellos.

La imagen de todos ellos juntos me hace querer sonreír, pero no puedo. Todavía no. —Es bonito que se tengan —respiro, casi demasiado bajo para que me oigan.

Andrey me levanta y me acerca un vaso a los labios. —Tienes que beber algo.

No me doy cuenta de la sed que tengo hasta que el agua golpea mi lengua. Bebo hasta que se acaba el vaso. Cuando Andrey se ofrece a traerme más, me aferro a su camisa, rogándole en silencio que se quede. —¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Tres días —sus labios rozan mi sien—. ¿Recuerdas lo que pasó?

Me miro las manos. Tengo la piel calcárea. Solo Dios sabe lo mal que está el resto de mí. —Sí. Lo recuerdo todo.

—Lo siento, Natalia.

Nunca había oído a Andrey tan destrozado. Eso, más que nada, me despierta. —Tú no has tenido nada que ver.

—Viktor es mi hermano. Debería haberlo visto venir —me estremezco al oír el nombre de Viktor, y Andrey me apoya una mano tranquilizadora en la rodilla—. Ahora está lejos, Natalia. Ya no podrá hacerte daño.

El silencio que cae entre nosotros es pesado, empapado por el recuerdo de lo que podría haber ocurrido si Misha no hubiera estado en el lugar y el momento adecuados.

—¿Cómo está Misha?

Andrey no me mira a los ojos cuando responde. —Batallando. Siente que te falló.

—No lo hizo. Me consiguió ayuda —me trago la emoción que me sube por la garganta—. Te buscó a ti.

—Lo sé, pero desearía haber hecho más.

—Viktor le habría hecho daño a Misha por interferir. Tiene que saberlo. Hablaré con Misha cuando vuelva —le digo—. Se lo explicaré todo.

—Quizá deberías empezar por explicármelo a mí —Andrey me sujeta con fuerza, protegiéndome de lo que vaya a decir a continuación—. Te has quedado paralizada, Natalia.

Parece una acusación. Quiero poner distancia entre nosotros, pero tampoco quiero alejarme de su calor.

—¿Qué intentas decir?

—Que ya no tienes siete años, metida en un coche mientras pasan cosas horribles fuera de tu ventana.

Es como un puñetazo en las tripas, un soplo de aire fresco y un cubo de agua helada, todo en uno.

—Necesito que seas capaz de luchar. Necesito que seas capaz de... —se le quiebra la voz y me coge la mano, apretándola como si fuera él quien se hunde en arenas movedizas—. Si no hubiera venido por ti, no sé qué habría pasado.

—Lo sé. Sé que no puedo hacerlo, pero no sé cómo parar —susurro—. Cada vez que ocurre algo malo, vuelvo a ser esa niña asustada.

Su mano se enrosca alrededor de mi mandíbula, volviéndome hacia él. —Cuéntame la historia.

Se me llenan los ojos de lágrimas de solo pensarlo. No me gusta hablar de ese día, pero aquí, con Andrey, me siento segura. Protegida.

Es mi historia, y es hora de contarla.

—Volvíamos a casa en coche y era tarde. Se suponía que tenía que estar dormida, pero tenía que hacer pis y papá paró en una gasolinera.

Aún puedo ver la pequeña estación, recortada contra el cielo oscuro. La mitad de las luces del aparcamiento no funcionaban. Las que lo hacían parpadeaban. Parecía una escena de una película de terror.

Se convirtió en una.

—Mi madre me llevó dentro al baño y luego a por bocadillos mientras papá llenaba el depósito. Luego, nos intercambiamos. Él entró y yo subí al coche.

¿Es la primera vez que cuento esta historia en voz alta? Puede que sí. Me sorprende cuántos detalles puedo recordar. Puedo oír las luces, el zumbido de los letreros de neón. El estruendo de los frigoríficos. El crujido de las bolsas de patatas fritas vacías que el viento arrastraba como plantas rodadoras.

Los dedos de Andrey se deslizan entre los míos y me aferro a él, obligándome a permanecer aquí en este momento.

—Acababa de volver al coche cuando este... este hombre se nos acercó. Mamá intentó hablar con él, y entonces la agarró —exhalo un fuerte suspiro, intentando aliviar la presión de mi pecho—. La oí gritar: *¡Cierra las puertas, cierra las puertas!*

Ahora me caen lágrimas por las mejillas, pero me obligo a seguir. Andrey, aquí, cálido y presente junto a mí, me da fuerzas suficientes para superar el nudo en mi garganta.

—Papá corrió hacia nosotras, gritando. Recuerdo que pensé que iba a arreglarlo todo. Entonces, vi la pistola.

Me estremezco tan violentamente que Andrey me aprieta con más fuerza.

—El primer disparo fue tan fuerte que me tapé los oídos con las manos. Ojalá hubiera cerrado los ojos. Entonces no habría visto a mi padre...

Me interrumpo, ahogándome en mis propias palabras.

—Lo siento, *lastochka* —me susurra Andrey al oído—. Ningún niño debería ver morir a sus padres.

Me tiembla la mandíbula. Pero, ahora que empecé la historia, necesito terminarla.

—Papá se cayó y mi madre gritó. Fue el peor sonido que he oído en mi vida. Intentó correr hacia él, pero el hombre también le disparó —miro a Andrey sin esperanza—. Solo estábamos a una hora de Nueva York. Estábamos tan cerca de casa... pero necesitaba ir al baño...

—Tú no tienes la culpa —me susurra al oído—. Igual que Misha no tiene la culpa de lo que pasó con Viktor.

Cierro los ojos y vuelvo a verlos. A mi madre y su sonrisa con hoyuelos. A mi padre con su barba sin recortar y sus gafas redondas.

Andrey me acuna entre sus brazos, mirándome a la cara mientras me acaricia la mejilla. —Eres más valiente de lo que crees, Natalia.

—¿Y si te equivocas?

Espero que me diga que me conoce mejor que yo misma. Y quizá sea verdad. Quizá lo haga.

Pero no lo dice. En lugar de eso, deja caer un beso sobre mi frente y murmura—: Entonces, seré lo bastante valiente por los dos.

ANDREY

Hacía mucho tiempo que no me despertaba junto a una mujer. Y, mientras lo hago, espero a que la culpa se apodere de mí. A que las reservas me lancen fuera de la cama y tan lejos de su presencia como pueda.

Pero no ocurre ni lo uno ni lo otro.

Extraño.

Se vuelve un poco menos extraño cuando miro su cara. Entonces, tiene sentido. Es fácil dejarse cautivar por su aspecto apacible, acurrucada a mi lado, con los ojos revoloteando en un sueño, los labios entreabiertos. Es un cuadro que cobra vida. Una obra maestra viva, que de algún modo ha aterrizado, literalmente, en mi regazo.

Solo un necio rechazaría algo tan valioso.

Natalia se revuelve lentamente, parpadeando hasta recobrar el conocimiento mientras rueda sobre su espalda, con una cortina de pelo oscuro cayéndole sobre la cara. La aparto y me mira.

—Andrey —respira—. Te has quedado.

—Me quedé.

—Tenía miedo de que te escaparas en mitad de la noche mientras dormía.

—Seré sincero: se me pasó por la cabeza.

—¿Por María?

Me quedo helado, sorprendido al oír ese nombre de labios de Natalia. —¿Quién...?

—No voy a decirte quién me la mencionó —interrumpe—. Ten por seguro que fue puramente accidental y no sé más que su nombre. Aunque... —su boca se vuelve hacia abajo en señal de disculpa—, he hecho algunas conjeturas.

Me aclaro la garganta. —¿Qué conjeturas?

Enarca las cejas. —Que María era muy importante para ti. Que la perdiste hace mucho tiempo. Y que quizá sea parte de la razón por la que me mantienes siempre a distancia.

Mientras habla, se le pone la piel de gallina en los brazos a pesar de lo calentita y acogedora que

está en la cama.

—Perceptiva —reconozco.

Su mano me roza el pecho, justo sobre mi corazón palpitante. —¿Tengo razón?

La miro. —Excepto por que fue culpa mía que muriera en primer lugar.

Se le escapa un grito ahogado. —Eso no es verdad.

—Créeme: Ojalá no fuera así.

—Entonces, habría sido un accidente —afirma—. Solo un error.

No estoy seguro de lo que he hecho para ganarme su confianza. O su fe en mí. Me siento indigno de ambas. —Mi error fue pensar que podía llevar una vida normal —le explico con sílabas entrecortadas—. Mi error fue ser tan tonto como para pensar que podía tener lo mejor de ambos mundos.

Se incorpora un poco y apoya la cabeza en mi brazo. —¿Fue él otra vez? —pregunta, evitando el nombre de Nikolai—. ¿La ha matado?

—No lo sé. Estaba tan perdido en la rabia que maté a todos los hombres que había allí antes de poder interrogar a ninguno. Nunca sabré quién los envió ni cuál era el propósito de su misión. Esas preguntas me perseguirán el resto de mi vida.

—Oh, Andrey... —susurra, con lágrimas brillando en sus ojos.

Mi voz se vuelve áspera mientras vuelvo a los recuerdos. —Era un viaje de fin de semana a Michigan. Debía ir y venir en unos días. Fácil, sin complicaciones. Fui yo quien la convenció para que viniera conmigo. Estábamos los dos solos en la villa. Sin seguridad, porque ella estaba decidida a tener intimidad y, tonto de mí, decidí hacerla *feliz*.

—No podías saberlo...

—Esa es la cuestión: *debería* haberlo sabido. Yo era el recién nombrado *pakhan* de la Bratva Kuznetsov. Por supuesto que había ojos sobre mí. Claro que mis enemigos se habían duplicado. Fui un tonto al pensar que mi nueva posición no conllevaba una serie de peligros nuevos y únicos.

Su agarre en mi pecho se estrecha. Me asienta. Me estabiliza.

—Eran cinco o seis hombres, creo, ahora no me acuerdo. Me superaban en número y no estaba preparado. Y orgulloso. Intenté luchar contra ellos yo solo.

—Uno contra seis —jadea Natalia—. ¿Cómo has sobrevivido?

Mi mandíbula se aprieta. —Irónicamente, María me salvó. En cuanto la vi morir, me invadió una furia negra, un odio incontrolable. Su muerte me dio el impulso que necesitaba para matarlos.

Se estremece, haciéndome volver a sus ojos verdes fundidos. Están húmedos de lágrimas. —Lo siento mucho, Andrey.

Tengo un nudo en la garganta que hacía tiempo que no me permitía sentir. Sin embargo, de algún

modo, su presencia lo hace soportable.

—Yo también.

—Por eso te has ensañado con mi seguridad.

Le quito una lágrima perdida de la mejilla. —No repito mis errores, *lastochka*. No estoy dispuesto a arriesgar tu seguridad después de lo que pasó con María.

Natalia se apoya en el cabecero y tira de mí hacia ella. Me acuna, me abraza como yo la abracé a ella durante lo peor de su catatonia. No hablamos, pero me da un beso en la mejilla cada pocos minutos, un pequeño recordatorio de que sigue aquí.

Y maldición, qué bien sienta.

Después de un largo rato, me pasa los dedos por el pelo y me besa los labios. Es suave, fugaz y lleno de promesas.

—¿Qué tal si desayunamos? —sugiere.

La idea de abandonar la casa de la piscina me revuelve el estómago en incómodos nudos. Salir de estas cuatro paredes podría romper cualquier hechizo que nos haya permitido a los dos bajar la guardia y simplemente existir juntos.

—O puedo prepararnos algo aquí mismo —sugiere Natalia, como si estuviéramos en la misma onda—. Si no te importa soportar mi pésima cocina.

—¿Cómo puedo decir que no a una oferta así?

Se desliza fuera de la cama, ofreciéndome una visión completa de su cuerpo perfecto antes de ponerse la bata de seda.

—Espero que tengas un estómago fuerte —advierte antes de desaparecer en la cocina—. Puede que haya exagerado mis habilidades culinarias.

Es el olor a quemado lo que me atrae a la cocina cinco minutos después.

—Esta es mi cocina, Andrey —me advierte con una espátula apuntándome como una espada—. Mi cocina significa mis reglas.

Levanto las manos en señal de rendición. —Simplemente me ofrezco a ser tu sous chef. ¿Necesitas algo?

Busco en la cocina la fuente del olor rancio. Al mismo tiempo, Natalia lo detecta. —¡Oh, no! ¡Los huevos!

El fuego está a tope, las llamas lamen los lados de la sartén, de modo que el borde de los huevos se vuelve negro, pero el centro sigue siendo un desastre.

Natalia saca la sartén del fuego y se dirige a la basura, pero yo se la quito de las manos.

—Esto es salvable.

Bajo el fuego, quito los trozos más quemados y mezclo bien los huevos.

—Claro que también eres bueno en esto —refunfuña detrás de mí—. Esto es vergonzoso.

No puedo evitar reírme. —No, no lo es.

—Casi prendo fuego los huevos —se retuerce las manos delante de la cintura—. Estaba nerviosa. Nunca cociné para un hombre. O en esta cocina, y...

La agarro por las caderas y la atraigo hacia mí. Se pliega sobre mi cuerpo con un jadeo y atrapo sus labios con los míos. Cuando nos separamos, tiene las mejillas sonrojadas.

—Por suerte, tengo un estómago fuerte —la giro hacia los fogones—. Termina de cocinar para mí. Me los comeré aunque se prendan fuego.

Al final, los huevos están gomosos, pero comestibles. Natalia y yo nos los comemos juntos. Las ventanas y las cortinas permanecen cerradas. La casa de la piscina sigue siendo nuestro pequeño mundo.

No nos permitimos hablar de la gente que sin duda está congregada en la casa principal, preguntándose probablemente qué demonios está pasando entre nosotros. Nos permitimos ser solo nosotros dos.

No es hasta mediodía cuando Natalia suspira en mi pecho. —Debería ir a ver cómo están Misha y Remi.

Le planto un beso en la parte superior de la cabeza. —Supongo que yo debería hablar con mis hombres.

Dudamos, esperando a ver si hay alguna forma de aplazarlo y quedarnos aquí.

Pero el deber llama. Siempre llama. Mis obligaciones nunca han terminado simplemente porque yo quisiera.

—Todo el mundo querrá saber cómo estás.

Natalia se encoge. —Los habré asustado.

—Solo porque te quieren.

—Andrey... —me aprieta la muñeca, reteniéndome en la casa de la piscina un segundo más—. Gracias. Por todo.

—Demuéstralo —me suelto de sus brazos y me pongo en pie—. Puedes agradecérmelo cenando conmigo.

Ella se anima. —¿Esta noche?

—Esta noche —guiño un ojo—. Ponte algo bonito.

ANDREY

Sale al porche y hasta la brisa se queda quieta para admirarla.

Su pelo es una sedosa cascada que cae sobre un hombro. El colgante de cereza que le regalé por su cumpleaños cuelga de una fina cadena alrededor de su cuello, captando la luz de la luna hasta que parece brillar.

—A Remi no le hizo ninguna gracia que lo dejen atrás —me informa mientras le abro la puerta del acompañante.

—Ese perro ha acaparado tu compañía durante demasiado tiempo. Esta noche me toca a mí.

Sus labios se curvan mientras se desliza en el Porsche sin mencionar el Wrangler negro que se cierne tras nosotros.

Leonty y Leif tienen instrucciones específicas de ser lo más discretos posible esta noche. Shura también estará en el restaurante, vigilando los perímetros, asegurándose de que todo es seguro. Con un poco de suerte, ni siquiera nos daremos cuenta de que están allí.

El viaje es suave y silencioso. El muslo de Natalia está caliente bajo mi palma mientras conduzco, y el aroma de su perfume flota por el coche, lo bastante sutil como para hacerme preguntar si lo estoy soñando todo.

Mantiene la barbilla alta cuando salimos del coche, orgullosa y desafiante, aunque deja que la guíe hasta el restaurante. Al igual que el perfume, me pregunto si estoy imaginando el temblor de su mano.

Es como si estuviera decidida a demostrar que pertenece a este lugar.

Sin embargo, no sé si “este lugar” significa en este restaurante o a mi lado.

Pasa mucho tiempo hablando con el camarero y, cuando por fin se va, lo hace con tres páginas de su bloc de notas llenas de casi todos los platos del menú.

La puerta de la cocina se cierra con un chasquido y ella da un respingo. —Me pasé, ¿verdad?

—Estás embarazada. Puedes pedir lo que quieras.

—No podré terminar ni la mitad —hace girar un mechón de pelo entre los dedos—. Mamá tenía una norma sobre el desperdicio de comida. Si no podíamos acabárnosla nosotros, teníamos que

asegurarnos de que otra persona pudiera hacerlo. Cerca había un albergue para indigentes. Solíamos ir en coche después de cada fiesta con todas nuestras sobras.

—Entonces, eso es lo que haremos —digo—. Conozco un puente no muy lejos de aquí, con un campamento de indigentes debajo. Pasaremos por allí después de cenar.

Parpadea, con los labios entreabiertos y la cabeza ladeada. Para ser sincero, estoy igual de confundido. La oferta fluyó con naturalidad de mis labios; no la dije para burlarme de ella ni para tratarla con condescendencia, ni siquiera para halagarla y meterme en su cama esta noche.

Me pareció lo correcto.

Cuando los primeros aperitivos llegan a la mesa, Natalia prueba cada plato, pero deja la mayor parte sin tocar.

Me pregunto si come menos a propósito para que los indigentes a los que aún no ha conocido puedan comer más. Me alegra encargarme de ellos en su nombre, pero mi objetivo principal esta noche es ocuparme de ella.

—¿Qué hacían tus padres? —pregunto cuando se han retirado los primeros platos.

—Papá era profesor de música —dice—. Él me enseñó a tocar el piano. Pero tocaba un montón de instrumentos diferentes. Guitarra, flauta, acordeón. Incluso tocaba un poco la batería. Mamá era empleada temporal. Así conoció a mi padre. Ocupó un puesto en la escuela en la que él trabajaba.

Sus ojos brillan más de lo habitual cuando habla de sus padres. Tengo la sensación de que no lo hace muy a menudo.

—Pero dejó de trabajar cuando se quedó embarazada de mí —continúa Natalia—. Dijo que ese había sido siempre su trabajo soñado.

—¿Quería ser madre?

Intenta devolverme la sonrisa, pero le tiembla la barbilla. —Aunque no llegó a terminar ese trabajo.

—Arina también fue una buena madre —digo en voz baja, perdiéndome en recuerdos casi olvidados—. Pero, igual que la tuya, no llegó a disfrutar de eso todo el tiempo que debería.

Los ojos de Natalia están salpicados de diamantes, una combinación de las luces de arriba y sus propias lágrimas no derramadas. —¿Qué le pasó? Si no te importa que pregunte.

Mi instinto siempre es desviar la atención. Mi madre es un punto débil y vulnerable que no dejo que nadie vea.

Pero no siento eso con Natalia.

Quiero conocerla y quiero que ella me conozca. Y no tengo ni idea de por qué.

—Se casó con un hombre cruel.

—Tu padre, quieres decir.

Asiento. —A veces pienso que habría sido mejor que la matara —admito, algo que nunca había dicho en voz alta—. En lugar de eso, la agotó. Retorció y deformó todo lo bueno que tenía hasta hacerlo irreconocible. Hasta que ni siquiera se conocía a sí misma. Ahora está enterrada tan profundamente en su propia mente que nadie puede sacarla de ahí.

—¿Por qué? ¿Por qué lo haría?

—Porque la queríamos —explico—. Porque Viktor y yo la queríamos más de lo que jamás lo respetaríamos a él.

Cada sonrisa que le dirigíamos, cada burbuja de risa que nos arrancaba, Slavik lo tomaba como una afrenta personal. El mero sonido parecía ofenderlo.

Natalia me mira fijo. Me aprieta la mano con los nudillos blancos. —Probablemente sabía que, algún día, tú y Viktor se interpondrían entre él y Arina. Que no dejarían que siguiera haciéndole daño.

—Bueno, los dos hemos fracasado en ese aspecto —gruño amargamente.

Natalia me agarra la mano con más fuerza. —Eras un niño.

—Crecí, Natalia. Y le seguí el juego. Su plan funcionó. Logró abrir una brecha entre nosotros.

Sus ojos brillan con lágrimas, y odio haberla hecho llorar. Esta noche no es para mí. Tenía que ser para ella.

—Te pido disculpas. No debería haber...

—¡No! —replica—. No, me alegro de que hayas compartido eso conmigo. Me ayuda a comprenderte mejor.

—No estoy seguro de que valga la pena comprenderme.

—Claro que sí —dice con dulzura—. Vale la pena comprender a todo el mundo, Andrey. La mayoría de la gente es redimible.

—Eso es demasiado optimista para un *mudak* como yo, pajarito.

—No eres un *mudak*, sea lo que sea —insiste, con una pronunciación sorprendentemente acertada—. ¿Quieres saber por qué?

—Dímelo.

—Porque no le hiciste daño a Misha, aunque hubiera sido más fácil deshacerte de él. Intentaste encontrar a su familia aunque sabías que era una búsqueda inútil. Protegiste a Leonty de Viktor y le diste a Mila la libertad que ansió toda su vida. Cuidas de tus hombres e impides que los monstruos cacen a mujeres inocentes y lastimen a niños inocentes.

Permanezco en silencio, con la respiración cautiva en la garganta, mientras ella continúa.

—Sé que piensas que soy ingenua y puede que a veces lo sea —cuadra la mandíbula, como si esperara que le diera la razón. Cuando no lo hago, sigue adelante—. Pero no soy tan ingenua como crees. Sé que no eres el héroe de esta historia, Andrey Kuznetsov. Pero tampoco creo que seas el villano. Por mucho que te empeñes.

NATALIA

—¿Puedo pedir el bocadillo de ternera birria para llevar, por favor?

La camarera mira mi plato medio lleno de carbonara. —Por supuesto, señora.

Katya y Mila comparten una mirada mordaz antes de que Kat silbe. —¿Un segundo almuerzo para más tarde? Te estás tomando muy a pecho lo de "comer por dos", ¿eh?

—No es para mí; es para Andrey. Suele trabajar durante el almuerzo y se olvida de comer, así que quiero llevarle... —me detengo cuando intercambian otra mirada—. ¿Qué? Siguen haciendo eso. Me está volviendo loca.

—Bueno —Kat cruza las manos sobre la mesa que tiene delante—, Mila y yo no pudimos evitar darnos cuenta de que has estado notablemente feliz estos últimos días.

Mila asiente. —Desde que tú y Andrey tuvieron su pequeño encierro en la casa de la piscina. ¿Tu colapso mental los unió?

—¡Eh!

Mila se niega descaradamente a retractarse. —Vamos, Nat. Apenas te moviste durante días. Fue jodidamente terrorífico.

Katya asiente a regañadientes.

—No me malinterpretes —continúa Mila—. No te culpo en absoluto. Tratar con un Viktor borracho y furioso no es ninguna broma. Tengo cicatrices que lo demuestran. Es suficiente para llevar a la disociación incluso a la mujer más fuerte.

Está siendo generosa. Resulta que sé que ni Katya ni Mila se habrían cerrado como yo.

—Fue un mal momento —admito.

—No, nena —argumenta Mila—, un "mal momento" es el abrigo de piel de serpiente que decidí ponerme para la fiesta de mi cumpleaños veintiuno.

Katya salta a la palestra con entusiasmo. —Un "mal momento" es darte cuenta de que ya has usado el último condón de tu bolso y de que el tipo guapo al que llevas persiguiendo un mes también se ha quedado sin nada.

—Un mal momento es...

—¡Ya entendí!

—Nos estamos desviando —dice Katya, devolviéndonos al tema original—. La cuestión es que te ha ido muy bien desde entonces.

—Y no podemos evitar preguntarnos por qué —Mila mueve las cejas.

Por si no está siendo bastante obvia, Katya pregunta—: ¿Ahora tú y Andrey son algo o qué?

Miro el móvil con la esperanza de que me salve de este atolladero. No ha sonado ni una sola vez desde que nos sentamos a comer, pero eso no me impide albergar esperanzas.

Nop. Nada.

La decepción me araña el pecho y me encuentro con los ojos de mis amigas. —No estamos juntos, pero... nos llevamos bien.

Katya se hunde. —¿En serio? Estábamos tan seguras...

—¡Pasa todas las noches en la casa de la piscina! —dice Mila—. Ustedes tienen que ser algo.

Frunzo los labios ante Mila. —Pensé que habías dejado de espiarme.

Se encoge de hombros. —Resulta que me acuesto con uno de tus guardaespaldas. Es una conversación de almohada.

Lanzo los brazos al aire. —No he venido a comer para que me interroguen. Hablemos de otra cosa. Literalmente de cualquier cosa. Qué buen tiempo estamos teniendo. ¿Qué tal los yanquis? ¿Alguna película nueva?

Mila se vuelve hacia Katya. —Hay etapas del duelo, pero ¿también hay etapas del amor?

—Si las hay, la negación debe ser lo primero en ambos casos —declara Katya.

Gimo y entierro la cara entre las manos. —Me arrepiento del día en que las presenté.

Mila me ignora. —Le pediré a Leonty que esté más alerta cuando esté de guardia nocturna en la piscina...

—Sí, se queda a dormir —le digo—. Pero no, no estamos durmiendo juntos. Estamos durmiendo, pero no estamos *durmiendo* durmiendo. Nada de sexo. ¿De acuerdo?

Intercambian otra mirada.

—¿Cómo es eso humanamente posible? —pregunta Katya—. ¿No te llevó a una gran cena romántica la otra noche?

No puedo evitar sonreír. —No creo que fuera tan lejos. Pero fue muy agradable. Comparamos historias de horror paternal, un divertido juego de "¿Qué es peor, un padre muerto o uno de mierda?". Lo mejor es que todo el mundo pierde. Luego llevamos la comida que nos sobró a un campamento de indigentes y la repartimos.

Otra mirada incrédula.

Katya me mira con el ceño fruncido. —Vale, tienes razón, eso no es ni remotamente romántico.

—Supongo que tenías que estar allí —me inclino hacia delante—. Mira, Shura y Leonty no son como Andrey. Son abiertos y están dispuestos a exponerse. Andrey es... reservado. Se guarda todo. Sacarle algunos detalles es un gran paso adelante.

Mila y Katya intercambian otra mirada.

—Si vuelven a hacer eso, les meteré la cara en la mantequera —advierto.

—Bien, creo lo de no tener sexo —anuncia Katya un poco demasiado alto—. Natalia se pone de mal humor cuando no tiene acción.

Acción. Como si esa fuera la pieza que falta. ¿Cómo les hago ver que el sexo con Andrey siempre ha sido más fácil que respirar?

Pero esto de hablar, compartir, abrirse los unos a los otros, siempre ha sido lo complicado.

Katya y Mila mantienen otra conversación telepática mientras intentan descifrarme, y el hecho de que hayan pasado de enemigas acérrimas a amigas en tan poco tiempo es casi suficiente para hacerme creer en los milagros.

Si pueden llevarse bien, quizá Andrey y yo también podamos hacerlo.

No importa lo que mis amigas digan de nosotros dos, eso es todo lo que estoy dispuesta a esperar. Claro que ha sido atento, paciente y amable. Claro que se ha abierto a mí. Puede que incluso disfrute acostándose conmigo en alguna ocasión.

Pero ¿amor?

Dios sabe que he cometido muchos errores cuando se trata de Andrey Kuznetsov, pero no cometeré ese.

Enamorarme de él sería el peor error de todos.

ENTRO en el despacho de Andrey con su recipiente para llevar, esperando encontrarlo estudiando el papeleo en su mesa.

En su lugar, encuentro dos pistolas donde debería estar el papeleo.

¿Qué demonios?

Lo oigo en el cuarto de baño contiguo, pero no puedo apartar los ojos de las pistolas, que brillan bajo la luz del sol que entra por las ventanas abiertas. Cuando sale Andrey, suelto—: Hay pistolas en tu mesa.

Su mandíbula se tensa. —¿Qué tal la comida?

—Bien. ¿Por qué hay armas en tu mesa?

Se abrocha los puños de la camisa y se acerca a mí. —Tengo una reunión dentro de media hora.

—¿Y para eso hacen falta armas?

—Es solo un seguro, *lastochka*. Nada de lo que preocuparse.

Su sonrisa es fría y segura, pero hace que mi corazón lata erráticamente, expulsando todo el aire de mis pulmones.

—¿Quién, yo? ¿Por qué iba a preocuparme? —mi voz sube un par de octavas—. Seguro que es perfectamente normal ir armado a las reuniones. Recuérdame que limpie mi bazuca para la reunión de la junta de la semana que viene. Ah, y voy a tomar el té con Annie el próximo fin de semana, así que probablemente debería asegurarme de que mi AK-47 está...

—Oye —su mano se enrosca en el costado de mi mejilla—. Mi normalidad es distinta de la tuya. Y que lleve armas no significa que vaya a necesitarlas.

—Pero ¿existe la posibilidad de que lo hagas?

Vacila. —Solo una muy pequeña.

—¿De qué va esta reunión?

Es la primera vez que le hago una pregunta directa sobre su trabajo. Casi espero que me haga callar y me diga que vuelva a la casa de la piscina. Una parte de mí piensa que podría ser la decisión correcta. Cuanto menos sepa, mejor.

—¿Quieres saberlo? —pregunta.

Asiento, intentando convencernos a los dos.

—Me voy a reunir con unos inversores para hablar de una expansión a través del país. Es solo una charla de logística.

Mi mirada vuelve a centrarse en las armas sobre la mesa. —¿Irás solo?

—Shura, Efrem y Yuri estarán conmigo. Vaska podría unirse también.

Me muerdo el labio inferior. Esta es exactamente la razón por la que no puedo enamorarme de un hombre como Andrey. Siempre está caminando hacia el peligro, esquivando la muerte, esquivando el fuego enemigo. No sobreviviría estando preocupada por él todo el tiempo.

—No te preocupes, pajarito —me da un beso en la boca—. He manejado cosas mucho peores con mucho menos.

Observo aterrorizada cómo guarda las pistolas: una en la cintura del pantalón, la segunda en el bolsillo de la chaqueta. Luego, se vuelve y señala el recipiente de comida para llevar. —¿Me has traído algo?

—Eh, un bocadillo del restaurante... Tú sueles trabajar hasta la hora de comer, y yo...

Andrey me mira como si acabara de descubrir algo. Sus ojos brillan y mi corazón palpita y... *mierda*.

Ya es demasiado tarde.

—Espera aquí —ordeno, saliendo de su despacho y corriendo por el pasillo.

Me pide que me detenga, pero yo sigo adelante. Me precipito a la casa de la piscina, recojo lo que necesito y vuelvo a la oficina tan rápido como puedo.

Sigue esperándome junto a la entrada. —¿A dónde has ido?

—He ido a buscar esto —agarrándole la mano, pongo algo en el centro de su palma.

Se queda mirando el collar de oro que tiene en la palma de la mano. —Este es tu medallón.

—El medallón de mi madre, sí. Quiero que lo lleves contigo. Piensa en él como... un amuleto de buena suerte. Un amuleto de protección —me encojo de hombros—. Como quieras llamarlo.

Levanta la mirada hacia la mía. —Este es tu amuleto, Natalia.

—Y yo te lo doy a ti.

Porque es lo único que puedo hacer. Por estúpido y en última instancia inútil que sea este gesto, es lo único que puedo hacer por él. Sigue siendo más de lo que puedo hacer por mis padres.

—Y deberías saber... —me tiembla la voz—, que significa mucho para mí. Así que tienes que traérmelo. Quiero que me entregues el collar personalmente. Tú. En una sola pieza.

Su sonrisa es cómplice cuando sus dedos se cierran en torno al medallón. Se abrocha la cadena al cuello y la oculta bajo la camisa. Luego, me besa la frente antes de bajar a besarme también el vientre.

—Lo traeré sano y salvo.

Entonces, Andrey desaparece.

Dejándome con un enorme abismo de espanto en la boca del estómago.

ANDREY

Shura y Vaska ya están esperando en la entrada del The Capital Hotel cuando llego.

El ceño impasible de Shura contrasta directamente con la sonrisa de oreja a oreja de Vaska. El cabrón luce como si la Navidad se hubiese adelantado. Después de semanas de reposo en cama, seguidas de meses de rehabilitación, no lo culpo. Debe ser una bendición volver a estar en pie.

Nos damos la mano. —Vaska, tienes buen aspecto, hermano.

Prácticamente echa espuma por la boca, saltando de talón a talón de excitación. —Me siento bien, señor. Ya era hora de ver algo de acción.

Si todo va bien, hoy no habrá acción, pero me lo guardo para mí mientras conduzco a mis hombres a través de las puertas arqueadas del Capital.

No necesito preguntar a Shura si han llegado nuestros posibles socios. El número de equipos de seguridad que paso mientras nos dirigimos a la Sala Ejecutiva me indica que los tres hombres están aquí, puntuales como siempre.

Asigno a mis hombres posiciones en las distintas puertas antes de entrar en el salón con solo Shura a mi lado.

La amplia y opulenta sala está vacía, más allá de los tres hombres que se ponen en pie cuando entro. Ha costado mucho esfuerzo y una puta tonelada de sobornos conseguir que estos tres vengan a la mesa. Sin embargo, igual que Vaska, estoy casi mareado de emoción por lo que estamos a punto de conseguir.

Cevdet Bakirtzis controla un oleoducto de tráfico que atraviesa el Medio Oeste. Heredó su mafia tras la muerte de su padre, cuando solo tenía veintitrés años. Pero él solo expandió el imperio por Chicago y Denver. Él es la razón principal de que mis envíos lleguen a sus destinos elegidos sin problemas.

Luca Giordano ha acaparado el mercado de la droga en toda la Costa Oeste. Muy italiano y orgulloso, fue el último en acercarse a una asociación conmigo, pero, una vez que vio lo fructífera que sería, ni siquiera él pudo resistirse.

Bujar Mustafi fue el más fácil de convencer. Este albanés de voz suave se dedicaba él mismo a la producción antes de que mi producto superior y mi coste más barato le cortaran las rodillas. Se recuperó pronto y se convirtió en un contrabandista que controla la mayor parte del Sur, con sus

zarcillos serpenteando por casi todas las ciudades de aquí a los Cayos de Florida.

—Ah, por fin llega el joven *pakhan* —vocifera Cevdet, ofreciéndome una mano carnosa.

A Cevdet le gusta adelantarse a los acontecimientos. Eso suele implicar muchas indirectas a costa de Bujar y Luca, pero hasta ahora se porta bien. Cada uno de los presentes sabe que sus propias operaciones dependen de los engranajes en movimiento de nuestra asociación compartida.

De un modo u otro, saldré de aquí con lo que quiero.

Depende de ellos si es por negocios o por sangre.

La mesa ya está llena de tazas de café. El olor a bourbon emana de la taza dorada de Luca.

—Les pido disculpas, caballeros. No me había dado cuenta de que llegaba tarde a la fiesta.

—No llegas tarde —anuncia Cevdet—. Siempre llego temprano.

—Y, como Cevdet siempre llega temprano, Bujar y yo decidimos no dejar que nos pusiera en evidencia —bromea Luca.

Cevdet se pasa un dedo por el enorme bigote y se ríe a carcajadas. La risa de Luca es más bien un resoplido, mientras que te costaría mucho oír la risa de Bujar.

Son un grupo variopinto, pero eficaz.

Por eso sé que Nikolai Rostov ganaría mucho destruyendo la alianza que he conseguido crear.

—Odio meterme de lleno en los negocios —digo—, pero más vale que nos lo quitemos de encima.

Bujar es el único que parece apreciar la franqueza. Sus finos labios se tensan con satisfacción mientras se sienta un poco más erguido.

—Oh, muy bien —murmura Luca mientras coge su bourbon con café—. Los rusos no saben mantener una conversación informal ni aunque de eso dependieran sus vidas. Supongo que estamos aquí para hablar del *stronzo* de Rostov.

Mis ojos se entrecierran. —He venido a hablar de envíos. Parece que sabes algo que yo ignoro, Luca. ¿Te importaría compartirlo con la clase?

Luca sonríe, enseñándome los dientes recién blanqueados. —Vamos, Andrey, no hace falta que te pongas irritable. Soy inequívocamente tu hombre.

—¿Ah, sí? —pregunto, medio divertido y medio molesto—. Porque una vez organizaste una reunión con Nikolai.

Elude el hecho. —Tenía que asegurarme de que no me estabas estafando. Al fin y al cabo soy un hombre de negocios, Andrey. Tengo que saber quién ofrece el mejor trato.

Aunque sus rasgos permanecen inescrutables, la boca de Bujar se crispa bajo su barba oscura.

—Es bueno saber que tu lealtad puede dejarse influir tan fácilmente por el mejor postor, Luca.

El italiano pone los ojos en blanco. —No tengo ningún deseo de verme envuelto en el repulsivo comercio de pieles de Rostov. Aparte de tener reparos morales al respecto, el rastro constante de cadáveres sería malo para el negocio.

—¿Ha vuelto a intentar ponerse en contacto contigo?

Luca está ocupado acicalando su caro traje italiano. —No desde hace más de un año. Y, como ya les informé a todos entonces, lo mandé a la mierda. Mi respuesta no será diferente si vuelve a intentarlo.

Luca siempre ha sido escurridizo, pero, a pesar de las reservas de Shura sobre el hombre, confío en él. Puede que trate toda la operación como un juego, pero tiene tanto que perder como el resto de nosotros.

—¡Ja! Rostov nunca se atrevería a acercarse a mí —afirma Cevdet con orgullo—. Sabe perfectamente cuál es mi postura sobre el comercio de pieles. Ningún hombre de familia se entretendría jamás con escoria como Rostov.

Sin duda, también está pensando en todos los activos de los Bakirtzis que están interrelacionados con el éxito de mi Bratva. Igual que Luca, es muy egoísta.

Pero la lealtad es lealtad, independientemente del motivo.

—En cuanto a mí, ni siquiera estoy en el radar del Rostov —declara Bujar—. No me ve como un jugador importante. Simplemente una pieza del engranaje.

—Lo dudo, Bujar —murmuro—. Nikolai tiene ojos en todas partes. Y nunca ha rechazado una comida gratis.

Cevdet se vuelve hacia mí, pensativo. —¿Crees que intentará acercarse a cada uno de nosotros?

—Sus movimientos son cada vez más difíciles de predecir —admito a regañadientes—. Se ha convertido en un fantasma en el último año. Lo que me lleva a creer que está planeando algo.

Miro a Shura, que está junto a la ventana, con la columna rígida como siempre. Pero sé que está analizando todo lo que hemos hablado hasta ahora.

—Dudo que Nikolai se acerque a ninguno de ustedes —dice Shura cuando le hago un gesto para que intervenga—. Nuestra alianza es demasiado fuerte para deshacerla ahora. Nuestras inversiones son demasiado profundas, y él sabe que todos los presentes tienen sus razones para rechazar lo que él puede ofrecer.

—Intuyo que viene un “pero” —dice Luca—. ¿Crees que está buscando alianzas?

—Lo hará si es inteligente. Tiene que igualar nuestra fuerza —digo—. Encontrar nuevos amigos es la única forma de que pueda durar.

—¿A quién puede recurrir? —Cevdet se burla antes de responder a su propia pregunta—. A nadie importante. Todos los actores importantes están sentados en esta sala.

Luca y Bujar asienten con la cabeza. Pero una mirada a Shura me dice que es el único aquí que piensa como yo.

No hay que subestimar a Nikolai Rostov.

—Antes de lanzarnos a la expansión, tengo que aclarar algunos rumores que han estado circulando —suelta de repente Cevdet, volviendo sus ojos azules hacia mí.

Hago un gesto con la mano para cederle la palabra.

Menea las cejas emplumadas en mi dirección. —¿Nuestro joven *pakhan* va a ser padre pronto?

Esta vez, me esfuerzo por evitar el rostro de Shura. No he hecho ningún anuncio público, lo que significa que los ojos puestos en mi familia están más cerca de lo que sospechaba. Pero no tiene sentido mentir. La honestidad engendra honestidad. Tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz. Más vale que esos hombres la escuchen de mis labios.

—Sí —digo—. Los rumores son ciertos.

Luca declara inmediatamente que hay que hacer un brindis y Bujar me ofrece un gesto de felicitación. Pero Cevdet está impaciente por obtener más información.

—¿Y estoy en lo cierto al suponer que, si hubiera habido boda, habríamos recibido invitaciones?

—Por supuesto, Cevdet. No ha habido boda. Ni la habrá.

En ese momento, el ambiente se vuelve tenso.

Cevdet es el único lo bastante valiente como para hacer la pregunta que les ronda a todos por la cabeza. —¿Es porque estás esperando el momento adecuado? ¿O es porque la mujer es... poco importante?

—Es la madre de mi hijo. No hay nada más para decir.

El despido es claro. Los tres hombres arreglan sus rostros en señal de educado respeto y Cevdet pivota hacia el territorio seguro de la expansión.

Soy el único que no puede dejar de pensar en lo que dije y en cómo lo dije.



DOS HORAS y varias tazas de café más tarde, me despido.

Cevdet se queda atrás, siempre decidido a tener la última palabra. —Dado el clima actual, si necesitas protección adicional, yo puedo proporcionártela —dice, bajando su voz, habitualmente estruendosa, a algo parecido a un susurro.

Lo miro con atención. —Una oferta amable, Cevdet, pero sé que tus hombres no son baratos.

—A ti, amigo mío, te prestaría el servicio gratis.

Eso me hace retroceder. —¿Por qué?

Se pasa la lengua por el labio superior bigotudo. —Tengo tres hijas, Andrey. Y me tomaría cualquier molestia para asegurarme de que están a salvo. Puedo reconocer ese mismo instinto en otros hombres. Lo he reconocido en ti, por mucho que intentes ocultarlo.

Maldición, ¿tan transparente soy?

—Ella es importante para ti y… No, no, no te molestes en negarlo. Ella *es* importante para ti. Lo que significa que tiene una diana en la espalda —me da una palmada en el hombro—. Nikolai Rostov es el tipo de hombre que vendería a su propia madre por céntimos. No tiene honor. Pero tú sí. Eso significa algo para mí.

Inclino la cabeza en señal de gratitud. —Eres muy generoso, Cevdet. Consideraré detenidamente tu oferta.

—Debemos proteger lo que es nuestro, Andrey —dice, volviendo a su volumen ensordecedor habitual—. Es nuestro deber más sagrado.

Y, con eso, sigue a Luca y a Bujar a través de las puertas doradas.

NATALIA

Desde el momento en que Andrey irrumpió en la casa de la piscina y declaró que saldríamos todos a cenar, quedó claro que estaba contento por algo. Solo puedo imaginar que su reunión fue bien.

No es que hayamos estado solos el tiempo suficiente para hablarlo. Desde el momento en que nos sentamos a comer, es él quien lleva la conversación, quien ríe más alto, quien habla más, quien se asegura de que todo el mundo participe.

Aun así, su mano encuentra la mía bajo la mesa. Pasa un brazo por encima del respaldo de mi silla. Cuando sacan las bebidas, comprueba que la mía es virgen antes de devolvérmela con un guiño.

Nunca lo había visto así, ni conmigo ni con nadie.

Andrey habla de los Bratva como una familia, pero yo siempre supuse que era en un sentido corporativo. *Aquí somos una gran familia. Tenemos una cultura única. Nos preocupamos por tu bienestar, a menos que afecte a nuestro balance final.*

Pero Andrey es *amigo* de los hombres a su servicio.

Recorre la sala riendo, bromeando e intercambiando historias. Pasa diez minutos regañando a Anatoly por su camisa de seda floreada. Cuando Leonty salta a la palestra, Anatoly amenaza con estrangularlo con su propia servilleta, y los tres hombres se deshacen en carcajadas.

—Yelena, las albóndigas son para ti —anuncia Andrey, agitando el plato delante de su nariz—. Sé que te encantan.

—No puedo tomar otra —gime la anciana—. Tengo que cuidar mi peso.

—Cuídalo otra noche. No va a ninguna parte —Andrey sonríe perversamente.

—¡Andrey! —jadeo, golpeándole en el codo con el dorso de la mano.

—Pequeño bastardo descarado —sisea Yelena antes de coger las albóndigas que le ofrece.

Incluso Misha parece estar de buen humor. Está sentado a mi derecha, con una mano protectora sobre la cabeza de Remi, mientras el pobre perro gimotea de vez en cuando. No le gusta mucho el ruido, pero lo tolera bastante bien encaramado entre las piernas de Misha.

El único que parece divertirse menos que Remi es Shura. Pero supongo que eso tiene menos que ver con el ruido y más con el hecho de que Katya no esté aquí. Me envió un mensaje antes, diciendo que no podría venir.

Cuando los hombres estallan de nuevo en carcajadas, Misha se estremece. Su rostro está tan tenso y ansioso como siempre, pero esa es su posición por defecto. El chico ha estado condicionado a ser receloso durante demasiado tiempo como para que eso desaparezca de la noche a la mañana.

Le doy un codazo suave a Misha. —¿Te encuentras bien?

—Estoy bien.

—¿Has comido suficiente?

Su sonrisa se abre paso por un momento. —Nunca había comido tanto en toda mi vida. A Remi también le encantó.

Misha y yo hemos estado pasándole a Remi pequeñas golosinas por debajo de la mesa durante toda la cena. Probablemente sea la única razón por la que Remi ha soportado todo este ruido.

—¿Cómo van tus clases?

—Van bien, supongo.

La caída de sus hombros dice lo contrario.

—¿El Sr. Akayev no te trata bien? —ya he visto varias veces a su tutor personal, un ruso taciturno de unos sesenta años. Ojalá Andrey hubiera elegido a alguien más suave, más cálido, pero no puedo negar que el hombre sabe lo que hace.

Misha parece alarmado de que yo sugiera algo así. —Él está bien. Quizá un poco impaciente, pero está bien. Es el trabajo.

Le puse la mano en el hombro. —¿Qué tal si vienes mañana a la casa de la piscina y recapitulamos lo que has aprendido hasta ahora? Quizá pueda ayudarte.

—¿Sí?

—Para mí era más fácil aprender cuando me gustaban mis profesores. Y mis dos profesores favoritos en todo el mundo eran mi madre y mi padre.

Misha frunce el ceño, e inmediatamente me arrepiento de haber sacado el tema.

¿Por qué le mencioné a mis maravillosos padres a un chico que nunca ha tenido ni idea de lo que es tener siquiera un padre funcional, y mucho menos dos? Es como agitar un jugoso filete delante de un hambriento. *Mira lo que nunca podrás tener*. Me siento como una mierda.

Le doy una palmadita en el brazo mientras Remi gimotea reclamando atención. Misha agacha la cabeza para dejar que Remi le acaricie la cara, y yo me vuelvo hacia Andrey, cuyos ojos por fin están fijos en mí.

Su mano se desliza por mi muslo por debajo de la mesa. No parece importarle que estemos rodeados de gente y, cuando su mano está caliente contra mi piel, a mí tampoco me importa.

—Ya tienes un trabajo a tiempo completo, *lastochka* —señala suavemente—. ¿Por qué asumir también el papel de profesora?

—Porque me necesita.

Andrey no dice nada, pero me roba miradas durante el resto de la noche.

Cuando volvemos a la mansión y Remi se va a la cama con Misha, Andrey me coge de la mano. Ir a la casa de la piscina se ha convertido en una especie de rutina para nosotros. Pero esta noche es diferente.

El corazón me palpita en el pecho cuando cruzamos la puerta. Sin palabras, nos dirigimos al dormitorio, caminando hacia algo que parece tan inevitable como respirar.

Andrey solo me suelta para desvestirse. Sus ojos siguen recorriéndome como si se asegurara de que no desaparezco.

Pero no hay ninguna posibilidad de eso.

Su corbata se encharca en el sillón, seguida de la chaqueta del traje. Los gemelos, el reloj, la camisa... coloca cada prenda con cuidado en el sillón, y yo observo cómo la luz de la luna ondula sobre la amplia extensión de su espalda, con un cosquilleo familiar en lo más bajo de mi vientre.

No es hasta que se queda en calzoncillos negros cuando se vuelve y me mira, con las cejas fruncidas. —¿Qué te pasa, pajarito?

Lo que pasa es que Mila y Katya tenían razón: he estado en negación. Pensé que podía tener a Andrey sin necesitarlo. Pensé que podía estar cerca suyo sin que eso me cambiara.

Pero estoy más enredada con el padre de mi bebé de lo que nunca podré deshacer.

Al menos por esta noche, quiero que él sienta lo mismo.

—¿Confías en mí? —las palabras salen disparadas de mi boca antes de que pueda dudar de ellas.

—Sí —responde.

—Pues túmbate.

Estoy tiesa de nervios cuando me dirijo a mi armario y saco dos pañuelos Hermes que me regaló. Me parecían demasiado lujosos para ponérmelos, pero ahora les he encontrado el uso perfecto.

Andrey me observa con singular atención desde la cama. Cuando trepo sobre él y aprieto una de sus muñecas contra el poste de la cama, no se resiste. Ni cuando le envuelvo la mano con el pañuelo. Ni siquiera cuando aprieto el nudo.

Cuando me muevo al otro lado, me ofrece la mano de buena gana.

Una vez atado al cabecero, le quito los calzoncillos y tengo todas las pruebas que necesito de que está interesado. Se libera, duro y listo, y tengo que resistir el impulso de saborearlo.

Esta noche tengo otros planes.

Me desplazo hasta el extremo de la cama y me quito la ropa, esperando que no me falle el valor a

mitad de camino. Una vez desnuda, me siento a horcajadas sobre él, subiendo y bajando las manos por su pecho esculpido. Es agradable tener tiempo para disfrutar de él, sin prisas.

—Nunca has estado tan guapa como ahora —su voz es áspera, pero sus palabras son suaves y sinceras.

—¿De verdad lo crees? —pregunto, deslizando las manos sobre mi vientre—. ¿Incluso con el bulto?

—Sobre todo con el bulto —exhala lentamente—. Quiero ser yo quien te toque así. ¿Sabes lo jodidamente sexy que estás con mi bebé en el vientre? Si hubiera sabido lo que estábamos empezando en aquel ascensor... Si hubiera... —traga saliva mientras su polla se estremece—. No habría esperado a todo lo que tenía que pasar entre medias. Te habría dejado embarazada allí mismo.

—Así es como te sientes ahora, ¿pero entonces? —arrugo la nariz—. Éramos desconocidos. No lo habrías querido.

La oscura extensión de sus ojos me dice cuánto lo desea ahora. —Quizá si me lo hubieras pedido amablemente.

Una bombillita traviesa se enciende sobre mi cabeza. *¿Me atrevo?*

Decido que sí.

—Pues finge que no.

—¿Fingir qué?

—Finge que no estoy embarazada. Haz como si no me conocieras. Finge... solo por esta noche... que este es el principio de nuestra historia.

—Natalia, yo...

—Calla —presiono con un dedo sobre sus labios y luego dejo caer mi voz en un ronroneo sensual mientras me deslizo por su cuerpo—. Andrey, quiero un bebé. Quiero que me lo des.

Su frente se arruga de confusión mientras sus ojos se posan en mi vientre. Sigo apretándome contra su erección, persiguiendo la deliciosa presión que se acumula entre mis piernas.

—Por favor —canturreo, trabajándolo contra mi entrada—. Quiero que me hagas un bebé.

La comprensión aparece en su rostro, y gruñe de deseo mientras niega con la cabeza. —No. No es el momento adecuado.

Hago un mohín, trabajando su longitud entre mis piernas, hacia delante y hacia atrás, una y otra vez.

Su polla se agita, impaciente porque empiece el espectáculo. En cuanto a mí, estoy saboreando esta sensación: la embriagadora mezcla de poder combinado con deseo.

—Algún día te daré un bebé —continúa sin apartar los ojos de mi cara—. Pero ahora no. Todavía no.

—Pues bien —le golpeo el pecho con las palmas de las manos—. Si no me das lo que quiero, tendré que tomarlo.

—*Lastochka*... —gruñe.

Levanto más las caderas y alineo su polla con mi raja. Estoy tan mojada que su polla se desliza dentro de mí sin presión.

—No quería tener que hacerlo así —trino, fingiendo disculpas—. Pero no me dejas otra opción.

Con eso, me siento sobre su polla.

—Maldición —gimo cuando desaparece dentro de mí. Ya estoy a punto de correrme y apenas hemos empezado.

Parece que él mismo no está lejos del límite. Sus ojos brumosos y llenos de deseo están fijos en mí. Sus manos hacen fuerza contra los pañuelos, pero he hecho un buen trabajo con los nudos. Le costará liberarse sin mi ayuda.

—No te vas a escapar tan fácilmente —digo entre dientes, moviendo las caderas de un lado a otro—. No voy a parar hasta que me des un bebé. Te vas a quedar aquí, atado y a mi merced, hasta que haya un bebé dentro de mí.

—¿De verdad quieres a mi bebé dentro de ti? —tiene la mandíbula apretada y las manos hechas puños mientras le robo mi placer.

Arqueo la espalda a medida que aumenta la intensidad. —Más que nada. Quiero que me llenes. Quiero ser tuya, por dentro y por fuera.

Maldiciones rotas brotan de sus labios. —Quiero tocarte.

Cada vez que se tensa contra las ataduras, muevo las caderas con más fuerza, reboto más deprisa. Ya no soy capaz de formar palabras. No soy capaz de hacer otra cosa que cabalgar sobre él, llevarnos a los dos a la conclusión que necesitamos.

—Oh, Dios —gimoteo—. Estoy tan cerca, Andrey. Quiero que acabes dentro de mí. Llénam*e*. *Por favor*.

Con un rugido, se corre profundamente dentro de mí, llevándome al límite con él.

Oleadas de calor y placer asolan mi cuerpo hasta que no puedo incorporarme. Caigo contra su pecho, con los latidos atronadores de su corazón en mi oído.

—Por Dios, mujer —dice Andrey, sin aliento después de que hayan pasado largos minutos en silencio—. ¿Dónde demonios has estado toda mi vida?

ANDREY

El teléfono de Natalia zumba cuando me detengo en la acera frente a su despacho, y ella se lanza a por él como si fuera su último salvavidas. Cuando un segundo después lo deja caer sobre su regazo con el ceño fruncido, sé que no era quien esperaba.

—¿Katya aún no responde?

Natalia niega con la cabeza, mordiéndose el interior del labio. —No respondió en todo el fin de semana.

—¿Quizá está ocupada?

Nosotros sí que hemos estado ocupados. En la cama, en la ducha, en la encimera de la cocina. De hecho, no estoy seguro de cuándo ha tenido tiempo Natalia de enviarle un mensaje de texto a Katya. Por lo general, sus manos y/o su boca han estado muy ocupadas.

—Shura tampoco habló con ella —dice—. Hace días que nadie sabe nada de ella.

—Probablemente se hayan peleado —sugiero. Eso explicaría el mal humor de Shura los dos últimos días.

—No, Katya no aplica la ley del hielo. Cuando está molesta, grita. Lo sabríamos si se pelearan.

Le aprieto la mano para tranquilizarla. —Ve a trabajar e intenta no preocuparte. Yo me ocuparé.

—¿Crees que hay algo que investigar? —pregunta asustada.

—Solo para estar seguros. Seguro que no es nada, pero iré a verla.

Natalia no parece convencida, pero yo sí. Luego de un fin de semana follando a Natalia hasta dejarla absolutamente tonta, el mundo parece de color de rosa, inofensivo y fácil de doblegar a mi voluntad. Con una mano en la espalda de Natalia, la conduzco al edificio de oficinas.

Pero, en cuanto está dentro, me vuelvo hacia Leonty. —No la pierdas de vista.

Su sonrisa vacila. —¿Pasa algo, jefe?

—Todavía no estoy seguro. Solo asegúrate de tenerla vigilada en todo momento.



TARDAMOS un minuto entero en aporrear la puerta del apartamento de Shura antes de que por fin responda. Su ceño no es nada acogedor. —Hoy no trabajo.

No, hace pucheros. Sabía que se escondería aquí. Rara vez usa el apartamento, pero no pudimos sacarlo de él durante dos semanas después de su divorcio. El hecho de que esté aquí ahora significa que Katya no le está hablando.

—Tú estás libre cuando yo diga que estás libre.

Abre la puerta de golpe con un gruñido y se deja caer en el salón. —¿Qué necesitas?

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Katya?

Se da vuelta, con la preocupación carcomiéndole las arrugas del entrecejo. —¿Por qué? ¿Dijo algo Natalia? ¿Se ha comunicado? La última vez que hablamos fue el día que llevaste a todos a comer. Estuve con ella esa noche, y...

Espero que termine su pensamiento, pero parece atascado en un recuerdo. —¿Shura?

Sale de su ensoñación y se centra en mí. —No fue una pelea. Solo estaba un poco enfadada conmigo cuando me fui.

—¿Por qué?

Apretando los dientes, suelta un siseo frustrado. —Por lo visto, no soy lo bastante "transparente" para ella. Afirmó que no tenía ni idea de lo que siento por ella.

Me mira como retándome a que me ría.

—Paso el puto tiempo con ella, ¿no? —explota cuando no digo nada—. Salgo con ella, le compro cosas, la invito a cenar en restaurantes caros. ¿Qué coño es eso si no...? —se interrumpe, chasqueando la lengua contra el paladar.

Si alguien puede entender de qué habla Shura, soy yo. Para los hombres como nosotros, dar a alguien nuestro tiempo lo significa todo. Las colmamos de regalos y de nuestra atención, pero no hablamos de nuestros sentimientos.

—Me enfurecí y le dije que, si a estas alturas no se había dado cuenta de lo que sentía por ella, entonces la estúpida era ella.

Levanto las cejas. —Que encantador.

—No soy bueno en esta mierda, Drey —murmura—. Soy bueno follando y luchando. Después de lo de Melania, no pensé que volvería a encontrarme en esta situación.

—Tú y yo, hermano.

Nuestros ojos se encuentran. La comprensión revolotea entre nosotros.

—Aunque te esté aplicando la ley del hielo —digo con cansancio—, eso no explica por qué ignora a Natalia.

Shura palidece. —¿Tampoco habla con Nat?

—No. Y ella es...

—Voy a su casa —Shura ya tiene las llaves en la mano y se dirige furioso hacia la puerta.

—Antes de recurrir al allanamiento de morada, vayamos primero a su despacho —sugiero—. Según Natalia, debería estar allí ahora mismo.

Shura gruñe de impaciencia, pero acepta con un gesto seco de la cabeza.

Quince minutos después, cuando sale corriendo solo del despacho de Katya, sé que algo va mal.

Cuando llega al coche, ya estoy al teléfono con Leonty. —Saca a Natalia del trabajo y reúnete con nosotros en el apartamento de Katya —le ordeno.

—No está ahí —suelta Shura, abrochándose el cinturón de seguridad en el asiento del copiloto —. No ha llamado para decir que está enferma, ni nada. Nadie la ha visto.

El hombre es un manojo de nervios mientras nos precipitamos hacia el apartamento de Katya. Cada vez que nos detenemos en un semáforo o en un atasco, parece a punto de arrancarse el pelo.

En cuanto llego a su edificio, Shura se dirige al quinto piso. Lo sigo y lo encuentro golpeando con el puño la puerta de la Unidad 506.

—¡Katya! Si estás ahí dentro, ¡abre la puta puerta ya!

Al echar un vistazo al pasillo desierto, veo que alguien se asoma por la puerta del fondo. En cuanto me ve, mete la cara y la puerta se cierra de golpe.

—Shura —advierto—, no estoy seguro de que queramos llamar la atención así.

—No está ahí dentro —declara, dándose la vuelta—. Tendremos que echar la puerta abajo.

—Primero tienes que calmarte.

—¿“Calmarme”? —gruñe, con los ojos desorbitados—. ¿Serías capaz de calmarte si tu mujer estuviera en peligro?

Por suerte, antes de que pueda siquiera intentar mentir, oigo pasos en la escalera de abajo. Me asomo por la barandilla y veo a Natalia corriendo con Leonty a sus espaldas.

Aparece en el rellano, jadeando y agarrándose el costado. —¿Y bien? ¿Está aquí?

Shura sacude la cabeza, con la vena de la frente palpitándole.

—Hazte a un lado —ordena Natalia mientras se interpone entre nosotros—. Tengo una llave de repuesto.

Un rápido movimiento de muñeca y la puerta se abre. Shura entra detrás de ella.

—¡Katya! ¿Kat?

Pero sé que Katya no está aquí.

El aire de la vivienda está viciado y pesado. Hay un hedor rancio que sale del cubo de la basura, que no se ha sacado al menos en unos días.

Natalia parece pensar lo mismo. —No ha sacado la basura. Siempre saca la basura antes de irse. Una vez cogió gusanos y juró que no volvería a pasar.

Shura desaparece en el dormitorio de Katya, pero mis ojos se quedan fijos en Natalia. Está tan pálida como Shura.

—Andrey —grazna, volviéndose hacia mí—, algo no va bien. A veces viaja por trabajo, pero me lo habría contado. Y habría respondido a mis llamadas.

La cojo de la mano y tiro de ella hacia mí. La desaparición de Katya y el pánico de Shura me hacen querer tener a Natalia lo más cerca posible.

—No te preocupes. La encontraremos.

Antes de que le salgan las palabras, Shura vuelve pisando fuerte a la pequeña sala de estar. —Su pasaporte está en el cajón de la mesilla de noche —anuncia, mostrándolo—. Su maleta también sigue debajo de la cama. Solo tiene una, así que...

—Alguien se la ha llevado —jadea Natalia.

Se miran, horrorizados. No sé a quién tranquilizar primero.

—Lo primero es lo primero —digo, tomando el control—. Tenemos que volver a la mansión. Pondré a todo el equipo técnico tras su pista lo antes posible.

Los ojos de Shura se encuentran con los míos. —Andrey...

—Respira, hermano —le digo con firmeza—. La *encontraré*. ¿Te he defraudado alguna vez?

Su mandíbula se tensa, feroz. —Jamás.

—Entonces, confía en mí.

NATALIA

Mila y yo llevamos tanto tiempo sentadas en el patio que se me están entumeciendo las piernas. Ella no deambula y Remi tampoco: ambos permanecen tocándome en todo momento. Incluso cuando Misha baja a la piscina, Remi se queda pegado a mi lado, sintiendo que mi necesidad es mayor en ese momento.

La sala de tecnología está suficientemente cerca como para que podamos oír a Shura gritar a través de las paredes. —¡¿Por qué coño no la han encontrado todavía?! Rastrear su móvil no debería llevar tanto maldito tiempo.

Llevamos horas así: tramos tranquilos de nada, luego Shura pierde los papeles, luego Andrey vuelve a echarlo.

Alguien entra en el patio. Mila y yo levantamos la vista esperanzadas, rezando para que sea Andrey con noticias. Pero solo es Leonty, con aspecto sombrío y nervioso, que camina hacia nosotros.

—¿Han comido algo?

Mila sacude la cabeza por las dos. —No tengo hambre. ¿Cómo van las cosas ahí dentro?

—Shura tiene al equipo técnico cagándose encima. Andrey le prohibió volver a entrar ahí —Leonty suspira—. Creo que Shura sabe que no está ayudando. Se ha callado y se ha largado.

La mano de Mila se estrecha en torno a la mía. —Solo está asustado. Los hombres como él no están acostumbrados a tener miedo.

Acariciando la cabeza de Remi, me bajo lentamente del columpio del patio. Mis piernas se quejan con punzadas, pero ignoro la sensación y me estiro.

Cojeo lentamente hasta que recupero la sensibilidad. Debería moverme, o correr o, mejor aún, dormir, pero me aterra perderme algo si me voy. Así que camino los mismos cuatro pies de un lado a otro y de un lado a otro.

Remi me sigue, e incluso Misha está en la misma página. Está en su décimo, centésimo o milésimo círculo alrededor de la piscina.

—Tienen que encontrar algo pronto, ¿no? —pregunto a nadie en particular.

Leonty se sienta junto a Mila y la rodea con un brazo. —Si alguien puede recuperar a Katya, ese

es Andrey.

Misha sube al porche y acaricia distraídamente la cabeza de Remi. Le toco el hombro, aunque solo sea porque es mucho más fácil poner cara de valiente cuando intentas ser fuerte por otra persona.

—Estoy segura de que oiremos algo...

Antes de que pueda terminar la frase, estalla un alboroto dentro de la casa.

Sin dudarlo, entro corriendo en la mansión y me abro paso hasta la sala de tecnología. Andrey está de espaldas a mí, inclinado sobre uno de sus hombres mientras ambos miran una gran pantalla.

No entiendo qué están mirando. Un complejo código informático ondula por el monitor, una cadena de números que no tiene ningún sentido hasta que...

Coordenadas, me doy cuenta. *Es un conjunto de coordenadas.*

Andrey me mira con un acero sombrío en los ojos. Luego, su mirada revolotea por encima de mi hombro. —Leonty, ve a buscar a Shura. Sabemos dónde está.

Me deslizo más dentro de la habitación y aprieto la mano de Andrey. —¿Es realmente ella?

—Creo que sí. Tiraron su teléfono a varios kilómetros de su apartamento, pero conseguimos piratear las grabaciones de vigilancia y los sistemas de seguridad de la zona. La tienen en una casa abandonada, a las afueras de la ciudad.

Pulsa un botón del teclado y los números desaparecen, ofreciéndome una vista granulada de un edificio deprimente que está perdiendo una larga guerra contra la maleza, los graffitis y la desesperación.

—¿Está *ahí* dentro?

—Está siendo vigilada. Aún no hemos determinado por cuántos.

—¿Está Nikolai detrás de esto? —pregunto.

—No puede ser nadie más.

—Pero no lo entiendo —protesto—. ¿Qué ganaría Nikolai secuestrando a Katya? ¿Cómo sabe siquiera de Katya, cuando apenas sabe de mí?

Los ojos de Andrey están turbados cuando los fuerza hacia los míos. —Debe saber más de lo que creemos.

Eso hace que me recorra un temblor de miedo. Pero, antes de que pueda procesarlo, Shura irrumpe en la habitación. —¿Dónde está?

Andrey señala. —Tenemos una ubicación. ¿Estás preparado?

Shura ya está saliendo de la habitación. —Salimos en diez.

Desaparece y Leonty lo sigue fuera. Me aferro al brazo de Andrey, con demasiados miedos para

elegir arremolinándose en mi cabeza.

Andrey parece saber exactamente lo que estoy pensando. —Tendré cuidado, *lastochka*. No tienes nada que temer.

Oh, qué equivocado está.

—Andrey, por favor...

—La traeré de vuelta, sana y salva.

—Necesito que *tú* también estés a salvo.

Sus ojos se suavizan mientras me atrae hacia él, apretando un tierno beso en mis labios. —Sigo llevando tu medallón, pajarito. ¿Cómo no voy a estarlo?

Con eso, se ha ido, dejándome sin nada que hacer salvo esperar.

Vuelvo al patio, donde Mila sigue sentada con Misha y Remi. Leonty debe haberla puesto al corriente antes de irse, porque tiene la cara cenicienta y se hurga las cutículas.

Esta vez, yo cojo su mano y tiro de ella hacia mi regazo. Me dedica una sonrisa distraída, que revela lo preocupada que está.

—¿Alguna vez te acostumbras a esto? —pregunto—. ¿Esperar aquí cuando sabes que la gente a la que quieres está en peligro?

—No sabría decirte. Nunca tuve a nadie que me importara antes de ahora —admite suavemente —. Nunca tuve a nadie a quien esperar.

Se le quiebra la voz con la última palabra. Le aprieto la mano con más fuerza.

Misha nos mira a las dos. Algo ilegible cruza su rostro. Luego, se pone en pie como un rayo. —Debería haber ido con ellos.

—¡No! —Mila y yo gritamos al mismo tiempo.

—Es demasiado peligroso, Misha —añado—. Y tú...

—No me digas que soy un niño. No soy como los demás niños de mi edad —sus ojos relampaguean desafiantes y, a pesar de que sé que tiene razón, no puedo concebir que se exponga a ningún peligro.

—Pero sigues siendo un niño. Mereces que te protejan.

Del peligro. De las realidades de este mundo. Misha ni siquiera debería saber que existen estos oscuros bajos fondos.

—Quiero ganarme mi puesto. Quiero ser quien proteja a las personas que me importan.

La frustración en su voz es evidente. Y me aterroriza.

Por muy nerviosa que estuviera al ver partir a Andrey, y por muy asustada que estuviera de que lo hirieran, imaginarme a Misha ahí fuera, en el campo de batalla, expuesto a las armas, a los enemigos y a la muerte, duele mucho más.

Mi mano se enrosca protectora alrededor de mi estómago. Es la misma sensación que tengo cada vez que pienso que mi hija no estará a salvo en este mundo.

Nunca me he permitido pensar realmente en ello.

Pero ya está aquí.

Y no va a desaparecer.

—Quizá algún día lo consigas —le digo despacio, sobre todo para que no me tiemble la voz—. Si esa es tu elección. Pero no hasta que seas un hombre. No hasta que seas lo bastante mayor para comprender el riesgo que corres.

—Ahora lo entiendo.

—¿Cómo puedes hacerlo? —argumento mientras Mila se mueve incómoda a mi lado—. Solo tienes catorce años. Te has enfrentado a muchas cosas en tu vida, pero ya no tienes por qué. Ahora puedes ser un niño.

Su mandíbula se flexiona con toda la angustia adolescente que ha estado reprimiendo. —Haré lo que quiera.

—No mientras yo esté a cargo de ti.

Se revuelve sobre mí, con la cara roja. —¿Qué te da derecho a decirme lo que tengo que hacer? ¿Quién coño te crees que eres?

—¡Tu madre!

Mila toma aire, pero Misha y yo nos quedamos congelados, mirándonos fijo, mientras las palabras rebotan entre nosotros. Abro la boca para retractarme, pero... no puedo.

No. No lo haré.

En lugar de eso, me arrodillo ante él. —Sé que no soy tu *verdadera* madre, Misha. Pero a veces me siento como si lo fuera —su rostro está inexpresivo, ilegible. No tengo ni idea de lo que está pensando, así que digo la verdad—. Yo te protejo. Eres *mío* —parpadeo para contener las lágrimas—. Puede que me odies por eso, pero... al menos estarás a salvo.

Sin previo aviso, me rodea y me abraza con fuerza. En cuanto lo estrecho, una parte de mi corazón encaja en su sitio. Siento las cosas como nunca las había sentido.

Cuando Misha y yo por fin nos separamos, Mila se está secando los ojos con la esquina de la blusa. Seguro que Misha también tiene los ojos húmedos, porque gruñe algo sobre dar otro paseo alrededor de la piscina y se aleja sin mirarme.

Mila me coge la mano una vez más y nos sentamos así. Ninguna de las dos se mueve durante mucho, mucho tiempo. Remi jadea, Misha da vueltas alrededor de la gente y nadie dice una palabra.

~

NO SÉ cuánto tiempo llevamos quietos como estatuas antes de que mi teléfono rompa el silencio. —Es Andrey —me tiemblan tanto las manos que casi se me cae—. ¿Aló?

—La tenemos, *lastochka* —la voz de Andrey es contenida, pero triunfal—. Está agitada, pero ilesa.

—¡Oh, gracias a Dios! —mis pulmones se expanden con la primera respiración real que tomo desde el momento en que abrimos la puerta del apartamento de Kat.

Mi teléfono empieza a pitar con una llamada entrante. Es la tía Annie. Pero la aparto y me concentro en la voz de Andrey. Mila también está de pie, con una sonrisa en la cara.

—¿Se resistieron?

—Ellos...

El constante *bip-bip-bip* de otra llamada entrante me hace apartar la oreja del teléfono, perdiéndome la respuesta de Andrey.

Tía Annie otra vez.

Rechazo la llamada por segunda vez y vuelvo a ponerme el teléfono en la oreja. —Perdona, ¿qué decías? ¿Había muchos hombres?

—Solo cuatro, resulta. No estaba tan bien vigilada como pensábamos. Entramos y salimos en menos de veinte minutos.

Puedo oír la preocupación en su voz. Se pregunta por qué la misión de rescate fue tan fácil.

Bip-bip-bip. Bien. Ahora estoy preocupada.

—Andrey, lo siento, me llama la tía Annie. Es la tercera vez...

—No pasa nada. Hablaremos cuando llegue a casa.

A casa. Vuelve a casa.

Cuelgo y vuelvo a llamar a la tía Annie. La llamada se conecta.

—Hola, Natalia.

Me quedo helada, con la piel de gallina recorriéndome los brazos porque...

Esa no es la tía Annie.

La voz al otro lado de la línea es suave como la seda y profundamente masculina. Y sabe mi nombre.

—¿Quién es? ¿Dónde está mi tía?

Mila se levanta y me hace preguntas que no puedo responder. Mi corazón vuelve a palpitar errático. El alivio que sentí hace un momento casi ha desaparecido.

—Está en el hospital de San Vicente. Quizá quieras venir corriendo —las palabras están teñidas de una diversión enfermiza—. No está muy bien.

—¡¿Quién eres?! —grito, enviando a Mila corriendo a la casa en busca de ayuda, antes incluso de que sepa lo que está pasando.

—Me llamo Slavik —dice con una risita—. Saluda a mi hijo de mi parte, ¿quieres?

Entonces, la línea se corta.

NATALIA

Anatoly y Olaf van delante, atravesando el tráfico en dirección al hospital. Mila está a mi lado, hablando con Misha.

Ni siquiera debería estar aquí. Debería haber hecho que se quedara en casa. Pero ¿estaría seguro en casa? ¿Alguno de nosotros lo estaría?

—¿Natalia?

En cuanto oigo la voz de Andrey, se me llenan los ojos de lágrimas. El flojo control que tenía sobre mis emociones cede, y las lágrimas se derraman por mi rostro.

—La han cogido. Hirieron a la tía Annie.

No tengo ni idea de cómo consigue entenderme, pero su voz es mortalmente tranquila cuando me hace una sola pregunta. —¿Quién ha llegado hasta ella, *lastochka*?

—Tu padre —susurro—. Slavik.

Se hace un silencio. Me preparo para la incredulidad. Me resigno a los preciosos minutos que perderé intentando convencerlo de que aún puedo ir al hospital y de que no necesita enterrarme en algún búnker subterráneo de Siberia.

Pero resulta que Andrey no necesita que lo convenzan.

—Mantente a salvo —gruñe—. Yo me encargaré del resto.

~

CUANDO LLEGAMOS AL HOSPITAL, Anatoly nos acompaña a todos a la sala de urgencias. La gente dirige miradas de fastidio a Remi, pero yo estoy dispuesta a echarlo encima de cualquiera que se interponga en mi camino.

Una vez que les doy el nombre de la tía Annie, nos llevan a una habitación del cuarto piso.

No recuerdo haber entrado en el ascensor, ni haber caminado por el pasillo. Solo que, lo siguiente que recuerdo, es estar delante de esta mujer que siempre ha sido una fuerza de la naturaleza fuerte y fiable, ahora tumbada en una cama estrecha con tubos que le salen de los brazos...

Y una ardiente quemadura roja de cuerda clavada en el cuello.

—Oh, Dios. Tía Annie —grazno.

Se agita y me mira parpadeando. Su voz, lo que queda de ella, es un desagradable traqueteo en su garganta. —Mi Nic-Nat...

La cojo de la mano mientras las lágrimas caen a borbotones por mis mejillas. —Lo siento —susurro—. Lo siento mucho.

—Oh, cariño —susurra con dificultad—. Tenía tanto miedo...

—Claro que sí.

Sacude la cabeza, con los ojos saliéndosele de las órbitas, haciendo que su delgado rostro parezca aún más demacrado. —No por mí, niña. Por *ti*.

—¿Por mí?

Ella asiente, sus ojos flotan hacia la puerta. —Los hombres que me atacaron hicieron muchas preguntas sobre ti. Y sobre el bebé.

Me tiemblan las piernas, así que me agarro a la barandilla de la cama para no caerme. —¿Quiénes eran? ¿Por qué lo han hecho?

—Me estaban esperando en la casa —explica, con una mueca de dolor cada dos palabras, pero sin dejar de hablar.

—¿Han dicho quién los envió?

Sacude la cabeza.

—¿Había allí un hombre llamado Slavik?

Frunce el ceño y sus hombros suben y bajan en un débil encogimiento de hombros. —Me temo que no se han presentado como es debido.

¿Por qué iban a hacerlo? No necesitaba saber sus nombres si planeaban matarla.

El ardor de la cuerda alrededor de su cuello me hace sentir un nudo en la garganta. —Ahora estás a salvo —le aseguro—. Te lo prometo. Nadie volverá a hacerte daño.

Sus dedos se tensan alrededor de mi mano. —Cariño, ¿sabes dónde te has metido?

No. La respuesta es un firme y rotundo no.

¿Pero cómo puedo decirle eso? ¿Cómo puedo darle más preocupaciones y dolor además de lo que ya lleva encima? Todo por mi culpa...

—Andrey nos mantendrá a salvo, tía Annie.

No parece convencida, ni aliviada. Sigue mirándome como si fuera yo la que está en la cama del hospital. Como si fuera yo la que casi muere estrangulada.

Nos interrumpen cuando entra una enfermera con una nueva dosis de analgésicos. Retrocedo y dejo que me administre los fármacos.

Todo parece moverse en cámara lenta. Ya no estoy en mi cuerpo. Ya no estoy conectada a él.

Reconozco la sensación de pánico que precede a uno de mis episodios. Ya está haciendo efecto. Bastará el más mínimo desencadenante para volver a caer en el entumecimiento y la catatonia.

Ahora no. La tía Annie te necesita.

Misha te necesita.

Katya te necesita.

Me limpio las lágrimas apresuradamente y busco a tientas el teléfono en el bolsillo. Andrey debería estar aquí. ¿Dónde está?

Pero, según mi pantalla de bloqueo, no tengo mensajes ni llamadas nuevas.

Moverme hace que sea más fácil evitar el shock y la ansiedad. Camino mientras llamo a Andrey, desesperada por oír su voz profunda y tranquila.

—Natalia.

Gracias a Dios.

—Intentaron *estrangularla*. ¡Podría haber muerto! ¿Dónde estás?

—Mi padre ha vuelto —su voz no es amable, ni tranquilizadora. Me habla como si yo fuera uno de sus hombres al mando—. Tengo que contener la situación antes de que se nos vaya de las manos.

—¿*Antes* de que se nos vaya de las manos? —grito—. ¡Intentó matar a mi tía! Yo diría que ya se nos ha ido de las manos, Andrey.

Se niega a revelar siquiera un indicio de lo que está pensando cuando pregunta—: ¿Cómo está?

—¡Herida y aterrorizada! —chillo, ganándome una mirada de reproche de la mujer detrás de la enfermería.

—Esto es culpa mía —suena demasiado frío para considerarse una disculpa—. Debería haber tenido un equipo con ella. No creí que corriera peligro.

—Andrey, por favor —imploro—. Te necesito...

La desesperación es lo único que me permite ser tan vulnerable. Me hundiré de cualquier forma; más vale ser sincera de camino.

—Shura está con Katya, pero Leonty va ahora al hospital. Debería llegar en breve.

No lo entiendo. No pregunté por Leonty. Ni por Shura. Lo necesito a *él*.

—Andrey…

—El regreso de Slavik no es algo que hubiera previsto. Puede que sea mi padre, pero es un

hombre peligroso. Primero tengo que resolver esto.

Aferro con más fuerza el teléfono, un endeble salvavidas. Pero, antes de que pueda decir nada...

Cuelga.

Me quedo paralizada, cautiva del aire muerto y de la creciente sensación de aislamiento.

—¿Disculpe, señora? —me llama enfermera rubia de pelo rizado—. Acaban de sedar a su tía. Va a necesitar mucho reposo. Tiene la tensión bastante alta y, dada su edad, tendremos que vigilarla de cerca.

Parpadeo rápidamente, deseando que hubiera un adulto en la habitación conmigo que supiera cómo manejar cosas así. —Um... ¿pero está fuera de peligro? ¿Se va a poner bien?

La enfermera frunce el ceño, no es nada tranquilizador. —Como le he dicho, tiene la tensión alta. Hasta que no baje, aún no está fuera de peligro.

Quiero dar un paso hacia mi tía, pero mis pies no cooperan y, en lugar de eso, me estrello contra la enfermera. Ella me sujeta con ambas manos. —Señora, ¿se encuentra bien? Le traeré una silla.

—No, no —insisto—. Estoy bien.

Tengo que estar bien. ¿Cómo puedo esperar estar ahí para mi familia si me derrumbo a la menor señal de conflicto o presión?

Tropiezo con la cabecera de la cama de la tía Annie y vuelvo a cogerle la mano. Su palma es blanda y fría contra la mía. Vuelve la cabeza hacia mí, pero tiene los ojos borrosos por las drogas y la fatiga.

Murmura algo, pero no entiendo ni una palabra.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, acercando la oreja a sus labios—. ¿Tía Annie?

—Serán los medicamentos —me informa la enfermera mientras se dirige a la puerta—. Es perfectamente normal. Se dormirá pronto.

Pero cuando la enfermera se ha ido, vuelvo a intentarlo. —¿Tía Annie?

—No estás a salvo, Nat —su pecho sube y baja con el esfuerzo.

—No te preocupes por mí. Estaré bien. Estoy protegida.

Los ojos de la tía Annie se abren un instante, como si recordara algo. —Dijo... dijo...

Siento que la soga que tengo alrededor del cuello se tensa. —¿Quién dijo? ¿Qué dijo?

Se desmaya antes de poder decírmelo.

ANDREY

La mansión está inusualmente tranquila.

No hay charla.

No hay ladridos.

No hay risas.

Antes pensaba que lo prefería así.

¿En qué coño estaba pensando?

—¿Dónde está Viktor? —le lanzo la pregunta a Shura en cuanto sale de la habitación de invitados en la que se ha instalado Katya.

—¿Viktor? Que lo jodan a Viktor —escupe Shura—. ¿Qué tiene que ver él con esto?

Está mejor desde que recuperamos a Katya, pero sigue con los puños apretados. Está esperando que estalle una pelea en cualquier momento.

No basta con recuperar a Katya: necesita saber quién ordenó matarla. Tiene que encontrarlos y matarlos para asegurarse de que no vuelva a ocurrir.

Comprendo el instinto.

—Más de lo que pensábamos —golpeo con el puño el marco de la puerta, dejando que el dolor me concentre—. Cuando le eché, pensé que escondería el rabo y se acobardaría como la pequeña rata que es... Pero me equivoqué.

Debería haber sabido que las ratas acorraladas tienden a morder.

Shura cierra la puerta de un tirón, mortalmente concentrado en mí. —¿Qué quieres decir? ¿Por qué demonios tendría Viktor a Katya como objetivo? ¿Qué ganaría llevándosela?

—Lo mismo que ganaría atacando a la tía de Natalia en su casa —digo—. Estamos desperdigados por toda la ciudad, intentando recoger los putos pedazos.

Los ojos de Shura se entrecierran. —Viktor no tiene pelotas para hacer algo tan elaborado.

—Concuerdo. Pero él no es el cerebro de todo esto. Solo es la marioneta, como de costumbre.

Prácticamente puedo oír su mente zumbando mientras une los puntos. —¿Crees que trabaja con Nikolai?

Resoplo. —Nikolai es demasiado listo para meterse en la cama con alguien tan inútil como mi hermano. No, si forma una alianza, será con alguien que aporte algo.

—Pero, ¿quién...?

—Slavik.

—¿Qué *coño*? ¡¿Slavik?!

Normalmente, se lo habría dicho a Shura en cuanto Natalia me llamó, pero él estaba cuidando de Katya. No quería interrumpirlo.

Ahora, no hay otra opción.

Asiento. —Ha vuelto. Llamó a Natalia personalmente. Se atribuyó el mérito de mandar a Annie al hospital.

Shura se pasa una mano por el pelo ralo. —Maldición. Pensé que nos habíamos librado de él.

—Yo también —digo sombríamente—. Su regreso complica todo.

La mirada de Shura se torna distante al comprender la gravedad de la situación. —Si Nikolai se da cuenta de que Slavik ha vuelto, hermano... se desatará el infierno.

—Por eso no se enterará.

Sisea entre dientes. —Eso será casi imposible de contener. Ni siquiera sabemos por qué está aquí Slavik. ¿Crees que es una visita temporal?

—Si no lo es, le convenceremos de que lo sea —cojo mis llaves—. Vamos.

Marcho hacia la puerta, ansioso por resolver esta situación antes de que se desate más mierda. Sin embargo, cuando miro por encima del hombro, me doy cuenta de que Shura no me sigue.

—¿Qué... qué pasa con Katya? —pregunta.

Blyat'. Debe de querer mucho a esa mujer si se le ocurre quedarse con ella en vez de venir conmigo.

—¿Hace falta que te recuerde quién la secuestró? —gruño—. ¿Crees que alguna de nuestras mujeres está a salvo con Slavik cerca?

Asiente antes de que termine la pregunta. —Tienes razón. Obviamente, tienes... Joder. Vale, ya voy —me sigue, con la espalda recta, la barbilla alta, listo para la guerra.

Bien. Necesitaré lo mejor de él.

También las mujeres que dependen de nosotros.

~

MIENTRAS SALIMOS DE LA CALZADA, llamo a Drogheda. Ubiqué a Arina en la institución mucho después de que Slavik se marchara, pero, dada la absoluta falta de fibra moral de mi hermano, tengo que suponer que su ubicación está comprometida.

En cuanto la recepcionista de Drogheda se entera de quién soy, me transfiere inmediatamente al jefe de administración psiquiátrica.

—Dr. Fernando.

—Sr. Kuznetsov —empieza, con la voz ya temblorosa—, ¿hay algo que yo...?

—Tengo un problema, y estoy seguro de que harás todo lo que esté en tu mano para que se resuelva.

Se apresura a asegurarme que hará exactamente eso, tropezando aún con cada sílaba. Oigo la respiración frenética que entra y sale de su pecho.

Es un agradable recordatorio de que, aunque hay un puñado de hombres en esta tierra que parecen creer que pueden matarme y quitarme lo que es mío, el resto de ellos se contentan con tumbarse y dejar que los pase por encima.

Como debe ser.

—Mi padre ha vuelto a la ciudad tras una larga ausencia. Teniendo en cuenta que él y mi madre siguen legalmente casados, él tiene ciertos derechos legales en lo que se refiere a su atención médica.

Hay un silencio embarazoso mientras dejo que el Dr. Fernando rellene los espacios en blanco. —¿Deseas que le prohíba verla?

—Prohíbele el acceso. Retén información. Expúlsalo de la propiedad si es necesario. No se le permitirá la entrada en Drogheda.

El Dr. Fernando traga saliva. —Lo que ocurre, señor Kuznetsov, es que jurídicamente tiene, como usted ha dicho, ciertos derechos...

—Si se acerca a menos de un puto kilómetro de mi madre, iré a por tu cuello. ¿Es suficiente motivación para ti?

—Por supuesto, Sr. Kuznetsov.

—Bien. Si Slavik intenta establecer contacto, espero que me informes inmediatamente.

—P-por supue…

Cuelgo y hago un giro brusco que hace que Shura se agarre al reposabrazos. —¿De verdad crees que tendrá como objetivo a Arina?

—No voy a correr ningún riesgo. Para estar seguros, estaciona a algunos hombres en las instalaciones.

Shura saca su teléfono y empieza a teclear. —¿A dónde vamos exactamente?

—Hunts Point —la forma más rápida de encontrar a Slavik es encontrar a Viktor. Las ratas se

juntan, Shura. Si cogemos a una, las cogeremos a todas.



MI TELÉFONO SIGUE ZUMBANDO durante todo el trayecto, aunque lo ignoro cuando nos detenemos frente a la lavandería. Se oyen disparos lejanos. Los vagabundos gimen y se arrastran por las aceras, aunque los más prudentes se apresuran a salir cuando me ven acercarme.

La lavandería no ha hecho ni un solo ciclo de lavado en los dos años que llevo en ella. Fuera, el aire huele a podredumbre y descomposición. Dentro, las ventanas están oscuras y el colchón del fondo del local está desordenado, con una sábana manchada retorcida en el suelo. En el extremo opuesto de la habitación hay botellas vacías. Un burrito mohoso yace sobre un papel atrasado en el centro de una mesa de cartas descascarillada.

Todas señales inequívocas de que mi hermano estuvo aquí.

—Hace un par de días que no vuelve —observa Shura, arrugando la nariz contra el hedor.

—Nos habrá dejado algún tipo de mensaje —digo—. Slavik no ha vuelto solo para evitarme.

Al entrar en la oficina trasera, me encuentro cara a cara con el "mensaje" que me ha dejado mi padre.

No es otro que Fyodor Navalny, la mano derecha de mi padre.

Sentado tras el antiguo y ruinoso escritorio, tiene el mismo aspecto que hace una década: grande, fornido, canoso hasta convertirse en algo apenas humano. Quizá esté un poco más canoso por las sienes y la barba, pero no por ello es menos fiero.

—Fyodor —saludo, ocultando mi rabia tras una sonrisa forzada—. Pasó mucho tiempo.

—Así es, joven amo.

Joven amo. La elección de palabras no es casual.

Fyodor me está recordando cuál es mi lugar ahora que Slavik ha vuelto. Me está recordando que la jerarquía ha cambiado.

Sonrío un poco más. Esta vez, no tengo que forzarlo. —Ahora es *pakhan*, Fyodor. Lo es desde que Slavik huyó del país con sus leales y su puta.

Fyodor no reacciona. —Supongo que viniste a hablar con tu hermano.

—Pensé que era la forma más fácil de ver a Slavik.

—Entonces, tenías razón —dice con voz ronca Fyodor, su voz rechina como papel de lija—. Puedes seguirme. Te llevaré al *pakhan*.

Más juegos de poder. Un Andrey más joven habría mordido el anzuelo. Se enfurecería y rabiaría ante los mezquinos insultos del padre. Ahora soy mayor. Tengo más que perder.

Y menos espacio en mi cabeza para el viejo cabrón que intentó moldearme a su imagen.

—No será necesario.

Fyodor está a medio levantarse de su asiento cuando hablo. Se queda inmóvil. —¿Cómo dices?

—Slavik se ha tomado muchas molestias para llamar mi atención, pero habría bastado con una llamada telefónica. Por otra parte, siempre le gustaron los espectáculos, ¿no? —hago una pausa, disfrutando del destello de irritación en el rostro de Fyodor—. Si mi padre está tan desesperado por tener una audiencia conmigo, ya sabe dónde encontrarme. Aunque hoy tengo que hacer algunos recados, así que... démosle una hora, ¿sí? Si no está disponible en ese tiempo, me temo que no tendré más espacio en el futuro inmediato. Por favor, transmítele mis disculpas al viejo.

Con eso, me doy vuelta y me voy.

Es un gran placer dar la espalda a un hombre que solía hacer lo peor de las jodidas órdenes de mi padre. No temerle lo más mínimo mientras avanzo.

Shura está pálido mientras sube al Escalade a mi lado.

—¿Por qué coño invitas a ese cabrón a la mansión? —gruñe Shura.

—Porque Slavik tiene que entender que no me intimida —mis manos se tensan sobre el volante —. Y de ninguna puta manera me iba a arrastrar hacia él. Ahora es mi Bratva. Ya es hora de que mi padre aprenda esa lección.

ANDREY

Nunca tuve la menor duda de que Slavik aparecería. Es demasiado curioso, demasiado codicioso, demasiado jodidamente pomposo como para no aprovechar la oportunidad de venir a la mansión.

Observo desde el salón delantero cómo cuatro todoterrenos se detienen en la base del camino de entrada y mi hermano y mi padre salen de ellos.

Los acompañan una docena de hombres, todos ataviados con auriculares y pistolas. Por razones que nunca entenderé, los hombres que subieron a ese avión y partieron con mi padre hacia Rusia han permanecido a su lado todos estos años. Los elogiaría si eso no significara que tendría que matar a más gente.

El traje de Viktor le cuelga holgadamente. Tiene ojeras y las mejillas hundidas. *Debe ser difícil comer con esa mano derecha destrozada*, pienso mientras se mete la mano vendada en el bolsillo.

—Haré los honores de dejar entrar a nuestros "invitados" —Shura frunce el ceño antes de dirigirse al vestíbulo. Justo cuando desaparece por la puerta, mi teléfono empieza a sonar.

Esta vez, no es Natalia. Es Leonty.

—Sea lo que sea, que sea rápido —ladro—. Estoy ocupado.

—Eh, es Natalia —dice rápidamente—. Ella... Hermano, no está...

Los pasos pesados se hacen más fuertes. —Leonty, de momento tendrás que encargarte tú. Mila está contigo, ¿verdad?

—Sí, pero...

—¿Y Remi?

—Sí, señor, pero...

—Para eso están: para ayudarla. Usa tu buen juicio. Tengo que irme.

Cuelgo ante su estrangulada protesta y pongo el teléfono en silencio. La culpa pesa sobre mis hombros, pero hay mucho en juego. No puedo permitirme distraerme.

Natalia estará mucho peor si no acepto esta reunión.

Slavik es una amenaza inminente. Dejarlo avanzar sin control podría tener consecuencias que van mucho más allá de la seguridad de mi familia. Todo mi imperio podría verse comprometido.

Me guardo el teléfono en el bolsillo mientras se abre la puerta. Shura entra primero, sujetando la puerta para mi padre y mi hermano. En cuanto han pasado, cierra de un portazo la puerta al resto de los hombres de mi padre.

Fyodor sisea desde el pasillo, pero Shura cierra la puerta con una sonrisa de suficiencia.

—¿Era necesario? —balbucea Slavik.

—Es el *pakhan* quien debe decidir lo que es necesario —responde fríamente Shura—. No tú.

Viktor frunce el ceño. —¿Cómo te atreves? ¿Tengo que recordarte...?

Slavik levanta una mano y Viktor se calla. —No pasa nada, Viktor. La lealtad es digna de elogio. Por muy fuera de lugar que esté.

—Siéntense —ordeno, repentinamente impaciente por sacarlos de mi casa cuanto antes.

Slavik reclama el sillón más grande. —Qué interesante que me pidan que me siente en mi propia casa. Como si fuera un invitado.

Ocupo el sofá justo enfrente de él. De cerca, puedo ver los cambios. Está más en forma de lo que habría esperado de un hombre que se acerca a los setenta. El desordenado pelo que solía llevar ha desaparecido, sustituido por un corte de pelo rapado que lo hace parecer más joven y severo al mismo tiempo.

Viktor se coloca a la espalda de Slavik como un nervioso perro guardián, cambiando su peso de un pie a otro.

—Siéntate, hermano —le digo—. Lo que te queda de mano está a salvo de mí hoy.

Viktor abre la boca para replicar, pero Slavik se aclara la garganta y le empuja la barbilla hacia una silla. Viktor se muerde la lengua y se sienta.

Buen chico. Arrodíllate frente a tu amo.

—Castigar a tu hermano de ese modo es una falta de educación —me amonesta fríamente Slavik —. Me dijeron que su mano nunca volverá a ser completamente funcional.

—Pensé que eso sería preferible a que estuviera muerto.

—¿Dejaste incapacitado a tu hermano por un trozo de coño barato? —mueve la cabeza en señal de desaprobación—. ¡Somos Kuznetsov! No follamos con gentuza. Ni mucho menos la preñamos.

Mi sonrisa se apaga mientras aprieto la mandíbula.

Al ver eso, mi padre suspira. —Tampoco hace falta que te diga que no nos preocupamos por la gentuza, pero parece que tienes que volver a aprender esa lección.

Fue un pequeño desliz de mi máscara, pero fue suficiente. No dejaré que vuelva a ocurrir.

—Lleva a mi hijo. Eso es todo.

—Yo creo que no. Veo lo que realmente es: una debilidad —se echa hacia atrás, con los brazos y las piernas cruzadas, perfectamente a gusto—. Pensé que te había enseñado mejor. Pensé que eras más listo que tu hermano —Viktor se estremece, aunque, si Slavik lo nota, no da muestras —. El amor... —la palabra se le retuerce en la lengua. Le suena sucia, fea. Equivocada—, no es más que un lastre.

—Los únicos lastres que veo son los dos hombres que tengo delante.

Viktor sisea. Slavik se inclina hacia delante y junta los dedos. —No recuerdo que te quejaras cuando te entregué mi imperio y acabé con la competencia en un solo movimiento.

—No te hagas el santo, padre. No delataste a los Rostov en mi beneficio.

—¿Por qué lo habría hecho, si no? —apenas parpadea. El efecto es inquietante.

—Dímelo tú. Una venganza mezquina es mi mejor conjetura, conociéndote. Nikolai debe haberte ofendido. ¿No se arrodilló para besar el anillo lo bastante rápido? ¿Hizo un mal trabajo lamiéndote las botas? Sé lo frágil que puede ser tu ego. Igual al de todos los hombres débiles.

La sonrisa se desliza de su rostro, volviendo gélidos de nuevo sus ojos grises. —¿Te atreves a sentarte en mi casa, usar mi título, mandar a mis hombres y llamarme débil?

—Llevas mucho tiempo fuera, así que debes de estar confundido —me inclino hacia delante para reflejar su postura, apoyando los codos en las rodillas—. Esta no es tu puta casa, y no es tu puta Bratva. ¿No lo entiendes, viejo? Ya no estás al mando.

Slavik se echa hacia atrás, sin apartar los ojos de mí. Sus dedos recorren su espesa barba una y otra vez. —Reconozco que lo has hecho bien en mi ausencia, Andryusha. Has construido sobre mi legado, y recibirás el mérito por ello una vez que yo reclame mi lugar legítimo.

—Tú y yo tenemos ideas muy distintas de cuál es tu “lugar legítimo”.

Sigue, ignorándome. —En agradecimiento y respeto por todo lo que has hecho, puedes quedarte con tus hombres y con esta casa. Incluso dejaré que te quedes con la puta, si es lo que realmente quieres.

—No quiero nada de lo que me ofreces. No cuando eso significa ir a tu zaga.

—Soy tu padre. Algún día volverás a ser *pakhan*. Cuando yo acabe.

—No te debo nada.

—¡Me debes todo! —ruge, con la cara amoratada mientras le vuela la saliva por los labios.

Mantengo la calma. —El hombre que soy y el *pakhan* que soy... No tiene nada, absolutamente nada que ver contigo, joder —me crujo el cuello—. ¿Quieres pruebas? Mira el inútil peso muerto arrodillado a tu lado.

Sus ojos se entrecierran. Viktor se tensa. Por un momento, el silencio parece a punto de estallar en derrame de sangre y caos.

Entonces, el momento pasa.

—Ha sido una conversación esclarecedora, hijo —afirma Slavik mientras se pone en pie—. Es bueno saber a qué atenernos.

Enderezo la mandíbula. —¿Tengo razón al suponer que has venido para quedarte?

—Oh, sí. Rusia fue un buen respiro, pero este es mi hogar.

Chasqueando los dedos, le hace un gesto a Viktor para que le siga. Los ojos de mi hermano se clavan en los míos, claramente avergonzado por el trato recibido, pero incapaz de hacer nada al respecto.

El tonto de mi hermano eligió el bando equivocado.

—Espero que sepas lo que haces, Slavik —le digo—. No solo tienes que vértelas conmigo. Nikolai tampoco verá con buenos ojos tu regreso.

Slavik parece totalmente despreocupado. —No me preocupa el chico Rostov. No es más que otra hormiga por aplastar. Morirá como siempre lo hacen: retorciéndose bajo el talón de mi bota.

Con esto, se marcha.

Shura sigue a Viktor y Slavik a la salida, y yo me vuelvo hacia la ventana. Confío en mi poder y en mis hombres. El problema es que Slavik parece igual de confiado.

¿Por qué está tan seguro de que recuperará el control de la Bratva Kuznetsov?

¿Qué sabe él? ¿Qué le ha dicho Viktor?

La puerta se abre de golpe antes de que se presente ninguna respuesta. Shura se queda sin aliento, y la expresión de su rostro hace que el corazón se me hunda en el estómago.

—Es Natalia.

~

EN CUANTO ENTRO en el pasillo, lo huelo. Bajo el antiséptico y la ropa de cama de hospital demasiado blanqueada...

Sangre.

El cuerpo inerte de Olaf yace en el umbral de la puerta. Salto sobre él y casi tropiezo con el cadáver de Anatoly.

—¡No, no, no!

Cuando busco frenéticamente en la habitación, encuentro a Remi tumbado detrás del sillón, con los ojos cerrados y la lengua fuera de la boca.

Pongo la habitación patas arriba, pero ya sé que no tiene sentido.

Se ha ido.

NATALIA

Es el dolor lo que me despierta.

Un dolor sordo y persistente. Me duele todo el cuerpo, igual que solía sentirme después de una noche de fiesta con Katya. Entonces, el culpable era obvio: el tequila. Esta vez no es tan evidente.

Estoy rígida, pero, cuando intento moverme para aliviar el dolor, mis manos y mis piernas no quieren obedecer.

No, no es que no quieran, es que *no pueden*.

Abro los ojos de golpe y siento las bridas cortándome la piel antes de verlas. Contemplo la pequeña habitación de un tirón, presa del pánico. Paredes amarillas y enfermizas. Ventanas estrechas cubiertas de cortinas apolilladas.

Respiro entrecortadamente, y el aire es húmedo y viciado.

—¡Anatoly! ¡Olaf!

Mis guardias estaban al otro lado de la puerta, pero era una puerta diferente. Una habitación diferente. Aun así, busco algo que me resulte familiar.

—¿Remi? ¡Remi!

Remi no responde ni con un quejido ni con un ladrido, y mi voz resuena patéticamente en el espacio vacío.

Cada segundo que pasa mis recuerdos borrosos se vuelven más nítidos.

Y eso es lo que más duele.

Llaman a la puerta de la habitación del hospital. Anatoly y Olaf se interponen.

Entonces, todo se sume en el caos.

Anatoly y Olaf caen al suelo, y Remi ocupa su lugar, gruñendo y enseñando los colmillos, haciendo su trabajo.

Luego... nada.

No recuerdo qué ocurrió ese aquel momento y este, pero mi sombrío entorno me dice que no fue nada bueno.

Me miro el vientre y rezo para que nadie haya hecho daño a mi bebé en ese espacio en blanco que no recuerdo. Casi como respuesta, siento una fuerte patada, sincera y reconfortante. A pesar de todo, sonrío.

Al menos, mi niña está a salvo. Al menos, mi niña es una luchadora.

Teniendo en cuenta lo que se avecina, puede que tenga que ser así.

Sin previo aviso, la puerta se abre. Un hombre entra como si fuera cualquier otro día. Es alto y ancho de hombros...

Y extrañamente familiar.

—Te vi antes —mi voz es ronca y toso. *¿Cuánto tiempo llevo aquí?*—. ¿Dónde te vi antes?

Coge una silla de la pared y la acerca a mí. Girándola, se sienta a horcajadas y cruza los brazos por encima.

—¿No te acuerdas? —parece casi decepcionado—. Me siento ofendido. Pensé que había causado impresión. Un par, en realidad.

Vuelvo a mirarlo: mandíbula fuerte y puntiaguda, nariz aguileña, ojos avellana brillantes. Sacudo la cabeza, la respuesta me llega pero sigue sin tener sentido. —Eres el tipo... el tipo que derramó nuestras bebidas en Burning Bird.

Su sonrisa me estremece. —Una primera impresión es difícil de deshacer. Supongo que pagar tu cuenta y la de Katya fue para nada —se encoge de hombros, con una sonrisa fácil en la cara—. No suelo ser tan torpe. Tenía muchas ganas de conocerte, Natalia.

Tengo el cuerpo frío, la piel de gallina por el espanto. —Eres Nikolai Rostov.

Es como una ilusión óptica delante de mí. Me digo a mí misma que no hay manera, pero en el momento en que las palabras salen de mi boca, no puedo ver nada más.

Es Nikolai Rostov, y ha estado aquí todo el tiempo.

Su sonrisa no hace más que aumentar. —Encantado de conocerla, Sra. Kuznetsov —.

—¿Qué les has hecho a mis guardaespaldas? —escupo—. ¿Y a mi perro?

Y Andrey. ¿Dónde está Andrey? Y Mila... Katya... Misha...

Los rostros de las personas a las que amo parpadean en mi mente como un pase de diapositivas, y me enfrío más a medida que pasan.

—No sé nada de los guardaespaldas, la verdad —responde Nikolai con un encogimiento de hombros neutro—. Sin embargo, puedo decirte que el perro no está muerto. No mato animales, si puedo evitarlo. Es un asunto desagradable.

—¿Pero matar gente te parece bien? —siseo, incapaz de contener mi repudio—. Vender mujeres y niños está muy bien, pero ¿tú pones el límite en la crueldad con los animales? ¿Lo he oído

bien?

—Eres mucho más luchadora de lo que esperaba. Ya veo por qué has conseguido impresionar a Andrey —me estudia detenidamente—. Sin embargo, nunca entenderé por qué estás con ese imbécil.

—No es un imbécil, Nikolai Rostov. *Tú* sí lo eres.

—Seguro que eso crees. Seguro que ha pasado mucho tiempo llenándote la cabeza de mentiras.

—¿No vendes mujeres y niños, entonces?

Durante una fracción de segundo, la rabia más aterradora e inhumana que vi en mi vida atraviesa su rostro. Un parpadeo después, desaparece. Su rostro se torna sombrío. La viva imagen de la tristeza.

No me fío ni un segundo.

—No me conoces, Natalia. Solo conoces la versión enferma y retorcida que Andrey te ha dado de mí. Me ha pintado como el villano, pero todo lo que soy es un hijo. Un hijo que intenta vengar a sus padres —frunzo el ceño, y Nikolai salta sobre mi confusión—. Ha dejado esa parte fuera de la historia, ¿verdad, corderito?

Tarareando en voz baja, se levanta y da vueltas detrás de mí. Me pongo rígida cuando oigo el inconfundible chirrido de una espada al desenvainarse.

Se agacha, y yo espero que la hoja me apriete el cuello. Que esta pesadilla termine en sangre y oscuridad.

Entonces, me suelta las ataduras de las muñecas y los tobillos. La sangre vuelve a mis extremidades y casi gimo por el alivio.

Nikolai da media vuelta y vuelve a sentarse, guardando el arma fuera de la vista. —No soy un mal hombre, Natalia. Ni mucho menos —me mira con atención. Quizá me está evaluando, aunque solo Dios sabe por qué—. Sé lo de tus padres. Cómo murieron... ¿Todavía los quieres?

Lo miro con el ceño fruncido. No tiene derecho a hablar de mi familia, pero ¿qué otra opción tengo que seguirle la corriente? —No dejas de querer a la gente solo porque la pierdas.

El color avellana de sus ojos se derrite y hierve. Juro que hay demonios en él, suplicando salir.

Se aclara de nuevo la garganta y vuelve a parecer humano. —No puedo decir que nunca sintiera lo mismo por las personas que me engendraron. Dejaron muy claro que querían a las drogas más que a mí.

Se remanga la camisa. Respiro con fuerza.

Su piel está salpicada de quemaduras de cigarrillo y pequeñas cicatrices, que van del codo a la muñeca. No las explica, pero tengo la sensación de que algunas historias es mejor no contarlas.

—Vivía en la calle la mayoría de las veces. Me sentía más seguro que quedándome en aquella casa con aquellos parásitos. De todos modos, habría acabado allí tarde o temprano. Mi madre sufrió una sobredosis; mi padre fue a la cárcel. Me convertí en lo que tenía que ser: una rata

callejera que hacía cosas innombrables para sobrevivir. A veces, tuve que dejar que otras personas me hicieran cosas indecibles para sobrevivir.

El horror punza en los bordes de mi mente, pero no me permito sentirme mal por él.

No hasta que sepa lo que ha hecho a las personas que quiero.

—Hasta que conocí a Elia Rostov —sonríe, recordándolo todo con cariño—. Tenía una pistola apuntándole a la cabeza cuando lo conocí. Aún no sé por qué intervine. Supongo que podrías llamarlo destino, aunque un alma más cínica podría decir que no era más que un chico desesperado husmeando donde no debía. Pero maté al *mudak* que estaba a punto de disparar a Elia en la nuca. Le arranqué la garganta con mis propias manos. Y a Elia... oh, eso le *gustó*. Le gustó mucho.

Nikolai se lame los labios, como si el recuerdo le supiera bien. Su voz hierve a fuego lento.

—Era la primera vez en mi vida que alguien me miraba y veía el potencial que había en mí. El niño que una vez fui murió aquel día, y nació Nikolai Rostov. Tomé el nombre de Elia, su marca —se toca el tatuaje negro del antebrazo izquierdo. A primera vista, me parece ver una serpiente atrapada en la boca de un pájaro. Pero, cuando Nikolai tuerce el brazo, veo la cola de la serpiente enroscada en la garganta del pájaro, estrangulándolo hasta la muerte desde dentro hacia fuera.

Trago saliva, con la garganta tan seca como el papel de lija. —¿Qué tiene que ver Andrey con esto?

—¡Todo! —gruñe con tal ferocidad que me estremezco en el asiento—. Andrey y su padre querían todo lo que Elia había construido. Esos Kuznetsov son sanguijuelas codiciosas y hambrientas. Pero tú no lo sabías, ¿verdad, querida? Ninguno de nosotros lo sabía, al principio —Nikolai estira la mano y frota con el pulgar la línea de mi mandíbula—. Dicen palabras tan hermosas y ofrecen imágenes tan bellas del futuro. Sabes exactamente a qué me refiero. Lo veo en tus ojos —vuelve a lamerse los labios. La lengua de una serpiente—. Y eso es precisamente lo que hicieron con mi familia adoptiva. Vinieron a nosotros ofreciendo paz. *Cooperación*.

Su voz es baja y firme, tan tranquila que me inclino hacia él.

—¡Nos dimos la mano! —ruge, con la saliva moteando sus labios y salpicándome la cara. Me golpeo contra la silla—. Y entonces... y *entonces*... cuando llegó el momento de pasar el testigo, Andrey se retractó de todo lo que había jurado que haría. Derrocó a su propio padre, lo exilió fuera del país y asumió el mando como el *pakhan* de la Bratva. Incumplió el acuerdo que hizo con mi padre y vendió a mis padres al FBI.

El corazón me late deprisa. No porque crea nada de lo que me dice, sino porque es evidente que él *sí* lo cree.

—No fue Andrey —insisto—. Él no lo haría. No es un mentiroso.

La sonrisa de Nikolai es cruel, compasiva. —¿Ah, sí? ¿Te lo ha dicho?

—No tiene por qué. Lo conozco. Nunca faltaría a su palabra. Si alguien delató a tus padres, fue Slavik.

No tengo ninguna prueba de ello, pero lo *sé*.

—Sí, eso es lo que yo también pensé —Nikolai suspira—. Y no me malinterpretes: Slavik es tan deshonroso como su indigno hijo. Las manzanas se pudren junto a los árboles que las parieron. Slavik está lejos de ser inocente. Pero, ¿por qué se tomaría la molestia de vender a mis padres solo para dejar atrás el país, por no hablar de todo su puto legado? —chasquea la lengua—. No, Andrey Kuznetsov es el único que podía salir ganando. Salió ganando.

—Crees lo que quieres creer.

Arquea una ceja, deslizándose más cerca. —Podría decir lo mismo de ti, corderito.

—No soy un cordero —replico con fiereza—. No sigo ciegamente a nadie.

—¿Es así?

El silencio puede ser peor que cualquier cosa que Nikolai tenga que decir. Si me detengo lo suficiente para pensar, podría perderme de nuevo. Y esta vez, no tengo a nadie que cuide de mí hasta que esté preparada para volver.

Tengo que cuidarme.

Tengo que proteger a mi bebé.

—¿Esperas que confíe en un hombre que vendería niños como esclavos sexuales?

—¿Crees que la industria de la droga es diferente? —exige—. Destruye familias con la misma rapidez que el comercio de pieles. Créeme, lo sé. Perdí a dos padres a manos de la red de narcotraficantes Kuznetsov.

Se me hiela la sangre. —¿Q-qué?

Sonríe con condescendencia. —¿Crees que se vende alguna droga en esta ciudad que no proceda directamente de ese *mudak* al que defiendes? Hasta la última bolsa de hierba, hasta la última puta raya de coca, hasta la última jeringuilla rebosante de veneno del diablo... Andrey lo toca todo. Se beneficia de todo. No perdí solo un par de padres por su culpa, perdí dos —Nikolai se pone en pie lentamente—. Tú sabes lo que es perder padres, Natalia. Comprendes el dolor.

Su rostro está arrugado por la pérdida. Durante un breve instante, siento su dolor.

Pero no estoy tan lejos como para no ver lo que intenta hacer.

—¡No me cuentes historias tristes! —grito—. ¡Si de verdad eres capaz de sentir algo, entonces nunca habrías arrojado a Misha a la boca del lobo, sin ninguna consideración por su seguridad!

Duda un momento. Sus cejas se enroscan y forman un puente sobre su frente. —¿Misha?

—Claro que ni siquiera te acuerdas de él. Era el chico de los recados que enviaste porque no valía nada para ti. Un peón que no te importaba sacrificar. Alguien sin importancia. Prescindible.

Los ojos de Nikolai se iluminan con algo: ¿reconocimiento, tal vez?

—Odiaste cómo te trataban; odiaste que te obligaran a sobrevivir en la calle. Pero eso es exactamente lo que les haces a *otras* mujeres, a *otros* niños...

—¡Estúpida! —gruñe, haciendo que se me desencaje la mandíbula—. Les doy segundas

oportunidades. Nuevos comienzos. Esas mujeres y niños que vendo no tienen nada ni a nadie. Sin mí, serían animales atropellados. Conmigo pueden tener un propósito.

—¿Como *qué*? —me burlo, horrorizada—. ¿La amante de un viejo pervertido? ¿Un saco de boxeo para un sádico rico?

—Es un destino mejor que la muerte al borde de la carretera.

—Prefiero morir a un lado de la carretera que ser posesión de enfermos como tú.

Nikolai me mira en silencio durante un buen rato. —Te ha hecho mucho daño, ¿verdad? —se mete la mano en el bolsillo y el miedo me recorre la espalda. Si saca ese cuchillo, no podré defenderme. Ni siquiera podré huir.

Pero no saca un arma. En su lugar, me encuentro frente a un reluciente smartphone negro.

—Parece que tienes la impresión de haber elegido al héroe. Lo que me convertiría en el monstruo de tu historia. Tengo noticias para ti: Andrey y yo... Los dos somos monstruos.

Levanta la cámara y me hace una foto.

—Pronto te darás cuenta.

ANDREY

Antes pensaba que solo era una historia de terror con la que los hombres de esta ciudad asustaban a los niños: *El Matadero.*

Pero es real.

El Matadero es la sala de juegos de Nikolai. El lugar donde se intercambia carne humana por dinero y siempre gana el mejor postor.

Estoy en medio de la destrucción de los muebles de mi despacho cuando entran atronando Shura, Efrem, Vaska y Yuri. —¡Por Dios, Andrey! —exclama Shura al ver la carnicería—. ¿Qué coño está pasando?

Le echo el móvil a la cara. Sé que la foto de Natalia sigue ahí, pero no me atrevo a volver a mirarla.

No es que lo necesite. Sus muñecas rojas y crudas y su rostro pálido estarán en mi mente hasta el día de mi muerte.

Los textos también están grabados en mi mente. Me los repito a mí mismo mientras los ojos de Shura escrutan el hilo, con el horror despojando de color su rostro.

NIKOLAI: Tengo a tu preciosa ovejita.

NIKOLAI: Tienes una hora para dar la cara. De lo contrario, tendré que llevar al corderito al Matadero.

—Nikolai la tiene —suspira Shura.

Mis hombres se ponen firmes. Al menos, los hombres que me quedan. Anatoly ha muerto. Olaf está luchando, pero los médicos no saben si sobrevivirá a la noche.

Murieron intentando salvar a Natalia.

Para honrarlos, terminaré lo que empezaron.

—No tenemos tiempo que perder —gruño. A decir verdad, los diez segundos que acabo de emplear en destruir mi despacho fueron diez segundos que podría haber utilizado para acortar la distancia entre Natalia y yo.

Cada segundo cuenta. Cada movimiento importa.

—Salimos en cinco minutos —gruño, corriendo por el pasillo.

Mientras me preparo, ordeno a algunos hombres que se queden atrás para proteger a Misha, Katya y Mila. El resto salimos a toda velocidad de la mansión, dirigiéndonos hacia el lugar enviado por Nikolai.

—Te ha enviado la ubicación, hermano —el rostro de Shura está tenso y apesadumbrado mientras atravieso las calles a toda velocidad—. Esto es un truco.

—¿Crees que no lo sé, maldición?

Su mandíbula cae, indignada. —Entonces, ¿por qué...?

—¡Porque tiene a mi mujer! —rujo—. ¿Qué harías tú?

Shura cierra la mandíbula y no dice ni una palabra más hasta que estamos frente a la casa desierta que hay en las afueras de la ciudad.

—¿Cuál es el plan de juego? —pregunta Shura con voz ronca, cargando su arma.

—El plan de juego es entrar ahí, encontrar a Natalia y sacarla.

—Sabe que estamos aquí —me recuerda—. Esta casa es una bomba de relojería. ¿De verdad crees que será tan fácil?

—No —digo sombríamente mientras cargo una segunda pistola y me la meto en la parte trasera de los pantalones—. No lo creo.

Pero no tengo otra opción.

Antes, solo podía perder mi vida. Ahora, la cambiaría con gusto si eso significa que Natalia y mi hija pueden estar a salvo. Y lo haré si es necesario. Sin pensármelo dos veces.

Por eso, con mis hombres a mi espalda y flanqueando la casa, cargo.

La casa está oscura y mohosa. El polvo llena el aire después de patear la puerta. Antes de que pueda asentarse, suenan disparos. Localizo al tirador detrás de un sofá podrido, y cae con un solo disparo en la cabeza. Shura elimina a otro cerca de la chimenea. Un tercero dispara, pero cae con un agujero del tamaño de mi puño en el pecho.

El polvo de yeso y la pólvora se combinan en una neblina tan espesa que nadie puede ver, pero no dejamos de movernos, no dejamos de disparar. Hombres de ambos bandos caen y gritan cuando las balas surcan el aire, pero seguimos adelante.

Doblo una esquina y un disparo pasa lo bastante cerca como para chamuscarme la piel del cuero cabelludo. Pero lo bastante cerca no es suficiente.

Disparo y dejo caer al hombre como el desperdicio de espacio que es. Cualquiera que trabaje para Nikolai no merece mi piedad, después de lo que ha hecho.

Me agacho detrás de una media pared podrida y miro el reloj. ¿Cuánto tiempo me queda? ¿Veinte minutos? ¿Quince?

Mis hombres despejan el salón y yo diviso la escalera.

Corro hacia él, lanzándome contra dos soldados de Rostov que me bloquean el paso. Los derribo a ambos, mato a uno de un balazo en la cara y rompo el cuello del otro con la rodilla.

—¡Andrey! —ruge Shura desde el pie de la escalera—. ¡Espera!

Pero yo no espero. *A la mierda* la espera.

Hay más hombres apostados en la parte superior, pero mi cuerpo se mueve más deprisa de lo que mi cerebro puede seguir. Quizá por eso tardo medio tramo de escaleras en notar el dolor en el costado.

Parece que me han dado.

Irrelevante.

Avanzo a toda velocidad por el pasillo, manando sangre de la herida de mis costillas. Una puerta se asoma al final y la atravieso como un maldito rayo.

Entonces, me detengo en seco.

Nikolai está delante de mí. Todavía oigo disparos abajo, pero Nikolai está tranquilo.

Increíblemente tranquilo, teniendo en cuenta que está desarmado y tengo toda la intención de arrancarle la cabeza del cuerpo.

Se gira a medias hacia mí, señalando con la cabeza la pistola que tengo apuntándole al pecho. —Yo que tú la guardaría —me dice—. Dispararme podría hacerla estallar.

Un gemido a mi derecha llama mi atención y casi se me doblan las rodillas.

Natalia está sentada en una silla, viva, entera, perfecta. Excepto...

—No.

—Oh, sí —sisea Nikolai, con los ojos entrecerrados por el triunfo—. Es hora de elegir, Andrey Kuznetsov.

Shura se equivocaba: la casa no es la bomba de relojería.

Natalia está, en virtud del explosivo atado a su pecho, contando el tiempo que falta para la detonación.

—Te quedan trece minutos.

ANDREY

—¿No es divertido? —Nikolai mira mi pistola con diversión, sabiendo tan bien como yo que es inútil—. Si vamos a matar a gente, también puede ser poético. ¿No estás de acuerdo, corderito?

Natalia está pálida como la ceniza y tiembla como una hoja

—¡No te atrevas a hablarle, maldición! —gruño.

—No estás en posición de dar órdenes, Andrey —responde fríamente—. De hecho, yo tendría mucho cuidado con cómo me hablas.

—Bastaría una bala, Rostov. Una puta bala.

Suspira, como si toda esta farsa lo aburriera. —Y así, sin más, otro precioso minuto perdido en charlas y amenazas ociosas. Solo quedan doce. La vida va muy deprisa, ¿verdad? —patea la vieja y raída alfombra que hay a sus pies y descubre una trampilla. Cuando la abre, aparecen unas escaleras que descienden a un estanque de oscuridad.

Nikolai da el primer paso y se detiene. —Puedes venir a por mí si quieres, pero tu señora pagaría el precio, me temo.

Mi mirada se desliza hacia Natalia. Parece más que aterrorizada, pero sigue aquí conmigo. Sus ojos están concentrados y presentes. Me pregunto si eso es bueno o no. Si conseguimos salir de aquí, los recuerdos de esta pesadilla podrían ahogarla.

Da otro paso, sus ojos bailan con una diversión que deseo desesperadamente destrozar con una bala. Varias balas, preferiblemente.

—Depende de ti, Andrey. ¿Qué es más importante para ti: tu mujer o ganar?

La lucha continúa a nuestro alrededor. Los pasos retumban en el pasillo y más armas ladran y parlotean escaleras abajo.

Mis hombres están ahí fuera luchando y Natalia está atada a una bomba. Todos desaparecerán si no la salvo.

No es que hubiera otra opción, de todos modos.

Le doy la espalda a Nikolai y caigo de rodillas frente a Natalia. La risa triunfal de Nikolai resuena antes de que la trampilla se cierre, sellando el sonido.

—Andrey... —Natalia me mira con los ojos muy abiertos. Tiene los labios blancos como la tiza.

—Te pondrás bien, *lastochka* —rodeo su silla y registro todos los detalles que puedo ver. Tres cables de colores entran y salen del chaleco.

Azul.

Amarillo.

Rojo.

Solo uno es seguro de cortar. Solo uno impedirá que la bomba detone antes de que pasen los doce, no, maldición, once minutos.

Natalia tiembla, y la silla repiquetea contra el suelo de madera por la fuerza de sus temblores. —Vete, Andrey. Vete. Es demasiado tarde.

—No digas eso —gruño—. No te rindas, joder.

—Por favor —solloza con la voz ronca—. No tenemos que morir los dos...

De repente, la puerta se abre de golpe.

Me abalanzo sobre la pistola, dispuesto a luchar con uñas y dientes por la oportunidad de cortar uno de esos cables. Al menos, entonces Natalia y yo moriríamos juntos. Al menos no me vería morir delante de ella.

Pero solo es Shura, seguido de un Leonty salpicado de sangre y Efrem.

—Maldición... —murmura Shura, avanza con cautela—. ¿Es eso lo que creo que es?

Nuestros ojos se encuentran. Sé que le estoy pidiendo mucho, pero la alternativa no es una opción. Y cuando me devuelve una solemne inclinación de cabeza, sé que estará con nosotros hasta el final.

—Leonty, Efrem, saquen a nuestros hombres de la casa —echo un vistazo al temporizador del chaleco.

Nueve minutos.

Leonty se pone rígido. —No me voy.

—No me cuestiones, maldición. Te he dado una orden y espero que la cumplas.

Cuando sigue sin ceder, lo agarro y tiro de él tan cerca que solo él podrá oír lo que tengo que decir. —Si Shura no tiene éxito, todos los de este bloque quedarán reducidos a cenizas. Vete, hermano. Ahora tienes que pensar en Mila.

Eso, por fin, parece calar en él. Se desploma resignado y se vuelve hacia la puerta, pero vuelvo a agarrarlo. —Leonty, eres mi primo. Confío en ti. Si esto sale mal, véngame a mí y a mi familia.

Sacude la cabeza. —Yo... Andrey, no vas a...

No tengo tiempo para optimismos vacíos. Natalia tampoco.

Lo empujo fuera de la habitación y doy un portazo.

Shura está arrodillado a su lado, tirando de los cables del chaleco y murmurando en voz baja para sí mismo.

Siete minutos.

Natalia tiene los ojos fijos en el suelo. Los tiene muy abiertos y vacíos, la mandíbula floja. Me dejo caer delante de ella y le acaricio la cara. —Vuelve a mí, pajarito.

Parpadea a través de una niebla que no puedo ver, y finalmente centra sus ojos en los míos.

—Lo siento —estrecho su mano con fuerza, esperando que sepa lo mucho que lo siento—. Debería haber acudido a ti primero y ocuparme de Slavik después.

Vuelve a parpadear y una lágrima cae por su mejilla. Me inclino hacia delante y la atrapo entre mis labios. *Cinco minutos*.

—Andrey, por favor —susurra—. Llévate a Shura... Vete.

Shura sigue murmurando en voz baja, así que respondo por ambos. —Nos vamos todos, *lastochka*. Tú incluida. Mila y Katya te esperan en la mansión. También Misha. Y Remi.

Más lágrimas se derraman por sus mejillas.

Cuatro minutos.

—M-Misha... —solloza—. No necesita perder a otra persona.

—Exacto. Ahora somos su familia. Y tenemos que volver por él.

Mi mano se dirige a su vientre. Siento que el bebé, mi hija, patalea ferozmente. Como si me reconociera. Como si estuviera de acuerdo conmigo.

Tres minutos.

—Tengo miedo...

Estoy desesperado por ver a Shura, por preguntarle cómo va. ¿Lo ha logrado?

Elige un color, hermano. El tiempo apremia.

—No hay nada que temer —rebusco en mi camisa y saco su medallón. Lo llevo fielmente desde que me lo regaló—. ¿Ves? Llevo tu regalo.

Acerco la mano a la garganta de Natalia y toco el colgante que le regalé. —Yo llevo el tuyo y tú llevas el mío. Nos mantendrán a salvo. No tenemos nada que temer.

Sonríe entre lágrimas. Sus ojos recorren mi cara una y otra vez. Como si estuviera decidida a asimilar todo lo que pueda... por si acaso.

Un minuto.

A medida que los segundos se marchitan y mueren, siento que mi esperanza muere con ellos. Si Shura no puede resolver esto, no hay salida.

Cuarenta y tres segundos.

Cuarenta y dos.

Cuarenta y uno.

—Andrey —su voz es extraña, alarmantemente tranquila. Puedo oler la muerte en la habitación con nosotros. Me pregunto si ella también—. Quiero que sepas algo.

He estado preparado para morir desde que era adolescente. Acepté la probabilidad de que mi vida fuera corta hace mucho tiempo. Así que sé que el miedo que siento en mis entrañas no es por mí mismo.

Es por ella.

Aunque yo tenga que irme, ¿por qué ella? Mi muerte no le costará nada al mundo. ¿Pero la suya? La tierra perderá algo precioso si Natalia no está aquí para recorrerla.

Todas las personas que atrae y mantiene cerca, Remi, Misha, Mila, Katya, incluso mis putos guardias, serán peores sin ella. Ni siquiera los jardines serán lo mismo sin la risa de Natalia.

Treinta segundos.

—Puedes decírmelo mañana —respondo con voz ronca—. Mañana, cuando estemos de vuelta en la mansión y Remi esté jugando con Misha en el jardín.

—Te amo, Andrey —sonríe con tristeza, y mi pecho se contrae.

Su esperanza ha desaparecido. Cree que es el fin.

Agarro su mano y me la llevo a la boca, respirándola por lo que podría ser la última vez. En cuanto a morir, esto es mejor de lo que jamás imaginé para mí. Es mejor de lo que merezco.

Veinte segundos.

—Natalia…

—¡*Sí*! —la voz triunfante de Shura atraviesa la sala.

Diecisiete segundos.

Diecisiete segundos.

Diecisiete segundos.

La cuenta atrás parpadeante en el pecho de Natalia se congela, pero aún no puedo permitirme creerlo.

Hasta que Shura se levanta, con un cable azul sobre la cabeza y una mirada salvaje en los ojos.

—Lo has conseguido —respiro—. Lo has conseguido, maldición.

Natalia suelta un grito ahogado, y yo le arranco el chaleco y lo dejo caer al suelo. Se levanta sobre piernas temblorosas y luego cae en mis brazos, sollozando sobre mi hombro.

Me pongo en pie, llevándomela conmigo. La acurruco entre mis brazos y salgo de la habitación, dejando detrás de nosotros el hedor de la muerte.

NATALIA

El alivio es rancio cuando llegamos al coche.

Andrey me envuelve en una manta en la parte trasera del Escalade, pero yo la empujo a un lado, levantándome del asiento. —¿Dónde está Katya?

Fue secuestrada por Nikolai. O quizá fue Slavik. El hecho de no saberlo no hace nada por ralentizar mi acelerado corazón. Los malos se transforman unos en otros, en las sombras, estirándose y fundiéndose y reformándose una y otra vez. No puedo seguir la pista de la sangre de quién está en las manos de quién.

—Misha —vuelvo a decir, con el grito estrangulado en la garganta—. ¿Dónde está? ¿Y Remi?

¿Estaban en la habitación del hospital conmigo?

¿Los tiene todavía Nikolai?

¿Están vivos?

—¿Tía Annie...? —grazno, agotada por esta lista interminable.

El miedo se apodera de mi mente, arrastrándome hacia una espiral de la que sé que no podré salir. Esta vez no.

Esto es demasiado. Hay demasiado dolor, demasiado miedo. Estoy viva, pero aún queda demasiada gente por perder.

Siento que las arenas movedizas me llaman. La tentación de entrar en ellas y desaparecer nunca ha sido tan fuerte.

Andrey me envuelve en sus brazos y me acuna contra su pecho. Los latidos de su corazón son un tambor constante en mi oído. —Mila y Katya te esperan en la mansión. Están deseando verte.

Tacho sus nombres de la lista en mi mente. Están bien.

—Y Misha...

—Misha está en casa, cuidando de Remi —dice con una risita oscura—. Ese perro cayó con un trozo de carne entre los dientes. En algún lugar, alguien cojea con media pantorrilla porque esa bestia te quiere mucho.

Remi está vivo.

Misha está a salvo.

—Tía Annie —vuelvo a suspirar, incapaz de creer que pueda tener tanta suerte y que ella también esté a salvo.

Andrey me aparta el pelo de la frente y me da un beso en la piel. —Annie está en el hospital. Está estable y mejor.

—Pero sigue en peligro —susurro—. Ya la persiguieron una vez. Volverán a hacerlo.

—Por eso la traslado a un lugar seguro —acepta Andrey—. Un piso franco en las afueras de la ciudad, que ni siquiera Viktor conoce. Tendrá los mejores cuidados y un equipo médico privado que vigilará cada una de sus respiraciones hasta que se recupere por completo.

Tacho también su nombre de la lista.

Y espero a que me llegue el alivio.

Y espero.

Y espero...

Pero no hay más que vacío.

Shura pasa por encima de un badén y Andrey sisea en voz baja. Se lleva la mano a la herida de bala vendada a toda prisa.

Actúa como si no fuera peor que una picadura de mosquito, una simple molestia, nada más.

—¿Y tú? —presiono—. Tú también necesitas atención médica.

—El médico Bratva ya está en el lugar. Me atenderá cuando lleguemos —me dedica una sonrisa vigorizante que me esfuerzo por devolverle.

¿Ve a través de mí?

Por un momento, su rostro cae en líneas duras, pero entonces su mano me cubre los hombros. —No te preocupes, *lastochka*. No es nada. Un pequeño rasguño para el libro de cuentos, eso es todo.

La mentira sería mucho más convincente si no oliera su sangre. La mancha metálica se adhiere a su camisa, empapándola como una flor roja.

Me doy vuelta y me llevo las manos al estómago.

Nuestra hija patalea y revolotea, pequeño recordatorio de que no puedo retirarme. Por mucho que quiera olvidarme de todo esto, por mucho que odie que tanta gente haya resultado herida por estar cerca de mí, tengo que seguir adelante.

Por ella.

Cuando nos detenemos en la mansión, Leif abre la puerta y Leonty se adelanta para ayudarme a salir. Andrey y Shura también están allí, como si realmente fueran necesarios cuatro hombres

para hacerme entrar.

Pero me arraigo al lugar.

—¿Dónde están Anatoly y Olaf?

Los cuatro hombres valientes y fuertes palidecen.

Se mueven nerviosos, se miran entre sí, y el corazón se me atasca en la garganta.

Andrey se acerca. —Natalia, vamos dentro. Quizá no sea el momento.

—¡No lo hagas! No te atrevas a ser condescendiente.

—Natalia…

—Mírame a los ojos y dime la verdad. Merezco saberlo.

—Drey —murmura Shura—, tiene razón. Merece saberlo.

Andrey suspira. Puede que sea la mayor vulnerabilidad que he visto nunca en él. Hay algo en la oscuridad de sus ojos y en la caída exhausta de sus hombros.

—Olaf se lesionó, pero se pondrá bien. Necesitará reposo en cama durante unas semanas, pero, por lo demás, se recuperará totalmente.

Espero que continúe, pero no lo hace.

Dejándome hacer la pregunta de la que sé que no quiero la respuesta.

—¿Y Anatoly?

Nadie dice nada.

—Ha muerto, ¿verdad?

—No es culpa tuya —insiste Andrey.

Me vuelvo hacia la casa, con la mandíbula apretada para que no se tambalee. Ha muerto por mi culpa. No merezco llorar.

Andrey me agarra del brazo e intenta guiarme, pero yo le arranco el brazo.

No merezco su consuelo.

—Quiero ver a Remi —exijo en un tono débil—. Llévame allí.

Andrey vacila, así que me dirijo hacia la enfermería, paso a paso, lenta y dolorosamente.

Dentro, encuentro a Misha sentado en una silla, con la barbilla hundida en el pecho y roncando suavemente. Tiene la mano apoyada en la cabeza de Remi.

El chico parece agotado.

El perro parece destrozado.

Pero ambos respiran. *Gracias a Dios*.

Como no quiero despertarlos, vuelvo a salir tan silenciosamente como puedo, con un sollozo de agradecimiento aún atascado en la garganta.

Andrey me espera en el pasillo. —Ven —me dice suavemente—. Necesitas una revisión, para asegurarnos de que todo va bien con el bebé. El médico está esperando.

Me giro para mirarlo. —Eres tú quien necesita un médico. Te han disparado.

—Haré que me revisen la herida cuando me haya asegurado de que estás bien.

Uno de sus hombres ha muerto por mi culpa, y le preocupa si estoy bien. La culpa me araña el pecho. —Estoy bien. Deja de preocuparte por mí.

Tranquila, Nat. Solo intenta ayudar.

Exhalo una bocanada de aire y vuelvo a empezar. —No podré relajarme hasta que te curen esa herida, Andrey. Sigues sangrando.

Ni siquiera baja la mirada hacia la herida. —Quiero estar contigo.

—No dejaré que te acerques a mí hasta que te curen.

No lo perderé a él también. No puedo.

—Muy bien —suspira, señalando una puerta más adelante en el pasillo—. El doctor Abdulov está al otro lado de esa puerta. Iré a que me examinen y podrás ver a Katya y Mila. Te están esperando.

Entonces, para mi sorpresa, se inclina y me besa suavemente en los labios.

Es demasiado suave y tierno para todas las cosas horribles que han ocurrido en las últimas horas. Me siento culpable por disfrutarlo. Está chorreando sangre y Remi es un amasijo de vendas en la otra habitación y Misha parece no haber dormido en semanas y Annie está sola en el hospital y Anatoly está muerto, está jodidamente muerto, por el amor de Dios, y aquí estoy yo, disfrutando de un beso.

Es egoísta.

Es un error.

Me alejo, sintiendo también otra oleada de culpa por eso.

Ya no hay elecciones correctas. Estoy siempre en una encrucijada imposible, atascada mirando los caminos “equivocado” y “más equivocado”.

—Saldremos de esta, Natalia —me promete, con la mano flotando hacia el medallón que cuelga de su pecho.

Sonrío débilmente y agarro mi propia cadena. No me atrevo a decir nada. Si lo hago, me romperé.

Así que me doy la vuelta y me voy.

NATALIA

—¡Nat!

Estoy tumbada en la cama, preparada para la ecografía, cuando Kat y Mila irrumpen en la habitación. El Dr. Abdulov se hace a un lado sin contemplaciones para dejar sitio a las dos mujeres. En su favor, hace todo lo posible por no parecer demasiado molesto.

Acepto el abrazo de Mila, pero mis ojos están puestos en Kat. Tiene buen aspecto considerando que estuvo secuestrada durante... en realidad, ni siquiera sé cuánto tiempo.

Pero no veo signos evidentes de tortura o malos tratos. Por otra parte, sé mejor que nadie que las peores cicatrices no siempre se ven.

—¿Estás bien? —preguntamos al unísono.

—Tú primero —insisto, negándome a soltarle la mano.

Ella asiente e intenta hablar, pero se le quiebra la voz. Traga saliva y vuelve a intentarlo. —Estoy bien. Nadie me ha hecho daño, pero estaba... asustada.

—¿Hablaron contigo? ¿Viste a alguien que reconocieras?

—Si te refieres a Viktor, entonces no. Y nadie me dirigió la palabra. Incluso cuando grité y exigí respuestas, se limitaron a ignorarme —se deja caer pesadamente sobre el borde de mi camilla—. Sabía que tenía algo que ver contigo, pero nadie me explicaba qué era.

Sé que no quiere decir nada con eso, pero siento el peso de esas palabras. Se posan en mi pecho y se hacen más pesadas a cada segundo que pasa.

—Lo siento mucho, Kat…

—¡No! —me suelta antes de que pueda terminar—. Esto no es culpa tuya. Me alegro de que estés bien.

—Y el bebé —añade Mila—. ¿El bebé también está bien?

—Eso es lo que tenemos que determinar —interviene el Dr. Abdulov con ligera impaciencia—. Lo único que tenemos que hacer es comprobar el latido del corazón, y entonces podrán continuar su conversación.

Mila y Katya retroceden y dejan que el médico tome la iniciativa. Me levanta la camisa y me pone un monitor de latidos contra el estómago, pinchando y punzando hasta que, por fin, la habitación se llena con el sonido de los latidos del bebé.

Pude sentir las pataditas durante el viaje, pero se quedó inusualmente quieta desde que volvimos a la mansión. Hasta que no la oigo, no me doy cuenta de lo preocupada que había estado de que no lo hiciera.

—Está bien —balbuceo, sintiendo las lágrimas correr por mis mejillas—. Está bien.

Mila se da una palmada en el pecho y Katya me agarra la mano.

El único problema es que el Dr. Abdulov frunce el ceño, y su frente se arruga cuanto más se prolongan los latidos. Esa no es la expresión que quieres que tenga tu médico cuando mira fijamente a tu bebé nonato.

—¿Doctor? ¿Pasa algo?

Sin cambiar de expresión, mueve la varita alrededor de mi vientre, buscando algo.

Es entonces cuando yo también lo escucho.

El latido del corazón del bebé suena extraño. Como si hubiera un eco.

Por fin, la cara del Dr. Abdulov se aclara. Deja la varita en el suelo y sonríe. —Todo va bien, Srta. Boone. Pero parece que tendrás gemelos.

Katya y Mila estallan en jadeos y lágrimas. El Dr. Abdulov explica la colocación de los bebés y cómo encontró ambos latidos, pero no escucho nada. El estruendo de mi pulso en los oídos ahoga todo lo demás.

Gemelos.

Dos bebés. El doble de amor.

Entonces, ¿por qué se me llena el pecho de espanto?

—Gracias, doctor. ¿Me permite un momento? —cuando empieza a levantarse, necesito toda la energía que tengo para lanzarme hacia delante y agarrarle la muñeca—. ¿Y puedes no mencionarle esto a Andrey? Me gustaría... Quiero decírselo yo misma.

Asiente y nos deja solas.

En cuanto se cierra la puerta, dejo caer la cabeza entre las manos. Mis amigas se acercan y me pregunto con un pánico sordo si pueden oír mis pensamientos. Si saben lo que estoy pensando.

—Natty... Sé que tener gemelos es mucho, pero puedes con esto —me asegura Katya—. Sé que puedes.

—Y te ayudaremos —añade Mila.

—¡Exacto! Estaremos a tu disposición para hacer de niñeras siempre que lo necesites —interviene Kat.

Un chasquido de risa oscura estalla en mis labios mientras suelto las manos. —Si es que alguna de ustedes está *viva* para hacer de niñera de estos gemelos.

Mila jadea, pero Kat ya está sacudiendo la cabeza. —Sabía que harías esto —dice—. Sabía que encontrarías la forma de culparte por lo que pasó —ahora tiene la mandíbula cuadrada y las cejas juntas—. No lo hagas, Nat.

—Los atacaron a todos porque querían llegar a mí —refuto—. Aunque yo esté a salvo, la gente a la que quiero no lo estará. Eso es lo que le dijeron a la tía Annie. Si crees que el mensaje no debía llegar a mí, estás delirando.

Separo las piernas de la cama y me levanto de un salto, sintiéndome mareada, pero aguantando. Estoy harta de apagarme cuando debería estar luchando.

Aunque contraatacar signifique...

Irme.

—¿Qué te pasa? —pregunta Katya, plantándose delante de la puerta.

Evito sus ojos. —No les concierne.

—¿Está pensando en irse? —adivina Mila.

—No —Kat sacude la cabeza—. Ni siquiera Nat sería tan mártir para... —pero sus ojos se deslizan hacia mi rostro culpable y se detiene en seco, las palabras mueren en su lengua—. Por Dios, Nat. Es cierto. Lo estás pensando. No puedes *irte*. ¿Sabes el peligro que correrás si lo haces?

—Ninguno si desaparezco. Nadie podrá localizarme. Puedo criar a mis hijos en algún lugar lejano, en algún lugar donde estén a salvo. Lejos de la política, las armas y la violencia interminable.

Lejos de Andrey.

Me cruje el corazón, pero por ahora excluyo ese pensamiento. Porque, cuanto más hablo, más me doy cuenta: He tomado mi decisión.

Solo tengo que hacer las paces con ello.

—¡Andrey te protegerá! —grita Mila.

—No puede protegerme de todo. De todos. Esta noche lo ha demostrado. Estamos rodeados de enemigos: Slavik, Viktor, Nikolai, y solo Dios sabe quién más. Todos quieren sangre, y no estoy dispuesta a sacrificar a mis hijos.

—Pero... Andrey —vuelve a intentar Mila.

—No importa lo que yo sienta por él. No importa lo que él sienta por mí —coloco ambas manos sobre mi estómago—. Se trata de proteger a mis bebés.

Mila y Katya se miran. Ninguna de las dos parece saber qué decir.

—Escuchen, no les pido más que su silencio —les digo—. Pueden estar en desacuerdo conmigo

todo lo que quieran. Pueden juzgarme. Incluso pueden odiarme. Pero no me delaten ante Andrey. *Por favor*.

—¿De verdad vas a hacerlo? —susurra Mila.

—Puede que haga falta algo de planificación. Y algo de tiempo. Pero sé que tengo que intentarlo.

Entonces, Katya se echa hacia delante, con el labio inferior tembloroso. —Soy yo quien te ha metido esta idea en la cabeza, ¿no? Cuando me enteré de que estabas embarazada, dije que me iría contigo. Pero no conocía a Andrey. No sabía... No tenía...

—Shura —termino por ella, cogiéndole la mano.

Estaba dispuesta a desarraigar toda su vida y seguirme fuera del estado para criar al bebé cuando se enteró de que estaba embarazada. Ahora, sin embargo, las circunstancias cambiaron.

Todo ha cambiado.

—Ahora tienes a Shura. Sé que no puedes venir conmigo. Nunca esperé que lo hicieras.

Me dedica una sonrisa acuosa. —Ojalá no fuera así... pero...

—Lo quieres.

Ella asiente. Entonces, una carcajada incrédula brota de sus labios y se seca las lágrimas. —Dios, qué vergüenza. ¿Qué me está pasando?

—Es un buen hombre, Kat. Me alegro por ti. Me alegro por las dos —miro a Mila por encima del hombro de Kat—. Leonty y Shura tienen suerte.

La cara de Mila se arruga. —Esto parece una despedida. Y no lo es. No puede serlo.

—No es un adiós —pienso en todos los preparativos que tengo que hacer. No puedo salir así como así por la puerta principal. Andrey nunca me dejaría. Tengo que esperar mi momento, esperar a que se presente una oportunidad—. Todavía no.

—¡Eh! —ofrece Mila en un tono débil—. Quizá, mientras tanto, Andrey acabe con Slavik y Nikolai, y entonces no tendrás que irte.

Katya asiente, pero mi esperanza murió cuando miré a los ojos de Nikolai, la bomba en cuenta atrás hacia nuestra muerte.

En ese momento, supe que iba a morir y que me llevaría a Andrey y a nuestros bebés conmigo.

Ahí es donde nos iba a llevar el amor.

Aun así, asiento. —Sí. Tal vez.

—Todo va a ir bien. No vas a ir a ninguna parte —dice Katya con una alegría forzada.

—Pero, por favor, no digan ni una palabra a…

—No le diremos ni una palabra de esto a Andrey —jura Mila, cortándome en seco—. Prometí no ser su informante.

Le dirijo una fina sonrisa.

—A *cualquiera* —añade Katya—. Eso incluye a Shura y a Leonty.

Les cojo las manos y las estrecho por última vez. Ninguna de las dos parece contenta, pero me devuelven el apretón.

Todos tenemos que tomar decisiones difíciles.

Solo puedo esperar que sean las correctas.

ANDREY

—Felicitaciones. La bala no alcanzó tus órganos principales —Alexei sumerge las manos ensangrentadas en el cubo de agua a su lado para enjuagárselas.

—Podría habértelo dicho. De hecho, te lo dije —gruño—. Ponme las malditas vendas. Tengo que ir a ver cómo está Natalia.

Le pasa algo. Lo vi en el parpadeo de sus ojos, en la forma en que no me sostuvo la mirada más de un segundo o dos.

Shura tampoco ha vuelto aún. Entre los dos, mi estómago es una masa de nervios agitados.

Alexei está terminando con los vendajes cuando Shura entra por fin en el comedor que estamos usando como enfermería improvisada.

—¿Qué pasa? —me bajo de la mesa y despido a Alexei con un movimiento de la barbilla.

El rostro sombrío de Shura no proporciona mucha tranquilidad.

—¿Qué ocurre? ¿Está...?

—Natalia está bien. Físicamente hablando, al menos —suspira y se pasa una mano por la cara—. Pero está conmocionada.

—Es evidente. Pero está consciente. Se está enfrentando a todo —digo, con un tono desesperado en la voz—. Yo llamo a eso progreso.

Espero que Shura acepte, pero tiene la mandíbula rígida y los ojos oscuros. —Quiere irse.

Lo miro fijo, esperando que sus palabras cobren sentido. Esperando que se explique.

Ninguna de las dos cosas sucede.

—¿Qué coño significa eso? —exclamo—. Traje al doctor. Se están ocupando de ella. No hace falta que nos vayamos. No hay ningún sitio para...

—Drey, quiere *irse* —repite—. La escuché hablar con Mila y Katya. Planea huir.

Quiere irse. Irse de aquí. Dejarme. Dejarnos.

Quiero enfadarme. Pero ¿cómo puedo hacerlo?

Después de todo lo que pasó, después de todo lo que está en peligro de perder, tiene sentido que su primer instinto sea alejarse lo más posible del imbécil tóxico que la arrastró a su mundo empapado de sangre.

—Katya y Mila prometieron que guardarían su secreto, pero era obvio que ninguna de las dos estaba precisamente de acuerdo —continúa—. Intentaron convencerla de quedarse.

Irse. Marcharse. Quiere irse. Esa mierda se repite en mi cabeza como un disco rayado.

El mundo sin ella es oscuro.

Sin su olor...

Sin su cuerpo junto al mío en la cama...

Si Natalia se va...

No sé qué será de mí.

—¿Drey?

Me vuelvo hacia las ventanas, donde se ve parcialmente el tejado de la casa de la piscina. La mansión estará vacía sin ella.

Yo también.

—No puedo culparla exactamente —admito en voz baja.

—¿De qué coño estás hablando? —ladra Shura—. Esta es su casa. Eres su familia.

—Quizá sería mejor si no lo soy —mi propia voz es una cáscara débil y áspera de sí misma—. Afrontémoslo: las personas más cercanas a mí siempre acaban heridas.

—Si estás hablando de María…

Me giro hacia él con los ojos desorbitados. —Claro que hablo de María. Murió por mi culpa.

—Drey, hermano…

—Estaba embarazada, ¿sabes? Cuando murió. Estaba embarazada de mi bebé.

Shura cierra la mandíbula. Sus mejillas se hunden. No me sorprende su reacción. Me he guardado ese dato para mí durante mucho puto tiempo.

—¿Cómo... cómo lo sabes? —grazna al fin.

—Encontré la prueba de embarazo positiva en su bolso horas después de su funeral. En realidad, tres. Todas decían lo mismo.

Shura se sienta con cautela en una silla de la mesa del comedor. —Maldición.

—La idea de dejar marchar a Natalia es insoportable —susurro—. Pero peor sería perderla del todo. Al menos así sabré que está ahí fuera, en alguna parte, viva y sana.

—Con tu hija.

El pensamiento se me clava como un puñal, pero sé cómo seguir adelante mientras estoy herido. Lo he hecho toda mi vida.

—Quizá lo mejor que pueda hacer por mi hija sea alejarme de ella. De las dos.

Shura parece indignado por mí. —¿La dejarías irse sin más? ¿Así como así?

—No "así como así". Habrá que vigilarla, protegerla.

Si envío a mis hombres y Natalia los ve alguna vez, sabrá que la estoy vigilando. Tendrán que ser hombres que no reconozca, hombres sin conexión conmigo. Sombras que la guíen desde ahora hasta el final de nuestros días.

—Si alguno de nuestros hombres se ofrece a acompañarla, sabrá de inmediato que es porque *tú* se lo has ordenado —dice Shura. Sus pensamientos recorren el mismo camino que los míos. Veo el momento en que llega al final de la acera, porque parece horrorizado.

Pero hace tiempo que dejamos de tener buenas opciones. Lo único que nos queda es lo malo y lo peor.

—¿Vas a confiar a Natalia y al bebé a unos mercenarios? ¿A desconocidos?

Me encojo de hombros. —Pueden vigilarla desde lejos. Enviarme fotos y actualizaciones cuando se las pida. Mantenerme informado de cualquier novedad que se produzca por el camino.

La boca de Shura se abre y se cierra sin hacer ruido. —¿Verás crecer a tu hija a través de... a través de putas *fotos*?

Siento exactamente el mismo asco en cada célula de mi cuerpo. Lo malo de todo.

—Muéstrame un camino mejor —le suplico—. Muéstrame qué otra cosa debo hacer.

No contesta.

Ambos sabemos que no puede.

ANDREY

La encuentro sentada a la sombra de los árboles junto a la casa de la piscina. Le robo unos minutos para observarla sin que se dé cuenta: la forma en que su pelo ondea suavemente al viento. La forma en que juega distraídamente con su colgante, observando cada árbol, cada brizna de hierba y cada pájaro, como si intentara memorizarlo todo.

No me sorprende, pues, que me encuentre observándola.

Ni cuando las líneas tristes de su rostro se reorganizan en una débil sonrisa que no puede sostener. Cuando llego hasta ella y me siento, vuelve a fruncir el ceño, pensativa.

Quiero estirar la mano y alisar la línea entre sus cejas, pero me cuido de dejar mucho espacio entre nosotros. No sirve de nada para atenuar el impulso de tocarla.

Sin embargo, reprimo ese impulso y lo cierro con fuerza.

Porque, si la toco... puede que nunca la suelte.

—¿Todo vendado? —su voz es ligera, casual. Si no supiera lo que está planeando, pasaría por alto su respiración entrecortada.

Me levanto la camisa para mostrar las vendas. —Como he dicho, solo un pequeño rasguño.

—Tenemos opiniones muy diferentes sobre lo que constituye un “pequeño rasguño”.

Me bajo la camiseta. —No tienes que preocuparte por mí, Natalia. Puedo cuidarme solo.

—Yo también, ¿sabes? —sus ojos se encuentran con los míos un instante antes de volver a apartarlos—. Sé que no siempre ha sido así, pero...

—Eres más fuerte de lo que pareces. Sí, lo sé —esta vez sí sonríe. Pero la tristeza no desaparece de sus ojos—. ¿Qué tal la cita con el médico?

—Ha ido bien. El bebé está bien —mira la casa—. ¿Qué vas a hacer, Andrey? Ahora que ha vuelto tu padre, quiero decir.

—Lo único que puedo hacer: luchar.

Ella asiente, como si esperara la respuesta. —También tienes que ocuparte de Nikolai.

—Primero tendré que ocuparme de Slavik.

Por mucho que me duela admitirlo, necesito asegurarme de que mi propia casa está a salvo antes de ocuparme de Nikolai. No podré derrotarlo si Slavik intenta socavarme a cada paso.

—Nikolai me dijo... ¿ue delataste a sus padres al FBI y te retractaste de la tregua que habías negociado con ellos?

—Fue Slavik.

Asiente con tristeza. —Eso es lo que le dije. Sabía que nunca faltarías a tu palabra. Pero él parecía pensar que eras tú quien tenía todas las de ganar.

—A mí también me pareció. Durante meses, después de que Slavik se marchara, me pregunté por qué haría todo eso y luego me dejaría la Bratva. Aun así, fui lo bastante tonto como para creer que no volvería a verlo. Debería haber sabido que mi padre nunca hace nada sin un seguro.

Ella frunce las cejas. —¿Crees que siempre tuvo la intención de volver?

—Creo que quería hacer provisiones para un regreso en caso de que no funcionara en Rusia.

—Entonces... ¿no se fue a vivir una vida tranquila?

Resoplo. —No conoce el puto significado de “vida tranquila”. Slavik pensó que podía afianzar su poder en Rusia. Lo intentó con todas sus fuerzas durante años, según mi información. Pero allí el mundo es distinto. Era un pez pequeño en un estanque muy grande.

—Apuesto a que su ego no pudo soportarlo.

Sonrío sombríamente. —No. Aunque no atenuó demasiado su luz. Confía en que mis hombres desertarán hacia él cuando declare sus intenciones.

Sus ojos se abren de par en par, alarmados. —¿Es eso probable?

—Seguro que unos cuantos lo harán —me paso una mano por el pelo—. No puedo hacer nada al respecto.

—Pero eso significa que eres vulnerable. Significa que hay personas en las que confías que podrían traicionarte.

Incapaz de contenerme, me vuelvo hacia ella, ahuecando su rostro y atrayendo sus ojos hacia los míos. —Como te he dicho, *lastochka*, no te preocupes por mí.

Se aparta de mi alcance y entrelaza los dedos. —Misha quiere formar parte de la Bratva —dice. Las palabras salen de sus labios con desgana.

Suspiro y mi mano cae sin fuerza sobre mi regazo. Me arde y me hormiguea por el poco contacto. —Soy consciente.

—¿Lo entrenarás?

—Cuando esté preparado.

—No es solo un soldado, Andrey. No es solo otro peón al que sacrificar. Es...

—Lo sé, pajarito. Él elegirá su propio camino. Y aquí tendrá un hogar y una familia, si eso es lo

que quiere.

Ambos estamos bordeando peligrosamente el secreto que intentamos ocultarnos. Hay una despedida tangible en el aire. Una sensación de final que oscila involuntariamente entre nosotros.

—Siento no haber estado para ti, Natalia —le digo de repente.

—Ya te has disculpado.

—No fue ni mucho menos suficiente. Te dije que te protegería y, cuando más me necesitabas, no estuve allí.

—Tienes una Bratva que dirigir —ofrece—. Tienes cientos de hombres que luchan por ti. Sé que no siempre puedo ser la prioridad.

Me destroza oírla decir eso. Porque la verdad es que ella *debería* ser la prioridad. Siempre, maldición. El hecho de que piense lo contrario es culpa mía.

Pero, teniendo en cuenta nuestras circunstancias, esa realidad ya no es una opción.

Tengo que alejarla para protegerla.

Tiene que dejarme atrás para proteger a nuestra hija.

Aprieto los dientes y fuerzo la mentira. —Ahora tengo que centrar todos mis esfuerzos en Slavik y Viktor. Eso significa que no estaré mucho por aquí.

Parece que lucha contra las lágrimas, pero, cuando me mira, tiene los ojos secos. —Me lo imaginaba.

—Tampoco iré a la casa de la piscina por la noche. Así que, si quieres cerrar las puertas, hazlo.

Ella traga saliva y algo ondea en sus ojos. —Lo comprendo.

Lentamente, me pongo en pie. Ella observa mis movimientos, pero no los imita. Y maldición, este momento es más duro de lo que debería ser.

No puedo despedirme de ella como es debido. No puedo tranquilizarla como quisiera. En ausencia de todas las cosas que no puedo decirle, le hago una última promesa.

—Me aseguraré de que tu tía esté a salvo y protegida, Natalia. Nadie volverá a hacerle daño. Tienes mi palabra.

Le tiemblan los labios y se le humedecen los ojos, pero no derrama ni una lágrima. —También lo sé, Andrey.

NATALIA

En cuanto pierdo de vista a Andrey, me desmorono.

Sollozo como un bebé, acurrucada en la tumbona. Me envuelvo el cuerpo tembloroso con los brazos, temiendo caerme a pedazos.

Quiero volver a llamar a Andrey para que me abrace. Quiero hablar con Mila y Katya, intentar sentir aunque sea una pizca de la esperanza que parecen tener de que todo irá bien.

Pero no puedo. Tengo que hacerlo sola.

Aún no me he ido y ya me siento insoportablemente sola.

El sonido de unos pasos que se acercan me hace levantarme de golpe y secarme las lágrimas de la cara a toda prisa.

De todas las personas que imagino que podrían venir, Yelena es la última a la que espero ver subiendo los empinados escalones con quejas ahogadas.

Se detiene delante de mí y me mira a la cara. Puede que me haya secado las lágrimas, pero noto lo rojos e hinchados que tengo los ojos. No la voy a engañar.

—¿Estás bien, *dorogoya*?

Me encojo de hombros. —Tan bien como cabe esperar.

Reclama la silla de la piscina junto a la mía. Sus viejos dedos artríticos me acarician la rodilla mientras me ofrece una sonrisa triste y comprensiva. —Ahora todo está bien. Tu tía y tus amigas están a salvo. Y tú estás de nuevo en casa.

—Slavik, Viktor y Nikolai siguen ahí fuera —señalo—. Y vienen por mí, Yelena. Lo siento en los huesos. Si no soy yo, querrán a mi bebé.

Pienso en la forma en que Nikolai me miró el estómago. Como si dentro de mí creciera algo maligno e impío. No un bebé, sino una bestia. Algo que hay que sacrificar antes de que crezca demasiado para poder controlarlo.

Espero más palabras de consuelo de Yelena. Espero más garantías de que todo saldrá bien, de que Andrey lo arreglará todo por arte de magia y de que al final de esta historia habrá un “felices para siempre”.

Pero Yelena no dice tal cosa.

En realidad, hace lo contrario. Se muerde el labio inferior como si intentara evitar decir algo perjudicial.

Luego, suspira. —No quiero mentirte, hija.

—¿Q-qué quieres decir?

—Esta vida, la vida Bratva, es dura. Sobre todo cuando tienes una familia —mira hacia los árboles e imagino que se está imaginando a su propia familia. El marido que perdió en la guerra de otra persona.

No sé qué decir, así que le cojo la mano y se la aprieto. —Lo siento, Yelena.

Se encoge de hombros. —Fue la vida que eligió. Y esta es la vida que yo elegí. No me arrepiento de nada.

—Andrey cree que puede protegernos —susurro, poniéndome una mano en el estómago.

—Todos los hombres piensan eso —se burla Yelena—. Pero es solo una mentira que se dicen a sí mismos. Andrey no es más capaz de protegerte que de proteger a mi marido.

El repentino latigazo de amargura en su voz me hace retroceder. Ni una sola vez, en todo el tiempo que la conozco, ha traicionado el más mínimo resentimiento hacia Andrey. Pero ahora lo veo, bajo la superficie de su amabilidad maternal.

Putrefacta. Como una herida podrida.

—A veces me pregunto por qué me quedé aquí, después de todo lo que pasó. Tú te habrás preguntado lo mismo, ¿no? —no respondo, pero continúa—. Supongo que pensé que podría mantener cerca el recuerdo de mi marido si seguía formando parte del mundo por el que murió.

El silencio retumba y palpita. Se alarga eternamente y se desploma en un abrir y cerrar de ojos. Siento las palabras en la boca antes incluso de haberme decidido a decirlas.

—¿Yelena...?

Me devuelve la mirada, sin pestañear. Como si ya supiera lo que le voy a preguntar.

—¿Crees que sería mejor... si me fuera?

Más silencio.

Entonces: —Creo que tienes que hacerlo.

El corazón me late en el pecho, traicionero. Si ella me ayuda, Mila y Katya podrán mantenerse al margen. Nadie sospechará nunca de Yelena. La silenciosa, diligente y leal Yelena.

Nadie saldrá herido.

No se culpará a nadie.

Y mis hijos tendrán el comienzo limpio que se merecen.

Se levanta con un gruñido dolorido. —Espera aquí.

Sin decir nada más, me suelta la mano y cojea por el camino empedrado de vuelta a la escalera. La miro alejarse hasta que desaparece en el interior de la casa.

Entonces, una vez que se ha ido, abandono la tumbona y entro corriendo en la casa de la piscina. Encuentro un cuaderno y un lápiz en el cajón del escritorio.

Y me pongo a escribir.

A mi familia,

Hasta ahí llego antes de que las lágrimas me nublen la vista y todo se disuelva en una neblina borrosa. Me muerdo la lengua, me seco los ojos e intento concentrarme.

Esto es importante.

Siento haberme ido de esta manera. Ojalá hubiera podido abrazarlos a todos y decirles lo mucho que significan para mí. Sepan que pensaré en todos cada día.

Pero es mejor así.

Olaf, Leonty, Leif, Shura: gracias por protegerme. Gracias por arriesgar sus vidas por mí aunque no tenían que hacerlo.

Yelena, gracias por cuidar de mí. Por mostrarme amabilidad y por darme el beneficio de tu sabiduría y tus consejos.

Mila y Katya, no podría pedir mejores amigas. Cuídense mutuamente por mí. Y vivan también por mí.

Tía Annie, eres la mejor tía que podría haber esperado. Gracias por sacrificar tu vida para criarme. Te quiero hasta la luna y de vuelta.

Misha: te confío a Remi, hijo mío. No pude pasar tanto tiempo con ninguno de los dos como quería, pero siempre estarán en mi corazón. Me enseñaste a ser madre. No podría estar más orgullosa de ti.

Y, por último, Andrey…

De nuevo, tengo que parar. Lo dejé a propósito para el final porque sabía que sería la despedida más difícil de hacer. Incluso sobre el papel, me está destrozando.

Un movimiento borroso me llama la atención. Levanto la vista y veo a Yelena bajando por el sendero. Presa del pánico, vuelvo a centrar mi atención en el papel.

Cuida de todos ellos por mí. Y yo cuidaré de tus, tras un pequeño debate interno, borro esa última palabra y finalmente escribo, ***tu hija***.

Ya será bastante malo perder un bebé. No quiero darle la carga añadida de saber que ha perdido a dos.

Por favor, que sepas que no lo hice para hacerte daño, sino para proteger a nuestra familia. Espero que sepas lo mucho que significas para mí.

Con todo mi amor,

Natalia

Doblo la nota, la guardo en el cajón del escritorio y salgo al patio con Yelena.

—Lo he arreglado —dice sin rodeos—. Está todo arreglado.

Sé que debería hacer más preguntas. *¿Arreglado con quién? ¿Cómo lo ha arreglado tan rápido? ¿A dónde iré? ¿Cómo viviré?*

Pero me quedo con la pregunta que parece más urgente.

—¿Cuándo?

Su respuesta es inmediata. —Ahora mismo.

NATALIA

—Tenemos que ser rápidas y silenciosas —explica Yelena, arrastrándome hacia la parte trasera de la casa—. Tendré que llevarte a través de la entrada de los criados. Luego podré colarte por la puerta lateral.

—Pero hay cámaras por todas partes. ¿Qué pasa con...?

—Las he inutilizado —interrumpe—. No lo sabrán hasta que sea demasiado tarde.

Demasiado tarde. Demasiado tarde para despedirme. Demasiado tarde para deshacer las muertes que he causado.

No me doy cuenta de que voy más despacio hasta que Yelena me coge la mano con las dos suyas y aprieta lo bastante fuerte como para asustarme. —Escúchame, niña. No tienes tiempo. No hay tiempo para preguntas, ni para recoger tus cosas, ni para despedirte. Tenemos que irnos —Tiene los ojos muy abiertos—. Ahora o nunca.

No espera a que responda. Sujetándome por el antebrazo, empieza a arrastrarme hacia el interior de la mansión.

—Yelena —susurro mientras nos deslizamos dentro—, ¿por qué haces esto? ¿Por qué me ayudas?

—Porque no quiero que pases por lo que yo pasé —su mano está tan apretada alrededor de mi muñeca que empieza a dolerme—. Porque no quiero que pierdas a los gemelos, y desde luego no quiero que ellos te pierdan a ti.

Dios, los gemelos. Dos almas que cobran vida dentro de mí. Dos pequeños bebés que confían en mí para protegerlos, para mantenerlos a salvo para que puedan tener una oportunidad de...

Espera.

Espera.

Me detengo bruscamente y arranco la mano de las garras de Yelena. —Yelena, ¿cómo sabes que voy a tener gemelos?

Fuera brilla el sol y pían los pájaros.

Pero en este pasillo, siento una especie de escalofrío que nunca había sentido en mi vida.

Ella parpadea, irritada. —Ya me lo has dicho. Ahora, ven...

No dejo que vuelva a agarrarme. —No, no lo he hecho. Me acabo de enterar.

El sudor de su frente gotea por el pliegue de su nariz nudosa. —Me lo has dicho, niña —sisea impaciente—. Estás confundida. Ahora ven. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

¿Por qué Yelena se apresuró tanto a ayudarme?

¿Por qué tiene tanta prisa?

Las preguntas que no me paré a hacer fuera se amontonan ante mí, haciéndose demasiado grandes para alcanzar su culminación.

—¡Ven, Natalia! —gruñe—. Si no llegas a ese coche, habrás perdido la oportunidad de salvar a tus hijos.

¿Qué te pasa? Confiaste en ella todo este tiempo. ¿Qué ha cambiado ahora?

No tengo tiempo de encontrar respuestas antes de que se abra la puerta de la enfermería, al final del pasillo, y salga Misha, frotándose los ojos somnoliento.

Yelena me suelta la mano inmediatamente.

—¡Natalia! —Misha se abalanza sobre mí y me abraza.

—Misha... —grazno, respirando la familiar calidez de su tupido pelo.

—¡Estás a salvo! Tenía mucho miedo.

Me echo un poco hacia atrás y le acaricio la cara. —Estoy bien. Andrey y Shura me sacaron a tiempo. ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien. Estaba con Remi. Él está mejor.

La sonrisa de su cara me da esperanzas. —Cuidarás de él, ¿verdad?

Misha frunce el ceño. Me muerdo la lengua, maldiciéndome por dentro. Su mirada se desliza de mí a Yelena, que se demora en mi periferia, retorciéndose las manos, ansiosa.

—¿Por qué tengo que cuidar de él? —pregunta Misha—. ¿Adónde vas?

—¡A ninguna parte! —responde Yelena por mí. Habría sido mejor si me hubiera dejado encargarme de esto. Sus palabras son demasiado duras. Misha es demasiado perspicaz—. Necesita descansar, un poco de paz y tranquilidad.

Sus cejas se pellizcan y se niegan a plancharse. —Déjame ir contigo.

—No, está bien —protesto—. Tú también deberías descansar.

—Llevo horas descansando. Quiero hacer algo. Déjame caminar contigo.

Sin embargo, no me mira cuando pregunta.

Está mirando a Yelena.

—Misha, por favor. Confía en mí. Ve a tu habitación y descansa como es debido. En una cama de verdad. Estás tambaleándote de cansancio.

Sacude la cabeza, mirando de mí a Yelena una y otra vez. —Algo está pasando. Vas a hacer algo que no deberías hacer.

—¡*Prygat*! —le espeta Yelena—. Esto no te concierne, muchacho.

—¡Yelena! —jadeo ante el veneno de su voz.

Se da la vuelta hacia mí, lanzando saliva y señalando a Misha con el dedo. —No confíes en él, Natalia. Es un espía. Lleva meses de informante, lo sé.

—Yelena, ya basta. Misha no es un espía.

Pero ella se aparta de él, mirándolo como si fuera el mismísimo diablo. —Te ciega tu buen corazón, Natalia. El chico es uno de los hombres de Nikolai.

Misha no se ha movido desde que lo acusó. Tiene la cara pálida y las manos cerradas en puños. —Natalia, aléjate de ella —escupe.

—¿Pero qué...? Paren los dos —suplico—. Esto es lo que hace Nikolai. Nos está volviendo unos contra otros y ni siquiera está aquí. No le den ese tipo de poder.

Pero también podría estar gritando al vacío por todo el bien que hace. Yelena y Misha no escuchan.

Los ojos de Misha se entrecierran y se acerca más a mí. —A Remi nunca le gustó Yelena. Lo recuerdas, ¿verdad? Siempre gruñe cuando ella está cerca. Igual que en el hospital cuando apareció esa “enfermera”.

No miente. Remi y Yelena nunca se gustaron.

—Misha —lo intento de nuevo—, por favor, solo confía en...

—¡Basta ya!

Miro hacia atrás justo a tiempo de ver a Yelena blandir algo grande y pesado hacia nosotros. Salto para apartarme y Misha retrocede a trompicones, pero la culata del antiguo atizador lo apuñala en el hombro.

Suelta un grito estrangulado y cae al suelo, con la sangre ya burbujeando de la herida.

—¡Yelena! —grito—. ¡¿Qué demonios?!

Pero Yelena no escucha. Avanza hacia Misha con el atizador en alto, dispuesta a atacar de nuevo.

La agarro e intento arrancárselo de las manos, pero, para ser una anciana, es jodidamente *fuerte*.

—¿Has perdido completamente la cabeza? —grito, sin importarme ya si nos oyen—. ¡Es un niño!

—¡Y tú eres una tonta! —grita Yelena—. Si no vienes conmigo ahora, todo estará perdido —Suelta el atizador y me vuelve a agarrar la muñeca, con los dedos apretando con fuerza los

moratones que ha dejado allí.

—Yelena, me haces daño...

—No tenemos tiempo. Debemos...

Pero sus palabras se ven interrumpidas por el crujido de la cerámica al astillarse contra su nuca.

Los ojos de Yelena se ponen en blanco y se desploma en el suelo, justo cuando unos pasos atronadores resuenan en el pasillo.

Segundos después, Andrey, Shura y Leonty inundan la sala de estar. —¿Qué coño ha pasado aquí? —exige Andrey, mirando boquiabierto la figura de Yelena con una expresión ilegible en el rostro.

Apenas puedo hacer que mis labios formen las palabras. —Misha le rompió un jarrón en la cabeza.

Las sienes de Misha están resbaladizas por el sudor. Está temblando de pies a cabeza, pero no parece ni remotamente arrepentido. —Sí —confiesa—. Y lo volvería a hacer.

Shura y Leonty recogen la forma inerte de Yelena y la llevan al sofá. La cara de Andrey es pura ira cuando se vuelve contra Misha. Tiene un aspecto aterrador. Si yo fuera Misha, me cagaría en los pantalones.

Pero Misha se aprieta el hombro sangrante hacia atrás, con una leve mueca de dolor, y mira a Andrey a los ojos. Ninguno de los dos dice una palabra.

Salto entre ellos. —Andrey...

No me mira, pero levanta una mano. A pesar de mí misma, me callo. Irradia una energía peligrosa imposible de ignorar.

—¿Por qué? —gruñe.

—Tramaba algo —dice Misha con firmeza—. No me fío de ella.

Shura coloca una almohada bajo la cabeza de Yelena y se endereza para mirar el enfrentamiento que se desarrolla ante nosotros. —Lleva con nosotros mucho más tiempo que tú, muchacho.

Misha se da la vuelta y lanza una mirada indignada entre Andrey y Shura. —Eso no la hace digna de confianza. Me acusó de ser una espía, pero creo que la espía es *ella*.

—¿Por qué alguno de ustedes tiene que ser un espía? —grito—. Misha, entendiste mal lo que estaba pasando, ¿vale? Todo esto no es más que un gran y estúpido error.

—¡Estaba intentando que te fueras! —insiste Misha, echando por tierra mi tapadera con una simple frase—. Intentaba sacarte de aquí a escondidas. ¿Por qué lo haría, si este es el lugar más seguro para ti?

Se me desencaja la mandíbula y todos los ojos de la sala giran hacia mí. Me encuentro luchando por encontrar palabras, buscando desesperadamente una coartada.

—Nat... —la voz de Leonty es suave e incrédula—. ¿Es cierto?

Yelena se revuelve y Misha la mira con asco. La mataría ahora mismo si se lo permitiéramos.

—Fue idea mía irme —explico con la voz ahogada—. Si vas a culpar a alguien, cúlpame a mí.

Leonty es el único que parece sorprendido por mi admisión. Shura y Andrey están inexpresivos.

—¡Sigo sin fiarme de ella! —exclama Misha, rompiendo el tenso silencio—. Siempre estaba susurrando y husmeando a horas raras. Una vez la vi hablando con alguien por teléfono en el lavadero. Se enfadó cuando me vio allí.

Se me revuelve el estómago. Andrey ve la incomodidad en mi cara y frunce el ceño. —¿Qué pasa, Natalia?

—Yo... eh... podría no ser nada —trago saliva y miro a Yelena, que gime suavemente en el sofá, aún inconsciente—. Es que... Nunca le gustó que entrara en la lavandería. Decía que era por los productos químicos.

Andrey y Shura intercambian una mirada, manteniendo una conversación silenciosa. Un momento después, Andrey señala con la barbilla y Shura asiente, desapareciendo por el arco abierto en dirección a la cocina.

—No miento —insiste Misha—. Y no soy un espía. Solo...

—No pasa nada, Misha —interrumpe Andrey—. Te creo.

—¿Sí?

—Que quede claro: creo que no eres un espía. Creo que crees todo lo que acabas de decirnos —los ojos de Andrey siguen fríos—. Pero eso no significa que tengas razón.

Los hombros de Misha se desploman. Abre la boca para replicar, pero, antes de que pueda decir nada, Shura entra en el salón.

Lleva un pequeño teléfono negro en la mano.

—Encontré esto escondido en el fondo del armario de la lavandería —dice sombríamente.

Siento que voy a vomitar. Me miro la muñeca y veo los moratones que me ha dejado Yelena. Cinco óvalos morados marcan mi piel.

—¿Hay algo ahí? —pregunta Andrey.

—Solo hay una llamada saliente en el registro de contactos. Se hizo hace unos cuarenta y cinco minutos.

—Llama al número —ordena Andrey.

Shura marca y transfiere la llamada al altavoz. Los timbres resuenan ásperamente, magnificados en la tensa quietud. Y entonces, alguien descuelga.

—Yelena —sisea una voz profunda y familiar—, ¿dónde coño estás? Se suponía que ya la habrías traído.

La cara de Andrey se llena de sorpresa y rabia cuando coge el teléfono de la mano de Shura.

—¡Yelena! —vuelve a ladrar la voz—. ¿Dónde...?

Andrey estrella el teléfono contra el suelo y lo hace pedazos. —¡Maldición! —ruge tan fuerte que a Yelena se le abren los ojos. Se revuelve presa del pánico, pero sus miembros están pesados y su boca se agita sin que le salgan palabras.

Andrey desciende sobre ella como una pesadilla. —¿Desde cuándo? ¿Cuánto puto tiempo llevas espiando para mi padre?

Por supuesto. Por eso la voz de la persona que llamaba me resultaba tan familiar. Era la misma voz que me dijo que mi tía estaba en el hospital.

Slavik es el culpable.

Yelena me mira como si yo pudiera explicarle lo que está pasando. Por un momento, solo siento lástima por ella. Por esta anciana amargada rodeada de tres hombres corpulentos que podrían matarla si dice una palabra equivocada.

Entonces, sus ojos se deslizan hacia el brazo que tengo envuelto protectoramente alrededor de Misha.

Su rostro se retuerce y se transforma. La mujer tierna y maternal que había llegado a conocer ha desaparecido.

Ahora que lo busco, veo la rabia allí, una rabia tan profunda y repentina que aferro a Misha más cerca como si pudiera protegerlo de ella.

—Desde el primer día —escupe al fin. Suelta una carcajada dura—. Me costaste mi familia. Y fuiste tan egoísta como para creer que lo aceptaría sin más.

La mandíbula de Andrey se mueve. —Se trata de Yegor.

—Yegor murió luchando por su Bratva —declara Shura—. Por su *pakhan*.

Yelena lo fulmina con la mirada. —Mi marido murió siguiendo las órdenes de un muchacho inexperto y tonto que no sabía lo que hacía.

Andrey se queda callado un rato. Nadie más se atreve a respirar. Los latidos de mi corazón se detienen en mi pecho cuando desenvaina un cuchillo de su cadera y juega con él. Lo retuerce de un lado a otro.

Nunca ha parecido más frío.

Sin levantar la vista, ordena—: Leonty, saca de aquí a Misha y Natalia.

Misha intenta dirigir mi mano, pero me quedo congelada en el sitio. —No puedes matarla así como así.

—Es una traidora. Iba a entregarte directamente a mi psicópata padre. Me ha estado espiando, te ha estado espiando, nos ha estado espiando a todos —gruñe, perdiendo el control—. Después de todo este puto tiempo... la muerte es una bondad. Así se hacen las cosas en la Bratva.

—¡Entonces encuentra una forma mejor!

—*Lastochka*…

—¡Basta! —es Yelena quien grita, interrumpiendo nuestra discusión con una voz chillona y tensa por el dolor. Se levanta del sofá con dificultad y mira hacia mí—. No necesito que me defiendas, chica.

—No te estoy defendiendo —le respondo con disgusto—. Mereces que te castiguen. Pero no creo en la violencia sin sentido ni en el asesinato innecesario.

—¿No? —pregunta Yelena, una sonrisa viciosa curvan sus labios—. Pues yo sí.

Veo un destello de plata a su lado y, de repente, se abalanza sobre mí.

Solo tengo tiempo de retroceder. Los brazos de Misha me rodean con fuerza, mientras el cañón de su pistola sube y sube hasta que estoy mirándolo directamente.

Andrey se mueve primero.

Agarra a Yelena por el pelo. Sus ojos se desorbitan caricaturescamente mientras él la tira hacia atrás, retorciéndole el brazo al mismo tiempo. El revólver que lleva se cae, salta por el suelo y se detiene a mis pies.

Utilizando su pelo como guía, Andrey la hace girar para que se enfrente a él. Luego le atraviesa la garganta con su espada, haciendo que la sangre brote a borbotones de un rojo nauseabundo.

Yelena está muerta antes de caer al suelo.

La bilis me sube por la garganta. Saboreo el ácido en mi lengua. La cara y las manos de Andrey están pintadas con su sangre cuando se vuelve hacia mí. —Natalia... —habla con voz ronca, dando un paso en mi dirección.

Sucedió tan malditamente rápido. Tan... fácilmente.

Unos segundos y una vida se extinguió, así de simple.

Tan rápido como la de mi padre.

Tan rápido como la de mi madre.

El horror me recorre la columna vertebral y retrocedo para alejarme de Andrey. —No te acerques más.

Mi voz es clara y fuerte. Pero todo mi cuerpo tiembla con violencia. La sangre de su rostro lo distorsiona hasta convertirlo en un monstruo que no puedo reconocer. Una bestia a la que no puedo amar.

Pasa por encima de la mujer muerta que tiene a sus pies y sigue avanzando hacia mí.

Los sueños se funden en una realidad tan espesa y viscosa que no sé dónde acaba una y empieza la otra. Lo siguiente que sé es que estoy cogiendo la pistola a mis pies...

Y apuntando directamente a Andrey.

No solo no lo reconozco, tampoco me reconozco a mí misma.

Mi mundo se ha salido de su eje. Arriba es abajo y abajo es arriba. Mis seres queridos son enemigos. Lejos está lo seguro, y aquí está...

Aquí está la muerte. Muerte y sangre.

—Natalia, sé que tienes miedo, pero tienes que confiar en mí. Baja el arma —da otro paso hacia delante.

—¡Aléjate de mí! —grito, volando hacia atrás presa del pánico.

Pero mi talón roza el zócalo y, sorprendida, mi mano aprieta el gatillo automáticamente.

El arma se dispara.

Andrey se mira el torso, sorprendido cuando la sangre empieza a florecer en el blanco de su camisa.

El cuchillo resuena en su mano y cae de rodillas. Misha, Leonty y Shura se acercan a él.

Todo mi mundo se reduce a una sola palabra. Un único instinto.

Corre.

O la muerte te atrapará a ti también.



Continuará

La historia de Andrey y Natalia concluye en el Libro 2 del dúo de la Bratva Kuznetsov, VICIOS ESMERALDA.

¡Echa un vistazo!